

ENCUENTROS SOCIALES Y DIVERSIONES

Luis Antonio González Rubio, compilador



LAS
Culturas
Populares
DE JALISCO

ENCUENTROS SOCIALES Y DIVERSIONES



ENCUENTROS SOCIALES Y DIVERSIONES

Luis Antonio González Rubio, compilador

SECRETARÍA DE CULTURA
GOBIERNO DEL ESTADO DE JALISCO
2005

La Secretaría de Cultura del Estado de Jalisco agradece a Editorial Ágata, *El Informador* y la Dirección de Culturas Populares e Indígenas del Conaculta por su apoyo para la realización de la colección *Las Culturas Populares de Jalisco*.

Primera edición en español, 2005

Por el texto:

D.R. © Sus autores

Por la edición:

D.R. © Secretaría de Cultura

Gobierno del Estado de Jalisco

Av. de la Paz 875, Zona Centro

44100 Guadalajara, Jalisco, México

ISBN 970-624-422-0

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

ÍNDICE

LAS CULTURAS POPULARES DE JALISCO	9
PRÓLOGO	11
INTRODUCCIÓN	25
IDENTIDADES EN JUEGO: EL FUTBOL EN JALISCO ANDRÉS FÁBREGAS PUIG	29
NIÑOS DE LA CALLE, CULTURA EN CONFLICTO RICARDO FLETES CORONA	53
LAS CARPAS DE VARIEDADES EN GUADALAJARA: VERDADEROS «TEMPLOS DEL ARTE EN PAÑOS MENORES» ROMINA MARTÍNEZ	65
TIANGUIS, MERCADOS Y TENDERETES EN JALISCO MANUEL FLORES ROBLES	87
ENCUENTROS CULTURALES DE JÓVENES EN GUADALAJARA ROGELIO MARCIAL	109
LOS CABARETES DE GUADALAJARA VÍCTOR MANUEL RAMOS WILLCHIS	125

MEMORIAS DE UN ANTRONAUTA. PRIMEROS ESBOZOS FRANCISCO JAVIER IBARRA	161
ENTRE ANTROS, BULES Y RECOVECOS: LAS SEXUALIDADES DE «FIESTA» EN GUADALAJARA MIGUEL VIZCARRA DÁVILA	183
LA LUCHA LIBRE TAPATÍA: LLAVE DE IDENTIDAD CULTURAL ÁLVARO FERNÁNDEZ REYES	203
GEOSÍMBOLOS EN JALISCO LUIS RODOLFO MORÁN QUIROZ	217
MÁS ALLÁ DE LA CHARLA: ALGUNOS SITIOS DE ENCUENTRO EN JALISCO SILVIA QUEZADA	231
EL JUEGO DE GALLOS EN JALISCO MARIO ALBERTO NÁJERA ESPINOZA	241

LAS CULTURAS POPULARES DE JALISCO

Jalisco en su historia, en su amplia geografía, en el temperamento e ingenio de su gente, ha sido un pueblo creador de arraigadas tradiciones, de modos de ser, de costumbres, que han conformado a lo largo de los tiempos, elementos culturales que han contribuido a forjar los símbolos de la identidad nacional.

La fortaleza de las culturas populares e indígenas de los jaliscienses ha trascendido los siglos y sigue siendo sustento importantes de la mexicanidad. Por ello, era inaplazable emprender un amplio programa de investigación con el concurso de académicos, promotores culturales, estudiosos del acontecer cultural rural, indígena y urbano, para que reunidos en un equipo humano, profesional e interdisciplinario, registren en letra impresa, el estado que guardan las culturas del pueblo jalisciense, en su diversidad, en su constante transformación, en sus arraigados mitos y en sus nuevas manifestaciones, insertas en la globalización, a la que nuestro país se incorpora aceleradamente.

Los investigadores y coordinadores de este trabajo enciclopédico consultaron libros y bibliotecas y caminaron por las diversas montañas de la geografía jalisciense, para escuchar de viva voz y ratificar con su presencia el acontecer cultural de los danzantes y mariacheros, los modos de hablar, las leyendas y personajes, la música y los bailes, la charrería, los deportes y las diversiones, las culturas indígenas, la literatura y el teatro, la religiosidad, las artesanías, el arte en las calles y las plazas y todas las expresiones culturales del pueblo que en el pasado y en el presente son la esencia de las culturas jaliscienses.

El Gobierno del Estado pretende que esta colección bibliográfica sea un valioso apoyo para que los jaliscienses conozcamos nuestras propias manifestaciones culturales y para que futuros investigadores puedan hurgar en nuestras raíces históricas y sus constantes transformaciones.

Este esfuerzo de la Secretaría de Cultura, a través de su Dirección General de Fomento y Difusión, y de su Dirección de Culturas Populares, es de gran valor por haber concertado con importantes instituciones académicas y con prestigiados investigadores, un estudio integral que consigna en sus 18 volúmenes las expresiones culturales del pueblo jalisciense, producto del talento y del corazón palpitante del pueblo, pero sobre todo, de la transmisión oral y cotidiana de tradiciones y costumbres que han mantenido varias generaciones de jaliscienses.

Encuentros sociales y diversiones en Jalisco es un tomo particular dentro de la Colección *Las Culturas Populares de Jalisco*, ya que en él, con la colaboración de diversas plumas y ojos observadores, se ofrece un interesante recorrido por las identidades jaliscienses, en las formas de encontrarse, expresarse, divertirse, y entender el mundo, reuniendo diferentes testimonios, documentos, y análisis sobre nuestro Jalisco contemporáneo.

Francisco Javier Ramírez Acuña
Gobernador Constitucional del Estado de Jalisco

PRÓLOGO

Es inevitable que conforme vamos avanzando en edad, nos alejemos un poco de la convivencia con los jóvenes, que son los que dan dinamismo y vida a la sociedad en el presente, nos vayamos con frecuencia al pasado, nos refugiamos en los recuerdos y busquemos la compañía de las personas —que son cada vez menos— con quienes convivimos en la juventud. No soy de los que afirman que todo tiempo pasado fue mejor; creo, simplemente, que los tiempos son diferentes; por tanto, los encuentros sociales y diversiones en el Jalisco actual, se dan de manera distinta a como se realizaban hace algunos años.

Considero normal que al leer los trabajos que conforman este libro, una cascada de recuerdos y de ineludibles comparaciones vinieran a mi mente y afloraran la memoria de una ciudad conocida antaño como la perla de occidente, la Guadalajara de los años cincuenta y sesenta del siglo pasado, la urbe de mi adolescencia y juventud.

Era aquella una ciudad que aún no alcanzaba el millón de habitantes, en la que todos nos conocíamos, al menos de vista, y que conservaba sus clases y espacios sociales muy definidos, por lo que «no había revoltura», como solía decir la gente bien, aunque sí había algunas actividades que nos unían, y hacían que permaneciéramos en ellas «juntos pero no revueltos», como el fútbol y los toros. Sin embargo, las localidades de sol y sombra en El Progreso, y de sol, sombra y preferente en el Parque Oro, luego Parque Martínez Sandoval, y después en el Estadio Jalisco, mantenían separadas a las distintas clases sociales.

Teníamos, a principios de los años cincuenta, tres equipos de fútbol en esta ciudad: Guadalajara, Atlas y Oro. Ya habían pasado los tiempos en que se

jugaba este deporte, por las tardes, en el campo del Guadalajara, allá por la avenida Unión en su cruce con Bosque, contra esquina de la casa del licenciado José Guadalupe Zuno, y después en la cancha del Atlas, en el Paradero, camino a San Pedro. Desde la mitad de los años cuarenta el fútbol de Liga Mayor se empezó a jugar a las doce del día en el Parque Oro, habilitado por un grupo de joyeros encabezados por don Felipe Martínez Sandoval, que muy pronto, luego de la incorporación de los equipos tapatíos a la Liga Mayor, trajo, para reforzar a su equipo, el Oro, un sexteto de grandes jugadores de la liga argentina, aprovechando la desafiliación a la FIFA de la citada liga, lo que permitió que vinieran Luis Bernabé Heredia, Nicolás Palma, Santiago Piola Mendoza, Carlos Cirico, Atilio Mellone y Bienvenido Paranza. Ante esto, el Atlas no se quedó atrás, y trajo a Eduardo Valdatti, Luis Carniglia, Norberto Pairoux, de Argentina, y al Osito Solano y Edwin Cubero, de Costa Rica. El Guadalajara permanecía, como lo ha hecho a lo largo de su historia, con un plantel cien por ciento mexicano, que lo convertía en el equipo «débil» entre los tapatíos y por ende la afición — quizá sea más justo afirmar que fueron sus eternos enemigos, los atlistas— le endilgó el mote del «ya merito», cuando estuvo varias veces a punto de lograr el campeonato, hasta que finalmente rompieron esa maldición a través de los «campeonísimos», quienes, en 1957, consiguieron el primero de una serie de campeonatos que hicieron historia en el fútbol mexicano. No podemos olvidar, quienes los vimos accionando en la cancha, al Tubo Gómez, Chaires, Sepúlveda, Villegas, Jasso, Sabás, Chava Reyes, Héctor Hernández, Chololo Díaz.

Separados obreros y pueblo en las graderías de sol, situadas al sur y poniente de la cancha del Oro, de los clasemedieros de sombra del lado norte y de los económicamente más acomodados que asistían a la localidad de preferente al oriente, gozábamos los tapatíos, de todas las clases sociales, las emociones del fútbol, no sin darse de vez en cuando los inevitables enfrentamientos, sobre todo cuando se jugaba el «clásico», el verdadero, el que acuñó el término ahora tan usado por la mercadotecnia futbolera, el Atlas-Guadalajara. Recuerdo a La Rebeca, porrista de ese equipo, increpando a los atlistas. En aquellos tiempos en que apoyar al Guadalajara significaba ser de clase humilde, los seguidores de los rayados se vengaban llamando «amanerados» a los rojinegros, y menudeaban los gritos y riñas que afortunadamente nunca llegaban a mayores.

Muy distinto al actual era aquel fútbol romántico, practicado por jugadores que requerían un empleo en la industria o el comercio —pocos eran profesionistas— y de directivos de clubes que abrían el bolsillo para completar los gastos, pues los ingresos de los clubes eran sólo por la venta de boletos y por el pago irrisorio de los derechos de transmisión que hacían las estaciones locales de radio, donde don Alejandro Díaz Guerra y don Manuel López Díaz se disputaban, enconadamente, la exclusiva año con año. ¡Qué lejano aquel deporte, aquellos juegos, del negocio jugosísimo que comparten actualmente directivos-empresarios y jugadores-vedettes!

Recuerdo que en 1960 fue inaugurado el Estadio Jalisco, financiado con la venta de palcos y butacas, ejemplo que luego fue seguido por muchas otras plazas futboleras del país. En el Jalisco tenía su palco hasta el Arzobispado de Guadalajara, y algunos sacerdotes aficionados eran asiduos asistentes a los partidos, contándose, desde luego, al capellán de los futbolistas, Chayo Ramírez, pero también Taurino Ruiz, Benjamín Sánchez y Ruiz Medrano, que ahí sufriría el infarto que le cortó la vida.

En aquellos años el domingo del tapatío se iniciaba temprano con la asistencia a misa; al mediodía acudía al fútbol y por la tarde, a partir de las cuatro, iba a presenciar la corrida de toros en El Progreso, el desaparecido coso, que por falta de visión derrumbó la picota para abrir paso a la Plaza Tapatía. La empresa taurina que encabezaba don Ignacio García Aceves, con Alberto Topete y otros grandes aficionados, se preocupó siempre por presentar buenos carteles, y así, en los años cuarenta, pudimos ver torear a Manolete, Armillita, Silverio, Garza, El Soldado, entre otras figuras, en corridas tradicionales, como la del 12 de diciembre y la del 1 de enero. Los toros, toros de verdad, con peso y trapío, eran de San Mateo, La Punta y otras prestigiadas ganaderías, y las cuadrillas, aparte del peón y del picador de confianza que acompañaban a los diestros, eran completadas con elementos locales, como los picadores Bruno Becerra Mochilón, el Sr. Banda, a quien recuerdo delgadito y de aspecto frágil, pero poderoso vara en mano; de los banderilleros recuerdo a Rubito, y a uno de ellos que entre semana era agente de tránsito y que por ello, cuando salía a poner banderillas, la porra de sol realizaba a silbidos una réplica del sonido del silbato de «cui-co» de tráfico.

Aquellos que, como mi padre, eran muy conocedores de la Fiesta Brava, disfrutaban no sólo de las faenas de los matadores, sino también de la brega de los peones, como la pareja de banderilleros de Armillita, sus hermanos Juan y Zenaido, que daban cátedra de cómo correr y banderillar y acomodar el astado para el diestro y los picadores. Cuántas veces las ovaciones del público hicieron salir al ruedo a los subalternos a agradecer el reconocimiento por una buena actuación.

A este propósito cabe recordar que los aspirantes locales a figuras del toreo, en aquellos años, solían entrenar en el ruedo de El Progreso si eran considerados merecedores de esa canonjía, o bien en «Las Fresas», terrenos donde se cultivaban hortalizas regadas por aguas negras, sitio ubicado frente a «Las Barranquitas», cruzando la Calzada Independencia, por el rumbo de San Vicente.

Pero el futbol y los toros sólo eran diversión de espectadores. Los tapatíos jóvenes jugábamos entonces al futbol con mayor o menor habilidad, pero con mucho entusiasmo. Nos acusaban de ser como «el frijol de la CEIMSA»: malos y picados. Casi todos, desde muy pequeños, empezábamos a jugar futbol, los sábados, bajo la vigilancia de los maestros, que frecuentemente hacían de árbitros. Los colegios *popof* contaban con sus campos deportivos propios: el Cervantes en el Bosque de Santa Eduwiges y el Instituto de Ciencias en las cercanías de las vías del tren de Nogales, junto a la fábrica de don Luis Aranguren. Otros planteles simplemente aprovechaban los «llanitos» que rodeaban a la ciudad, siendo muy concurridos los de la avenida Unión, que empezaban en Garibaldi y seguían hasta el Club Guadalajara actual.

Siendo ya jovencitos, algunos jugábamos futbol en equipos «llaneros» y de barrio agrupados en diferentes ligas, destacando entre ellas la Liga Sabatina, cuyos equipos tenían nombres de animales: Mulos, Tejones, Coyotes, etcétera; equipos en los que participaban jóvenes profesionistas con aptitudes, que no se habían integrado al futbol profesional por preferir ejercer su carrera, así como futbolistas retirados que gustaban de patear el balón cada sábado por la tarde. Ni qué hablar de la Liga de Primera Fuerza, que agrupaba equipos de fábricas, famosos por ser semilleros de jugadores y por la rivalidad que entre ellos existía. Cómo olvidar los duelos entre hilanderos del Salto, del Imperio y del Occidente. Recuerdo también el entusiasmo con que practica-

ban el fútbol los seminaristas de esta arquidiócesis. Algunas veces los enfrentamos y pudimos constatar su habilidad y aún más, su fortaleza. Corrían infatigablemente, golpeaban cuerpo a cuerpo con fuerza y disputaban con fiereza el balón, enfundados en pantalones largos, pues no les era permitido vestir pantalón corto.

Un panorama muy amplio de las repercusiones sociales que tiene el fútbol es el que presenta en este libro el doctor Andrés Fábregas Puig, estudioso a profundidad del fenómeno social que ha generado este deporte, pero muy en especial las Chivas, a las que el mismo investigador ha llamado «Símbolo de Identidad Nacional». Lástima que ese símbolo sea actualmente de propiedad privada y lucrativo negocio, sujeto a caprichos personales e intereses económicos que podrían dar al traste con su inigualable trayectoria.

Mas no todo eran fútbol y toros, pues sin duda la diversión tapatía más extendida, más popular, en aquel tiempo, era el cine. A las cuatro de la tarde, los domingos, los cines «de estreno», donde se exhibían las más recientes películas que enviaba Hollywood, se llenaban de espectadores, la mayoría jóvenes, que íbamos a ver la película pero también a ver y a dejarnos ver por las muchachas. Las clases media y alta acudían a los cines Alameda, Colón, Avenida y Variedades, pero había muchos otros, todos salones muy grandes, cines de barrio como el Juárez, el Cuauhtémoc, el Jalisco, el Orfeón, el Lux y el famoso Edén, muy popular entre los estudiantes por su precio y del que decían: «al Edén, den lo que den».

También formaba parte del ritual juvenil dominical, único día libre de trabajo para la mayoría, el caminar por la recién ampliada avenida Juárez, desde los cines Variedades o Colón hasta el Parque de la Revolución, donde nos recibían los éxitos musicales del momento, como las canciones de Los Bribones, Los Panchos, Los Diamantes, Pedro Vargas, Lupita Palomera, María Victoria o cualquier otro de los ídolos musicales entonces en boga. Desde poco antes de las ocho y hasta pasadas las diez de la noche, hora en que todas las muchachas se retiraban, los jóvenes permanecíamos en las bancas y a los flancos del andador periférico del parque diseñado por don Luis Barragán, mientras las jovencitas daban vueltas a todo el perímetro de la mitad sur del jardín. Por alguna razón inexplicable, la mitad norte —pues el parque desde su construcción fue cortado a la mitad por la avenida Juárez— no tuvo igual

desarrollo que la otra porción, donde solían, entre semana, reunirse grupitos de amigos que formaban la «palomilla del parque». Especialmente concurrida era la esquina de López Cotilla y Marcos Castellanos, donde se encontraban los estudios de la estación de radio XELW y La Bolita, negocio de juegos eléctricos y mecánicos que trajo los primeros «fútbolitos» a esta ciudad. Las «vuel-tas» en el parque los jueves y domingos y la «patinada» los viernes por la tarde en los camellones de la avenida Lafayette, eran animadas actividades que convocaban a la juventud de aquel tiempo.

Actualmente los centros de reunión de los jóvenes son las plazas comerciales que han proliferado en la ciudad. En ellas encuentran cines, cafeterías, bares, restaurantes y espacios en los cuales deambular, espacios de encuentro, por lo que la convivencia en jardines, cines, teatro, como se hacía anteriormente, ya no se da.

El teatro también se encontraba en auge por aquellos años, había una buena cantidad de grupos locales. Uno de ellos era dirigido por el dramaturgo Diego Figueroa, con la actriz Alicia Tackman y el actor Hermilo Barba, que barría literalmente con los premios en festivales nacionales. *La dama era federal* y *Los personajes se odian*, fueron obras destacadas de Diego. Tufic Marón dirigía y sostenía su Teatro de las Máscaras; el Banco Industrial financiaba las actividades de un grupo alentado por el actor y director David G. Zumaya. Por ese tiempo se formó la Escuela de Teatro de la Universidad de Guadalajara en la Escuela de Artes Plásticas; los maestros fundadores fueron Francisco Aceves Juárez y Francisco Rea González, y se formaron actores como Roberto Vázquez, Antonio Méndez, Yolanda Brostrand, Mae García y Rosa María Signoret. Luego destacaron Ignacio Arriola Haro, dramaturgo, y Rafael Sandoval, director. El Teatro Experimental de Jalisco comenzó sus actividades con *Las alas del pez*, bajo la dirección de Luis Manuel Portilla, con los actores Francisco Contreras, Waldo Álvarez y Josefina Niño del Bosque. Por su parte, la tienda fotográfica Camaraúz, de Gabriel Camarena y Juan Víctor Araúz, habilitó un pequeño teatro en una casa de la calle Ocampo y una galería, en la cual presentó —entre otras— la primera exposición de Mathias Goeritz. Había mucha vida cultural en la Perla de Occidente.

En los años de mis recuerdos, prácticamente habían cerrado ya todos los teatros de variedades y carpas que, como nos cuenta Romina Martínez en

un capítulo de este libro, tuvieron mucho auge entre los años veinte y cincuenta. La zona de San Juan de Dios iba poblándose cada vez más, y los espacios baldíos eran muy cotizados y codiciados. Así, donde estuvo por muchos años la carpa del Obrero, se fincó el cine Juárez, que absorbió al público —trabajadores y obreros— de la desaparecida carpa; no quedaban sino recuerdos de la carpa Jalisco, del teatro Lírico o del salón Independencia. Cómicos y artistas que habían surgido en Guadalajara residían en la Ciudad de México, donde triunfaban en los teatros de revista: Jesús Martínez Palillo, Manuel Medel, Ildefonso González Curiel Don Chicho.

Hacia tiempo también que había cerrado sus puertas el Teatro Principal, que estuvo ubicado por la calle de Juárez, entre Degollado y Molina; por tanto, asistíamos al Degollado, donde solían hacer temporadas largas la compañía de Pepita Embil y su esposo Plácido Domingo —padres del tenor del mismo nombre—, compañía que presentaba operetas y zarzuelas con gran éxito. Íbamos a los conciertos de la Sinfónica de Guadalajara, dirigida por los años cuarenta y principios de los cincuenta por Leslie Hodge y luego por Abel Eisenberg. Se ofrecían, ahí mismo, festivales de las escuelas de danza de esta ciudad que dirigían la maestra Helen Hoth, la Chiquina, Jacobo Palafox y Tantán Medrano García de Quevedo. También se realizaban en el Teatro Degollado los festivales de fin de año de colegios particulares. Como se ve, acudíamos muy frecuentemente a nuestro máximo teatro, que por ello nos resultaba tan familiar y tan querido.

Es irrefutable la afirmación que hace Rogelio Marcial, en su bien documentado trabajo, de que «la juventud es distinta en cada cultura». La juventud de hoy tiene otros espacios y formas de convivencia. Actualmente, además de hacerlo en los centros comerciales, como dije antes, los jóvenes se reúnen en «antros», en el Tianguis Cultural, en el Roxy, que de cine de barrio pasó a espacio alternativo de «conciertos» y de convivencia de grupos juveniles contemporáneos, como cholos, *punks*, *skinheads*, *ravers*, *rastas*, *darks*, fetichistas y los *skatos*, que vendrían a ser los nietos, quizá, de aquellos que patinaban en Lafayette.

El Tianguis Cultural es una actividad matutina de cada sábado para muchos jóvenes de hoy, sobre todo aquellos que pertenecen a los grupos ya citados. Manuel Flores Robles, en su investigación sobre «tianguis, mercados

y tenderetes en Jalisco», repasa las ubicaciones de esta ágora que surgió en los patios del Exconvento del Carmen, se cambió luego al jardín de enfrente, el del Carmen (nadie lo conoce como Jardín José Rolón), y se ha instalado al parecer definitivamente y ampliado en la Plaza Juárez, en las cercanías del parque Agua Azul.

Sin esforzar mucho la memoria, pienso que en mis años juveniles no se establecían aún los llamados tianguis en la perla tapatía. El comercio informal y ambulante pasaba por las calles pregonando su mercancía y a hora fija: el panadero, el lechero, el verdulero en camioneta, y existían al mismo tiempo los mercados formales, los más destacados eran: San Juan de Dios, el Corona, que fue hasta los años sesenta el centro de abasto de la ciudad; el Alcalde, al que mi abuelita llamaba «La Plaza de Toros», pues antes de ser mercado, a finales del siglo XIX, era coso donde se daban corridas. Otros mercados de importancia para sus vecinos eran el de Santa Tere, Analco, Mexicaltzingo y el Cuarto Centenario, inaugurado desde luego en 1942, conocido por todos como el mercado de la Capilla de Jesús.

Debió ser a finales de los años cincuenta cuando los señores Moragrega decidieron ampliar sus negocios: Casa Moragrega, de ultramarinos, y La Colonial, de perfumería y regalos, que estaban contiguos en la esquina que mira al norte y al oriente de las calles de Pedro Loza y Morelos. Para ello, importaron la idea de los llamados supermercados o tiendas de autoservicio, formando una cadena local, los Maxi, que fueron muy exitosos, aunque luego vendidos a un grupo de la capital de la república. Otra familia tapatía, ésta de origen libanés, formó también su cadena de supermercados, los Hemuda, que fueron igualmente vendidos a comerciantes de la Ciudad de México.

Un mercado temporal, muy especializado, se instalaba primero en el jardín de San José y después en el parque Morelos: el de juguetes mexicanos y dulces del día de Todos los Santos. Surtía a las niñas de muñecas de cartón, cazuelitas, camitas, etcétera, y a los niños de espadas, cascos, trompos, baleros y yoyos. Esperábamos todos con entusiasmo esos días de «los juguetes», porque entonces las navidades eran sencillas, no había llegado Santa Claus con su enorme carga comercial, y los obsequios que nos daban a los niños en la celebración del nacimiento de Cristo no eran ni caros ni numerosos. Entre los adultos era usual el intercambio, a través del excelen-

te correo de aquellos tiempos, de tarjetas de felicitación por la navidad y el año nuevo.

Hubo alrededor de la manzana de la Plaza del Progreso y en los alrededores del antiguo mercado de San Juan de Dios y del Hospicio Cabañas, ocupando las banquetas, un mercado informal de artículos de segunda mano, El Baratillo, donde podían encontrarse, entre otras cosas libros raros, pinturas interesantes, fotografías antiguas y herramientas y artefactos usados. Era muy visitado por amantes de las antigüedades y por artesanos y trabajadores que encontraban herramientas a buenos precios. Tras la demolición de la zona para crear la Plaza Tapatía, ese comercio se trasladó a su actual ubicación en la calle 38 del Sector Reforma, y se convirtió en mercado dominical y con una gran importancia.

Afirma Manuel Flores Robles que «la cena en puestos callejeros es para los tapatíos un hábito que ha ido pasando de los sectores de bajos recursos a clases medias», y tiene razón, siempre hemos sido glotones de calle, prueba de ello, la creación —por el Güerito, que ubicaba su canasto a las afuera de La Alemana— de la torta ahogada, nacionalmente famosa y reconocida como tapatía; pero igualmente famosos, de origen local y muy gustados por los tapatíos son el pozole, los tacos dorados, los sopes, las enchiladas y las tostadas de cueritos y de pata. Quiero dejar un recuerdo de gratitud a Valentina, la creadora de otra delicia muy nuestra, el pollo que lleva su nombre y que es inolvidable para quienes lo degustamos en su cenaduría ubicada en la esquina de Liceo y Herrera y Cairo, en el viejo mercado Alcalde; y no sólo el pollo de Valentina, también los sopes, los tacos, las enchiladas, preparados bajo la supervisión de aquella inigualable cocinera, eran delicia de gourmets. Cuando fue demolido el viejo mercado Alcalde, Rosita, la hija de Valentina, trasladó la cenaduría a un local ubicado por la avenida Alcalde, frente al Jardín del Santuario; desafortunadamente, ese orgullo de glotones tapatíos no sobrevivió a la muerte de Rosita, y cerró hace años sus puertas en forma definitiva.

Vale mencionar las tortas del Santuario, cuyo antecedente son las tortas de Emiliano, que tuvo un famoso puesto en los bajos del edificio mercantil, en la esquina de Pino Suárez y Morelos, así como las famosas tortas de pierna de La Playita y los hotdogs y tortas de pierna de Los Compadres, frente al parque

Morelos, y desde luego esa delicia que tantos gozan después de los partidos de fútbol en el estadio Jalisco, que son los lonches de El Pesebre.

Llegaba el tiempo de aguas a Guadalajara y con él las vacaciones escolares que se nos hacían eternas. ¡Dos meses de gozar de paseos, juegos con los amigos, distracciones! Como nunca, había entonces tiempo para ir al cine, por las tardes, aun cuando nos reprendieran los papás al darnos el peso o dos para el boleto y las palomitas, reprochándonos ser «muy cineros». Era también la época de ir a veranear. Muchas familias acomodadas poseían casas en El Chante; los más nos íbamos a Chapala. Quienes contábamos con parientes allá, solíamos visitarlos por varios días. Era muy agradable el ambiente: reuniones, fiestas, cabalgatas hasta la antigua estación del trencito de vía angosta que un grupo de noruegos habilitó con el complemento del vaporcito El Viking, los cuales permitían realizar recorridos desde Guadalajara y alrededor de la laguna, los días festivos. Se retiraron los empresarios en los años veinte, quizá asustados por nuestras revueltas, y el testimonio de la rapidez de su huida quedó en las oficinas de la gerencia, en el segundo piso de la bella construcción, donde aún en los años cuarenta se encontraban, entre bandas de murciélagos, muebles y libros, que seguramente, por la premura con que partieron, no recogieron los directivos de aquella empresa.

Narra Silvia Quezada sus recorridos ribereños por el antes llamado mar chapálico, ahora amenazado de extinción, pero aún floreciente zona de retiro de estadounidenses y canadienses. Chapala, San Antonio Tlayacapan, Ajijic, San Juan Cosalá, son centros de población que han crecido muchísimo por el entusiasmo procreacional de sus oriundos y por la migración de los jubilados de los países del norte. Disfrutó la escritora de las tiendas de ropa y souvenirs de la zona, de su interesante oferta gastronómica, que incluye muchos y muy deleitosos cafés, y luego nos regresó a Guadalajara, donde, desde luego, contamos con centros de reunión y de charla muy prestigiosos. Han desaparecido algunos, como el Partenón del griego Luis Rallis, cuya última ubicación estuvo por la avenida Corona, cerca del Hotel Morales recientemente remozado; el Apolo, en la esquina de Juárez y Galeana, punto de reunión de la intelectualidad tapatía de los años cuarenta y cincuenta —ahí se daban cita Diego Figueroa, el profesor Munguía, el maestro Rivas Sainz, Adalberto Navarro Sánchez y su esposa María Luisa Hidalgo, entre otros—, y un centro de reunión de

la juventud, el Acrópolis, ubicado en la avenida Juárez, entre 16 de Septiembre y Colón. Muy importante en la vida social de aquellos años fue el restaurante La Copa de Leche de don Luis Limberopoulos, que en su última ubicación, por la avenida Juárez, en un edificio propio diseñado por el arquitecto Ignacio Díaz Morales, contaba con una terraza abierta a la calle, muy frecuentada por los tapatíos para tomar la copa.

A finales de los años cincuenta, Tino Trejo de la Rosa fundó por la calle de Parroquia, el café Madoka, que muy pronto se llenó de agentes viajeros, intelectuales y de exiliados españoles de finales de los años treinta. Siempre concurrido, con una zona muy respetada, en la parte trasera, donde se reunían los fanáticos del dominó, el Madoka subsistió como reducto masculino hasta hace pocos años, que fue de mano en mano, hasta llegar a la última administración, que lo ha convertido en restaurante con sucursales por diversos rumbos de la ciudad. Otro café que subsiste desde hace muchos años es el San Remo, de la calle Independencia, que fue un pequeñito expendio de café por kilos, donde apenas cabían unos cuantos parroquianos apretados en la barra y en mesitas contiguas, saboreando la taza de café; recientemente fue ampliado. Similar en espacio, con unas mesas pequeñas y bajitas, sirve a muy pocos bebedores de café el expendio La Flor de Córdoba, que fundó don Manuel Hernández en la esquina de Independencia y Santa Mónica. La familia de don Manuel ha extendido sus cafeterías por toda la ciudad y cuentan con sucursales foráneas, pero han tenido el tino de conservar el local original con sus características iniciales. Menciona también Silvia Quezada al café Madrid, punto de reunión, hace años, de deportistas como Juan Carlos Carrera y Rito Romero, que no quedaban satisfechos con la charla frente a la taza de café y la continuaban por horas en la banqueta de la esquina de avenida Juárez y Corona, afuera del café. Nos traslada luego, la señora Quezada, en su trabajo, a los puntos de charla y reunión de los Altos: Arandas y Lagos y después a Puerto Vallarta.

Desde luego existían bares y cantinas de prosapia, como la Fama Italiana, del señor Rolleri, de la que hablaban nuestros padres, cuya barra atendía un italiano de apellido Capella, experto en preparar cocteles, siendo notable la forma en que con una mano sacudía la coctelera, pues era manco. Pero ya en fechas más recientes, era muy visitado el Bar Social, por avenida Juárez,

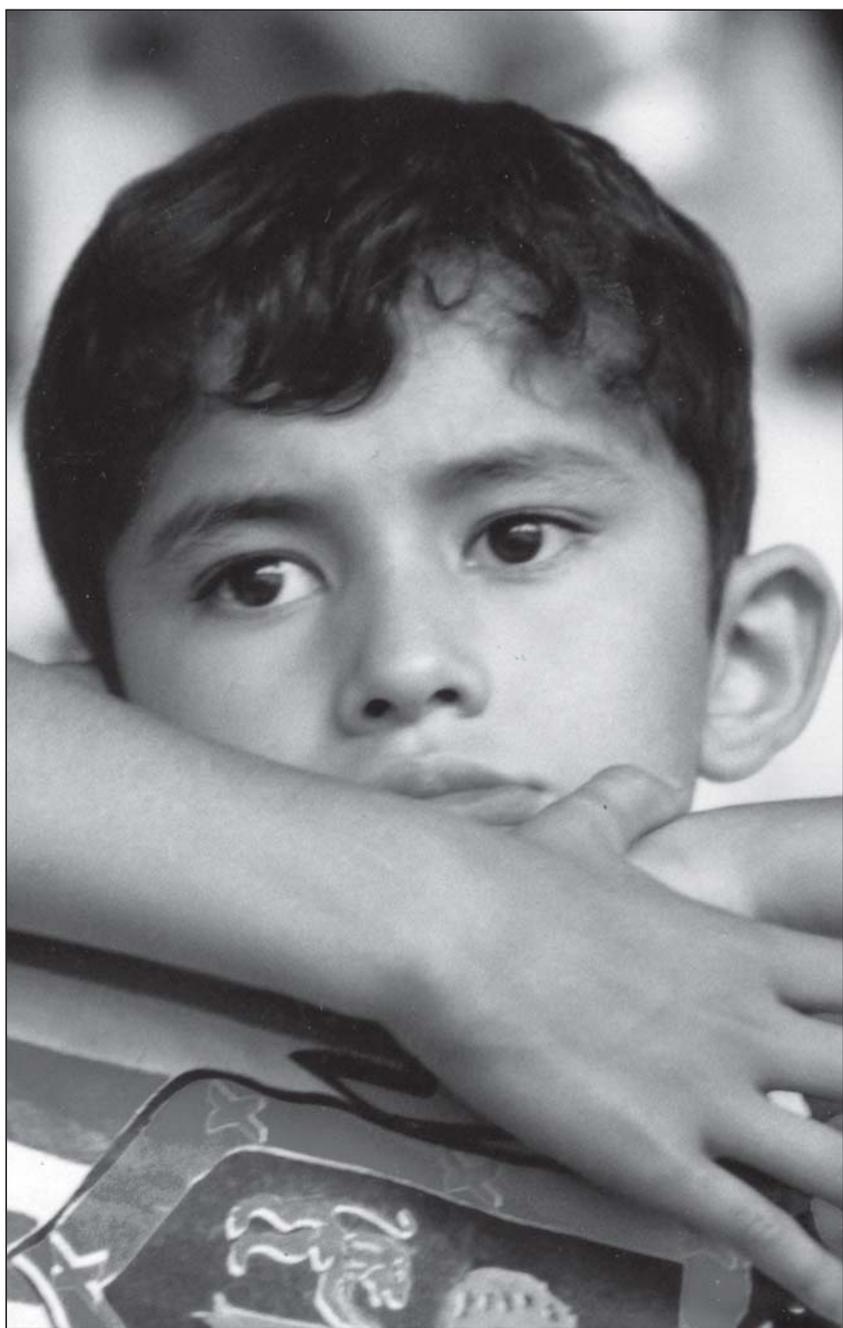
así como el salón comedor Don Quijote, con su bar anexo y pista de baile, «lugar de cita de las muchachas más guapas de Guadalajara», como señalaba siempre don Salvador de Aguinaga durante la transmisión a control remoto que desde ahí realizaba los jueves, sábados y domingos por la XEHL. Otro famoso bar de aquel tiempo era el ubicado en el interior del Hotel Morales, del caballeroso don Luis, frecuentado especialmente por taurinos.

Cantinas famosas fueron el Cué, ubicado en la calle de Colón, en el bello edificio que ahora ocupa un hotel, frente al jardín de Aranzazú; frente al mismo jardín se encontraba el Salón Variedades, pero anteriormente fueron muy visitadas las cantinas El Túnel, en la planta baja del desaparecido Edificio Mercantil, el Imperial, El Francesito y fuera del centro subsiste aún, por la Calzada Independencia, La Sin Rival, que cuenta con la licencia de cantina número 1 de la ciudad. Por la misma calzada, al otro extremo, se encuentra El Organito; no podemos olvidar a Los Equipales, a Molachos en los altos de la esquina formada por las calles de Juan Manuel y Alcalde; La Fuente, con una bicicleta que se quedó empeñada y que permanece colgada en uno de los muros, cantina de periodistas; La Oficina, en Independencia y Mezquitán, y desde luego la cantina de Pancho Jáuregui, en la que se filmaron escenas de una película de Charles Bronson y que se hiciera famosa hace años por el tipo de clientela que la frecuentaba; me refiero, desde luego, al Pancho's Bar, ahora rebautizado como La Maestranza.

Como acertadamente afirma Miguel Vizcarra Dávila, «el mundo entero ha experimentado en los últimos sesenta años una infinidad de importantes cambios en todos los ámbitos, algunos de ellos radicales, pero todos a una mayor velocidad o con una rapidez que no se habían experimentado en épocas anteriores». La ciudad de Guadalajara no es la excepción, y así la convivencia en esta conurbación de varios municipios y la vida de sus millones de habitantes son muy diferentes a lo que fueron hace relativamente pocos años. Padecer aglomeraciones, dificultades en el tráfico de vehículos, inseguridad, agresividad y desde luego falta de modales en el trato interpersonal, son algunos de los inconvenientes que el progreso nos ha traído; pero no somos únicos en estas vicisitudes, el mundo entero sufre en mayor o menor grado, dependiendo de cada región, de estos mismos inconvenientes, lo cual —desde luego— no sirve de consuelo.

El mundo ha cambiado, es verdad, y es difícil afirmar cuál época fue mejor. Lo que es incuestionable es que cada época tiene sello propio, es diferente, y debemos adaptarnos a esos cambios aunque, para muchos, vayan dándose a mayor velocidad de la que podemos digerir. De la adaptación a ellos depende en gran parte nuestra propia tranquilidad, y de que entendamos y practiquemos los valores verdaderos en un mundo diferente y cambiante. Contemplar esos cambios a través de la óptica de los estudiosos del entorno actual que colaboran en este libro, es una buena forma de conocer a mayor profundidad la convivencia en Jalisco en los tiempos actuales, para aceptarlos, o al menos, para no rechazarlos *a priori*.

Alberto Gómez Barbosa



INTRODUCCIÓN

En las calles, en los mercados, en las plazas, en los caminos, en lugares abiertos y cerrados, en los santuarios, en las calles oscuras, en las rutas que vamos tomando día con día, interactuamos con cientos de personas, a veces similares, otras radicalmente distintas a nosotros. Ciertos lugares frecuentamos más que otros, según nuestras necesidades y preferencias; otros sitios los evitamos, dependiendo lo que sabemos o hemos oído sobre ellos. Así, según nuestras elecciones, vamos creando diversos espacios culturales, que son reales mapas que nos sirven para movernos dentro o fuera de lo que nosotros creemos que es estar dentro o fuera. Por ello, este tomo, que versa sobre encuentros y diversiones, tiene un interés particular. El tema fundamental, el hilo conductor del presente volumen, es la identidad, o mejor dicho, las identidades que conviven, se diferencian y se retroalimentan en espacios y tiempos compartidos.

Describiendo brevemente su perspectiva sociológica, el concepto «encuentro» va más allá que la simple reunión de personas físicas o «agregados sociales», como es el hecho innegable que se observa en un estadio multitudinariamente abarrotado, o en los apretados pasillos de un tianguis. No obstante, es de señalarse que la simple coincidencia de gente ya es un momento muy interesante, donde una amplia gama de aspectos se pueden observar: innumerables contactos cara a cara, infinitos trueques o intercambios —materiales, simbólicos, como se quiera— y muy diversas aspiraciones, deseos, intenciones e intereses. Y esta coincidencia nos da para hacer importantes reflexiones sobre nuestro comportamiento social.

Pero, más allá de lo que es la confluencia de seres humanos, este libro, al hablar de encuentros, se refiere a las identidades que se formulan en torno a

reuniones de personas que celebran o hacen transcurrir una parte trascendente de su vida a través de un deporte, alguna afición o inclinación ideológica. Entre los que comparten el «encuentro» se construyen lenguajes y discursos, formas de organización, definiciones del mismo grupo social, nociones de los otros y, si es el caso, hasta un estilo de vida, comprensiones del pasado y aspiraciones hacia el futuro, elementos que forman parte nuclear de las culturas populares. Por tanto, presentar en este volumen artículos sobre los mercados, sobre la vida en la calle o sobre algún deporte, no tiene su explicación únicamente en que son prácticas cotidianas en las que participan millones de personas. La cuestión aquí es describir y analizar estos fenómenos como parte de los paisajes humanos que entre todos, y casi sin darnos cuenta, vamos constituyendo al tener simples contactos y conversaciones, al generando ideas sobre lo que somos y hacemos, al ir nombrando los elementos de nuestro entorno.

Para amarrar estos argumentos, me gustaría aterrizarlos en el sintomático caso del fútbol, que se expone en el sugerente artículo de Andrés Fábregas Puig. En torno al fútbol, el asunto no es explicarlo como deporte, ni formular una mera descripción de los elementos rituales de un cotejo. Ni quedarse en el plano de hacer historia de la difusión planetaria del *soccer*. Lo interesante es explicar el juego de las identidades, y cómo se dan en torno a las diferentes maneras de vivir el fútbol: por ejemplo, ya sea como mero espectador ocasional, o a través de la devoción que uno pueda tenerle a las Chivas o cualquier otro equipo, creando y organizando todo un universo que atañe a biografías de miles de personas y que, finalmente, impacta y forma parte de los significados culturales más profundos de una sociedad. Y así, viendo el abanico de interpretaciones posibles, reflexiones de este calibre se pueden ir haciendo sobre los demás temas que aquí se compilan, como el apasionante mundo de la lucha libre, las siempre disputadas peleas de gallos, los cafés y los puntos de difusión de ideas a través de la conversación, los espacios que se han apropiado las diversas tribus urbanas, las marcas de identidad neoculturales, el siempre acogedor resguardo de los billares y cantinas, la vida nocturna de los antros, los casi extintos teatros de carpa y el dramatismo de la fiesta brava.

El tópico central del libro son los encuentros, y al título se le añadieron las diversiones sólo para resaltar que el elemento lúdico es imprescindible. En este sentido, cabe aclarar que en esta misma colección el tomo *Juegos y jugue-*

tes tradicionales en Jalisco, describe las formas más populares en que divertimos. Por eso en los artículos de este volumen que hablan sobre algún tipo de diversión, ésta es tratada como un fenómeno social, escudriñando sus alcances dentro de las identidades colectivas. Fue inevitable que muchos encuentros y diversiones no se incluyeran en esta compilación, pues resulta imposible abordar la totalidad de identidades sociales que se dan en contextos populares, incluso, por la misma naturaleza de los conceptos de identidad y sociedad, que están en constante renovación. Deliberadamente excluimos al cine, porque desde la perspectiva de estudio de la cultura popular, el tema sólo se puede tratar desde algunos ángulos limitados —como del consumo y recepción de mensajes e historias, para lo cual hay varias investigaciones desde la óptica de los estudios de la comunicación, o las representaciones que el cine ha realizado de aspectos populares y folclóricos de la sociedad— ya que la cinematografía se orienta por sus propias leyes y modas técnicas y estéticas. Un criterio para la selección de los tópicos a tratar fue que las comunidades de sentido fueran simultáneamente creadoras y consumidoras de la práctica social.

La principal fortaleza de *Encuentros sociales y diversiones* es que quienes participan, además de tener una sólida trayectoria en el estudio han tenido un acercamiento directo con esas comunidades de sentido, y han participado intensamente de esos encuentros, lo que les posibilita escribir en y desde estas expresiones de las culturas populares contemporáneas. De manera que pretendemos ofrecer una visión sobre algunas formas de esparcimiento, diversión y, sobre todo, de ver transcurrir la vida colectivamente, al tiempo de que el lector tenga la posibilidad de «encontrarse» con un entorno en el cual participa inevitablemente en la conformación de identidades en un espacio común que es diverso culturalmente, y complejo socialmente. No todos somos aficionados de las corridas, ni expertos conocedores de nocturnos tugurios y recovecos, ni todos gustamos de la eterna lucha de máscaras contra cabelleras; quizás no participemos de alguna comunidad contracultural, ni seamos asiduos aficionados deportivos, pero al mirar y comprender estos rostros de las expresiones de nuestras culturas, sean o no permitidas socialmente, habremos de reconocer la gran riqueza que se encuentra en la misma diversidad.

Luis Antonio González Rubio



IDENTIDADES EN JUEGO: EL FUTBOL EN JALISCO

ANDRÉS FÁBREGAS PUIG

Al final de la década de los años cincuenta del siglo pasado, el sociólogo más distinguido de la Universidad de Leicester, Inglaterra, Norbert Elías, discutía con uno de sus alumnos más destacados si el deporte en general, y el futbol en particular, eran dignos de ser tratados como temas para obtener la maestría en sociología en aquel prestigiado recinto académico. La preocupación de Elías surgió ante la interrogante de cómo tomarían las autoridades de aquella distinguida universidad inglesa la propuesta de que uno de sus estudiantes en sociología, que vislumbraba hacer una carrera académica destacada —como ha sido en el caso de Eric Dunning—, tuviese como preocupación el estudio del deporte. Esta anécdota nos recuerda el rechazo que durante años mantuvieron los científicos sociales hacia el análisis del mundo deportivo como un complejo de relaciones sociales y de ámbitos culturales. En la actualidad, el panorama ha ido cambiando, aunque hay que decir que en México estamos rezagados al respecto. En efecto, en el campo de las ciencias sociales de nuestro país, el análisis del deporte aún está en sus inicios, situación que contrasta, por ejemplo, con Brasil, Argentina o la misma España, en donde son ya abundantes las reflexiones al respecto. En Brasil ha destacado la escuela de análisis del deporte fundada por el profesor Roberto DaMatta, quien con sus alumnos publicó un trabajo pionero en 1982. Uno de los continuadores más interesantes del camino que abrió el profesor DaMatta es Simoni Lahud Guedes, que ha escrito *O Brasil no campo de futebol* (1998).

Con lo que brevemente he comentado, mi intención es señalar que en el ámbito de la academia mexicana en ciencias sociales, no contamos con

mayores antecedentes en el estudio del fútbol como un hecho social y sus repercusiones culturales. En efecto, la primera suposición es que el juego del fútbol tiene consecuencias sociales y culturales que es pertinente analizar desde las ciencias sociales, y que en México no existe un reconocimiento pleno de lo anterior. Ciertamente, no contamos con más estudios especializados que los llevados a cabo por José Fernando Huerta Rojas, que presentó una tesis para obtener el título de licenciado en Antropología Social en la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, llamada «A todos los que quieren y aman el juego del hombre» (1996), un estudio del fútbol y del béisbol como expresiones de la masculinidad entre los obreros de la fábrica de autos Volkswagen de la ciudad de Puebla. No es un trabajo que abarque el mundo del fútbol, sino de cómo este deporte representa, junto con el béisbol, un ritual de iniciación masculino. Este trabajo, además de su mérito de pionero, contiene una útil etnografía que permite apreciar al fútbol como un juego ritual. El autor también muestra el papel del béisbol entre estos mismos trabajadores como un momento para expresar la masculinidad, la sexualidad en general y la sociabilidad entre hombres acompañada de la homofobia.

Sobre el béisbol, James Cockcroft ha escrito un importante libro titulado *Latinos en el Béisbol*, en el que analiza la estructura étnica de la sociedad estadounidense y las diferencias sociales que se apoyan en ella. En 1997, Claudia Palma Rubín de Celis publicó *El mundo del fútbol*, libro en el que se afirma que este deporte es en México un «fenómeno de carácter social», que genera situaciones económicas y políticas de manifestación cotidiana. La autora plantea que, no obstante las aproximaciones de la sociología, «no se ha logrado determinar el porqué de sus componentes sociales», faltando una definición de fondo acerca de las consecuencias del fútbol en la sociedad contemporánea. El libro no presenta el análisis de un caso concreto, sino más bien de consideraciones generales acerca de los nexos entre el fútbol, la sociedad, la política, las relaciones internacionales y el comercio. Es un libro que adelanta consideraciones acerca del estudio del deporte en las ciencias sociales, pugnando por mostrar que no existe aspecto de la vida en sociedad que no tenga correspondencia en el ámbito concreto del deporte.

En la bibliografía citada por Claudia Palma, sólo aparece una referencia publicada en México, y se trata de Alejandro Olmos con su artículo «El juego de la patada... y de los dólares». De los textos históricos del futbol que se han escrito en el país, destaca el compendio escrito por Juan Cid y Mulet, obra indispensable para la reconstrucción de la trayectoria del futbol mexicano. Un destacado jugador, Jaime el Tubo Gómez, publicó en 1997 un libro que narra la historia oficial del equipo Guadalajara. El volumen es importante no sólo por la narración histórica misma, sino por los juicios del autor acerca de lo que significa el equipo para la sociedad mexicana. José Ramón Fernández, uno de los más importantes comentaristas deportivos del país, director del programa televisivo Los Protagonistas, escribió *El futbol mexicano, ¿un juego sucio?* (1994), libro en el que hace una historia de los mundiales y de la participación de la selección mexicana en ellos. Finalmente, el texto de Greco Sotelo, publicado por la editorial Clío en 1999, resume la historia del Club Guadalajara, con importantes menciones de otros equipos. En el ámbito de la literatura, son espléndidos los textos escritos por Juan Villoro, que también adelanta interpretaciones interesantes para situar el futbol en el contexto de la cultura mexicana. Los textos de Villoro no aparecen comentados ni en el trabajo de Huerta Rojas ni en el de Claudia Palma. Su contribución consiste en llamar la atención hacia la importancia del tiempo en un partido de futbol y cómo es percibido, tanto por los jugadores como por los espectadores.

La investigación antropológica del futbol que propongo, busca descubrir ángulos aún desconocidos o muy poco comprendidos de la conducta humana en general y del proceso cultural mexicano en concreto. Se trata de crear conocimiento acerca de uno de los mecanismos de movilización social más eficaces de nuestra época, y la relación que guarda con la dinámica de las identidades. En este sentido, el estado de Jalisco y la ciudad de Guadalajara, su capital, son campos privilegiados para el estudio del deporte en los términos que he explicado.

Con notable rapidez, el futbol pasó de ser un juego practicado en las escuelas públicas de Inglaterra, en los postreros años del siglo XIX, a un deporte que primero se difundió por Europa antes de convertirse en un verdadero espectáculo mundial. Los juegos de pelota son antiguos no sólo en Europa,

sino en el mundo entero. En México, el juego de pelota en las sociedades prehispánicas tuvo un profundo sentido ritual, asociado a la práctica del poder en las sociedades más complejas. Estos juegos de pelota, tan arraigados en las culturas del planeta, tuvieron una modificación de fondo en Inglaterra entre 1840 y 1860. Es en ese periodo que nace el futbol moderno entre las poblaciones estudiantiles, para de allí difundirse a los sectores obreros y, finalmente, a todas las clases sociales. El futbol, suscribiendo lo que afirma Wahl, tiene sus anclas en los grandes rituales comunitarios de las sociedades rurales preindustriales. Las multitudes acuden lo mismo a un estadio situado en Estambul que a otro localizado en Londres. El futbol despierta pasiones entre los árabes y los hindúes; entre los brasileños y japoneses; entre los mexicanos y los holandeses... Se juega con similar entusiasmo en las canchas de los Estados Unidos como en las de Centro América y el Caribe; se habla de futbol en todos los idiomas. Los pueblos nómadas del norte de África se congregan para disfrutar un partido. En España, la afición futbolera supera con creces a la de la fiesta brava, otrora reinante indiscutible en el corazón de los peninsulares. En medio de la guerra, de esos días terribles que vivió Yugoslavia, los niños no dejaron de jugar al futbol.

El futbol es una pasión terrícola. Los jugadores son conocidos en uno y otro confín. Sus vidas son el patrimonio público de millones de seres humanos que observan cada detalle de su actuación. Los equipos más destacados en sus respectivas naciones son igualmente conocidos por las aficiones del mundo. La televisión ha llevado el futbol a los bares, aeropuertos, hoteles, restaurantes y toda suerte de lugares públicos alrededor del planeta, además de introducirlo a las casas, a los recintos familiares de todos los países. Este juego es un integrador de pueblos y culturas, atravesando credos religiosos y convicciones políticas. Tanto ve futbol el industrial como el obrero; el campesino o el profesional. Se ve futbol en los reinos árabes entre los antidemocráticos jeques, e incluso, los dirigentes de la China Popular cada vez son más asiduos al juego del balón y las patadas. El futbol ha vencido el escepticismo de los intelectuales, que en número cada vez mayor, en todo el mundo, acuden a los estadios. El futbol emociona tanto a los obispos católicos como a los guías musulmanes. El futbol es pasión de todos.

Ciudad del futbol, Guadalajara es la sede de tres de los equipos que par-

ticipan en la primera división para disputar el campeonato semestral de la liga mexicana. Esos equipos son: el Guadalajara, bautizado como el rebaño sagrado o las Chivas; el Atlas, con el sobrenombre de los zorros y el equipo de la Universidad Autónoma de Guadalajara, conocido como los Tecos.

Los sábados y domingos en Guadalajara son de futbol. Si el partido es local, la gente acude en masiva concentración al estadio. Si el juego es en otra ciudad, las calles lucirán desiertas porque sus habitantes permanecerán en sus casas viendo el partido por televisión. La victoria o la derrota de los equipos locales tiene una repercusión inmediata en el ambiente de la urbe: de alegría, si es lo primero, o de abatimiento, si es lo segundo. El lunes será un día dulce o amargo según los resultados de los juegos del fin de semana.

Situado en el norte del perímetro urbano, al que se accede a través de la avenida Fidel Velázquez o por la Calzada Independencia, el máximo campo de futbol de la ciudad de Guadalajara, el Estadio Jalisco, inaugurado el 31 de enero de 1960, es una construcción magnífica. Se trata de una gigantesca elipse, milagro de la imaginación y de la ingeniería, concebida para albergara cerca de 60 000 espectadores.¹ El estadio se alza majestuoso sobre una empinada colina, hoy cubierta totalmente por el asfalto que sella las calles, resaltando en medio de las casas de un populoso rumbo futbolero. En este estadio juegan los equipos Guadalajara y Atlas, porque los Tecos tienen su propio campo de juego, anexo a la universidad, conocido como Estadio 3 de Marzo. El Estadio Jalisco, misterioso y evidente a la vez, es el mudo testigo de la intensa relación que, encerrada en sus paredes, se establece en los días o noches de partido entre los aficionados al futbol, seguidores de alguno de los equipos locales, y los jugadores, prolongándose después más allá de sus mu-

¹ Según datos proporcionados por personal del Estadio Jalisco, su aforo inicial fue de 20 000 aficionados. Para el mundial de México 70, su capacidad aumentó a 65 000 espectadores. Hoy en día, tiene un cupo de 56 713 butacas, debido a las remodelaciones que ha sufrido en los últimos años. La información relativa a la fundación del Estadio Jalisco se encuentra en el número único de la *Revista Estadio*, editada por Clubes Unidos de Jalisco. Un ejemplar de exhibición se conserva en la Biblioteca Pública del Estado de Jalisco (Sandoval, 2004: 94).

ros, en la intimidad familiar. Porque a los equipos de Jalisco los siguen familias enteras: los abuelos, los padres, los hijos. Y familias en proyecto: los novios, los futuros suegros, los casi cuñados y el prospecto de sobrino o sobrina. De partido a partido la fidelidad es masiva, con excepción de los Tecos, por razones que trataré de explicar más adelante. Nadie falta a la cita ritual. Hay que estar allí para acompañar al equipo preferido en su lucha incesante, alentarlos en medio del fragor de las patadas, demostrarle que los suyos están presentes.

Casa de todos e inmenso espacio público, el Estadio Jalisco es un lugar central en la vida de la ciudad de Guadalajara. Es un templo mayor, un lugar de peregrinación de un pueblo en romería. Por ejemplo, los miles y miles de seguidores chivas que desde la televisión observan los partidos a kilómetros de distancia del sitio sagrado, tienen un sueño: asistir algún día al Estadio Jalisco y ver al rebaño mágico jugar en su propio terreno. Los cientos de miles de peregrinos asistentes cada sábado de partido a presenciar un encuentro de las chivas o de los zorros, no conciben la interrupción del ritual. Cuando por las vicisitudes del calendario de juegos los equipos locales se trasladan a otra ciudad, las porras o «barras» los seguirán para animarlos en el campo enemigo, además de los aficionados que desde sus casas están pendientes del partido a través de la televisión.

Los orígenes del fútbol en Guadalajara se remontan al siglo XX. El siglo anterior, el XIX, fue una época de convulsiones políticas no sólo en México en general, sino en Jalisco en particular. Desde la amenaza que representó el legendario Manuel Lozada, apodado el Tigre de Alica, hasta las disputas entre vallartistas y lerdistas o entre vallartistas y porfiristas, los tapatíos en particular y los jaliscienses en general, vivieron con el «alma en un hilo». Hacia 1906, ya despuntando el siglo XX, llegó a Guadalajara un comerciante belga, Edgar Everaert, que a la postre sería uno de los fundadores del Club Unión, después Guadalajara. La ciudad esperaba los tranvías que llegarían en 1907, movidos por la electricidad, introducida en Guadalajara en 1884. En los primeros años del Siglo XX, la capital de Jalisco alcanzaba los 100 000 habitantes, siendo, desde aquel momento, la ciudad mexicana con mayor número de habitantes después del Distrito Federal. La Guadalajara de 1906 estaba caracterizada por la arquitectura neoclásica, de la que el Teatro Dego-

llado es un destacado ejemplo. Al igual que en el centro político del país, en la ciudad tapatía de principios del siglo XX aún no terminaba de irse el siglo anterior. A tono con esa situación, el Club Unión nació a instancias del joven comerciante belga, que fue apoyado por otros comerciantes de origen francés, más algunos jóvenes tapatíos que tuvieron fe en la empresa: los hermanos Gregorio y Rafael Orozco. Hacia 1908-1910, ya con el nombre de Guadalajara, el equipo cosechó sus primeros triunfos. Los nombres de los primeros jugadores del que vendría a ser el más popular de los equipos de Jalisco son: Edgar Everaert, Alfonso Cervantes, Joaquín Nieto, Miguel Murillo, Gregorio Orozco, Eugenio Cherpenel, Calixto Gass, Agustín Arce, Carlos Luna, Adolfo Orozco, Zenén Orozco, Max Woog y Rafael Orozco. En 1908, el Club Unión adoptó el nombre de Guadalajara bajo la presidencia de Rafael Orozco. Se iniciaba así la jalisquización del equipo, aunque en honor de Edgar Everaert el uniforme consistió en una camiseta a rayas, rojo y blanca, y un pantaloncillo azul, colores provenientes de Brujas, Bélgica, ciudad natal del fundador del club.

Si en Inglaterra, la cuna reconocida del futbol, éste prosperó en un principio en los colegios y universidades, en Guadalajara lo fue en los seminarios. Los jóvenes que se preparaban para sacerdotes fueron los primeros futbolistas de Jalisco, duchos y disciplinados. El futbol entró a Jalisco por la puerta grande: la de la iglesia católica. La sociedad de Jalisco es, y en aquellos días primeros del siglo XX con mayor fuerza, católica y devota. El catolicismo jalisciense fue introducido en un contexto peculiar, no sólo como parte de la tarea evangelizadora propuesta por los sacerdotes españoles desde el siglo XVI, sino, además, formando la vanguardia de la expansión de la frontera del Virreinato de la Nueva España hacia el amplio norte del país. Es decir, la evangelización se vio como parte de una cruzada contra los infieles locales, en este caso, los pueblos chichimecas. Los campesinos-soldados que llevaron a cabo esta misión fueron trasladados desde las montañas de la Castilla profunda, trayendo su catolicismo medieval y sus convicciones ancladas en el liderato de la iglesia católica. De esta manera, el futbol no tuvo problemas en legitimarse ante la sociedad de Jalisco, puesto que fue aprobado por la iglesia católica misma. El suceso es importante porque ello explica la enorme popularidad de este deporte en Jalisco desde un principio y su arraigo cultural. No es de sorpren-

der, entonces, que el primer clásico del fútbol celebrado en la ciudad de Guadalajara haya ocurrido entre el club de ese nombre y los Seminaristas del Liceo. Entre los años de 1909 a 1914, estos equipos disputaron seis campeonatos con un saldo empatado: tres triunfos para cada uno. Pero en esos partidos, el Club Guadalajara se perfiló como el integrador de una cultura popular tapatía que encontraba en el equipo un símbolo de su propia condición. A los encumbrados de la sociedad tapatía los representaba el equipo Excélsior. De esta manera, las identidades estaban en juego desde los inicios del fútbol en Jalisco. El Guadalajara convocaba a la cultura popular en un momento en que lo tapatío estaba en definición, además de vivirse un mundo más homogéneo. El equipo Excélsior representaba a las clases dominantes, con orientaciones culturales distintas. El conflicto social se trasladaba al campo del fútbol, haciendo que los partidos fuesen escenarios de las identidades en juego. Justo en el año de 1910, estallido de la Revolución Mexicana, el Guadalajara logró el campeonato tapatío.

La Revolución hizo difícil la práctica del deporte en México. Pero el fútbol se continuó jugando, aunque con los campeonatos en suspenso, en las calles o en los llanos. La difusión del fútbol también avanzó a pesar del conflicto armado. Los mineros ingleses introdujeron este deporte a México, lo que explica que el Club Pachuca sea el más antiguo en el país. Pasada la fase armada de la revolución, en 1916 se fundó en Guadalajara el Club Atlas. Una serie de jóvenes jaliscienses, provenientes de las familias más encumbradas, habían salido a estudiar a Inglaterra. Allí aprendieron a jugar al fútbol, participando en los equipos escolares de sus respectivas universidades. Al regresar a su tierra, fundaron un club para demostrar a los jaliscienses cómo se jugaba ese deporte, en clara negación del Club Guadalajara. Acerca de la fundación del Atlas, escribe Greco Sotelo lo siguiente:

La arrogancia rojinegra quedaría incorporada en el santo y seña de la institución. Juan José *Lico* Cortina le puso el nombre de Atlas porque «nos sentíamos el sostén del mundo». El escudo creado por el dibujante Carlos Stahl, en recuerdo de los colores de la Universidad de Ampleforth, reflejaba igualmente la nostalgia europea. Apenas se vieron la caras, el hermano rico y el hermano pobre supieron que su trágico destino era el odio. Aquel Atlas de niños «fifis» puso, en efecto, de cabeza a sus rivales tapa-

tíos, basado en una técnica depurada y un juego de triangulaciones, hijo de una temperada sensibilidad europea (Sotelo Montaña, 1999: 16).

Lo destacable es que las identidades en juego en el nuevo país postrevolucionario se manifiestan en el estado de Jalisco a través del fútbol. El equipo de Guadalajara integró al simbolismo nacionalista del estado mexicano surgido de la Revolución de 1910. Su decisión, contemplada en los estatutos vigentes del club, de jugar sólo con mexicanos, explica en gran parte su enorme popularidad, prácticamente desde su fundación. Pero están también los símbolos asociados con esa nacionalidad integradora impulsada desde el Estado, combinada con símbolos que vienen desde la Colonia, incluidos en la cultura del catolicismo. Es decir, el Guadalajara simbolizó en un principio a la cultura popular de Jalisco, y en particular, a la tapatía. Los rasgos distintivos de esa identidad están en el nacimiento —ser de Jalisco—, gustar del tequila, tener afición por la charrería, ser un devoto católico, y sobre todo de la Virgen de Zapopan, consumir los platillos jaliscienses y compartir el *sentimiento jalisciense*. Estos rasgos, por razones complejas, pasaron a ser impulsados por el Estado nacional mexicano como «rasgos de la identidad nacional integradora», con el agregado de *compartir el sentimiento mexicano*. De esta manera, el Guadalajara se alzó como el «equipo del pueblo» frente a otros equipos que simbolizan identidades alternativas contenidas en otros proyectos de nación, distintos al dominante. Lo significativo en este proceso es que aunque la mayoría de los seguidores actuales del Guadalajara o del Atlas desconocen las características de los momentos fundacionales, el simbolismo de ambos equipos se ha transmitido socialmente y llega a nuestros días. Es notorio que cuando pierde el Guadalajara, la ciudad se colapsa emocionalmente, sin que ello ocurra, o se manifiesta en menor escala, si se trata de los Tecos o del Atlas.

Después de la convulsión guerrera que asoló al país, los partidos de fútbol regresaron a Guadalajara en 1915. El balompié se había preservado en Jalisco bajo la mejor protección posible: al interior de los seminarios católicos. Hacia 1917, un equipo que entrenaba en los campos altos de El Paradero, irrumpió en la escena tapatía: el recién fundado Club Atlas. Estaba a punto de nacer el «clásico tapatío», el primero de esos juegos en el país, gracias a los enfrentamien-

tos simbólicos, obtenidos de la vida real en el antagonismo entre pobres y ricos, entre el nacionalismo popular y las aspiraciones de los grupos de las clases altas de Jalisco. En el lapso de los años 1917 a 1921, el Club Atlas acaparó los campeonatos locales. Pero hacia la segunda mitad de los años veinte, el fútbol en Jalisco creció y se diversificó al surgir nuevos equipos. De entre los nuevos clubes fundados en Guadalajara destaca el Oro, así llamado por quienes fueron sus fundadores, los joyeros del rumbo de Oblatos. Fue el primer equipo tapatío en construir su propio estadio, el Parque Oro, conocido popularmente como el Parque Oblatos. El equipo Oro ganó la final del fútbol mexicano en 1961 en uno de los campeonatos más invocados por los aficionados. Todo asiduo al fútbol en Jalisco recuerda que con un gol de Cubero, el Oro doblegó a las Chivas. Después de vencer al Club Guadalajara, el equipo de la Barranca de Oblatos desapareció para siempre del escenario futbolístico mexicano, dejando a sus seguidores sumidos en la angustia y la nostalgia. Si el Atlas representaba y representa una alternativa de identidad en el escenario de Jalisco, el Oro llenó las expectativas de sectores emergentes de la sociedad jalisciense, que se volvía más compleja. La clase media de Guadalajara en particular, creció y se diversificó entre otras razones por los egresados de la Universidad de Guadalajara, convertida en un canal de movilidad social. Al Oro lo respaldaron amplios sectores de profesionistas, insatisfechos con lo que representaba el Guadalajara y el Atlas. La sociedad misma profundizaba su variedad y los equipos de fútbol lo ponían al descubierto al congregar a sectores diferentes.

Entre el ir y venir de equipos y jugadores permaneció y se acrecentó la rivalidad entre el Guadalajara y el Atlas, consolidándose el encuentro entre ambos en el más antiguo, genuino y arraigado «clásico» del fútbol mexicano. El equipo Guadalajara recibió el apodo de Chivas a partir de un memorable pésimo partido. El *Tubo* Gómez lo describe así:

El origen del apodo se remonta a la temporada 1948-1949, cuando se jugó la jornada 2 un jueves 30 de septiembre de 1948 en el parque Oro de La Perla de Occidente, entre el Guadalajara y el Tampico. La transcripción íntegra y literal de la crónica de ese partido se publicó en la página siete con esta línea a ocho columnas: *Jugaron a las carreras y ganaron las «Chivas» uno a cero*. Esa fue la cabeza que se le ocurrió al jefe de la plana deportiva de *El Informador*, Reynaldo Martín del Campo, apoyado en

que el partido había sido muy malo y en que algunos fanáticos con el sello rojinegro, se mofaban de los rojiblancos gritando que «parecían chivas brinconas» (Gómez, 1997: 230).

Con el apodo de Chivas transformado en un mote de orgullo, el Guadalajara se arraigó en forma definitiva, primero entre los jaliscienses y después en amplios sectores de la sociedad mexicana. Los seguidores del Atlas crearon el estereotipo de un Guadalajara apoyado sólo por albañiles y «pueblo bajo», demarcando con ello una distancia social entre ambos equipos. Por su parte, los aficionados de las Chivas apodaron al Atlas como el equipo de «las Margaritas», para remarcar que pertenece al mundo «fifí». Todo ello contribuyó a la consolidación de una identidad cultural alrededor del llamado rebaño sagrado que, para muchos, es nacional. Greco Sotelo escribe:

El cultivo del balompié encontró en suelo jalisciense un éxito sólo comparable al de sus gloriosos agaves azules. En la cerrada sociedad tapatía de las primeras décadas del siglo (veinte), la charrería, los hombres, la Virgen de Zapopan, el tequila solo y la fiesta del balompié se combinaron formando un peculiar cóctel cultural que habría de representar para muchos mexicanos, dentro y fuera de Jalisco, la esencia de la mexicanidad (Sotelo Montaña, 1999: 21).

Estos símbolos laicos de los que habla Sotelo, se combinaron con el religioso, la Virgen del Tepeyac, más de corte mestizo que criollo, para revitalizar el nacionalismo mexicano en los primeros años del siglo xx. A este hecho de nivel nacional, se une la profundidad de la rivalidad entre el Atlas y el Guadalajara en el ámbito local. En la medida en que la sociedad jalisciense se ha vuelto más compleja, esa rivalidad ha ido alcanzando niveles más ríspidos. La rivalidad de fondo es por la identidad. ¿Quién representa a los jaliscienses? ¿Los seguidores del Guadalajara o los del Atlas? Por supuesto, no hay una sola identidad en la sociedad actual de Jalisco. Pero la amplia popularidad del Guadalajara por sobre los otros equipos indica que esa identidad tomada como mexicana es la predominante aún en el país. En términos locales, las Chivas permanecen como el símbolo de una identidad cultural jalisciense dominante, sin que ello signifique que es la única. Como lo escribió Sotelo Montaña

(1999: 39), «en un país con tanto recelo hacia los extranjeros, el nacionalismo chiva se convirtió inmediatamente en un escudo de armas».

La consolidación deportiva y simbólica del equipo Guadalajara ocurrió la noche del 3 de enero de 1957, ocasión en la que con un gol del Chava Reyes, las Chivas Rayadas derrotaron al Irapuato, los «freseros» de El Bajío, para erigirse como campeones del futbol mexicano. Fue también el refrendo del triunfo del nacionalismo mexicano.

El equipo de la Universidad Autónoma de Guadalajara, los Tecos, no ha arraigado ni en Guadalajara ni en Jalisco. Las razones de ello son sociales y culturales. La propia comunidad universitaria no ha logrado configurar una identidad debido a la composición de sus alumnos. Una buena proporción de ellos provienen de otras entidades de la república y aun de países centro-americanos o de los Estados Unidos. Es una población de paso. La mayoría de los alumnos de la universidad se trasladará a otra ciudad una vez terminados sus estudios. En un contexto así, los Tecos representan más bien al núcleo familiar al que pertenece la universidad. Ello explica que aun en su estadio, el 3 de Marzo, los Tecos jueguen como visitantes. Otra es la situación de los Leones Negros, el equipo representativo de la Universidad de Guadalajara, que empezaba a arraigarse en amplios sectores de las clases medias de Jalisco. Su desaparición truncó un proceso que, al final, le dio más seguidores a las Chivas.

El futbol se ha comercializado en nuestros días a tal grado que prevalecen en su manejo las razones económicas por sobre las deportivas o culturales. En el caso de Jalisco, los tres equipos de primera división no funcionan como en los orígenes del futbol, como verdaderos clubes, con socios y asambleas constitutivas. En verdad, son ahora propiedades, empresas de comercio dedicadas a la explotación de un espectáculo masivo, el más grande y popular del planeta. En la mayoría de los casos, el presidente del club es una especie de empleado del dueño o los dueños o bien, un accionista del equipo. Las grandes cadenas televisoras de México tienen establecida una pertinaz y enconada competencia por controlar las transmisiones de los partidos, siendo ellas mismas dueñas de varios equipos. El caso del Club Guadalajara es muy ilustrativo. En otro lugar (véase Fábregas Puig, 2001) describí lo que llamé «la fiesta del futbol». Ello ocurría los domingos en la ciudad de Guada-

lajara, debido a que las Chivas conservaban la tradición de jugar a las doce del día, en un espectáculo familiar y masivo. Al cambiar de propietario, el Club Guadalajara ha pasado a ser claramente una empresa más que se apoya en la tradición del equipo y en el simbolismo que representa. El Guadalajara no juega más los domingos en la mañana, sino los sábados por la noche, imitando al Atlas, su rival local más visible. El cambio de día y de horario de juegos viene acompañado de un cambio en la composición del público. Las consecuencias de ese cambio se harán presentes en los años venideros. La fiesta dominguera será reformulada por los aficionados y está por verse qué ocurrirá en esas noches sabatinas. A este aspecto deberán agregarse los cambios que traerá consigo la construcción de un nuevo estadio y el abandono del Jalisco. Una nueva época se vislumbra. La era del futbol como negocio se consolida en el mundo y Jalisco no es la excepción. Ante esta perspectiva también se contempla un proceso de separación entre los propósitos del negocio y los sentimientos del aficionado. En otras palabras, está ocurriendo un desdoblamiento entre los seguidores de los equipos, para quienes estos representan identidades, y los dueños de las empresas en búsqueda del negocio. Es otro ámbito en donde han entrado en juego las identidades. Una pregunta sugerente es si habrá un sustituto del futbol para los sectores sociales que ven en ese deporte algo que va más allá del puro juego. Algo parecido ya ocurrió en México con el box. Este fue el deporte masivo más importante en los decenios que van de 1920 hasta finales de los años 1950. Los boxeadores mexicanos, a los ojos de las culturas populares, simbolizaban al pueblo mexicano y sus esfuerzos por prevalecer. En los momentos culminantes del boxeo mexicano, con figuras como el Toluco López, Joe Becerra, Ratón Macías, Pajarito Moreno, Rubén Olivares y antes Kid Azteca, nadie hubiese pensado en la decadencia del box. Algo similar sucede con la lucha libre, que aún conserva un público popular, indicativo de sentimientos e identidades existentes en la sociedad mexicana. En las circunstancias actuales el futuro del futbol está en lo que le acontezca como negocio y en esa brecha con los aficionados. Otro aspecto resulta crucial: el incremento de la violencia en los estadios. Ciertamente, en Jalisco, los niveles de violencia no alcanzan a los del Estadio Azteca o a los del estadio de Ciudad Universitaria, o a los acontecimientos en estadios como los de León o Irapuato. En mucho,

ello se debe a la composición del público. Pero se ha notado un marcado aumento de las incitaciones a la violencia en el Estadio Jalisco con los horarios nocturnos, que denotan el cambio en la composición del público. Con todo, el fútbol no ha perdido, en Jalisco, su sello popular. Es parte de las culturas populares del estado y su vigencia como tal lo marca la asistencia masiva a los estadios.

Además del fútbol como un gran espectáculo de masas, este deporte ha reunido a su alrededor a barrios, poblados o colonias en Jalisco. En la propia ciudad de Guadalajara son incontables las ligas y competencias que se organizan cada fin de semana, entre una gran variedad de equipos. Los grupos indígenas que viven en la ciudad, no sólo los huicholes, también practican el fútbol e integran sus equipos por municipios y localidades. El movimiento futbolero que alberga Guadalajara los fines de semana, difícilmente tiene parangón en otras ciudades de la república que no sean el Distrito Federal, o Monterrey, donde el clásico del norte entre Tigres de la UANL y los Rayados del Monterrey enciende profundas pasiones. Prácticamente cada colonia popular o barrio tiene un equipo compitiendo en alguna liga. Incluso, existe cierto «profesionalismo» en esas ligas. En efecto, hay quienes invierten dinero para integrar equipos y ponerlos a competir. El dueño del equipo, por así decirlo, después de recuperar su inversión y tomar una ganancia, distribuye entre sus jugadores el dinero ganado. Varios jugadores llegan a jugar más de dos partidos en diferentes equipos, en un solo día, para ganar más dinero. También existe el caso de ligas que se integran por municipios de una sola región y juegan entre ellos. Es el caso de varios municipios del norte de Jalisco, especialmente huicholes, que organizan sus partidos generalmente en campos situados en Zapopan. A esta actividad deben agregarse los campeonatos organizados por diferentes empresas, sobre todo de la zona industrial, que se suman a la actividad futbolera de Guadalajara.

Fuera del ámbito de la ciudad, la actividad deportiva alrededor del fútbol es intensa en prácticamente todo el territorio de Jalisco. En ello están incluidos partidos oficiales de la liga mexicana en la división llamada Primera A, en la de Segunda y Tercera. No es exagerado afirmar que en cada poblado o ciudad de Jalisco existe por lo menos un equipo de fútbol. En todos los casos, las identidades son las que están en juego. Esta característica es trasladada a los

Estados Unidos por los migrantes jaliscienses establecidos en aquel país. En la ciudad de Chicago, por ejemplo, existe una liga de equipos de Jalisco, que está formada por conjuntos que representan a cada uno de los municipios del norte del estado. Algo similar sucede con los migrantes de origen zacatecano o oaxaqueño, que también tienen ligas de fútbol. En estos casos, los partidos de fútbol proveen un ámbito de integración que permite la continuidad cultural y la permanencia de «lo jalisciense», en particular, o de «lo mexicano», en general. En los alrededores de la ciudad de Salinas, en California, en los campos de alcachofa, es fácil identificar el origen de los trabajadores mexicanos: portan camisetas de sus equipos preferidos. La gente de Jalisco, en abrumadora mayoría, porta la camiseta de las Chivas. La gente de Michoacán lleva la de los Monarcas, el equipo representativo del estado. Los trabajadores chiapanecos, que cada vez aumentan más en esos campos, portan la camiseta de los Jaguares. Esta población mexicana establecida en Estados Unidos sigue con atención, a través de la televisión, los partidos de fútbol de la temporada regular, reuniéndose en bares, restaurantes o casas. Por supuesto, la población de origen jalisciense no es la excepción. Los aficionados jaliscienses al fútbol, en donde se encuentren, muestran esa preferencia deportiva como un instrumento para preservar una identidad, que, por otro lado, es cambiante y polivalente.

La relación entre la simbolización de «lo mexicano» y los conflictos históricos de Jalisco con el centro político del país, se desvelan cuando se analiza el contexto del fútbol. El actual estado de Jalisco no sólo formó parte de lo que fue la antigua Audiencia de la Nueva Galicia, sino que fue su territorio nuclear. Son bien conocidos los constantes conflictos entre la Audiencia neogallega y la sede del Virreinato de la Nueva España, la Ciudad de México. Aún en los albores del régimen colonial, la rivalidad entre Nuño de Guzmán y Hernán Cortés anunciaba lo que de suyo fue una relación conflictiva entre ambas entidades de la administración colonial. Más aún, la Audiencia de la Nueva Galicia, con sede en la ciudad de Guadalajara, es la única de estas entidades históricas que, en lo que es hoy América Latina, no conformó un Estado Nacional. Los conflictos enmarcados en la relación centro-regiones no son, por supuesto, privativos del estado de Jalisco y la Ciudad de México. De hecho, la historia nacional mexicana se explica, en gran parte, desde el contrapunto entre el

centro y las regiones. Sólo que en el caso de Jalisco, por las particularidades históricas apuntadas, ese conflicto adoptó características peculiares, dado el antecedente colonial de las constantes disputas entre las audiencias. El resultado histórico de ello es, en el caso de Jalisco, una paradoja. En efecto, lo esperado es que hubiese una arraigada vocación anticentralista, lo que no ocurre. La sociedad de Jalisco se centra y se concentra en la ciudad de Guadalajara. En otras palabras, el centro cultural, político y económico de la sociedad jalisciense, unánimemente reconocido, es Guadalajara. Más todavía, en el caso de que la Audiencia de la Nueva Galicia se hubiese transformado en un Estado nacional, éste hubiese sido tan o más centralizado de lo que lo es el Estado nacional mexicano. En contraste y quizá debido a ello, existe en el estado de Jalisco un notable sentimiento «antichilango» —que no anticentralista— que se manifiesta de múltiples formas. Atendiendo a este hecho, el empresario Emilio Azcárraga, oyendo el consejo de Fernando Marcos, fundó un club de fútbol con el expreso propósito de enfrentarlo a Jalisco y obtener mayores dividendos por ello. Así nació el equipo América, como propiedad del consorcio Televisa. En el panorama futbolero de Jalisco, el único equipo que podía erigirse como su rival por excelencia era el de las Chivas Rayadas del Guadalajara. Ni el Atlas ni los Tecos poseen las cargas simbólicas del Guadalajara. De esta manera se inventó el «clásico» del fútbol mexicano, como un partido especial que atrae a las multitudes y que simboliza, entre otros aspectos, el enfrentamiento entre la Ciudad de México como centro y el estado de Jalisco como región.

En el ámbito jalisciense, el equipo Guadalajara continúa simbolizando la identidad dominante en el estado. En ese mismo ámbito local, otro partido «clásico» es el que ocurre entre el Atlas y el Guadalajara. Para los jaliscienses aficionados al fútbol este partido es tan o más importante que el que se juega contra el América. De nuevo, las identidades entran en juego. Los seguidores del equipo Atlas conforman un muy complejo sector social que representa varias alternativas a lo «jalisciense» simbolizado por el Guadalajara. Hasta el lugar para celebrar los triunfos es diferente. Los seguidores de las Chivas festejan sus triunfos en la fuente de la Minerva, convertida en un símbolo de la ciudad. El hecho es relevante para la confirmación del «sentimiento jalisciense». En cambio, los partidarios del Atlas celebran en la glorieta de los Niños

Héroes, que no tiene las cargas simbólicas de la Minerva, pero que para los seguidores del Atlas es un símbolo de la alteridad posible, una alternativa a la identidad mayoritaria, tal vez inspirada en la perenne juventud que figura en las filas del equipo rojinegro. Los Tecos celebran en la intimidad del campus universitario.²

La carga simbólica del Guadalajara se manifestó recientemente, el 14 de junio de 2005, al lograr el pase a la semifinal de la copa Libertadores, venciendo a otro equipo de prosapia similar, el Boca Juniors de Argentina, por un marcador global de 4 a 0. Ese triunfo del equipo jalisciense —además alcanzado en cancha ajena— tuvo repercusiones nacionales. Para miles de aficionados, fue un triunfo equiparable al de la Selección Mexicana. La celebración en la Minerva la misma noche de la victoria, mostró la fuerza de las identidades en juego. Entre los aficionados que concurrieron a esa celebración, existía la convicción de que el Guadalajara «es más representativo» que la misma selección nacional. La base de esta argumentación está en la composición de jugadores y cuerpo técnico del equipo: todos mexicanos. No así en la selección, que tiene un entrenador argentino, además identificado con el Atlas, y jugadores no nacidos en México, como Sinha. La multitud de la Minerva celebró también el comportamiento de las Chivas en una cancha sumamente hostil. En efecto, quedará en los anales deportivos el conato de violencia desatado por jugadores, entrenador y aficionados del Boca Juniors, ante su impotencia por no poder vencer deportivamente al rebaño sagrado. El Guadalajara recobró su halo sacro en ese partido celebrado el 14 de junio de 2005.

El análisis de la cultura y la sociedad de Jalisco, a través del comportamiento de los aficionados al futbol y las cargas simbólicas con las que dotan a sus equipos predilectos, prueba que la práctica del deporte en general tiene amplias consecuencias sociales. La llegada del futbol, en particular, como un mecanismo masivo de movilización, es un hecho relativamente reciente, a partir de sus orígenes en el siglo XIX. El 8 de diciembre de 1863, varios representantes de equipos de futbol se reunieron en la Free Mason's Tavern de la ciudad

² No obstante, el único campeonato de los Tecos se celebró multitudinariamente en la Minerva, antes del mundial del '94. Es decir, son los Tecos quienes inauguraron la Minerva como sitio de festejos deportivos.

de Londres, Inglaterra. Los motivaba discutir la separación del rugby y el fútbol asociación, además de precisar las reglas que normarían la práctica de ambos deportes. Fue en esa reunión que se aprobaron las reglas básicas del fútbol, además de fundarse la Asociación de Fútbol, antecedente de la actual Federación Internacional de Fútbol Asociado (FIFA). En 1871 se jugó en Inglaterra el primer campeonato de copa, inaugurándose así los torneos importantes. Los equipos pioneros de fútbol ingleses tienen sus apoyos sociales en las parroquias y en los barrios obreros. Los bares, los populares «pubs» y las iglesias son los puntos de reunión e integración que permiten la formación de los equipos. Hacia 1881, ya existían mil clubes de fútbol afiliados a la Asociación Inglesa de Fútbol. En el caso inglés, esta reunión de equipos se vio impulsada cuando la clase obrera logró que el sábado fuese también un día de ocio. La llegada del fútbol a Jalisco no fue tardía: solamente 43 años después de su oficialización en Inglaterra. Además, debe tenerse en cuenta que en 1904, dos años antes de la fundación en Guadalajara del Club Unión, nacía la Federación Internacional de Fútbol, siendo el francés Robert Guérin su primer presidente. Muy pronto, las reglas del fútbol basadas en la universalidad y en la sencillez, contribuyeron a que el deporte se difundiese mundialmente. Esas normas explican, en parte, la aceptación tan amplia que este deporte ha tenido, además de su relativo bajo costo. A las reglas pioneras se les hicieron algunas adendas que mejoraron los partidos. Quizá una de las más importantes es la de 1925, que instituyó el «fuera de juego» y condicionó la llamada formación WM. Esta manera de ordenar a los jugadores en el campo se prolongó hasta 1970, cuando el equipo Ajax de Ámsterdam, Holanda, entrenado por Rinus Michels, inauguró el llamado «fútbol total», estrategia que convirtió a los defensas en atacantes y viceversa.

La perspectiva del análisis del fútbol en Jalisco es muy amplia. En una sociedad conservadora como es la de Jalisco, en general, y la de Guadalajara, en particular, se tienen muy escasos espacios para la expresión de las emociones colectivas. Los jaliscienses son más de montaña que de trópico, conservadores más que abiertos, denotando la influencia de un catolicismo cultural arraigado. Por supuesto que existe la variedad y las excepciones y ello lo muestra el ámbito del fútbol. Sin embargo, la sociedad jalisciense en su conjunto tiende a ser conservadora. La práctica del fútbol provee, entre

otras características, espacios que sustituyen a instituciones sociales capaces de propiciar la manifestación y resolución de las tensiones colectivas. Debe tenerse en cuenta que en todo juego de futbol los jugadores de ambos bandos son interdependientes e inseparables, formando una sola figuración. Un clásico entre Chivas y Atlas reitera esta característica. El análisis del futbol es útil para estudiar las tensiones y los conflictos desde un enfoque figuracional, más allá de la teoría de los grupos pequeños que ha aplicado la sociología y la antropología. De lo que se trata es de situar la atención en ambos equipos como una sola configuración en tensión. A su vez, al presenciar un juego de futbol en el Estadio Jalisco, es posible observar que los espectadores disponen de libertad para transmitirse recíprocamente sus emociones por medio de movimientos corporales, gestos, sonidos o el uso de la palabra. En verdad, esta característica se observa en la práctica de todos los deportes. Un juego, un partido, es una batalla mimética emocionalmente controlada. La capacidad de imaginación es lo más importante. Es esa capacidad la que transforma a los jugadores en sujetos de una batalla entre grupos sociales diferentes y entre identidades en juego. Me parece que ese es el contexto del apunte de Antonio Gramsci: «el futbol es el reino de la libertad humana al aire libre».

En contraste con el escaso interés que despierta en los científicos sociales mexicanos, el futbol no está al margen de la sociedad, como lo prueba el caso de Jalisco. El futbol es un espacio público. Es uno de los ámbitos en donde con mayor celeridad y profundidad han penetrado los intereses económicos, a la par que a su alrededor se enfrentan las visiones del mundo, las ideologías o las políticas de corte nacional e internacional.

Como lo han expresado otros autores, el futbol es un objeto de reflexión sobre el signo actual —«posmoderno», dirían algunos— de la participación de las masas y de la emotividad que encierran las conductas colectivas. La observación del futbol desde ese ángulo en Jalisco propicia una reflexión acerca de la polivalencia de la identidad y la formación de comunidades de identificación. Es en este aspecto en donde el futbol provee ámbitos que se pensaban exclusivos de la religión. La irrupción del futbol en la sociedad de Jalisco —y quizá en todas las sociedades— apunta hacia la emergencia de «religiones laicas» que proporcionan a sus seguidores una identidad o fortalecen las ya

existentes. Los jugadores, convertidos en iconos, son equivalentes a un nuevo panteón. Pero también el fútbol se mueve en un ámbito de ambigüedad, entre los sentimientos de los aficionados y los intereses crecientes del negocio. A ello hay que agregarle que el fútbol ha llegado a ser indicativo de la falta de proyectos políticos capaces de ofertar alternativas a la acuciante soledad de las masas, al avance de la pobreza y al desencanto por la democracia. Sin embargo, al propiciar los ámbitos para la reformulación de identidades colectivas, el fútbol contribuye a mantener el equilibrio en las sociedades capitalistas actuales.

En Jalisco, el ámbito del fútbol lo muestra nuevamente como el catalizador de identidades. Un partido de fútbol contribuye a la emergencia de identidades existentes o a la forja de nuevas. El análisis del ámbito social y cultural del fútbol en Jalisco muestra que el deporte condensa simbólicamente las características que la nueva modernidad está imprimiendo en sociedades con fuertes sentimientos de identidad, frente a centros políticos y económicos, como la Ciudad de México. Como parte de esta nueva modernidad, el fútbol ha sido amoldado a un formato televisivo de negocio-espectáculo a través de empresas especializadas. Como lo muestra elocuentemente el caso de Jalisco, ello introduce agudas contradicciones entre las comunidades de identificación a las que el fútbol está ligado, y los crecientes, cada vez más poderosos, intereses del negocio. Con todo, la perspectiva que apunta el caso jalisciense es que el fútbol continuará siendo un integrador de identidades, una especie de «religión laica planetaria», además del más universal de los entretenimientos.

El análisis del fútbol en Jalisco descubre una realidad cultural y social polifacética. La «identidad jalisciense» no es unánime, siendo elaborada desde perspectivas diferentes. Si en los años 1950-1970 resaltaba una visión uniforme de «lo Tapatío» y de «lo Jalisciense», el análisis del fútbol muestra que en el Jalisco actual y su centro histórico, cultural, político, social y económico, la ciudad de Guadalajara, son recipientes de microsociedades distintas, con una apreciable variedad de comunidades de identificación. El fútbol es un forjador de interconexiones en ese contexto, mismas que traspasan las fronteras clasistas y culturales para establecer universos humanos de identificación y de integración. El estadio es un escenario de esas interconexiones

que, a la vez, recalcan las diferencias y desigualdades existentes. En dicho escenario, los componentes simbólicos adquieren una dinámica relacionada con las interconexiones que tejen las comunicaciones entre las microsociedades allí presentes. Reiterase el hecho de que el futbol es un integrador de identidades. Por lo tanto, el desarrollo de un partido de futbol, en particular, y el universo del futbol, en general, es un ámbito propicio para el análisis de las fronteras de género, culturales, sociales o étnicas. Incluso, actitudes atribuidas sólo a contextos religiosos son posibles de observar en el futbol. Por supuesto, los procesos de fragmentación, como los que ocurren en una gran ciudad como Guadalajara, se presentan en el futbol. En otras palabras, el ámbito del futbol es un escenario de la apropiación simbólica que grupos diversos llevan a cabo, además de captar los conflictos en las sociedades multiculturales, como lo es la mexicana en general. En este sentido, no deja de ser sugerente que el futbol provea a sociedades como la de Jalisco, una dinámica identitaria que prefigura la emergencia de nuevos grupos culturales —Atlas, Tecos— o reafirma los preexistentes —caso Chivas. En este sentido, es de destacarse que, a diferencia de Inglaterra o de Brasil, en donde el futbol tuvo orígenes aristocráticos y luego devino en un espectáculo popular, en Jalisco fue lo contrario: de los orígenes populares de las Chivas Rayadas, el rebaño sagrado, a los esfuerzos de exclusividad social del Atlas y de los Tecos.

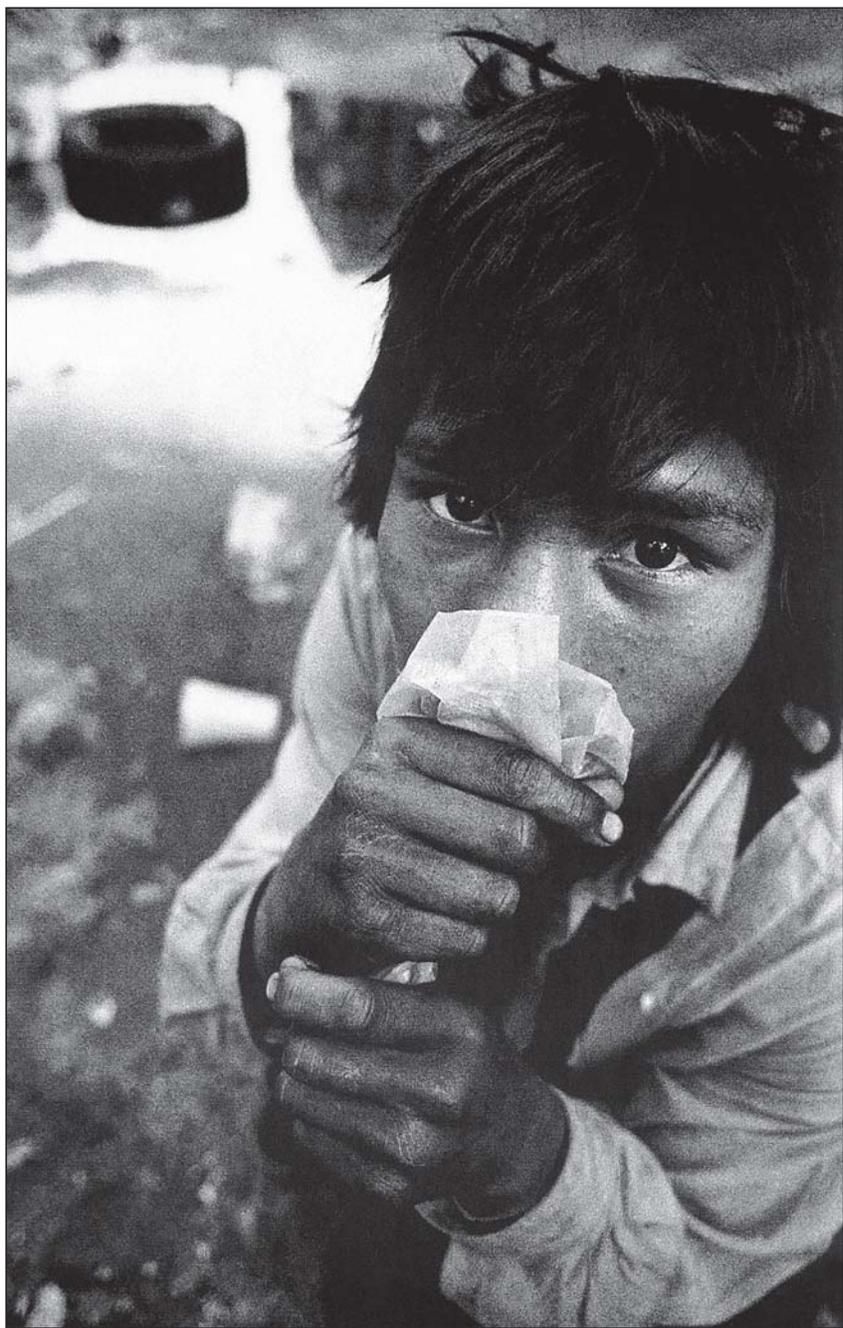
Un aspecto de la mayor importancia que el futbol permite observar son las fracturas generacionales en proceso en la sociedad de Jalisco. Estas fracturas encuentran un ámbito de integración en los estadios de la ciudad de Guadalajara o en la multitud de campos de juego desparramados por todo el territorio estatal. En el caso de Jalisco, estas identificaciones generacionales son factibles de análisis a través de la comparación de la composición social de los seguidores de los diversos equipos de futbol.

El estado de Jalisco seguirá distinguiéndose por la afición de su sociedad al futbol. Este deporte forma parte de lo que podemos llamar un *ethos* jalisciense. Un *ethos* que es diverso, pero que logra niveles de integración en medio de esa diversidad. El futbol es, precisamente, uno de esos factores integrativos, arraigados no sólo en la cultura popular, sino en todos los sectores que componen la compleja sociedad jalisciense.

BIBLIOGRAFÍA

- Alabarces, Pablo (comp.) (2000), *Futbologías. Fútbol, identidad y violencia en América latina*, Clacso, Buenos Aires.
- Bordieu, Pierre (1984), «¿Cómo se puede ser deportista?», en *Sociología y Cultura*, Conaculata/Grijalbo, México.
- Bromberger, Christian (1999), «Tercer medio tiempo para el futbol iraní», en Santiago Segurola (ed.), *Futbol y pasiones políticas*, Debate, Barcelona.
- Brohm, Jean Marie (1982), *Sociología política del Deporte*, FCE, México.
- Cid y Mulet, Juan (1960-1961), *Libro de oro del futbol mexicano*, 3 volúmenes, Costa Amic, México.
- Del Moral Tejada, Agustín (2003), *Alberto Onofre. Un crack mexicano*, Ediciones del Futbolista, México.
- Da Matta, Roberto (et al.) (1982), *Universo do futebol. Esporte e Sociedade Brasileira*, Zahar, Río de Janeiro.
- Elías, Norbert y Eric Dunning (1995), *Deporte y ocio en el proceso civilizatorio*, FCE, México.
- Fábregas Puig, Andrés (2000), «Fútbol y nacionalismo», en *Mural*, Guadalajara, 11 de agosto de 2000.
- (2001), *Lo sagrado del rebaño. El futbol como integrador de identidades*, El Colegio de Jalisco, Zapopan.
- (2002), «La antropología del futbol», en *Tierra adentro*, núm. 115, pp. 13-17, abril-mayo.
- y Alberto Gómez Barbosa (2001), *Hermandad chiva*, El Colegio de Jalisco, Zapopan.
- Fernández Christlieb, Félix (2002), *Guantes Blancos. Las redes del futbol*, Ediciones del futbolista, México.
- Fernández, José Ramón (1994), *El futbol mexicano: ¿un juego sucio?*, Grijalbo, México.
- Galeano, Eduardo (1995), *El futbol a sol y sombra*, Catalogos, Buenos Aires.
- Gómez, Jaime, *El Tubo* (1997), *Chivas. La historia oficial del Guadalajara*, Ágata, Guadalajara.
- Huizinga, Johan (1984), *Homo Ludens*, Alianza, Madrid.
- Mafud, Julio (1967), *Sociología del futbol*, Americalee, Buenos Aires.

- Rubín de Célis, Claudia Palma (1997), *El mundo el futbol. Su impacto social, político y comercial*, Porrúa, México.
- Sandoval Linares, Carlos (2004), *Juegos y juguetes tradicionales en Jalisco*, Secretaría de Cultura Jalisco (col. Las Culturas Populares de Jalisco, tomo VI, Guadalajara.
- Sotelo Montaña, Greco (1999), *Chivas. La construcción de un orgullo*, Editorial Clío, México.
- Vázquez Montalbán, Manuel (2005), *Fútbol. Una religión en busca de Dios*, Debate, Barcelona.
- Villoro, Juan (1988), «Los goles y el tiempo», en *Nueva Sociedad*, núm. 154, pp. 58-66, marzo-abril, Caracas.



NIÑOS DE LA CALLE, CULTURA EN CONFLICTO

RICARDO FLETES CORONA

Cuando unos niños ocupan no sólo el imaginario de la sociedad, ni apenas las letras de canciones, sino cuando los observamos cotidianamente en los espacios públicos, debemos reconocer que se encuentran enraizados en la cultura popular. Al formar parte de las referencias cotidianas de los medios de información, de las conversaciones entre la gente, es porque ya están instalados entre nosotros.

Niños de la calle son guerreros del asfalto, los nuevos nómadas, pero ahora con un carácter ciudadano. «La gente nos mira sabe cómo, en veces como perritos, con lástima, otras como si fuéramos rateros. Somos gente, trabajamos», en alguna ocasión me dijo alguno hace un par de años. Sí, ellos y ellas son barómetros vivientes de la sociedad, ellos nos indican que varias cosas no funcionan en este planeta. Pero quisiera resaltar que, a pesar de la sociedad, ellos nos dan una muestra enorme de la capacidad de adaptación del ser humano en pleno siglo XXI. Desgraciadamente la vida se les va en ello. Son como semillas lanzadas al asfalto.

Difícilmente alguien hubiera creído que germinarían en ese medio, sin embargo, están ahí: luchando, trabajando, jugando, viviendo, mostrando a quienes los estigmatizan que, antes que otra cosa son niños, que tienen múltiples fortalezas, que cada día que consiguen vivir es un triunfo, «voy por el diablito» (voy por el día, es lo que significa). Más que inmediatez, se trata de un realismo que han aprendido a vivirlo. Veamos todas las potencialidades que poseen y luchemos por cambiar sus condiciones.

Hace años en una conversación con el profesor Wanderley G. Dos Santos, sobre el tema de los niños de la calle, éste me decía que estaba abordando

un tema que ha puesto en jaque a la humanidad, por lo menos desde el tiempo de la Grecia clásica. Resaltaba él mismo, cómo a pesar de las enormes conquistas en la tecnología, medicina, comunicación, etcétera, la cuestión social había avanzado muy poco. Si bien no se aventuró a decir que la situación ahora estaba peor, enfatizó en que se trata, en todo caso, de problemáticas recurrentes, no resueltas, con altibajos, pero, en definitiva, permanentes. Al preguntarle por qué, me dijo que, entre otras razones, está la de ver los llamados «problemas sociales» aislados, por lo tanto, se dan soluciones fragmentarias, y por lo mismo, ineficaces, sobre todo porque van dirigidas a las consecuencias y no a las causas. Asimismo, decía, se llevan a cabo acciones sin tener en cuenta a esta población como agentes, es decir, como personas con voz, con perspectiva de solución a sus problemas, con un enorme potencial participativo, no sólo no explotado, sino muchas veces manipulado y reprimido.

Retomando las ideas expresadas en el párrafo anterior, trataré de esbozar algunas reflexiones que tocan la particularidad de nuestros niños de la calle, ligados al panorama más amplio de lo social y cómo se ha generado un conflicto cultural, mismo que se puede evidenciar a partir de percepciones encontradas de aquellos. Antes expondré algunos datos que permitirán contextualizar la cuestión de los niños de la calle en la región latinoamericana.

PARA SITUARNOS

En América Latina y en el Caribe existen 193 millones de niños y adolescentes (UNICEF, 2002), lo cual nos indica que 38% del total de población para esta región es menor de edad. La mitad de aquellos viven en condiciones de pobreza que, además, suele verse agravada por distintas formas de violencia. La pobreza está asociada a la enorme concentración de recursos y la desigualdad social de la región, lo cual nos indica que se produce riqueza, pero ésta no se distribuye. Para tener una idea al respecto, en los países latinoamericanos cerca de 20% de la población más rica posee 60% de la riqueza, mientras que 40% de los más pobres apenas tiene 10% de ella.

Además, la relación con los países más ricos a través de las políticas internacionales no favorecen perspectivas de soluciones más justas, pues retiran de nuestras economías una parte importante del esfuerzo productivo, lo que, al igual que en el plano nacional, aumenta la brecha entre países ricos y

pobres. En la región, la deuda externa consume una buena parte del ahorro nacional. En países como El Salvador, Brasil, Perú, Ecuador, Jamaica, Honduras y desde luego México, la deuda externa menoscaba el presupuesto destinado a los servicios sociales básicos. En este panorama donde lo social sale perdiendo: las personas más vulnerables, como los niños y adolescentes, pierden aún más.

Entre 1990 y 1999, el total de menores de 20 años que viven en condiciones de pobreza en América Latina, aumentó de 110 a 114 millones (UNICEF, 2002). Al mismo tiempo, la reducción de la pobreza fue menor en los hogares con mayor número de niños y adolescentes que en aquellos con mayor presencia de adultos. Los niños menores de 6 años que viven en hogares pobres suman alrededor de 36 millones en los 19 países latinoamericanos en los que se basó el estudio de referencia de UNICEF. Tampoco se redujo el número de niños pequeños pobres entre 6 a 12 años; por el contrario, aumentaron de 41.6 millones a 43.7 millones (Zamora, 2004: 20).

Vale la pena redundar: la pobreza tiene consecuencias negativas en millones de pequeños y tiene uno de sus fuertes orígenes en el sistema social internacional en el que se inserta Latinoamérica. En este sentido, nuestro país es apenas un ejemplo de lo que sucede en aquella región.

Dentro de los millones de niños pobres de la región, los llamados niños de la calle son todavía más violentados que el resto. No son muchos en términos cuantitativos, pero su forma de vida los coloca en uno de los niveles más bajos de calidad de vida. En Jalisco, el conteo de cien ciudades, realizado por el DIF Nacional y apoyado por la UNICEF en 2002, arrojó la cifra de 7 562 de niños que trabajan en las calles (esta cifra incluye los llamados «cerillos»). En un conteo realizado en 2005 por los DIF que comprenden la zona metropolitana de Guadalajara (incluido El Salto y Tlajomulco), se encontraron 2 595 menores de edad de ambos sexos desempeñando actividades en las calles de la zona estudiada (en este caso no se incluyeron los «cerillos»).

Sin embargo, estos datos no revelan el drama que han vivido los niños y sus familias, que los ha llevado al punto de salir a la calle como una estrategia de sobrevivencia, con todos los peligros que ello comporta para su sano desarrollo. Por otro lado, nos indica lo difícil que es llegar a tener una cifra exacta

de estos niños. Y si no tenemos cifras precisas es muy difícil atenderlos plenamente. Estos niños parecen la parte final de una serie de causas concatenadas o en cascada que van desde un sistema económico generador de pobreza, que reduce las oportunidades y potencialidades de un sano desarrollo y que, además, afecta a la familia y los lleva a las calles, en donde encontrarán una forma de sustento, pero también enormes riesgos para su vida presente y futura. La pobreza es una forma de violencia estructural.

Esto no es todo; por si fuera poco, hay formas de percepción de esta población que contribuyen a su estigmatización, o bien a algún tipo de apoyo que no ataca causas sino consecuencias. La estigmatización es una violencia simbólica. Ambas formas de violencia, la estructural y la simbólica, reflejan el conflicto de nuestro sistema cultural.

LAS VISIONES SOBRE ESTA INFANCIA

Sobre los niños en situación de calle se ha pintado un panorama que mayormente destaca características negativas de sus personas.

En una primera visión, se dice que son los futuros delincuentes, que son miles, que provienen de familias desintegradas, que les faltan valores, que no tienen cultura, que no tienen educación o muy bajo nivel educativo, que sus padres no los atienden, que son niños abandonados y explotados. En pocas palabras, la voz popular generalizada señala: son malos.

También existe otra visión que les llama pobrecitos, inocentes, carentes de amor, maltratados, víctimas. Desde esta visión se reconoce que si no tienen educación hay que dárselas; si tienen hambre, hay que darles qué comer, y así a cada una de sus carencias, todo adicionado con cariño.

Una tercera visión, más reciente, indica que son seres humanos con sus derechos violentados, producto de una sociedad injusta, inequitativa, por lo tanto, son un producto social; que al trabajar con ellos estaremos creando no sólo un hombre nuevo, sino realizando un acto de justicia social.

A cada visión sobre estos niños corresponde generalmente una respuesta más o menos típica; la primera de ellas sugiere el tratamiento que los reintegre socialmente, pero apartados, segregados dada su peligrosidad, para que no contaminen a las manzanas buenas. Desde esta perspectiva, se suele caer con enorme facilidad en soluciones inmediatas o pretendidamente efectivas; un tris-

te caso ha sido Brasil, con sus bien documentados exterminios de estos infantes a cargo de los llamados «escuadrones de la muerte». Las investigaciones llevadas a cabo por una comisión parlamentaria de aquel país, luego de un asesinato masivo en junio de 1993 afuera de la hermosa iglesia de La Candelaria, en Río de Janeiro, detectaron detrás de la masacre la presencia de miembros de la policía, comerciantes y otras personas con un perfil, digamos, duro, propio de la visión señalada. Para estas personas, matar a estos niños no era sino una labor de asepsia, más económica que su reclusión e incluso preventiva, pues los niños callejeros de hoy serán los futuros ladrones, violadores y delincuentes del mañana. Acabar con ellos resultaba una solución efectiva, más aún cuando el costo equivalía a cien dólares de la época, era barato, según a decir de los propios autores intelectuales de las ejecuciones.

En nuestro país, en nuestra Guadalajara, no estamos muy lejanos de esta visión, y no son pocas las personas que comparten esta línea «dura», aunque no llegan al exceso del exterminio criminal, prefieren el enclaustramiento, el castigo, la reintegración social, eso sí, fuera de la vista del público. Sin embargo, también el estigma de ser niño o niña de la calle es una forma de aniquilar a las personas, al privarlas de valor: «es un callejero, no vale nada»; al señalarlas como negativas: «ten cuidado, son bien mañosos»; al atribuirles conductas que aún no se presentan, pero que, seguramente, se presentarán: «hay que atenderlos hoy porque si no mañana nos van a asaltar».

Como se ve, en las expresiones anteriores, recogidas entre diversas personas de la zona metropolitana de Guadalajara, reflejan una actitud estigmatizante hacia la población de la calle; se les juzga por la apariencia y por lo que pueden llegar a ser; eso también es una forma de violencia, como he dicho.

Por otra parte, la respuesta de la segunda visión nos dice: hay que ayudarlos, hay que darles cariño, amor, alimento, protección, se resume en hacer el bien sin mirar a quién, ser caritativos con ellos.

Partiendo de este supuesto, en términos generales, el fin es satisfacer las necesidades de niños, o sea, la comida, un techo, la escuela, el cariño; son fines en sí mismos; cada una de las carencias hay que satisfacerlas. A pesar de la intención de «enseñar a pescar y no sólo dar el pez», son tantas las demandas y necesidades que el tiempo y los recursos de quienes realizan estas labores no rebasa el pan, el techo, etcétera. Esto es algo sumamente loable, pero

ha llegado a crear personas que parecen conformarse con lo que se les da y, en no pocas ocasiones, suelen reclamar su derecho a ser sujetos del pan que reciben. He escuchado a más de alguno decir «el gobierno tiene la obligación de ayudarnos». Una señora, madre de un par de niños que trabajaban en las esquinas, dijo en una ocasión: «si me suspenden la despensa que me dan por mis niños, ¡hum!, me traigo a mis sobrinos». Y cumplió su promesa, se hizo acompañar de otros tres menores y la institución que le daba despensas (llamadas becas alimenticias) le continuó dando su despensa. Este es un caso que puede ejemplificar los efectos que puede tener en las personas necesitadas de apoyo, en donde la ayuda otorgada como un fin en sí mismo llega a crear dependencia y manipulación de parte de los apoyados.

Desde la tercera visión, la respuesta consiste en la restitución de los derechos de estas niñas y niños y la transformación de las condiciones que está generando tal situación. El trabajo, la práctica en realidad, se centra en los niños, llega a las familias y apenas se esbozan acciones en la comunidad. No se llega a la pretendida transformación social.

Desde esta visión el discurso suele ser diferente, mientras que las prácticas no suelen diferir tanto de las otras dos visiones. ¿Cómo explicar esto? Al menos en nuestro contexto social inmediato, la zona metropolitana de Guadalajara, parece referir una cultura de corte tradicionalista, más aún, machista, es decir, dominante, donde, entre otras cosas, el adulto es quien tiene la razón sobre el menor; donde el niño debe obedecer; donde, en resumidas cuentas, uno sabe y otro no (se puede llamar a esta forma de relacionarse: adultocentrismo). De esta manera, sancionada culturalmente, quedan establecidas relaciones asimétricas entre uno y otro sujeto social por la magia de la diferencia de edades, a lo que se suma la diferencia social. El niño, generalmente pobre; el adulto, de clase media, o bien, dotador de servicios. Esta diferencia, una vez más, pero ahora en el plano micro de la relación entre educador-niño, establece asimetrías, inclusive sin la conciencia del propio educador y a veces a pesar de la conciencia de éste, como ejemplifican estas palabras: «¿qué puedo hacer?, no puedo ofrecerle nada más que lo que la institución (sea a través de un programa gubernamental o no gubernamental) tiene para ofrecerle, yo sólo soy un intermediario». En último análisis, existe una disociación entre el discurso que se emite desde esta tercera visión y sus prácticas. Incluso, hemos encontrado

entre los educadores de calle, cuyo discurso es el de la primera y segunda visión, trabajando en un programa que se autoinscribe en la tercera visión.

Para ampliar la respuesta a la pregunta planteada en el párrafo anterior, podemos decir que es la estructura social incorporada la que permea, independientemente de las pretensiones del programa o del educador frente a los niños, la que condiciona las prácticas de los educadores, estructura que refleja la cultura dominante sancionada como positiva en el colectivo social. Digamos que el peso de la estructura logra imponer en las personas las características de esta estructura social, a saber, distancias sociales, asimetrías, diferencias que establecen lo bueno y lo malo, dar o no dar y quién es merecedor de recibir, así como el intento de hacer justicia social, pero que a final de cuentas no logra sino marcar las diferencias sociales que existen en el nivel más amplio.

Por supuesto que estas tres visiones, y sus correspondientes prácticas, son como tipos ideales que difícilmente existen de manera pura en nuestra sociedad; sin embargo, sirven para ejemplificar tres grandes vertientes de opinión, visión y acciones que pueden inscribirse dentro de ellas. A pesar del riesgo de caer en una rígida clasificación, consideramos que es importante tomar en cuenta dichas perspectivas, a fin de tener una visión más amplia y completa de qué es lo que orienta las acciones hacia niñas y niños de la calle; con ello, tal vez logremos una mayor conciencia y una menor ingenuidad respecto a este fenómeno social y cultural que tanto inhibe el desarrollo integral de seres humanos en pleno crecimiento.

LA CRÍTICA Y EL CAMBIO

Analizar los efectos de cada programa que atiende a niños de la calle no resulta apenas de interés académico, por el contrario, es socialmente justificado en la medida que logre indagar qué sucede con las acciones de ayuda, cuál es su efecto en la población atendida con los recursos públicos. Además, no se puede negar que es una problemática que día a día se torna más compleja. Pues, por otro lado, no se puede ocultar que se está favoreciendo que personas necesitadas de apoyo tomen los programas como parte de sus estrategias cotidianas de sobrevivencia. Un proyecto de vida no puede supeditarse a la dependencia asistencial, en todo caso, debe ser un apoyo temporal y efectivo que permita superar la condición de asistido. De otra forma se está alimentan-

do un paternalismo pernicioso. No es por casualidad que el antropólogo Oscar Lewis hablaba de una cultura de la pobreza, uno de cuyos rasgos es la dependencia. Pero hay que decir que la cultura se aprende, es decir, hay toda una socialización en el camino de la pobreza.

Aún sin analizar este fenómeno bajo la óptica de los derechos de los niños, son evidentes las implicaciones que tiene en este sentido para todo niño o niña que no reciba de la sociedad lo que por derecho le corresponde.

Por otra parte, las visiones sobre la población que hemos enunciado, cualquiera de ellas, no generan a estos niños de la calle pero, en última instancia, contribuyen a mantenerlos como tales; cada cual a su estilo, llevan a su reproducción como fenómeno social y cultural, pues no llega a modificar las condiciones que están en la génesis de los niños de la calle. Esto sugiere que, un primer paso para lograr transformar estas visiones y estas prácticas reproductivistas, es reconocer que lo son y que funcionan como tales. Es decir, no deberíamos actuar ingenuamente. Una vez reconocidos, entonces sí atisbar las posibilidades de cambio particulares, desde cada una de las situaciones concretas y con quienes forman parte de este problema social que es la infancia callejera. Es limitado suponer que es un problema de los niños o niñas; es un problema de ellos, sin duda, en tanto que productos de una sociedad y por lo que tienen que padecer; pero es una cuestión que se debe abordar desde los educadores de calle, los programas gubernamentales y no gubernamentales, etcétera; es decir, la sociedad entera debe pensar, cuestionarse qué hacer con lo que está generando, una de cuyas caras visibles son estos infantes. Impulsar esta reflexión, romper esta ingenuidad con la que hemos venido trabajando en los últimos siglos, es parte de la tarea que hay que realizar desde espacios como el presente.

Desde luego, un camino que es necesario impulsar —desde una perspectiva de transformación cultural— consiste en que la sociedad, incluidos los niños, modifiquen su visión-percepción sobre niñas y niños de la calle; el problema no son ellos, ni está en ellos; es la sociedad la que hipócritamente los etiqueta como problema, y esto quiere decir que usted y yo culturalmente vemos a estos niños como «malos», «pobrecitos» o «víctimas» de la injusticia social; no nos vemos a nosotros ni a nuestra sociedad como quienes los generamos. Mientras no lo hagamos así estaremos presentando, a lo sumo, paliativos, y estare-

mos sacrificando miles, cientos de miles de vidas a su capacidad resiliente, a que crezcan a pesar de la sociedad, de los programas que, bien o mal, se han creado para reintegrarlos. Al etiquetar a estos niños como problema social, en realidad, en la práctica, le quitamos el componente social y lo dejamos como problema. Es aquí donde, precisamente, se evidencia el conflicto cultural, pero a la vez sugiere que transformando prácticas culturales se puede contribuir a ver de otra forma a estos niños y, con ello, impulsar nuevas visiones.

Por otro lado, el contexto latinoamericano expuesto respecto de esta infancia no hace sino recalcar la dimensión de una cuestión que vista localmente «no es tan grave», como no pocos sostienen, pero el panorama regional, si se quiere en términos cuantitativos, nos permite ubicar el drama humano que se vive en esta subregión continental.

Con lo dicho hasta aquí tenemos elementos para, entre otras cosas, reconocer, identificar (¿identificarnos?) con tal o cual visión sobre estos niños simpatizamos, como una tarea inicial para poder romper con la misma, o bien, asumimos conscientemente. Lo peor es la ceguera de quien no quiere ver. Se deben distinguir y ser conscientes de las prácticas de las entidades que trabajan con esta población, así como su relación con una visión y un discurso sobre los mismos; analizar inconsistencias o consistencias. Es cuestión de observar, pues, a los educadores de calle, promotores sociales, «mairos», activistas sociales y todos los que trabajan con estos niños, que llevan consigo una manera, consciente o inconsciente, una forma cultural de percibir a las niñas, de entender y explicarse por qué están en la calle, cómo llegaron a ella, por qué y cómo hay que atenderlos.

Enseguida, podemos darnos cuenta de los matices y variantes de estas visiones y revisar la propia, como un acto para ubicarnos y ubicar al resto como miembros de una sociedad plural, con diferencias; ¿para cambiar?, bueno, si usted lo considera pertinente cambie, pero no necesariamente tiene que hacerlo. La vida en sociedad requiere de seres pensantes, no meros autómatas o bobos sociales que actúan por los dictados de las modas, sean ideológicas, políticas, económicas o de vestir.

Elegir conscientemente es propio de personas y sociedades maduras. Un sistema democrático serio debería propiciar una enorme conciencia social, a fin de perfeccionar y hacer efectivo el mismo sistema, lo cual redundaría en una

mejor sociedad. Y esto, ¿qué tiene que ver con niños de la calle? Todo, pues si reconocemos que hay que actuar a favor de esta población, no es posible que veamos crecer su número y que nos mostremos pasivos ante la incapacidad de organismos gubernamentales y no gubernamentales; ambos, a final de cuentas, son alimentados con nuestros recursos. Ciudadanos democráticos exigiremos acciones eficaces, pues no sólo se trata del uso de nuestros impuestos, sino que la existencia de aquellos niños implica la vida de seres humanos, ciudadanos, en plena formación mental, física, educativa, moral que, si hoy no los atendemos bien, mañana (por no decir toda la vida) los tendremos que seguir atendiendo. De ahí se concluye que, los costos —en el plano económico, social, individual— por no atender bien, a fondo, y con efectividad a esta población, tiene consecuencias hoy y las tendrá en el futuro, en los mismos planos señalados.

Varias son las consecuencias para el sector de la infancia del que hemos venido tratando en este artículo. Aun cuando falten datos más finos para sustentar nuestras afirmaciones, podemos señalar, a partir de nuestra experiencia, varios puntos problemáticos que es necesario solventar a fin de transformar el presente y futuro de esos niños: un sistema socioeconómico que impide que las familias y el Estado cumplan plenamente su papel a favor de la infancia y la adolescencia; carencia de una amplia alianza social que permita realizar más y mejores acciones de manera coordinada; la percepción social y cultural sobre los niños de la calle (y de otras múltiples denominaciones), como si se tratase de un fenómeno natural, lo cual tiene que ver con una cultura de la indiferencia hacia esta problemática; la inaplicabilidad de los marcos legales recién aprobados (la ley del estado de Jalisco para los niños, niñas y adolescentes, promulgada en 2003), dado su carácter enunciativo, sin el establecimiento claro de responsabilidades y sanciones rigurosas por su incumplimiento, así como la carencia de recursos humanos y materiales para hacerlos efectivos; el desconocimiento generalizado de derechos —y deberes— de los niños, no sólo entre la población en general, sino entre funcionarios e instituciones, lo que favorece la permanencia de la adultocracia; la escasa visibilidad de la infancia abandonada, en el más amplio sentido del término. Por un lado la enorme visibilidad de niños de la calle y, por el otro, la poca visibilidad del trabajo infantil en el ámbito doméstico, sea al servicio del propio taller familiar o en familias pudientes, el trabajo en el campo, etcétera;

falta de recursos para actualizar al personal que labora actualmente con esta población y carencia de plazas nuevas, carencia de recursos humanos y materiales para implementar el trabajo comunitario como estrategia preventiva en zonas expulsoras y de alto riesgo; dificultades para regularizar académicamente a niños que ya han sido captados por promotores infantiles comunitarios; escaso personal para supervisar a las instituciones que trabajan por la infancia y la adolescencia en el estado, a fin de valorar las condiciones de su funcionamiento, detectar y corregir irregularidades, así como para ofrecer apoyos puntuales, y permanencia de una visión o enfoque de riesgo sobre estos menores, es decir, percibirlos como niños problema.

En nuestra sociedad hemos creado mecanismos sociales —basados en percepciones culturalmente condicionadas— para la atención de esta problemática, pero ante la permanencia de estos niños, ¿fallan los mecanismos o falla el sistema mismo que parece centrarse en los síntomas, no en las causas?

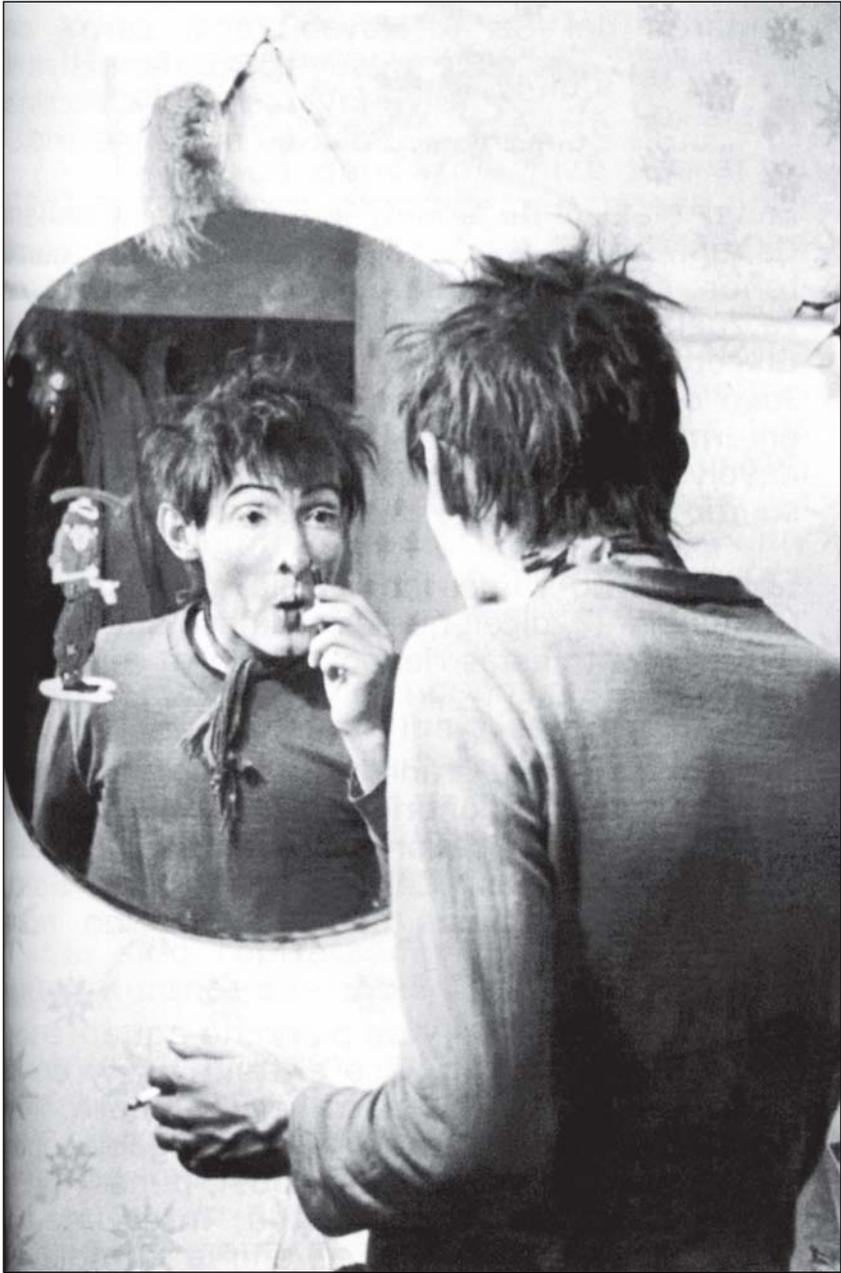
La presencia de estos niños cuestiona al mismo sistema que los genera, ¿acaso no posee los medios para autocorregirse? En la cultura y valores que prevalecen en esta sociedad concreta, ¿cuál es el discurso y cuáles las acciones sobre ellos?

En un sistema social preocupado por lo que podemos llamar la cultura de la productividad, el rendimiento, la competitividad, la acumulación de capital, la generación de ganancias, ¿qué lugar tienen niños de la calle?, ¿acaso de residuos dispensables, un mal necesario, basura social, son reciclables, son incorregibles, los podemos poner «debajo de la alfombra», o bien llevarlos a lugares apartados? Creo que debemos hacernos preguntas de este tipo, pues es en medio de este sistema social y cultural que estamos inmersos y es dentro de él que debemos ofrecer respuestas que orienten cambios.

BIBLIOGRAFÍA

Zamora, María Helena, Irene Rizzini y Ricardo Fletes (2004), *Niños y adolescentes creciendo en contextos de pobreza, marginalidad y violencia en América Latina*, Childwatch /CIESPI/Pontificia Universidad Católica, Río de Janeiro.

UNICEF (2002), *Estado mundial de la infancia 2002*, Nueva York.



Jesús Martínez Palillo

LAS CARPAS DE VARIEDADES EN GUADALAJARA: VERDADEROS «TEMPLOS DEL ARTE EN PAÑOS MENORES»

ROMINA MARTÍNEZ

Se conoce genéricamente como «carpas» al espacio que albergó durante los primeros cinco decenios del siglo veinte espectáculos de revista y de variedades¹ en los que participaban varios artistas de barrio, que por medio del albur y del humor ridiculizaban distintas situaciones sociales y políticas. Esta diversión se convirtió en una de las formas más *sui generis* de denuncia social de aquellas épocas, además, por este medio, la mayoría de la población se enteraba de cuestiones de interés nacional, estatal, municipal, pero sobre todo de índole local. Muchas carpas, debido al éxito taquillero que obtenían, evolucionaron y se convirtieron en teatro salón. Con el paso del tiempo, se fue conformando la identidad del «espectáculo carpero», en el cual se ofrecía la presentación del cómico y sus *sketches*,² así como mujeres sensuales, además de

¹ El teatro de revista fue una herencia a México por parte de la cultura francesa y norteamericana que inició desde mediados del siglo XIX. Los estadounidenses denominaron revista o entretenimiento (*follies*), a las obras musicales que conjuntaban acrobacias, cuadros cómicos y bailables. La revista tiene cuatro elementos: trama, música, cuadros bailables y lo picaresco. Existen varios tipos de revista: frívola, costumbrista o nacionalista, política, musical y de evocación. Las variedades son una variación de este género teatral, donde se realizan bailes populares con bellas y sensuales mujeres, que llevan poca ropa. La influencia francesa consistió en que a la par de los bailables había representaciones cómicas que hacían uso de los modismos de barrio y del juego de palabras. Véase Dueñas, Pablo y Flores y Jesús Escalante (1995).

² El *sketch* es un chiste corto que tiene como base un esbozo de lo que se ...>

cantantes, declamadores, magos, etcétera. Todos estos artistas eran presentados en espectáculos de tandas, esto es, por tiempos cortos, cuya duración podía ser de media hora hasta la hora y media. Otro punto a favor del espectáculo fue su costo de entrada, el cual fue accesible a todos los bolsillos. De ahí que se pusiera de moda la frase «esta tanda y la otra por un boleto», con lo que se daba posibilidad de tener más diversión por un sólo precio.

Fueron las carpas espacios de encuentros barriales y simbólicos que brindaron a la sociedad tapatía tardes y noches de diversión, donde la carcajada de los asistentes era el suspiro para continuar con el enfrentamiento cotidiano a la incertidumbre provocada por los distintos conflictos bélicos (revolución, guerra cristera), los cambios políticos y las crisis económicas de los primeros decenios del siglo veinte. En este ámbito político y social se abrieron espacios novedosos: las carpas, cuyo espectáculo era la certeza de la diversión, del relajo, del encuentro y reencuentro consigo mismo.

En Guadalajara la actividad carpera tuvo su periodo de auge durante los primeros decenios del siglo pasado. En ese entonces, la «perla tapatía» experimentó un cambio en su fisonomía debido al impulso que se dio para embellecerla y dotarla de infraestructura urbana, con el fin de elevarla a la categoría de «ciudad moderna». Entre las diversas obras con este fin, el entubamiento del río de San Juan de Dios durante los dos primeros decenios del siglo veinte, fue lo que posibilitó una novedosa forma de uso del suelo, al dejar lotes vacíos propicios para la instalación de carpas. Para el caso de Guadalajara, fue en el barrio de San Juan de Dios donde se ubicaron la mayoría de las carpas.

En ese tiempo, la ciudad contaba con teatros como el Degollado y el Principal, en los que se ofrecía a los asistentes diversos tipos de espectáculos, como ópera, opereta, zarzuela, con compañías que venían de la Ciudad de México, de España y algunas de Italia. En varias ocasiones se presentaban algunas compañías de artistas de la localidad.³ El gusto de los tapatíos se in-

...> irá planteando en escena; su principal técnica será la improvisación de lo que se planeó. El *sketch* cambió la forma de dar espectáculos de variedades al no depender de un libreto escrito, además de que posibilitaba el que los artistas de carpas itinerarán de carpa en carpa en un solo día.

³ Como la compañía que representaba el señor Carlos Sánchez de Lara, que ...>

clinó por las funciones «frívolas», espectáculo ofrecido por los empresarios de las carpas con el que atraían a un gran número de espectadores que disfrutaron momentos de relajó, de sensualidad y erotismo.

Puede decirse que para el año de 1928, se consolidaron las diversiones carperas en Guadalajara. A partir de este año el gobierno intentó ponerlas en orden al realizar una serie de clausuras. De esta situación un periodista de *El Informador* comenta:

La orden de cierre [de las carpas] dictada por las autoridades fue intempestiva y brutal. So pretexto de higiene y manos limpias, los despiadados agentes clausuraron esos templos impecables del arte en paños menores. Sorprendiendo a los empresarios en los momentos de emparejar sus pérdidas; a los actores en vías de revalidación de facultades, y a las tiples en camisa de cútis riguroso. El bataclán de las afueras ha muerto y en adelante habrá que buscarlo en la Cámara y en teatros limítrofes. Pongámonos en pie y consagremos medio minuto cinco décimos a su recuerdo (*El Informador*; 6/11/1928).

Sin embargo, el auge de los espectáculos de variedades en carpas fue tal que de las diversiones públicas que hubo durante el año de 1929, estos ocuparon el segundo lugar, según informó el presidente municipal; sólo le quitaban la primicia las funciones de cine. Incluso, hubo más funciones carperas que funciones en el Teatro Degollado, como se muestra en el Cuadro 1.

Ya para el año de 1932, se tenía en el Reglamento Sanitario un apartado específico para las carpas; se trataba del capítulo X, en el cual se leían los siguientes artículos:

...> en 1925 ofreció, en el Teatro Principal, espectáculos de «rataplán» haciendo parodia al «bataclán», espectáculo parisino que mostraba a mujeres sin mayas y en pasarela. Los artistas de esta compañía eran Ignacia Verástegui, Eloísa Ávila, Fanny, Katty, Lupe Lazcano, Concepción Rosete, Amparo Alonso, Indelisa Díaz, Cuca del Hoyo, Refugio Pérez. Los actores eran: Carlos Sánchez de Lara, Felipe Bravo, el Guayabo, Alfredo Gudiño, Mario Rivera, Rafael Cártago, Felipe Enríquez, José Rodríguez, Esteban Chauseña (AGMG «Salvador García Gómez», Ramo Fiestas Cívicas y Diversiones, 1924-1925, carpetón 8, expediente 111).

Cuadro I
Diversiones públicas presentadas en el año de 1929

<i>Lugar</i>	<i>Tipo de diversión</i>	<i>Total de espectáculos</i>
Teatro Degollado	Conciertos, zarzuelas, comedia, festividades cívicas y culturales, exhibiciones cinematográficas	230
Teatro Principal	Dramas, revistas, zarzuelas y variedades	133
Teatro Zelayarán	Dramas, revistas	34
Teatro Victoria	Pastorelas	35
Teatro Juárez	Variedades	2
Teatro María Teresa	Variedades	42
Carpas	Variedades	423
Carpas	Circos	75
	Corridas de toros	71

Fuente: Realización propia. Datos tomados de *El Informador*, 02 de enero de 1930.

135. Queda prohibido el establecimiento de carpas en la vía pública para espectáculos, representaciones o exhibiciones de cualquier género.

136. Las carpas para espectáculos de cualquier género, representaciones y/o exhibiciones, sólo se toleran con el carácter transitorio, en solares o predios particulares para el número de días que para cada caso se fijare por escrito, con calidad de improrrogables; y durante todo ese tiempo deberán conservarse en buen estado de limpieza, a satisfacción del Departamento de Salubridad;

137. Cuando la instalación de la carpa se haga en un predio de propiedad particular, se dotará de servicios sanitarios de acuerdo con lo que fije en cada caso el Departamento de Salubridad;

138. En todo caso las salidas de seguridad tendrán 1.50 de anchura y en número de una por cada 200 espectadores;

139. Las carpas deberán contar con extinguidores para caso de incendio a razón de uno por lo menos, por cada 10 espectadores, debiendo estar colocados en lugares bien visibles y al alcance de la mano;

140. En todas las carpas será obligatoria hacer diariamente el aseo, extrayendo las basuras hasta el lugar que designa la autoridad competente. En las carpas en donde haya animales será preciso extraer los desechos por lo menos dos veces al día.⁴

Muchas de estas disposiciones no se cumplían en las carpas ni en los teatro salón, pues el precario presupuesto de los empresarios carperos a penas y rendía para el sostenimiento de la compañía carpera y del pago de impuestos al ayuntamiento. Hablar de salidas de emergencia y extinguidores muestra el escaso conocimiento de las autoridades respecto al tipo de espacio al que intentaban regular. Ni siquiera el Teatro Principal contó con varias de estas disposiciones. Con lo señalado en la prensa tapatía se hacen evidentes los esfuerzos llevados a cabo por los distintos gobiernos para regularlos, y de su incapacidad para poder frenarlos. De hecho, fueron estos espacios tan populares debido al espectáculo «inmoral» presentado, que inclusive, para algunos, iban contra los principios de la revolución, esto es, elevar la moral y la educación del pueblo, al ofrecer espectáculos contra las buenas costumbres, razón por la que las carpas eran «contrarrevolucionarias», además de que:

Es cosa sabida por todo el mundo que el teatro frívolo ha degenerado muchísimo en los últimos tiempos, degradando su condición de espectáculo alegre —que puede y debe serlo en una forma sana, produciendo en el público un placer benéfico—, hasta convertirse en un morboso excitante de los más groseros instintos. Y es un hecho conocido también, que las «carpas» son la expresión más genuina, más identificada y más tóxicamente activa, de ese criminal teatro de escándalo, pues que en ellas se ha llegado a los más perversos y procaces recursos de risa y sensualidad [...] (Landazuri, 1938).

Así, el espectáculo carpero ofrecido en Guadalajara fue criticado en múltiples ocasiones por hacer gala de mujeres sensuales y de albures, cuestiones que preocupaban a la moralidad de la época, pero que dieron éxito a la

⁴ Publicado en *El Informador*: Guadalajara, 18 de julio y 28 de agosto de 1932. El Jefe del Departamento Superior de Salubridad del Estado de Jalisco era Edmundo Aviña López, que intentó en varias ocasiones retirar las carpas que estaban ubicadas en Mercado de San Juan de Dios, por no cumplir con el reglamento.

carpa. El fenómeno carpero en Guadalajara tuvo como principal espectáculo el de variedades, a diferencia de la Ciudad de México, en donde se ofrecían, en su mayoría, espectáculos de revista mexicana.

LAS CARPAS EN GUADALAJARA

Podemos denominar al periodo que va de 1920 a 1940 como «la época de oro de las carpas», debido a que, como se ha demostrado en líneas anteriores, este tipo de diversión era de las más gustadas por el público tapatío, generándose todo un ambiente cotidiano en torno a las carpas, desde los «coleros»,⁵ hasta la oportunidad que se les presentaba a las jóvenes de los barrios de «ser artistas».

En Guadalajara fue notoria la precaria situación de los empresarios carperos, pues en varios de los permisos para instalar carpas los empresarios pedían la rebaja del impuesto por uso de piso o que se les eximiera de dicho pago. La celebración de fiestas populares era motivo para dar espectáculos carperos de variedades en diversos lugares, como en Talquepaque o en Atemajac (*El Informador*, 28/06/1930 y 6/08/1934). También se dieron permisos para ubicar carpas en el marco de la «Gran Feria» llevada a cabo en 1933 en la Ex Penitenciaria de Escobedo; o en el parque Agua Azul, con motivo de los 400 años de la fundación de Guadalajara (*El Informador*, 02/1942). Esto nos habla de la importancia de la diversión carpera, pues junto a los obligados puestos de comida, rifas, loterías, debía estar el espectáculo carpero.

Era tal el éxito de las carpas que algunos empresarios dejaron de ofrecer diversión circense por la de las carpas. Por ejemplo, el señor José M. Mantecón quería instalar una carpa en el cruce de la Calzada Independencia y Leona Vicario, debido a que como empresario de circo ya no obtenía recursos, incluso, por el «mal éxito en esta ciudad [del circo], tuve que cerrarlo». Por tanto, pretendía dedicarse al negocio de las variedades (AGMG, 8, 77, 1931).

⁵ Era muy popular denominar de esta forma a grupos de jóvenes que entraban a la carpa sin pagar para «hacer el ambiente». Incluso, algunos de estos jóvenes eran contratados por miembros de las compañías carperas para desmeritar, abuchear, lanzar jitomates, a otros artistas de la carpa. En la Ciudad de México eran conocidos como la «palomilla». *Cfr.* Martínez, Romina (2003), «Las carpas...», capítulo III «¡Corre...! ¡Va a comenzar la tanda...!», p. 80.

Las mujeres también participaron como empresarias de carpa. En abril del año de 1932, la señora Guadalupe Varela solicitó permiso para instalar una carpa en la que se darían funciones de variedades. La ubicación de esta carpa sería «a un costado del Mercado Libertad, entre Dionisio Rodríguez y José María Mercado». Esta empresaria señaló: «tengo necesidad de trabajar y ayudar a personas de mi estimación y por eso solicito permiso para establecer una Carpita de Variedades enteramente morales [...]» (AGMG, 8, 74, 1932).

Sabemos que hubieron distintas carpas en Guadalajara, incluso, muchos empresarios ni siquiera llegaron a bautizarlas, aún falta rescatar su historia, así como la de las carpas «Mary Rosa», «Tony», «Ideal», «Estrella» o «Politeama», «Rosas», «Salón Princesa», y carpa «Ofelia», que en la actualidad brinda funciones en algunas poblaciones de Jalisco. A continuación mostraré parte de la historia de algunas de las carpas que tuvieron mayor auge en la ciudad.

La carpa Jalisco

Esta carpa, antes de ser conocida como carpa Jalisco, le pertenecía al señor Luis Vázquez, don Witle, que se molestó tanto al tener un enfrentamiento con sus empleados por haberse emplazado a huelga, que decidió abandonar el negocio carpero, el cual quedó en manos de la señora María de Jesús Vargas de Herrera.⁶ En esta carpa destacaron por su trabajo como cómicos los tapatíos Jesús Martínez Palillo e Idelfonso González Don Chicho. La carpa se ubicaba en la Calzada Independencia y Javier Mina, junto al Mercado Libertad (AGMG, 8, 92, 1932).

Lo sucedido a don Witle nos muestra el contexto político de la época, pues a partir de los años veinte se dio una intensa campaña en pro de las organizaciones obreras por parte del Estado, de ahí que los artistas de muchas carpas, como fue el caso de los de la carpa Jalisco, al pertenecer a una unión o sindicato, conseguían el apoyo de las autoridades, quienes les otorgaban los permisos para continuar con la explotación del recinto o en algunos casos hasta se les eximía del pago de impuestos. Prueba de ello es que en el

⁶ Este conflicto fue reseñado por el ingeniero Manuel Ornelas General Edison, en una plática personal, en casa del General, el 4 de febrero de 1998.

año de 1932, los artistas de la Carpa Jalisco pertenecían a la Unión Mutualista de Empleados de Teatro, y pidieron al presidente municipal que no les quitaran la carpa donde trabajaban. Esta solicitud la firmaban el secretario general de la Unión Mutualista de Empleados de Teatro, el señor R. Brizuela Arroyo, así como Venancio Martínez, E. Vidrio; Guadalupe Cervantes, María A. Díaz, Jesús Vargas de H, Salvador Blanco, Rafael Castañeda, Ricardo Domínguez, Francisco Ramírez Manuel Castañeda, Victoria Cervantes, Rosa Cervantes, Don Chicho, pidiendo que no les quitaran la carpa:

teniendo como único medio para vivir el trabajo de Espectáculos que en la carpas se nos proporciona, no creemos justo que se levanten éstas, pues quedamos muchísimos trabajadores en la calle [...] porque de llevarse a efecto el que se levanten por completo las carpas, irremediablemente quedamos sin sustento para nosotros y para nuestra familia (AGMG, 8, 4, 1932).

Seguramente este retiro de las carpas por parte de las autoridades se basaba en el Reglamento de Salubridad citado líneas arriba. El presidente municipal, Ramiro Diéguez, mandó una circular dirigida al inspector de diversiones públicas en la que le indicó que les dijera a «los propietarios de las carpas instaladas en la Calzada Independencia» que tenían que retirarlas. Los artistas de la «Carpa Jalisco» enviaron otro oficio, pero ahora dirigido al gobernador del estado, el licenciado Sebastián Allende, en donde le explicaban:

Somos trabajadores que, buscando la manera de proporcionar trabajo a nuestros compañeros y ver la manera de conseguir nuestro sustento, nos hemos constituido en Empresa de Taquilla, en el centro de dirección «Carpa Jalisco»; durante una corta temporada hemos estado luchando para que nosotros y nuestros demás compañeros no carezcamos en lo absoluto para vivir, al mismo tiempo suplicamos a usted nos preste su ayuda para que no nos sea retirada la «Carpa» del lugar que ocupa (*idem*).

Le decían que acudían a él porque él se comprometió en el evento de clausura de la Convención Obrera, a ayudar al «obrero siempre que pidiera justicia». Así, en el discurso de la época el artista de carpa es un «obrero de las bellas artes». El gobernador les respondió al día siguiente que se dirigió al

presidente municipal, «patrocinando el asunto que me exponen». Consiguieron que no les quitaran la carpa. Al año siguiente, la señora María de Jesús Vargas de Herrera pidió permiso de ampliar la carpa cinco metros más de longitud, ya que su carpa tenía un «espacio sumamente reducido y no llena las necesidades debidas». El ayuntamiento le concedió la ampliación, ya que se había verificado que dicha ampliación no afectaría el tráfico ni el «ornato de la ciudad» (AGMG, 8, 20, 1933).

Para el año de 1936 esta carpa dio su último espectáculo: «la Carpa Jalisco dio su última función con fecha del 6 de septiembre, clausurando con la misma fecha indicada» (AGMG, I-1-02-0, 1936). No se indica en el documento si la clausura fue por parte de los propios empresarios o por no cumplir con algunos de los artículos del Reglamento de Diversiones Públicas.

La carpa Noriega

La información obtenida respecto a esta carpa nos presenta un panorama particular del fenómeno carpero en Guadalajara, pues hasta lo hoy escrito sobre carpas, sólo se hacía referencia a espectáculos «frívolos». Sin embargo, en la Carpa Noriega se ofrecían diversiones «morales» y «edificantes», muy ligadas a la difusión de la religión católica.

En el año de 1934 los espectáculos presentados en esta carpa fueron motivo de alarma para algunos miembros de organizaciones anticlericales, debido a que desde su punto de vista este lugar era un «centro de fanatismo», como veremos a continuación. El señor Eduardo Llorente, empresario del Salón Teatro Josefina Noriega, pidió permiso para actuar con la compañía que representaba, la cual:

se compone de artistas mexicanos humildes, los cuales se dedican a verificar funciones teatrales con preferencia las obras mexicanas, siendo el espectáculo al que se dedican altamente moral y propio para familias y a precios popularísimos [...].

El señor Llorente solicitaba el permiso para que le concedieran el terreno en el cruce de la Calzada Independencia Norte e Hidalgo. Además, señaló que «durante la función haremos espectáculos para niños de las escuelas, lo mismo que para estudiantes» [...]. El 7 de abril obtuvo el permiso. Sin embar-

go, el 24 de julio de ese año, el presidente de la Federación de Grupos Anti-Clericales y Anti Religiosos del Estado de Jalisco envió una carta a Luis C. Rojas, presidente municipal, en la cual se manifestaban pidiendo la clausura de esta carpa:

[...] hace varios meses la prensa *El Jalisciense*, publicó la noticia de que en esta ciudad no se hacían respetar las autoridades respectivas ni los grupos anticlericales, en el sentido de que en películas y representaciones teatrales se hacía labor fanatizante en detrimento de nuestro pueblo y la Revolución. La Federación que me honro en presidir inmediatamente se puso al habla con las autoridades municipales, y se procedió a suspender varias películas y funciones en cines, inclusive la carpa Noriega, pero con posterioridad esta empresa ha venido desoyendo las disposiciones en este sentido y con frecuencia pone en escena obras de carácter clerical, con nombres supuestos y seguramente de acuerdo con la iglesia romanista persiste en acción que tanto ha perjudicado y perjudica. Sería un contrasentido permitir que sigan representando estas obras [...].

Esta solicitud estaba firmada por J. Guadalupe Gallo. El lema de la organización que presidía era «Por la emancipación del Pensamiento Humano» (AGMG, 8, 43, 1934).

En 1935, esta carpa tenía otro empresario, se trataba del señor Alfonso Labat y Vences, a quien se le concedió en octubre dar funciones de drama, comedia y variedades (AGMG, I-1-02-05, 1935). Este empresario amplió la temporada y duró casi tres años dando funciones de variedades en dicha carpa. Para el año de 1938, se le dio permiso desde enero hasta marzo de continuar con el espectáculo que se llevaba a cabo, por parte de la Compañía de Drama, Comedias y Variedades Josefina Noriega, ahora instalada a un costado del parque Morelos (AGMG, I-1-02-09, 1938).

Siendo ya 1939, esta carpa realizó actividades benéficas. Por ejemplo, la función de matiné a beneficio de una escuela nocturna. Su directora, la señora Vizcarra, pidió a las autoridades que le condonaran el pago de impuestos, ya que los ingresos obtenidos por dicha función se destinarían a la mejora del citado centro. A esta carpa se le conoce ya como Teatro Cultural Noriega (AGMG, I-4-31-112, 1939).

LAS CARPAS-TEATRO

En Guadalajara, además de las carpas, se habilitaron espacios que fueron denominados teatro-salón. Incluso, muchos empresarios de carpas que ya habían consolidado su éxito, se aventuraron a tener un teatro-salón. Estos lugares no contaban con las edificaciones ni las dimensiones de un teatro, y por lo regular estaban contruidos con madera y el techo era de lámina o lona. El caso más famoso en esta ciudad fue el de la Carpa Obrero o el teatro salón Obrero. Otros recintos de igual suerte fueron el Lírico y el Independencia.

El teatro salón Obrero

Este recinto se ubicó en el cruce de la Calzada Independencia y Juárez. En el año de 1924, su empresario, el señor Salvador Ojeda, solicitó al ayuntamiento que le rebajaran el cobro de los impuestos por espectáculo, argumentado que el mencionado espectáculo es eminentemente popular, pues su público lo compone en su totalidad

la clase obrera, clase que se retira de los centros del vicio para dedicarse a las diversiones sanas como la que en Teatro Obrero se le ofrece, siendo esto un factor indirecto pero efectivo, que ayuda grandemente a la labor —moralizadora, que en pro de la clase del pueblo ha emprendido ese H. Ayuntamiento—; a mayor abundamiento de datos pongo en conocimiento de esa H. Corporación, que al conceder a la nueva empresa de ese Salón la rebaja de precios que solicita, favorece a infinidad de personas que de él viven, pues con el nuevo sistema de grandes economías que se ha impuesto, hay muchas probabilidades de que se sostenga por tiempo indefinido [...]. Hago un llamamiento al recto criterio de los Conciudadanos Regidores para que al discutirse esta Justa petición; sea acordada de conformidad teniéndose en consideración las razones anteriormente expuestas (AGMG, 8, 13, 1924).

La respuesta por parte del ayuntamiento fue favorable para el empresario. Reconocieron que los \$5.00 que le cobraban diariamente eran excesivos y lo perjudicaban, sobre todo porque las entradas habían bajado. Como vemos, los empresarios recurrieron al discurso de «moralizar» a la clase obrera, pues este era uno de los argumentos que más convencía a las autoridades.

No todo fue luna de miel para los empresarios de este teatro. A partir de 1928, comienza a haber por parte del ayuntamiento distintas estrategias para clausurarlo. Por ejemplo, en marzo de ese año se le pidió al empresario de la Carpa Obrero que se retirara de la Calzada Independencia (AGMG, 8, 3, 1927-28 y 8, 71, 1927-28). El rigor de la ley no se hizo esperar y para el mes de febrero del año de 1929 clausuraron el recinto por no haberlo retirado. Parte de la vida cotidiana de los empresarios de este teatro fue estar reinaugurándolo. Fue un teatro con mucha actividad teatral, pues para el año de 1931, se presentaba la compañía de Don Chema, que era un cómico de nombre Carlos Gómez y que ofrecía espectáculos de revista. En los periódicos se anunciaba como «el espectáculo de todos y para todos». Este cómico había participado en la película «Charros, gauchos y manolas», filmada en el año de 1930, en los Estados Unidos, dirigida por un catalán de nombre Xavier Cugat, que filmó un espectáculo de revista en el que participan artistas mexicanos, españoles y argentinos (www.imbd.com, 22/04/05).

Para el año de 1933, se incrementó la vigilancia al recinto, el señor Federico Cárdenas, inspector de Diversiones Públicas, informó los acontecimientos más desagradables acaecidos en un periodo de cinco meses. A su juicio en el teatro «Obrero» había «espectáculos inmorales», además en una ocasión llegó un hombre herido a refugiarse en el teatro. Incluso, una mujer que trabaja en dicho recinto había sido golpeada por el mozo del lugar. Todo esto se encuentra señalado en el reporte del inspector, quien mencionó:

en el teatro salón Obrero, se cometen toda clase de inmoralidades tanto en palabrería como en obra, suplicamos tome debida nota para que no nos tilde de que por nosotros pasa de todo desapercibido [...] personalmente ordené tanto al señor Marcelino Barba González empresario de dicho Salón, como al Director de escena, que quedaban prohibidos todos aquellos actos inmorales, órdenes que no han tomado en cuenta, pues ayer a las once y media de la noche se dio una tanda completamente inmoral, por lo que desde luego se las suspendí[...].⁷

⁷ «Relativo a los partes de novedades e informes que rinde el C. Inspector de Diversiones Públicas» (AGMG 8, 1, 1932).

Un año más tarde continuaban los problemas debido a los espectáculos que se presentaba en este lugar. El 14 de diciembre de 1934 el Círculo Feminista de Occidente, adherido a la Confederación Obrera de Jalisco, envió una carta al presidente municipal, Florencio Topete, en la que manifestaba su descontento porque en el teatro Obrero:

noche a noche se dan representaciones pornográficas y de lenguaje obsceno [...]. A ese Centro concurren hombres de todas las clases sociales y principalmente obreros y niños. Esto contradice grandemente los propósitos del buen Gobierno porque en un grado se pregona moralidad y por el otro se fomenta la prostitución que si es indigno fomentarla para los obreros que van a dejar todo el resto de su escrúpulo, es un delito porque se permite la corrupción de menores[...]. El Círculo Feminista de Occidente integrado por trabajadores intelectuales y manuales que van persiguiendo al mismo tiempo que un mejoramiento en la situación económica, una emancipación integral y cabiendo aquí elevar el nivel cultural de las masas cree de su deber rogarle a Ud., señor Presidente se sirva de acuerdo con el H. Ayuntamiento clausurar ese centro de vicio y de inmoralidad que es un punto negro en su buena administración[...] (AGMG, I-1-08-1, 1936).

La secretaria general de este centro feminista era la profesora Concha Robledo García, y la secretaria de trabajo era Laura Rosales. El 13 de enero de 1936, el señor Martiniano F. Pelayo, jefe del Departamento de Diversiones Públicas, le comunicó al presidente municipal que la respuesta por parte del ayuntamiento era que se «mandaría un censor» (AGMG, I-1-08-1, 1936). En noviembre de ese mismo año, el nuevo jefe de dicho departamento, el señor Juan G. Chávez, notificaba el nombramiento de un censor para este teatro debido a «las constantes quejas que se han elevado a esta presidencia municipal relativas a que en el teatro 'Obrero' se están cometiendo inmoralidades» (AGMG, I-1-10-27, 1936). Seguramente parte de esas inmoralidades era la Bella Lúlu, quien fue todo un éxito, pues esta joven tapatía hizo un espectáculo que dejó anonadados a los espectadores, dando inicio a los desnudos en teatros. Era famosa ya entre los tapatíos, quienes reconocían de inmediato la música del Sanfarinfas, con la que este ángel sensual hacía su acto. Así tanda tras tanda, el teatro Obrero se llenaba y la Bella Lulú cantaba:

Sanfarinfas me muero de calor
 Sanfarinfas me muero de calor
 Yo quiero una paleta
 Yo quiero una paleta
 Yo quiero una paleta de limón
 (Canción Sanfarinfas)

El verdadero nombre de esta artista aún es desconocido, pues según el ingeniero Ornelas —mejor conocido como el general Edison, notable conocedor de la música y la farándula de lejanas décadas— esta artista era Lourdes Labastida, pero el señor Javier Hernández Larrañaga, señala que se llamaba María González.⁸

Pese a toda la oposición de los defensores de la moral, el recinto continuó funcionando; incluso, se ofrecían funciones de box. Por ejemplo, se enfrentó el Baby Solís contra Refugio Hernández (*El Informador*, 27/11/1935).

Otro personaje célebre que trabajó en este teatro salón fue el cómico Jesús Martínez Palillo. Entre los distintos *sketches* que tenía había uno titulado «Palillo, el General Hilachas», en el cual hacía referencia a un pordiosero de la ciudad que llevaba dicho apodo y que tenía por afición lanzarle piedras a las personas. Este *sketch* tuvo mucho éxito debido a que a los asistentes les causaba mucha risa la forma en que este personaje urbano era imitado por el cómico.⁹ Existen muchas versiones que intentaban explicar el origen de la locura de El General Hilachas, entre otras, la de que había luchado junto a Pancho Villa y en la batalla de Zacatecas perdió la razón (*Público*, 27/10/99). El General Hilachas, fue muy popular desde la década de los treinta:

Cuando se le acercaban las personas queriendo entablar conversación solamente les constestaba —¡Yo soy el General!— y no volvía a pronunciar palabra. Nunca pedía li-

⁸ Fuente: Hernández Larrañaga, Javier (2003), «El antiguo Teatro Juárez», en *Informarte. Guía cultural de la ciudad de Guadalajara*, núm. 52, año 5, H. Ayuntamiento de Guadalajara, Guadalajara.

⁹ Entrevista informal a Roberto Rodríguez El Churro, realizada por Romina Martínez Castellanos, Guadalajara, 01 de junio de 1999.

mosna, recibía todo lo que le daban, con dignidad, siempre y cuando le dijeran General [...]. Cuando alguien se burlaba de él, tenía que correr velozmente a protegerse tras una esquina o un poste porque la emprendía a pedrada limpia contra el ofensor y tenía muy buena puntería, a parte de que el parque abundaba, ya que en ese entonces muchas calles de Guadalajara estaban empedradas y había muchas piedras sueltas (*Mural*, 21/01/01).

Palillo también tuvo la osadía de imitar a los curas, recién pasados los conflictos cristeros, lo cual atraía a muchas gentes a la carpa, pues les era muy gracioso que se burlara de esta investidura. Este personaje hacía un *sketch* en el que salía vestido de sacerdote haciendo señas y diciendo albures.

De este cómico se recuerdan frases como las siguientes, con las que se refería a los políticos priístas de ese entonces:

lo que tiene que soportar el pueblo
 desde hace tantos años por culpa de tanto desgraciado
 parásito social, tanta méndiga chatarra de
 la revolución, que no son otra cosa que
 los desgraciados depravados de siempre,
 méndigos encueradores, asaltantantes de la constitución,
 méndigos sátrapas, degeneradores de la carta magna
 encueradores públicos y atracadores de la economía nacional

Los espectáculos carperos brindaban a los asistentes además de una «caracterización de lo mexicano», otras imágenes con referentes más comunes, como los habitantes del barrio. Es por ello que cada artista carpero imprimió a su personaje su propia identidad, convirtiéndolos en «tipos barriales». Estos artistas, noche a noche, en las calles, se nutrían de elementos del ámbito cotidiano local, para posteriormente moldearlo, modificarlo, adaptarlo a los *sketches* representados en las carpas.

Todavía hasta inicios de los años cuarenta el teatro siguió ofreciendo espectáculos. Este breve repaso de acontecimientos en torno al teatro salón Obrero nos dan cuenta de la intensa actividad que tuvo dicho recinto. Las diversiones, en su mayoría, no eran acordes a la moral y las buenas costumbres, pero satisfacían los gustos de quienes acudían a dicho recinto.

El teatro salón Lírico

Otro teatro salón de gran fama fue el Lírico, que era de madera.¹⁰ Al igual que con el Obrero, las autoridades querían retirar estos espectáculos y también tuvo varias clausuras. Se ubicaba entre Pedro Moreno y la Calzada Independencia. Aquí trabajó La Colombina, que no se quedó atrás de la Bella Lulú y mostró de forma más audaz sus partes nobles. El nombre de esta *vedette* era Andrea Zapata (Hernández Larrañaga, 2004).

El teatro salón Independencia

La historia de este teatro salón muestra la necesidad de los empresarios de combinar distintas actividades de distracción en un mismo espacio, con el fin de obtener mejores ganancias. En el año de 1924 este teatro salón funcionaba como carpa. Teodoro Enciso, empresario de la Carpa Independencia, solicitó un permiso al ayuntamiento para continuar dando funciones de variedades. La compañía artística ofrecía espectáculos de zarzuela española y mexicana. Enciso mencionó que contaba con la primera tiple Débora Tello y con el actor El Guayabo (AGMG, 8, 29, 1925-26); además, pidió que le rebajaran las cuotas debido a que su carpa

se encuentra en muy malas condiciones pecuniarias por la reducción de entradas debido a lo mal que se encuentra la mayor parte de la gente obrera y la clase media que concurre a las carpas instaladas en dicha calzada y que se retira de los centros del vicio para dedicarse a las diversiones sanas y morales como son las que se proporcionan en la Carpa Independencia, pues de esa manera se ayuda grandemente a la labor moralizadora que en favor de la clase del pueblo ha emprendido el H. Ayuntamiento actual (*idem*).

Para el mes de marzo del año de 1925, los empresarios comenzaron con la promoción de cambiar su carpa a un espacio fijo. El ayuntamiento aceptó la solicitud del señor Porfirio Encarnación para instalar una carpa con funcio-

¹⁰ Además, se localizaba frente al Obrero, esto fue señalado por el ingeniero Manuel Ornelas durante una entrevista informal el 4 de febrero de 1998, realizada en su casa por Romina Martínez.

nes de variedades en la calle Aldama, local número 40 (AGMG, 8, 89, 1924-25); es decir, la carpa se convirtió en teatro salón. En su solicitud, el señor Encarnación exponía la importancia de ofrecer espectáculos a la «barriada»:

Soy dueño de una pequeña carpa instalada en la calle de Aldama, en el local número 40, carpa que con grandes sacrificios he venido levantando con objeto de dar en ella funciones de variedades y como está ya terminada, me dirijo a ese H. Ayuntamiento suplicándole de la manera más atenta, me conceda el permiso para poner en explotación la tantas veces citada Carpa, dando funciones de variedades, donde se cobrarán las entradas a diez centavos y a cinco centavos, tomando en consideración la barriada donde se encuentra instalada y que la asistencia a ella será gente del pueblo, la que no tienen manera de pagar sino únicamente lo que dejo dicho, pero que se le proporcionarán ratos de distracción sana y moral, procurando así retirarla de los vicios[...].

A partir de noviembre de 1925 ya se le denomina teatro salón Independencia. En marzo de 1926 el señor Enciso dijo que daba funciones de rataplán en dicho recinto y pedía permiso para que se dieran bailes:

Soy dueño de un Salón llamado «Independencia» en el que desde hace tiempo vengo dando funciones teatrales de «Rataplán» pero como por la crisis monetaria por que de momento atravesamos, ha dado lugar a que las ventas de los boletos día a día sean menores y, por ende, menor el impuesto que percibe la Tesorería Municipal, así como las utilidades que pudiera yo obtener, he resuelto dirigir a ese H. Cuerpo Edilicio, el presente memorial a efecto de que se sirva darme autorización para verificar bailes públicos en el Salón a que al principio me refiero. Estos bailes desde hacerlos (sic) en cualquier día de la semana, esto es, cuando comprenda que la función de Rataplán no dé las utilidades que se pudieran obtener con el baile referido (AGMG, 8, 89, 1924-25).

Se le concedió permiso, y le cobrarían diez pesos de impuestos por cada baile. También pidió permiso para vender refrescos y cervezas. De acuerdo al informe que proporcionó el inspector, todo se llevó a cabo con orden:

Los bailes están en combinación con la compañía de variedades que actúan en el Teatro mencionado y serán en primer término las Coristas las que principiarán el baile, según informe que he recabado [...]. En cuanto a bebidas embriagantes no se venden dentro del teatro. Se tiene conocimiento que en la acera de enfrente en una Cafetería sí venden cafés y canelas con alcohol y vino, pero dentro del teatro no se ha llegado a vender [...] en mi concepto no hay inconveniente en concederle al empresario una licencia provisional para la venta de refrescos y cervezas únicamente para el primer baile[...].

En este lugar se ofrecía al público una gran variedad de espectáculos; por ejemplo, la mañana del domingo 24 de enero de 1926 se había suspendido la función de box debido a la escasa asistencia. El 13 de marzo de 1926, otra vez el señor Enciso solicitó un permiso para dar exhibiciones de box. En junio de ese año este empresario informó que dejaría de dar funciones de rataplán en el teatro Independencia, y que daría funciones de comedia y zarzuela (*idem*).

Una última noticia sobre este teatro es el trámite que Manuel Camargo, en representación de los actores que trabajaban en este lugar, y que pertenecían a la cooperativa llamada Unión de Artistas Jaliscienses, adherida a la Confederación de Agrupaciones Obreras Libertarias de Jalisco, dirigió a los munícipes con el fin de que les rebajaran los impuestos por las funciones de variedades, «toda vez que no podríamos sostenernos pagando una cuota más elevada». Se les aprobó un descuento del cinco por ciento del total de entradas (AGMG, 8, 12, 1926-27).

CONCLUSIONES

Los espectáculos que se presentaban en las carpas y los teatro salón nos muestran que en Guadalajara el espacio carpero tuvo su mayor auge en las décadas de los años veinte a los cuarenta. Es, además, interesante, que a pesar del esfuerzo de las autoridades por ofrecer un espectáculo «moral», no pudo «imponerse» un tipo de diversión. Las carpas de espectáculos «frívolos» estuvieron a la orden del día.

Es difícil hacer un seguimiento a los empresarios y a las compañías artísticas debido a su carácter itinerante y a que no todos los espectáculos que se ofrecían en la ciudad aparecen en los permisos; además, éstos proporcio-

nan poca información al respecto. Sin embargo, es notorio que el espectáculo que más se ofrecía y gustaba al público era el de variedades, ya que este tipo de funciones brindaban al menos uno o dos número al gusto de los espectadores y con ello los empresarios aseguraban entradas. Las tandas, sin lugar a dudas, fueron la forma más práctica de explotar el negocio teatral y de las carpas durante ese periodo.

Los artistas, debido a la situación económica y al riesgo de perder su única posibilidad de tener ingresos, se agruparon en distintas asociaciones, lo cual les ayudó a continuar con su trabajo. Incluso, las autoridades favorecían y promovían este tipo de organizaciones, lo cual ocasionó que en varias ocasiones fueran los artistas quienes se quedaran con el negocio de las carpas y el empresario lo perdía. Se dio una lucha entre artistas y empresarios, en la que la balanza se inclinó más en la defensa de los sindicatos de los obreros del teatro.

Las autoridades no lograron poner en «orden» los distintos espectáculos ofrecidos en las carpas, pues así como se propagaba el «fanatismo» en la Carpa Noriega, también proliferaban los recintos en donde se presentaban mujeres en paños menores, como en el teatro salón Obrero y el Lírico.

Entre los años veinte y los cuarenta, hasta lo hoy localizado en archivos y periódicos, hubo más de 40 permisos para dar espectáculos de variedades en carpas, lo cual nos habla de la efervescencia y de la espontaneidad del espectáculo carpero.

Podemos decir, también, que existió en Guadalajara una «zona carpera», pues la mayoría de las carpas se ubicó en el área cercana al Mercado Libertad, del barrio de San Juan de Dios.

BIBLIOGRAFÍA

- Aviña, Rafael (2001), «Germán Valdés, Tin Tan. De pachuco a rey del barrio», en *Somos*, Televisa, núm. 205, marzo, año 11, México.
- Bartra, Armando (1994), «Reinvención del humor», en *Memoria de papel*, Conaculta, núm. 11, septiembre, año 4, México.
- Berenzon, Gorn Boris (1999), «Humor revolucionario en México (1908-1923)... Un espacio imaginario», en María Noel Lapoujade (coord.), *Espacios imaginarios*, UNAM, México.

- Bremmer, Jan y Herman Roodenburg (coords.) (1999), *Una historia cultural a través del humor*, Sequitur, Madrid.
- Bryan, Susan (1992), «Teatro popular y sociedad durante el porfiriato», en *Cultura, ideas y mentalidades*, Lecturas de historia mexicana 6, El Colegio de México, México.
- Camacho, Quintos Patricia (2000), «Oye ése: soy Tin-Tan en busca de un chante», en *Fronteras*, Revista de diálogo cultural, núm. 17, verano, año 5, Conaculta, México.
- Campos, Armando de María y (1996), *El teatro de género chico en la revolución mexicana*, Conaculta (Cien de México), México.
- Dueñas, Pablo y Flores y Escalante, Jesús (1995), «Teatro de Revista (1904-1936)», en *Teatro Mexicano, historia y dramaturgia*, Conaculta, México.
- y Jesús Flores y Escalante (2002), «Amo y señor del caló y el albur», en *Revista Somos, Adalberto Martínez*, Resortes. *Rey del baile y de la risa*, Televisa, núm. 226, año 12, México.
- González de la Vega y Alcántara Sebastián, Armando (2004), *¡Hijos de su politiquera! Las andanzas de Jesús Martínez Palillo. Biografía no autorizada*, Fundación Cultural Trabajadores de Pascual y del Arte, A.C y Sociedad Cooperativa Trabajadores de Pascual, México.
- Granados, Pedro (1984), *Carpas de México. (Leyendas, anécdotas e historias de teatro popular)*, Universo, México.
- Hernández Larrañaga, Javier (2004), *El Teatro Principal de Guadalajara. Leyenda olvidada*, Ágata, Guadalajara.
- Landazuri, Salvador (1938), «Las carpas son contrarrevolucionarias», en *Nueva Galicia*, núm. 2 y 3, enero-febrero, vol. 1, Guadalajara.
- Martínez, Romina (2003), *Las carpas en Guadalajara, 1920-1940*, El Colegio de Jalisco (tesis de Maestría en Estudios sobre la Región), Zapopan.
- Merlín, Socorro (1995), *Vida y milagros en las carpas. La carpa en México, 1930-1950*, INBA-Centro de Investigación y documentación teatral Rodolfo Usigli, México.
- Morales, Miguel Ángel (1996), *Cantinflas: Amo de las carpas* (3 tomos), Clío, México.
- (2002), «Salones y carpas teatrales en la Ciudad de México», en *Biblioteca de México, El Teatro en México*, Conaculta, núm. 70, julio-agosto, México.

Ronquillo, Víctor (1980), «Teatro popular, la conjura de los cómicos», en *Memoria de papel*, Conaculta, México.

Periódicos:

El Informador

Público, «Personajes de la Calle»

Mural, «Mi portal de los Agustinos-Portal Mina. Personajes que por él paseaban»

Repositorios:

Archivo General del Municipio de Guadalajara (AGMG)



TIANGUIS, MERCADOS Y TENDERETES EN JALISCO

MANUEL FLORES ROBLES

In memoriam

José Lameiras Olvera

INTRODUCCIÓN

El mercado

Antes del amanecer, sonidos diversos empiezan a escucharse cada vez con mayor intensidad; desde una voz que rompe el silencio de la madrugada hasta el hueco impacto de metales contra el piso, o el seco sonido de una caja de madera que se impacta contra otra. El murmullo de personas y tráfico de vehículos aumenta su volumen conforme la luz del día va mostrando caras y objetos. Colores y olores de mercancías tan diversas, como alimentos y vestidos, objetos electrónicos en desuso, artesanales o simples antigüedades, son el panorama que se aprecia día con día en cualquier tipo de mercado en México. Varias filas de puestos se van acomodando en las calles y avenidas de una ciudad o población; o poco a poco los colores de frutos o vegetales aparecen alineados sobre los mostradores de puestos fijos en mercados públicos. Mientras tanto, los aromas de bebidas o alimentos calientes se perciben penetrantemente al tiempo que transcurre la mañana, hasta que se confunden con otros olores al grado que se va perdiendo la capacidad de identificarlos por la diversidad de orígenes: humo de automóviles, desechos de alimentos, grasa, aceite o plásticos de autopartes o electrónicos.

Conforme el día avanza, el número de personas se incrementa a tal grado que es difícil circular por los espacios que los puestos dejan para su clientela, incluso el ir y venir de «los diablitos» con mercancías para los propios puestos hace problemático el caminar de las personas. Cada voz que dice *¡Aí va el golpe!* previene a los compradores de un empujón inusitado. Del mismo modo, los sonidos son cada vez más fuertes y repetitivos: *¡a diez, a diez, a*

diez el kilo! Todo ello genera un ambiente caótico que inhibe y a la vez llama la atención de aquellos que son nuevos visitantes. Las personas que habitualmente asisten a los mercados, tianguis o centros de comercio, hacen caso omiso del ambiente y se dedican a realizar su compra sin prestar atención, todo el entorno que les rodea pierde su interés, pues la costumbre hace de este centro de reunión social un espacio donde ha de cubrir sus necesidades de consumo. Los comentarios entre los clientes y marchantes intentando muchas veces obtener un mejor precio o una mayor ganancia, respectivamente, son la principal forma de relación durante todo el día. El *regateo* es una rutina tan habitual en los mercados, especialmente callejeros, que forma parte de la relación entre las personas. Es a través de bromas y frases *con doble sentido*, convertidas en hábito cotidiano, que provocan un ambiente de confianza entre el comprador y el comerciante. Sin embargo, las disputas y conflictos también se presentan, son parte del mismo juego. Algún comprador reclama a su marchante por la calidad del producto, o simplemente por la falta de éste. Menos peso del pactado en el kilo de frutas o granos, baja calidad del CD, pantalón o camisa, etcétera, generan una competencia con el propósito de lograr mejores condiciones en las transacciones de compra-venta.

Con el pasar de las horas, luego del mediodía, el ruido que ensordecía el ambiente y la multitud de personas que se atropellaban por los espacios, empiezan a disminuir gradualmente. Mientras tanto, los olores cambian, disminuyen su frescura y se incrementa su intensidad, especialmente de desechos alimenticios. El orden que los productos guardaban al comienzo de la jornada desaparece, las líneas de puestos se desdibujan apareciendo mercancías dispersas en el piso o acumulándose en diferentes espacios donde antes circulaban las personas.

A esta hora regularmente aparece la autoridad municipal, el inspector de la oficina del ayuntamiento, que cobra por el uso del espacio público que el comerciante ocupa en las calles o el puesto del mercado municipal. En muchas ocasiones este personaje no sólo cobra, sino también asigna espacios o puestos, por lo que su labor es vigilar que se cumpla el reglamento de los mercados, normativa que en ocasiones se viola, pues se ocupan espacios prohibidos por la autoridad. Es común que muchos comerciantes disputen literalmente un metro o más de espacio público; la expectativa de poder comer-

cializar sus mercancías provoca conflictos tanto entre compañeros como con las autoridades.

Por otra parte, después del mediodía, los compañeros comerciantes bromean cuando el trabajo disminuye, convirtiéndose en una forma de relación. Albures o comentarios irónicos marcan el tono de la convivencia diaria, creando una confianza limitada, pues se guarda cierta distancia porque al fin siguen siendo competidores.

La luz del sol o el trajín de la jornada hacen presa de los consumidores y vendedores, y éstos van desapareciendo lentamente, muchas veces con el ocaso. El ajeteo se concentra en recoger las mercancías, que se acomodan cuidadosamente en cajas de plástico o madera y luego se transportarán a sus hogares para iniciar el día siguiente; o se acomodan en el propio puesto del mercado municipal para estar listas otra vez al amanecer.

El comercio: cultura y vida social

En casi cualquier región de nuestro país, el comercio público está presente de una u otra manera; es parte de la arquitectura central de poblaciones y ciudades, del mismo modo que la iglesia católica principal del poblado y las oficinas de la autoridad local. Sin duda, es ésta una forma típica de la organización urbana que hoy hemos heredado de nuestra etapa colonial. Con el desarrollo urbano de ciudades con cierta importancia regional, como es el caso de Guadalajara, el sistema de comercio se ha transformado significativamente, y aunque la función principal de los mercados en la zonas céntricas de la ciudad ya no es sólo el abasto de consumos suntuarios, siguen permaneciendo como espacios de representación cultural, pues con el reavivar del consumo de los productos artesanales, los mercados se han convertido en un canal de distribución.

Los mercados municipales y las formas comerciales menos formales: tianguis, mercados callejeros, tenderetes, puestos y demás, representan sitios de socialización, donde las personas se relacionan de una u otra manera; como compradores y vendedores o como consumidores de gustos y preferencias musicales, de ropa o atuendos que identifican a jóvenes con modas y tendencias diversas, las cuales reflejan rasgos de la cultura urbana, semiurbana o rural. También se recrean gustos de distintas generaciones, como son los mercados de antigüedades o de productos de arte como la pintura, escultura,

música y otros. De alguna forma la inquietud profesional por adquirir aparatos o utensilios usados, autopartes y otras muchas cosas que no son de fácil acceso en el ámbito comercial formal debido a que ya no se fabrican, encuentra satisfacción en mercados callejeros semanales; éstos atraen a diversas personas, no importa la clase social, la edad y los gustos.

Además del consumo de productos o mercancías, existen otras características manifiestas en los mercados ya sugeridas antes, tales como las expresiones lingüísticas en el juego del regateo, que representa una forma de lucha verbal entre el comprador y el vendedor por obtener el mayor beneficio. La atmósfera que atrae la atención de los sentidos, el olor, los colores, los sabores de los productos comestibles, el ruido muchas veces ensordecedor, provoca reacciones de interés o disgusto entre quienes habitan las inmediaciones de los mercados; por ello, atraen la atención de todos aquellos que forman parte de este ámbito social. A parte del sentido económico de los mercados, este espacio social es un centro de distracción para quienes encuentran en él productos. El mercado es un espacio históricamente presente en nuestra cultura popular, pero también en la vida económica de nuestros pueblos.

Desde otro punto de vista, los mercados no son sólo lugares donde se pueden encontrar curiosidades, mercancías poco comunes, productos de baja calidad e ilegales (por contrabando o robo), también son una manifestación del nivel de desarrollo económico y social; muestra el tipo de necesidades que la sociedad tiene en materia de productos suntuarios, especialmente en los sectores de bajos recursos; el tipo de intercambio comercial con otras regiones o incluso naciones por el origen de los productos. La vida cultural de un pueblo también tiene que ver con las relaciones cercanas o lejanas con otras naciones o regiones, de tal manera que los mercados expresan mucho de nuestro estilo de consumo, diversión, necesidades y, desde luego, gustos sociales. Asimismo, los mercados muestran la pluralidad de gustos a través de la propia diversidad de mercancías, la dinámica y estratificación socioeconómica a partir del costo de los productos.

Los mercados callejeros, públicos y otros centros de comercio, han sido desde siempre una alternativa para quienes no tienen una situación laboral formal; y por ello, son definidos como la manifestación de un sistema económico poco desarrollado, una forma deshonesto de subsistir. Tanto gobiernos

como representantes del comercio establecido han mostrado su desacuerdo hacia estas formas de actividad económica; sin embargo, no han desaparecido y se mantienen como un espacio de encuentro y socialización que manifiesta diversos aspectos culturales, como ya se ha dicho.

Lo anterior da cuenta de varios aspectos que tiene la actividad económica de los mercados. Por un lado, los rasgos culturales manifiestos en el comportamiento cotidiano de las personas insertas en este medio económico y social, con su lenguaje particular, el tipo de productos y consecuente preferencia de los consumidores, del mismo modo que la atracción que los mercados generan como espacios de distracción. Por otro lado, es relevante considerar que la dinámica económica de estas formas de comercio llamadas populares, tiene un impacto significativo sobre la economía de las ciudades y poblaciones donde se presentan, pues constituyen una vía por la cual se comercializan productos de primera necesidad. Si bien este es el motivo principal por el cual los mercados son un espacio de venta y compra de mercancías, ello no excluye la posibilidad de que se conviertan en lugares de encuentro social y distracción.

BREVE HISTORIA JALISCIENSE

El origen

Los actuales mercados, tanto públicos como callejeros, tienen por lo menos dos orígenes: las ferias celebradas en las provincias españolas, donde se mezclaban costumbres en tipos de consumo propios de los habitantes locales ibéricos, con mercancías de origen asiático, consumidas por judíos y habitantes de origen árabe. Por otro lado, es conocido el sistema de comercio de los grupos precolombinos, que comercializaban semana a semana alimentos y herramientas de labranza, animales domésticos y muchas otras mercancías necesarias para la subsistencia (Torres, 1988: 56; Márquez, 2003).¹ Tanto una como la otra se mezclaron, especialmente durante las celebraciones religiosas, a las cuales confluían mercaderes y consumidores asistentes a las fiestas patronales de poblaciones y ciudades. Asimismo, la comercialización domini-

¹ Márquez González, Víctor (2003) explica que los mercados prehispánicos se celebraban periódicamente en forma fija cada 5, 9 ó 20 días, con orden y control, así como de gran magnitud por el número de comerciantes y consumidores.

cal de alimentos en la cercanía de templos o celebraciones públicas fue otro espacio de origen comercial. Estos tenderetes y mercados callejeros, durante la Colonia y luego en el México post-independiente, se convirtieron en algunos casos en mercados públicos. Construidos por los ayuntamientos en diferentes épocas, los mercados municipales se constituyeron en el medio de distribución de mercancías y productos de primera necesidad. Sin embargo, el tianguis o mercado callejero, por su origen étnico, fue durante la época colonial e independiente, una alternativa de consumo para los sectores mestizos e indígenas (Torres, 1999: 3), diferenciándose así dos espacios de encuentro social, los propios de clases medias y los de escasos recursos.

Los antecedentes de Jalisco

Existen datos del origen de mercados y tianguis en Jalisco que asocian estas actividades a la posición estratégica que Guadalajara tuvo en la ruta de la Ciudad de México hacia el norte de la Nueva España, pero también a la dinámica comercial de regiones establecidas por los grupos étnicos locales a partir del sistema de trueque desarrollado en mercados regionales, como son los casos de Zapotlán el Grande, antes Cd. Guzmán, Autlán, La Barca, Tepatitlán y Lagos de Moreno, aparte de Guadalajara, donde Tlaquepaque y Mexicaltzingo representaron casos importantes, debido al tipo de productos artesanales el primero, y a su influencia local entre los grupos nahuas el segundo (Torres, 1988: 50, Riviere d'Arc, 1973: 23).

Otros mercados importantes por su origen y permanencia fue la prístina expresión comercial callejera en la Plaza de Armas durante el siglo XIX de lo que hoy constituye El Baratillo, donde se expendían herramientas y armas antiguas (Flores, 1997); o aun más primigenia, en la plazuela de San Agustín, a un costado del actual Teatro Degollado en el siglo XVI (Doñán, 2001: 78). Así también, el caso del mercado Alcalde, como un grupo de puestos en un área des poblada en el mismo siglo (Torres, 1999: 5).²

² La importancia comercial de Guadalajara le favoreció para convertirse en un centro de desarrollo económico regional desde el siglo XVIII, por las redes comerciales que estableció con otras regiones de México, pero también formando su propio sistema comercial regional. La migración fue consecuencia de ...>

En otras poblaciones como Lagos de Moreno, importante centro económico de la región Altos de Jalisco, el comercio se incorporó gradualmente a la economía de la capital del estado por los productos de granos y lácteos de la zona, pero también se vinculó a la dinámica del corredor de la ruta central de la Ciudad de México hacia el norte del país. Es importante el caso de San Juan de los Lagos, que creció gracias a la feria religiosa que tuvo su apogeo a finales del siglo XVIII y principios del XIX. Otro caso importante fue Sayula, población que tuvo un auge económico relevante durante el siglo XIX, sobre todo en materia de productos como el jabón, la agricultura y el metal, incluso antes del crecimiento de Zapotlán el Grande (Riviere d'Arc, 1973: 42, 44).

Autlán hacia el suroeste de Guadalajara y La Barca al sureste, fueron centros de distribución comercial agrícola de menor importancia en sus respectivas regiones, pero de cobertura mayor a la actual. Tanto uno como otro cubrieron las necesidades de consumo de primera necesidad, pero atomizadas y con vínculos hacia la gran ciudad.

Los tipos de comercio, históricamente en Jalisco, respondieron a las necesidades de consumo característicamente de clase; sin embargo, a los mercados confluían personas de diversos orígenes sociales, localidades y necesidades. Los alimentos han sido el principal objeto de consumo en mercados y tianguis de Jalisco, pero otros productos fueron también sujetos de interés por la población de Guadalajara y las regiones; entre otras herramientas de labranza y oficios, productos antiguos de guerra y muebles, por lo que las relaciones entre el campo y ciudad se dio debido a la comercialización de frutos, granos y vegetales de origen rural y la compra de herramientas por parte de los visitantes de fuera de Guadalajara o de curiosos de la propia urbe. El mercado, como espacio de socialización, creó vínculos entre campo y ciudad, acercó habitantes de diversas clases, dio razón de ser a un centro comercial de importancia regional más allá de los actuales límites estatales.

...> este proceso económico local, por lo que diversos productos venidos de España, Medio Oriente y Asia cruzaban por la ciudad y eran comercializados por mercaderes, quienes se instalaron en ella y colocaron sus negocios en mercados o establecimientos del centro.

DIVERSOS ESPACIOS Y FORMAS DE MERCADO

Algunos datos cuantitativos

Casi en todos los municipios del estado de Jalisco hay un mercado público o por lo menos un pequeño mercado callejero. Desde los años cuarenta la construcción de mercados municipales en ciudades medias del estado y la capital fue en aumento. Pero fue en los años sesenta cuando el crecimiento se incrementó en el caso de los mercados callejeros, principalmente como consecuencia de los flujos migratorios de población originaria de los estados vecinos (Peña y Escobar, 1986). A partir de los años ochenta tal crecimiento fue exponencial, los tianguis en Guadalajara, según datos de la Administración de Mercado de este municipio, en 1987 eran 101 distribuidos en el municipio.³ La mayor parte de estos mercados se colocaron en zonas populares al oriente de la ciudad o en las colonias periféricas. La concentración en estas zonas se debió principalmente a la política de los gobiernos municipales de prohibir la colocación de puestos y comerciantes itinerantes en el primer cuadro de la ciudad desde los años cuarenta, restringiendo el comercio callejero al segundo cuadro de la ciudad.⁴ Este segundo cuadro lo constituyen los viejos barrios y zonas habitacionales creadas después del citado decenio. Otra razón se debe a la búsqueda de los comerciantes por encontrar zonas densamente pobladas para ubicar mercados. En los años cuarenta y cincuenta la zona centro dejó de ser una opción para los tianguis debido al incremento de comercios establecidos.

La Cámara Nacional de Comercio de Guadalajara (Canaco) ha realizado desde 1991 estudios sobre el comercio ambulante (tianguis y puestos fijos y semifijos) en la zona metropolitana de Guadalajara (ZMG). Según los datos obtenidos, en 1991 se reportaron 180 tianguis en la zona conurbana de la ciudad y 34 103 puestos que se consideran mercados callejeros, puestos fijos y semifijos, tenderetes y demás. Como se muestra en el Cuadro 1, los resultados de los estudios realizados por esta institución entre 1992 y 1997 promedian un crecimiento anual hasta el año de 1994 de alrededor de 8%; sin embargo, se-

³ Tesorería Municipal de Guadalajara, Administración Pública 1986-1989.

⁴ Ayuntamiento de Guadalajara, Reglamento para el Ejercicio del Comercio, Funcionamiento de Prestación de Servicios y Espectáculos, 1992.

Cuadro I
Número de tianguis, puestos y personal ocupado por semana
en los municipios de Guadalajara y Zapopan
de 1991 a 1997, según la Canaco

Número	1991	1992	1993	1994	1995	1996	1997	tc 1991-97
Tianguis	180	196	212	229	250	258	260	23.04
Puestos	34,103	36,831	39,410	42,563	-	-	50,543	24.60
Personal ocupado	102,309	110,493	118,230	127,689	-	-	151,629	24.60

Fuente: Canaco, «El sector comercio informal, una visión de seis años», Guadalajara, Jalisco, 17 de abril de 1997.

gún la misma fuente, entre 1995 y 1996 se dio un incremento de 30%. Este crecimiento acelerado en el periodo 1995-1996 muy probablemente fue consecuencia de la crisis económica de finales de 1994 y principios de 1995.

Las administraciones municipales de la ZMG reportaron, a mediados de 1995, la siguiente relación de mercados callejeros: 163 mercados para el caso de Guadalajara, lo que equivale a 50.6% de los 322 mercados en la ZMG; 74 en el municipio de Zapopan, que significan 23%; 46 en Tlaquepaque, equivalente a 14.3%, y 39 en Tonalá, igual a 12%. Es clara la concentración de mercados callejeros en el municipio de Guadalajara, que se encuentra en la parte central del área metropolitana, circundado por los otros tres municipios. Este factor influye en el alto porcentaje de mercados ubicados dentro de sus límites municipales.⁵ Estas cifras no han cambiado desde esa fecha, pues desde la llegada de las administraciones municipales de Acción Nacional se prohibió la colocación de nuevos tianguis en los municipios de la ZMG, por lo que no se han otorgado nuevos permisos para ese fin.

De cualquier manera, las tasas de crecimiento, tanto en el número de mercados como en el de establecimientos y personal ocupado por puesto re-

⁵ Los datos se obtuvieron del padrón de tianguis y mercados municipales de los cuatro municipios de la ZMG, según registro de junio de 1997.

Cuadro 2
Número de mercados callejeros por municipio de la ZMG en 1997,
según las administraciones de mercado de cada municipio

<i>Municipio</i>	<i>Número de tianguis</i>	<i>%</i>
Guadalajara	163	50.6
Zapopan	74	23.0
Tlaquepaque	46	14.4
Tonalá	39	12.0
<i>Total</i>	<i>322</i>	<i>100</i>

Fuente: Administraciones de Comercio al Aire Libre de los diferentes Ayuntamientos Municipales en la Zona Metropolitana de Guadalajara, 1997.

gistrados por la Cámara de Comercio de Guadalajara, reportan casi 25%, como se puede ver en el Cuadro 1, tan sólo de 1991 a 1997.

Los mercados públicos municipales también han experimentado un crecimiento importante durante la segunda mitad del siglo XX. En 1953 existían en Guadalajara doce mercados; para 1964 la cifra subió a 38 y en 1976 llegó a los 78 inmuebles y 10 000 locatarios. Es indudable que la migración campo ciudad fue un detonante del comercio tanto en el caso de mercados callejeros como en los establecidos de la ciudad. El número de mercados municipales actualmente llega a más de 90, pues el crecimiento de la mancha urbana ha demandado mayor número constantemente (Torres, 1999: 11).

Mercados en la zona metropolitana

Sin duda, uno de las atracciones actuales de Guadalajara para los visitantes la constituyen los mercados callejeros y municipales. Las artesanías, el tequila, los alimentos y prendas de vestir de piel, son algunos de los principales productos y mercancías que se comercializan en Guadalajara y en sus municipios circunvecinos por estos canales. Mercados como el Libertad —cuyo nombre popular ha sido San Juan de Dios, por su cercanía con el río que hoy está cubierto por la Calzada Independencia— o el Corona son típicos por la venta de productos artesanales o herbolaria, así como por su ubicación céntrica que

los ha llevado ha convertirse en importantes centros de atracción turística, pero también en espacios de distracción para habitantes locales.

Otros mercados de relevancia en la ciudad son el mercado Alcalde y el Abastos, los cuales destacan por la comercialización de productos perecederos: frutos, carne, granos y muchos otros. Ambos han cumplido la función de abastecedores de la ciudad; desde mediados del siglo XIX el mercado Alcalde fungió como centro de distribución comercial, aunque no se construyó sino hasta 1896. La labor de abasto fue sustituida por el mercado de Abastos, terminado de construir en 1968. Ambos mercados son hoy un espacio de comercialización de productos alimenticios, junto con el mercado Felipe Ángeles en la zona oriente de la ciudad; distribuyen la gran mayoría del consumo de productos perecederos y abarrotes en la ZMG. Habitantes de zonas aledañas y de otros sectores urbanos asisten a ellos para cubrir sus necesidades, y aunque su función primordial ha sido económica, la tradición sabatina de asistir a los mercados para «hacer la despensa» semanal hace de estos mercados lugares de importante asistencia.

No obstante, ninguno de los mercados citados antes sobresale en importancia como el de San Juan de Dios, si a su popularidad se refiere. Con una magnitud aproximada a los 13 800 metros cuadrados y tres niveles, en él se comercializan productos tan diversos que van desde medicamentos tradicionales hasta mercancía electrónica de importación, alimentos de origen japonés o productos relacionados con la llamada «santería». La peculiaridad de este mercado está en cómo a través del tiempo ha ido adaptándose a la demanda de consumidores. Pues de un mercado de productos de primera necesidad, como los alimentos, se convirtió en un mercado de artesanías y medicinas tradicionales, atrayendo a visitantes foráneos y vecinos de la ciudad. Desde los años ochenta, el mercado adoptó otra modalidad comercial, convirtiéndose en el principal centro de venta de productos de origen extranjero, muchas veces ilegal; los comerciantes trataron de redefinir su oferta de productos regularizando algunos para evitar conflictos con la autoridad; sin embargo, el dicho popular ha hecho de este mercado una especie de «Tepito Tapatío».

Otros mercados de importancia por su reconocimiento social, son Santa Teresita, San Sebastián de Analco, la Capilla de Jesús y Mexicaltzingo, todos

ellos ubicados en lo que podríamos llamar el primero y segundo cuadro urbano. Sus historias representan las historias de los barrios donde están ubicados y de los cuales han adoptado su nombre por tradición y costumbre. Si bien no tienen la importancia económica que los mercados citados antes, son espacios donde acuden diariamente los habitantes del vecindario para consumir o encontrarse con el vecindario. Alrededor de ellos, muchos comercios se han establecido, convirtiéndose, junto con alguna iglesia católica, en parte de una comunidad, cuya población ritualmente se reúne los domingos desde la mañana para asistir a la misa, el consumo de alimentos y otros productos en los mercados o tiendas aledañas. La vida social en la ciudad, a pesar del transcurso de los años, no ha dejado de lado al comercio como uno de sus motores para establecer relaciones, ya sea de amistad, vecindad, interés económico y social. De la misma manera que la ciudad creció debido a la migración, se fueron incorporando a la actividad económica nuevos grupos sociales. Los cuatro mercados de estos barrios tradicionales cuentan hoy con un anexo comercial: el tianguis, que ya sea los domingos u otro día de la semana, se ubica alrededor del mercado o la iglesia, haciendo con ello una especie de feria semanal, a la cual se acude por diversión, distracción o interés particular.

Tianguis, mercados callejeros y otras expresiones comerciales en Guadalajara

Más allá de las historias que se han señalado antes sobre los mercados públicos o callejeros, éstos son un espacio de encuentro entre diversidades sociales. Por ellos cruzan obreros o profesionistas desempleados, maestros que buscan materiales para sus cursos, ex funcionarios públicos que alguna vez tuvieron que tratar de regular el desorden que estos mercados significaron en los años ochenta, o indigentes callejeros que pueden encontrar algunos desechos para comer. Sean vendedores o compradores, transeúntes o «buscadores» de curiosidades, ven en el mercado una diversión momentánea que les permite pasar el tiempo de un fin de semana, y a quienes los comerciantes definen como «pura mirandilla», es decir, que pregunta el precio de un producto, lo ven con cuidado pero no lo compran. Otros muchos buscan con entusiasmo el disco compacto de moda o la última cinta cinematográfica. Nunca falta quien simplemente asiste al tianguis para encontrar algo para hurtar y así sobrevivir el día.

A pesar de su complejidad, los tianguis de la ciudad tienen cierta diferenciación; están los mercados que se ubican al poniente en zonas habitacionales de clase media, como el Tianguis del Sol, Santa Teresita y Manuel M. Ponce, caracterizados por la venta de productos de vestir, electrónicos y bisutería. A ellos asisten consumidores de modas y curiosos, aunque los productos perecederos no faltan; su ubicación y contexto social los convierten en tianguis con mayor ordenamiento y control por parte de los inspectores del ayuntamiento tapatío o zapopano. Los comerciantes asumen la importancia que tiene el cuidar el aspecto de su negocio y mercancía, pues los consumidores son exigentes y no aceptan un producto en mal estado, como en otras zonas de la ciudad.

Los tianguis con mayor tiempo, ubicados en la zona céntrica de Guadalajara, son atractivos para visitarlos. Generalmente se comercializan productos muy diversos, aunque predominan también las prendas de vestir o cosméticos. A ellos recurren personas de diferentes zonas de la ciudad, sólo por distracción o por consumo de alimentos, pues se encuentran muy cerca de oficinas y establecimientos comerciales, y al mediodía les permite «echar un ojo a la ropa a ver que se compran». Como ya se ha dicho antes, muchos de estos tianguis se convierten en ferias barriales por su ubicación en antiguas zonas urbanas, como es el caso de La Capilla de Jesús, el mercado Alcalde, San Felipe, San Sebastián de Analco y Mezquitán.

Por otro lado, de los 322 tianguis registrados de la ZMG, aproximadamente 90 por ciento se ubica en las zonas populares de la ciudad, ya sea al oriente o en las colonia periféricas. Son tianguis de escasas dimensiones en su mayoría, a los cuales asisten personas de las mismas colonias a vender y comprar. Son una opción para el consumo de los habitantes del vecindario, pero no tienen la misma atracción que la de los otros casos. Sin embargo, como todo lugar de encuentro social, permiten una relación más típica entre compradores y vendedores, como la relatada al inicio de este texto. La sencillez de los habitantes, su lenguaje coloquial y sus preferencias musicales se recrean diariamente en cada tianguis de las zonas populares. Aunque cada colonia es particular en muchos sentidos, los tianguis reflejan el tipo de consumo, los gustos y las condiciones socioeconómicas imperantes.

Dentro de esta diversidad de tianguis existen algunos que se destacan por su historia, dimensión y diversidad de productos. El más popular es El

Baratillo, el mercado callejero más grande y antiguo de la ciudad. Es parte de la historia popular de Guadalajara. Recorrerlo mirando los puestos de mercancías tan variadas le implica a un visitante por lo menos siete horas de un domingo. Para los asiduos al mercado lo mejor es iniciar por la parte sur, en la calle Gigantes del sector Libertad a las seis de la mañana, cuando los puestos comienzan a colocarse, para después recorrerlo lentamente, observando la gran variedad de mercancías para autos, ropa usada, cinturones de piel, discos compactos, herramientas usadas, aparatos electrónicos. Muchos asisten con su familia completa, y aunque no comprenden nada de utilidad, El Baratillo siempre tiene una gama muy diversa de alimentos para consumir, como botana, o desayunar a media mañana. Los puestos de tacos y pozole, birria, menu-do, mariscos, jugos y frutas, etcétera, son parte importante de este tianguis. En el extremo norte del mercado, en los barrios de El Mirador y Santa María, el tipo de mercancías cambia y se observan muebles, aparatos electrónicos y herramientas, usados todos, incluso algunos animales domésticos y de crianza, chivos, aves y cerdos. En esta zona del tianguis se especula que mucha de la mercancía es robada y comercializada por los propios ladrones o cómplices, aunque nadie intenta probarlo, pues cualquiera alega que es de su pertenencia y que ya no cuenta con la nota de compra o factura.

En las décadas de los años ochenta y noventa comenzó una nueva modalidad de mercados callejeros nocturnos o de todo el día, que se colocan en las aceras y avenidas, plazas públicas o jardines, incluso, fuera de los templos de barrios tradicionales o colonias populares; son los tianguis navideños o tianguis de fiestas patronales o religiosas. Casi todos comercializan ropa, juguetes, adornos navideños, alhajas, cosméticos y alimentos preparados. Se convierten en la alternativa popular para el regalo de navidad o la decoración de casas, aunque la visita de los clientes es amplia en origen social, gustos y preferencias de productos. Hay mercados navideños en barrios como Santa Teresita, donde alguna que otra persona de no bajos recursos curioseará entre productos artesanales, envolturas de regalo y otras novedades. Durante los días del 15 al 24 de diciembre, los mercados callejeros nocturnos tienen una amplia asistencia, pero son los días 23 y 24 de ese mes que la cantidad de personas se duplica, terminando sus labores después de las dos de la mañana del día de navidad.

Muchas otras expresiones de comercio callejero se han dado en la ciudad. Durante algunos años, los centros de distribución de leche Liconsa fueron objeto de atención de personas, principalmente mujeres de muy bajos recursos, que aprovechando la asistencia de vecinas colocaban sobre las banquetas y jardines aledaños a la distribuidora de leche, productos tan diversos como pan, ropa usada, zapatos, elotes, jugos, juguetes, etcétera. Sin duda, ha sido una muestra de la búsqueda desesperada por obtener algún ingreso.

Estos tenderetes han desaparecido, pero muchas formas de subempleo o autoempleo se manifiestan cotidianamente en la ciudad, algunos son sujetos de convivencia y encuentro entre los pobladores de la urbe y otros no lo son; quizá la expresión más tradicional que ha permanecido y se ha reinventado es la venta de comida preparada. Son pocas las tradiciones alimenticias que se comercializan en la calle cuyo origen es añejo, pero día a día el puesto nocturno (de cena) típico de la ciudad, los tacos dorados y el pozole, se mantiene cambiando su hora de consumo. En toda la ciudad existen hoy estos puestos de alimentos, ya sea en las calles de una colonia popular, como San Andrés o la Hermosa Provincia al oriente de la ciudad, o en alguna casa acondicionada en Ciudad Bugambilias. El tipo de comida preparada ha cambiado, diversificado y aumentado su oferta, pero la tradición se mantiene. La cena en puestos callejeros es para los tapatíos un hábito que ha ido pasando de los sectores de bajos recursos a clases medias. Hoy el consumo de comida callejera a cualquier hora del día es habitual, es parte de las necesidades cotidianas, especialmente en el caso de los empleados de oficina, industria, comercio establecido, ambulantes, amas de casa y estudiantes.

El comercio callejero, como los tianguis y mercados navideños, reúne a una cantidad importante de personas en un mismo espacio, pero tiene un carácter más familiar o individual, pues solamente en el caso de los jóvenes se generan encuentros grupales; por lo que toca a las generaciones mayores, los mercados tiene un propósito de paseo o consumo de objetos por distracción individual o familiar. Las manifestaciones más ilustrativas de las preferencias y gustos generacionales, aunque no exclusivos, son el mercado dominical de antigüedades ubicado sobre el banquetón de la plaza en Honor a la Patria de la avenida México, entre Chapultepec y Américas por un lado; y el llamado Tianguis Cultural, colocado en la plaza Juárez, frente al teatro Experimental.

En el primer caso se pueden encontrar objetos cuyos orígenes se remontan al siglo XIX o incluso anteriores; son el reflejo de los hábitos de clases ilustres de la época que han pasado de generación en generación, de familias de insignes apellidos, y finalmente son comercializadas por coleccionistas de la ciudad o de fuera de ella. Hace aproximadamente cuatro o cinco años se inició con la venta de estos productos en el lugar. Actualmente, existen algunas tiendas de antigüedades en la avenida México, frente al tianguis, donde clientes locales o foráneos llegan para buscar objetos de valor, sea por la originalidad, la antigüedad, el tipo de materiales con que fueron fabricados o por el origen de procedencia. Los clientes normalmente son mayores, aunque, como se dijo antes, asisten jóvenes artistas, niños que junto a sus padres observan los objetos sorprendidos por las formas, diseños extravagantes de espejos, relojes, mantelería y cristalería, adornos de pared, discos y fonógrafos y muchos más. La visita es atractiva para todos, pero también es un gran negocio para intermediarios y vendedores.

El Tianguis Cultural, por su parte, reúne a grupos de jóvenes consumidores de gustos diversos en música, atuendos, bolsos, morrales y otros productos asociados con tendencias llamadas *Dark*, *Punk*, *Rockero*, *Heavy* y muchas otra combinaciones, donde el color negro de vestuarios, piedras diversas en su forma y tonalidades, los cinturones de cuero y pulseras de muy distintos materiales, son comercializadas en pequeños puestos colocados a un lado de las jardineras de la plaza. Este mercado comenzó sus actividades dentro de uno de los patios del llamado Ex Convento del Carmen hace más de una década. El incremento en el número de jóvenes vendedores y consumidores, provocó que fueran reubicados en el jardín frente al Ex Convento y la iglesia de El Carmen. Después fueron nuevamente reubicados por el ayuntamiento municipal de Guadalajara en su lugar actual. Todas estas reubicaciones no estuvieron exentas de conflictos entre ayuntamiento, los jóvenes comerciantes y en algunos casos vecinos de la zona. El tianguis es un espacio de reunión y expresión de las tendencias y gustos juveniles. Quizá sea el único tianguis que congrega a personas más allá de un motivo puramente comercial. El mercado se convierte en un centro de recreación y diversión, donde cada quien encuentra un motivo de convivencia desde su modo de vivir la música, el vestuario y otros elementos socioculturales.

Toda esta diversidad de mercados y tianguis, así como expresiones comerciales tapatías, manifiestan una parte de la cultura de la ciudad: la tradición comercial, los gustos y actividades que, no importa la clase social, es parte intrínseca de las actividades sociales que existen en la actualidad.

ALGUNOS CASOS REGIONALES

El estado de Jalisco, desafortunadamente, ha sufrido un centralismo administrativo y económico como muchas regiones y estados de la república. El desarrollo económico comercial que experimentó la capital del estado durante el pasado tuvo beneficios, pero también afectó a algunas zonas de Jalisco. Ciudades como Zapotlán el Grande, Lagos de Moreno, San Juan de los Lagos, Autlán de Navarro, La Barca, Ocotlán y algunas más, pudieron tener algún tipo de crecimiento gracias a cierta especialización productiva o comercial, pero algunas ciudades medias se beneficiaron más que otras, experimentándose así un desarrollo desigual en el estado.

El comercio fue una alternativa importante para ciudades como Zapotlán el Grande, porque se convirtió en un centro abastecedor en el sur del estado, especialmente de productos perecederos, y aunque Sayula fue durante la primera mitad del Siglo XX un centro importante de desarrollo por su producción agrícola y artesanal, Zapotlán logró destacar en el aspecto comercial. El tianguis de la ciudad fue un centro de comercialización de productos locales, pero también regional. Habitantes de poblaciones aledañas visitan el mercado para comercializar sus productos, consumir otros y distribuir mercancías en municipios cercanos a Zapotlán. El tianguis ha sido durante muchos años un espacio de relación entre habitantes locales y otros vecinos de la región. De igual manera que el tianguis de Ocotlán, los mercados callejeros de las ciudades medias comercializan productos muy similares a los que actualmente se venden en la urbe tapatía: ropa, bisutería, cosméticos, música, artículos para el hogar y mercancías extranjeras; dejando ya de limitarse a la venta de productos alimenticios, como frutos y verduras, característicos de los centros subregionales típicos de los años cuarenta a setenta. Los procesos migratorios campo-ciudad o a los Estados Unidos, propiciaron que el tipo de consumo se modificara, ampliando la gama de ofertas en las poblaciones medias del estado de Jalisco.

Como fue en Guadalajara, los mercados callejeros y municipales de Ocotlán, Zapotlán y otros municipios, aumentaron en tamaño y número. Aunque no en las mismas proporciones que en la capital del estado, el crecimiento fue manifiesto en el número de locatarios o comerciantes callejeros. El consumo de gustos en el vestir, la música y otros productos, cambió en los habitantes de las ciudades medias de Jalisco, se diversificó, generando un mayor consumo de productos de origen extranjero o de la metrópoli tapatía.

Los mercados de las ciudades como Zapotlán, Autlán, Ocotlán y otras, se sitúan los días sábado o domingo, cuando los habitantes se reúnen en la plaza principal o en las actividades religiosas de las poblaciones. Como en los barrios tradicionales tapatíos, las ciudades medias y poblaciones guardan tradiciones de festividades locales que reúnen a miembros de diversas clases y grupos sociales, los cuales van dejando de lado sus condiciones económicas y se congregan en las plazas principales para celebrar actos sociales que relacionan a los habitantes.

Además de los mercados, las ferias populares de los santos patronos son un motivo de reunión. Ahí se comercian productos alusivos a las festividades, se congregan habitantes que celebran juntos los onomásticos de los santos del lugar, pero también asisten aquellos quienes ven en la celebración un motivo para reunirse y convivir. Los jóvenes son quienes se manifiestan en los eventos, ya sea en el consumo de productos o festividades. Casi en la mayoría de las poblaciones hay una celebración religiosa o festividad regional, por ello son motivo de celebración las festividades anuales, las fiestas patronales o el mercado semanal que, en algunos poblados, es motivo de reunión y encuentro social, júbilo para quienes no tienen muchos espacios de convivencia o motivo de reunión.

En muchas poblaciones, los mercados son ahora un vínculo con el mundo exterior. Transmiten los gustos de modas y productos externos, acercan a quienes comparten los gustos de la música y vestido, pero a la vez separan a las generaciones que no aceptan las preferencias de los jóvenes, a quienes ven como extraños en su propio lugar de origen. Es particularmente claro en el caso de los migrantes temporales, que van por periodos a los Estados Unidos y traen a sus poblaciones productos estadounidenses, a veces para comercializarlos en los mercados, o simplemente han introducido gustos y necesida-

des en ropa y aparatos domésticos desde los años ochenta que antes no se consumían. Hoy los mercados de ciudades medias y poblaciones comercializan productos electrónicos, ropa y calzado con diseños de marcas extranjeras. Muchos de estos productos no son de marcas originales, pero tienen un alto consumo por parte de la población.

Los mercados en las ciudades medias de Jalisco principalmente tienen una función distributiva, por ello la población concurre a estos espacios sociales con un motivo de consumo; sin embargo, encuentra en ellos también un medio de convivencia social, particularmente en los casos de eventos religiosos o comunitarios. No existen en estas ciudades mercados especializados como en Guadalajara, con excepción de los mercados y tianguis artesanales en ciudades turísticas, como es el caso de Puerto Vallarta, de manera que los mercados congregan grupos heterogéneos de edades, preferencias y géneros; pero a la vez, existe cierta homogeneidad en las mercancías y tipos de productos. Las ciudades mantienen una vida social menos compleja que la urbe tapatía, en diversidad de mercados, cantidad de habitantes y productos, así como en gustos y tendencias sociales.

CONCLUSIONES

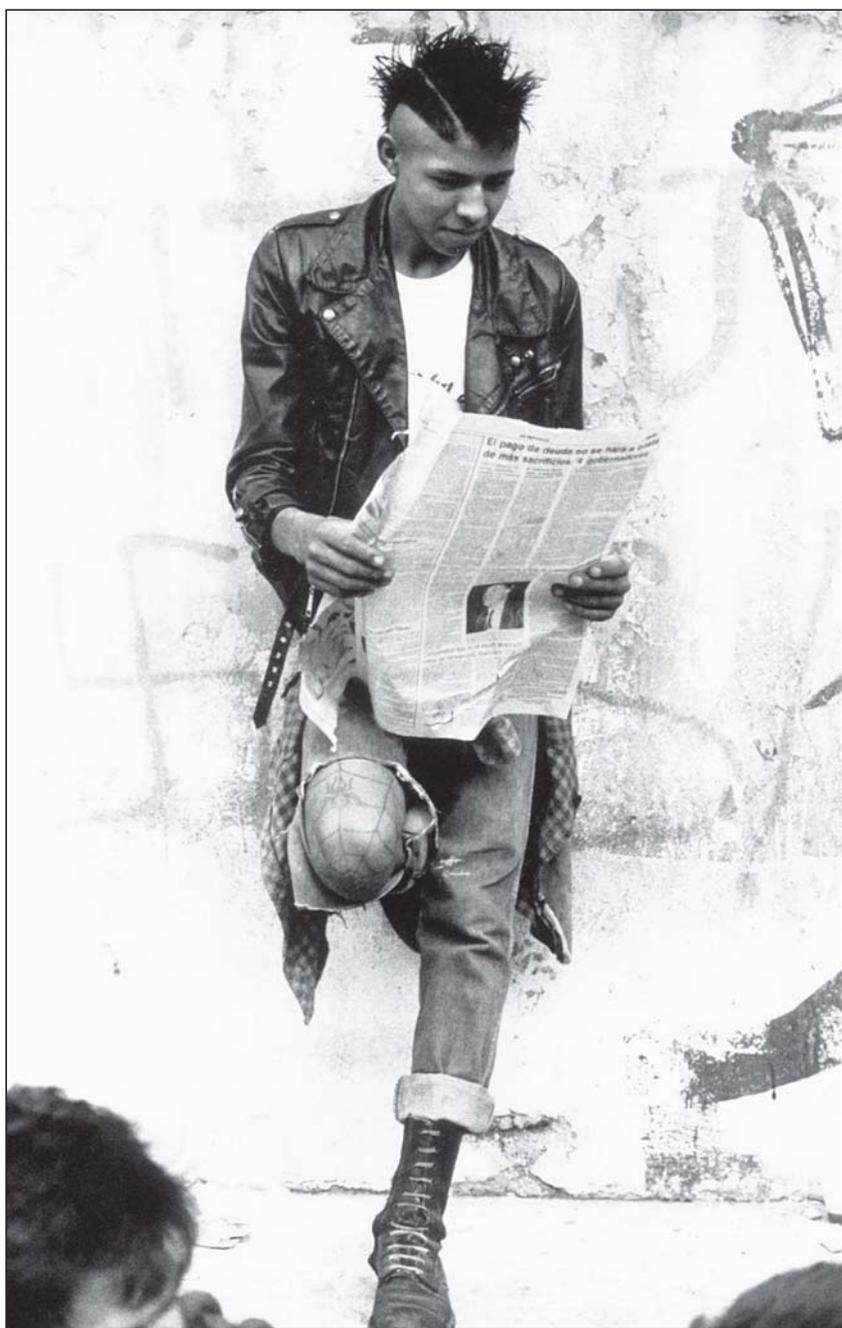
Sin duda, Jalisco es uno de los estados con mayor actividad comercial, no sólo por su pasado, sino por su contexto actual; representa una vía de paso hacia el pacífico norte de México, la costa sur del mismo estado y el centro de nuestro país. La ciudad capital del estado, por su crecimiento poblacional y por su naturaleza de centro económico regional, se ha convertido en un medio propicio para la actividad comercial, lo cual genera muchos espacios de relaciones, tanto mercantiles como culturales. Los mercados de la capital tapatía, como de las ciudades medias son, como ya se ha expuesto, el marco ideal para reproducir tradiciones, pero también para cambiar gustos. No importa si son mercados públicos, tianguis, tenderetes o puestos callejeros, los habitantes tapatíos han hecho de ellos un espacio por lo menos de distracción, y especialmente en el consumo de alimentos. Incluso, las diferencias sociales han ido pasando a segundo término si se trata de visitar un mercado, fundamentalmente debido al consumo de gustos, preferencias o simplemente porque algunos grupos sociales encuentran en estos lugares un espacio de identidad, como los jóvenes.

Aunque los tianguis se han convertido en un problema social debido a sus implicaciones sobre la vialidad, contaminación, comercio de productos ilícitos y evasión de impuestos, son un referente importante en la cultura tapatía y jalisciense. De la misma manera, algunos mercados públicos son parte de la historia local, sobre todo los mercados del primer cuadro de la ciudad. Es probable que en los próximos años muchos de estos mercados y tianguis cambien en su estructura o funcionamiento debido a la problemática que hoy presentan; sin embargo, el hábito que los jaliscienses tenemos de acudir a ellos por razones más allá del consumo parece incrementarse y difundirse en las nuevas generaciones.

BIBLIOGRAFÍA

- Alarcón Olvera, Alejandro (1988), *A la vuelta de la Esquina*, en mimeo, Morelia.
- Canaco (1997), *El Sector Comercio Informal. Una Visión de Seis Años*, Guadalajara, Jalisco.
- Dávila Casillas, Miguel y Carlos Octavio (2004), *Una vueltecita al tianguis*, en <http://www.semanario.com.mx/2000/160-27022000/Temasemana.htm>.
- Peña, Guillermo De la y Agustín Escobar (1986), *Cambio regional, mercado de trabajo y vida obrera en Jalisco*, El Colegio de Jalisco, Guadalajara.
- Doñán, Juan José (2001), *Oblatos-Colonias: andanzas tapatías*, Campo Raso, Guadalajara.
- Flores Robles, Manuel (1997), *Economía informal y estado*, Departamento de Sociología (tesis de Licenciatura), Universidad de Guadalajara, Guadalajara.
- (2001), *Liderazgo y redes políticas en el comercio callejero de Guadalajara*, Centro de Estudios Antropológicos, El Colegio de Michoacán (tesis de Maestría), Zamora.
- Márquez González, Víctor (2003), *Síntesis de la serie: comercio informal*, Departamento de Procesos de Intercambio Comercial, ITESO, Tlaquepaque.
- Padilla Dieste, Cristina (1997), *Todo queda en familia. El mercado de Abastos de Guadalajara*, Universidad de Guadalajara, Guadalajara.

- Riviere d'Arc, Hélène (1973), *Guadalajara y su región*, SepSetentas, SEP, México.
- Torres Montes de Oca, Abelino (1988), «El comercio y su conformación. 1940-1987», en colección Jalisco desde la Revolución, vol. XIV, Universidad de Guadalajara, Guadalajara.
- (1999), «Antecedentes y perspectivas de los mercados públicos municipales de Guadalajara», en *Carta Económica Regional*, núm. 65, marzo-abril, p.p. 3-12, Universidad de Guadalajara, Guadalajara.



ENCUENTROS CULTURALES DE JÓVENES EN GUADALAJARA

ROGELIO MARCIAL

*Para Angélica Romina,
el mejor de mis encuentros*

El proceso de maduración del individuo, que comúnmente conocemos como «juventud», no puede separarse de la realidad social y cultural en la que está inserto. Esta etapa de la vida está relacionada con importantes cambios fisiológicos, que corresponden más a lo que tiene que ver con lo que conocemos como «adolescencia»; mientras que lo relacionado a la idea de juventud es una construcción social. Lo anterior explica por qué la juventud es distinta en cada cultura y en cada época histórica. En nuestras sociedades occidentales, el periodo juvenil cada vez se extiende más: hoy en día oficialmente se habla de los individuos que se ubican entre los 12 y los 29 años de edad (antes este rango era más corto). Por su parte, en muchas culturas no occidentales, en ocasiones, la juventud no existe como periodo cultural y los individuos pasan directamente de la infancia a labores y compromisos de la vida adulta.

Pero también resulta importante el hecho de que dentro de la juventud de países como el nuestro, los espacios para expresarse y relacionarse son diversos. No sólo están aquellos que la propia sociedad diseña para sus jóvenes, desde instituciones como la familia, la iglesia, la escuela, los equipos deportivos..., hasta organismos como los Boy Scouts. Además, y en esto la cultura tiene un enorme peso, algunos jóvenes crean sus propios espacios de expresión ajenos de la tutela de los adultos (y, desgraciadamente, muchas veces eso nos asusta), diciendo ellos mismos qué es lo importante y qué no lo es, qué comprar, qué decir, cómo hablar, cómo vestirse, qué escuchar, qué creer, qué hacer y qué no hacer. El presente texto busca acercarse a un espacio juvenil creado por los propios jóvenes de Guadalajara, el Tianguis Cultural, para identificar allí algunas de las culturas juveniles vigentes en la ciudad.

El Tianguis Cultural de Guadalajara

A casi diez años de su fundación, el Tianguis Cultural de Guadalajara es un excelente lugar para mostrar la variedad juvenil tapatía. Como un espacio alternativo para exponer e intercambiar productos culturales imposibles de conseguir en otros lugares, este proyecto inicia el sábado 9 de diciembre de 1995, en el jardín José Rolón. De acuerdo con Sergio Fong (entrevista radiofónica, XEJB, 4/12/95), este inicio se daba «... con exposiciones de algunas editoriales independientes y de algunas revistas independientes, como también alguno que otro artista solitario que lleve su obra [...]. Se invita al que sea que tenga algún material personal que quiera exponer o poner a la venta o hacer un trueque, en este Tianguis Cultural va a ser posible...»

La idea del proyecto era precisamente abrir ese espacio que, a consideración de sus organizadores, le hacía falta a muchos jóvenes de la ciudad. Al respecto, David de Anda (entrevista radiofónica, XEJB, 4/12/95) señaló que

... vamos a tratar de crear un espacio para que los jóvenes de Guadalajara puedan hacerse de un cómic, un disco, intercambiar un disco que tengan ahí de los Rolling Stones o de Led Zeppelin [...]. Nosotros consideramos que Guadalajara merece un espacio así. Hay un fenómeno que se está dando [...] existe una serie de revistas y editoriales independientes. Hay una emergencia, una necesidad que nos ha dado y nos ha hecho que muchos de nosotros estemos constituyendo lo que viene siendo una necesidad de expresarnos [...] Se intenta crear un espacio de intercambio, de trueque, donde al mismo tiempo que se pueda hacer un poemario de una revista, que al alguien también pueda adquirir una serigrafía, algún caset. Y además, hay que mencionarlo, vamos a crear un espacio de cultura, vamos a intentar cada semana tener por lo menos un expositor gráfico, algunos músicos juglares que por aquí en Guadalajara también andan rolándola en los camiones, y creemos que de esta manera podemos tener cada sábado un espacio seguro para los jóvenes...

Los puestos de muy diversos productos se fueron complementando paulatinamente con un foro para música y poesía, un grupo permanente de percusionistas y eventos o actividades muchas veces improvisadas por sus organizadores o, incluso, por sus visitantes.

A partir de abril de 1998, se comienza a pensar en la pertinencia de un espacio más adecuado para las actividades propias del tianguis. Para noviembre de ese año se llega a un acuerdo, entre tiangueros y autoridades municipales, para trasladar al tianguis a otra sede. Los primeros habían rechazado algunas propuestas de las autoridades por considerarlas inadecuadas a sus intereses, ya que se pretendía «sacar» al tianguis a la periferia de la ciudad, marginando con ello física y culturalmente las expresiones de estos jóvenes. La propuesta de los jóvenes fue establecerse en el parque del Refugio, un lugar más grande y con un foro construido muy adecuado para sus actividades culturales. El presidente municipal Francisco Ramírez Acuña organizó una entrevista conjunta entre tiangueros y vecinos del Refugio, en la cual se negó el espacio a los jóvenes. Los argumentos para esta negativa no logran ocultar la intolerancia hacia otras formas de ser joven, identificándolas con la delincuencia y el consumo/distribución de drogas.

Esta negativa, y la insistencia de las autoridades municipales para que el tianguis se instalara en los márgenes de la ciudad, provocaron que los jóvenes tiangueros se negaran a abandonar el jardín Rolón. La situación se transformó muy pronto en un claro enfrentamiento entre los jóvenes del tianguis y las autoridades de Guadalajara, hasta que en diciembre de 1998, ambas partes acuerdan ubicar al Tianguis Cultural en la Plaza Juárez (frente al parque Agua Azul), y el 12 de diciembre de ese año estrena su nueva sede.

Entre 1999 y 2002 se da un periodo de relativa estabilidad en el proyecto del Tianguis Cultural. Se consolida el proyecto cultural impulsado desde 1995 a través, por un lado, de actividades artísticas, básicamente exposiciones, conferencias y talleres realizados en la Casa del Tianguis Cultural;¹ y por el otro, actividades político-culturales organizadas algunos sábados en las instalaciones del tianguis, tales como conciertos, protestas, conmemoraciones, aniversarios, etcétera. En este contexto, el proyecto del Tianguis Cultural es escogido para ser apoyado con recursos, entre más de 130 proyectos presentados en la Convocatoria de Apoyo a Proyectos Juveniles del Instituto Mexicano de la

¹ Originalmente, la Casa del Tianguis se inauguró en noviembre de 2000. Por un problema inmobiliario, se tuvo que mudar a su actual dirección: Mexicaltzingo 1015, en el primer cuadro de la ciudad (muy cerca de la plaza Juárez).

Juventud (*Público*, 8/05/00). Posteriormente, en 2002, el enfrentamiento revive entre el Tianguis Cultural y las autoridades municipales ahora encabezadas por Fernando Garza, debido a que el ayuntamiento tapatío pretendió incluir a esta organización en el padrón de tianguis comerciales de la ciudad. Ello implicaba, entre otras cosas, que el ayuntamiento, a través de un inspector, decidiría qué vender, en qué orden colocarse los expositores, cómo uniformar los puestos, qué espectáculos se podrían presentar, etcétera; así como la elaboración y acatamiento de un reglamento redactado también por las autoridades. Los integrantes del tianguis no lo aceptaron y, además de hacer evidente su rechazo a la nula comprensión de este espacio y el respeto de su organización por parte de las autoridades, también se hizo evidente una escisión interna de la organización, en la que unos apoyaban a sus representantes y algunos otros no lo hacían. Para 2004 la situación vuelve a una relativa calma con la nueva administración tapatía, encabezada ahora por Emilio González.

En este contexto, cada sábado los jóvenes tapatíos y muchas familias gustan de acudir al Tianguis Cultural según diferentes motivaciones. Lo siguiente no pretende ser una lista exhaustiva de las culturas juveniles que se dan cita en este espacio de encuentro juvenil, sino un acercamiento a ellas desde una visión externa.

Cholos

En la segunda mitad de la década de los setenta aparece en Los Ángeles el movimiento Cholo,² compuesto básicamente por jóvenes mexicanos o hijos de mexicanos, que fueron los herederos de los pachucos en muchos sentidos (uso de tatuajes, consumo ritualizado de sustancias prohibidas, elaboración

² La palabra Cholo, se dice, puede tener tres orígenes: 1) Viene del término nahuatl *xolo*, que quiere decir «mozo» o «sirviente», y se cree que la comunidad chicana establecida en Estados Unidos nombró así a los jóvenes que migraban en condiciones de ilegalidad; 2) Viene del inglés *show low*, «espectáculo leve», y hace referencia a las formas de hablar, gesticular y caminar de estos jóvenes, y 3) Cholo se forma con la primera y última letras de las palabras «chicano» y «loco», por ser aquellos descendientes de chicanos que escogieron la llamada «vida loca».

de murales o grafitis, reproducción de formas peculiares de identificación en el vestir y en el hablar, etcétera). Principalmente, los cholos buscan también mecanismos de defensa étnica y grupal frente a una sociedad anglosajona racista y violenta, encontrando en *La Raza*, *Aztlán* y la cultura prehispánica, fuentes de inspiración y combatividad cotidiana.

Para los inicios de la década de los ochenta, este movimiento juvenil se expandió a las principales ciudades en ambos lados de la frontera norte y, debido a las fuertes corrientes de migración de mexicanos a Estados Unidos, la presencia de jóvenes cholos se notó en algunas ciudades del norte, el occidente y el centro del país.

En Guadalajara se empiezan a juntar bandas cholas desde finales de la década de los setenta, en las esquinas de buena parte de los barrios marginados; pero es a partir del primer lustro de los ochenta cuando su presencia se generaliza. A través de estos grupos, muchos jóvenes conforman una identidad grupal con códigos propios de expresión y comunicación (Reguillo, 1991). Los cholos comienzan a organizarse para repeler la represión policiaca, pero también para tener acceso a espacios propios de expresión. Hacia finales de los años ochenta, se organizan varias «Semanas Culturales de la Banda», hasta que los diferentes gobiernos municipales empiezan a negar los espacios físicos para su realización. La marginación económica de estos jóvenes se complementa, así, con la marginación cultural, cerrando un círculo en el que los estereotipos sociales juegan un importante papel (Marcial, 1996).

Punks

También a mediados de los años setenta aparece un movimiento cultural con fuertes dosis de rebeldía y contestación, conformado por jóvenes obreros de los barrios populares de Londres. El movimiento *punk*³ cuestiona las estructuras de poder de la sociedad inglesa y fundamenta su filosofía en el anarquismo, con un tremendo desencanto hacia la vida. Su influencia se empezó a

³ El término *punk* refiere a aspectos como «desperdicio», «escoria», «basura», pero los jóvenes *punks* lo retoman a su vez por las iniciales de *People United, No Kingdom* (Pueblo Unido, Sin Reino), como protesta por la existencia de la familia real inglesa.

notar en muchos países europeos, asiáticos, latinoamericanos y en Estados Unidos durante la década de los años ochenta.

En ocasiones por moda, pero también por cuestiones de identidad cultural, miles de jóvenes en nuestro país retoman los símbolos de la cultura *punk*, llegando a formar en algunos casos grupos organizados de intercambio cultural conocidos como colectivos. En Tijuana, Monterrey, el Distrito Federal, Querétaro, Puebla, Aguascalientes, Morelia y otras ciudades, se forman organizaciones de jóvenes *punks* con objetivos definidos en la creación/apropiación de espacios de expresión y, sobre todo, de espacios para el intercambio de productos culturales.

En Guadalajara se forman colectivos como *Acción Subterránea* y el *Frente Anarco-Punk La Comuna Libertaria*; se editan diferentes revistas informales (conocidas como *fanzines*) y se instala, cada sábado, un puesto de intercambio de productos e información en el Tianguis Cultural. Este último espacio se ha erigido como un ámbito que ha hecho «visible» la existencia de *punks* en la ciudad, lo que ha «alarmado» a algunos grupos intolerantes de la sociedad tapatía. Por su parte, los jóvenes *punks* tapatíos insisten en que su lucha es en contra del conformismo y que la libertad es su máximo valor.

Skinheads

Desde 1967, en Inglaterra, comenzaron a verse *skinheads*⁴ dentro de algunos de los grupos más radicales de jóvenes *mods* de las ciudades de Liverpool y Londres. Tienen una vestimenta propia y usan las patillas poco crecidas. El culto a la imagen y la estética es muy fuerte entre estos jóvenes. En la confluencia de algunos jóvenes *mods* con otros jóvenes seguidores del movimiento de *rudie boys*⁵ en la ciudad de Londres, se conforma una cultura juvenil fuertemente ligada a los valores culturales de la población obrera de la Inglaterra de los años sesenta.

⁴ El nombre *skinhead* quiere decir «cabezas rapadas», debido a que sus integrantes se rapan como forma de identificación.

⁵ En relación con las características, formas de expresión, referentes culturales y orígenes de los movimientos de jóvenes *modernists* (*mods*) y *rudie boys* (*rudies*), véase Marcial (1997: 63-67 y 73-78).

El «espíritu del '69» fue el primero de los dos momentos claves del movimiento original inglés, año en que por primera vez se usa la palabra *skinhead* para identificar a esta cultura juvenil. Los planteamientos centrales de los originales *skinheads* giraban en torno a la crítica radical al modelo conservador del gobierno inglés, que no había podido resolver el problema principal para la juventud de los suburbios: el desempleo. De los originales *skins* que insisten en culpar del desempleo juvenil al gobierno conservador y sus políticas de empleo, se escinden otros jóvenes que consideran que los verdaderos culpables del desempleo juvenil, siguiendo la opinión de la elite capitalista inglesa y el Frente Nacional,⁶ son los inmigrantes africanos, asiáticos y latinoamericanos que aceptan empleos en las peores condiciones laborales. Una diferencia que se empezó a identificar entre estas dos facetas fue que los originales *skinheads* seguían rapándose la cabeza, mientras que los que se iniciaron en la ideología fascista empezaron a afeitársela completamente. Por ello, quienes forman parte del movimiento original identifican como *boneheads* (cabezas huecas) a los *skinheads* vinculados al Frente Nacional.⁷

Como un intento para frenar el enfrentamiento violento entre *skinheads* y *punks*, surge en 1977 el movimiento conocido como *Oi!*⁸ Es el segundo momento de importancia del movimiento, que se conoció entre los jóvenes *skins* como el «espíritu del '77», el cual reconoce su pertenencia al movimiento original, pero también lo hace en torno a la influencia del movimiento *punk*. En 1986 se crea en Estados Unidos la organización llamada *Skinheads Against Racist Prejudice* (SHARP), para enfrentar a organizaciones fascistas encabezadas por el Ku Klux Klan (KKK). A su vez, algunos jóvenes *skins* que aún simpatizaban con la ideología comunista y anarquista organizan otra red conocida como *Red Anarchist Skinheads* (RASH) en 1994, con presencia en varios países.

En Guadalajara existen algunos seguidores del movimiento *skinhead*, tanto en su vertiente fascista como en la anarquista. En el caso de los prime-

⁶ El National Front o Frente Nacional es una de las organizaciones de extrema derecha con presencia en casi todos los países europeos.

⁷ También usan el término *naziskins*.

⁸ El nombre *Oi!* se le atribuye al periodista Gary Bushell, quien habló entonces de una actitud hacia «una prometedora unidad entre punks y skinheads».

ros, afortunadamente no han existido enfrentamientos violentos de jóvenes fascistas o actos en los que se ataquen a indigentes, homosexuales, extranjeros, judíos o indígenas. Sin embargo, hay jóvenes pertenecientes a las clases medias y altas que se han adherido a la versión de ultraderecha del movimiento. Del lado de los jóvenes *skinheads* anti-racistas, en 2000 se conforma RASH-Guadalajara, un año después de RASH-DF.⁹ Estos jóvenes están en contra de cuestiones relacionadas con el odio, el racismo, la homofobia y la xenofobia; y más bien luchan a favor de una sociedad más justa, igualitaria y libre. Los integrantes de RASH en esta ciudad editan el *fanzine* *Rojinegro*. *Skinzine* RASH-Guadalajara México y tienen presencia en un puesto en el Tianguis Cultural. Han participado en varias manifestaciones en contra del neoliberalismo, a favor del movimiento zapatista, festejando el Día Internacional del Trabajo y organizaron el Festival Contra el Racismo, en enero de 2002 en «Las Biaz».¹⁰

Taggers

En los primeros años de la década de los setenta, en ciudades como Nueva York y Los Ángeles, se inicia un movimiento cultural juvenil que se caracteriza por realizar murales urbanos en los espacios más inaccesibles para el creador, pero más visibles para los transeúntes cotidianos. Los *taggers*¹¹ consideran que tienen derecho, y hacen uso de él, de decorar los escenarios urbanos y con ello darle un rostro específico a la ciudad en la que habitan.

El movimiento *tagger* llega a nuestro país por la frontera norte. La incursión de *taggers* de la ciudad de San Diego y las obras que plasmaron en bardas de Tijuana, fue la entrada hacia muchas de las ciudades de México, a inicios de la década de los noventa (Valenzuela, 1997a: 88). Como en el caso del *choloismo*, la migración de jóvenes trabajadores de varios estados de nuestro país y su paso por Tijuana, fue un canal para la expansión de este movimiento.

⁹ Después se fundarían secciones de RASH en distintas ciudades de México.

¹⁰ En este festival se presentaron grupos de música *skin* de la Ciudad de México, Tijuana y Mexicali, además de Alerta Guerrilla, único grupo de música de este género originario de Guadalajara.

¹¹ La palabra *taggers* proviene del inglés *tag* (etiqueta o marca). Su traducción es «etiquetadores» o «marcadores».

Pero en este caso algunos medios de comunicación (televisión, cine, internet) también jugaron un papel destacado. De alguna manera, estos jóvenes rompen el círculo vicioso que mantenía las manifestaciones juveniles populares encerradas en los barrios marginales, como característica propia de los *ghettos* urbanos: buscan apropiarse de la ciudad (su ciudad, también), «saltando» cualquier tipo de barrera, burlando cualquier tipo de vigilancia.

En 1991 empieza a proliferar este tipo de creaciones (*grafitis*) en diferentes escenarios de Guadalajara, y entre 1995 y 1998 pocas construcciones escapan a las marcas de los *taggers*, desde avenidas, anuncios publicitarios, oficinas de gobierno, iglesias, monumentos históricos, etcétera.

Ravers

A fines de los ochenta, surge en el Reino Unido un movimiento cultural juvenil en torno a un tipo de música para bailar y el ambiente que debe rodearlo. Por la búsqueda de espacios de diversión alternativos a los que suelen existir en muchas ciudades, los jóvenes *ravers*¹² organizan sus fiestas, donde lo que más importa es disfrutar al máximo la experiencia del baile sin exponerse a la mirada prejuiciosa de quienes no comparten los mismos gustos musicales, hermanándose con quienes sí lo hacen. La fascinación por esta «filosofía juvenil» ha hecho que se realice este tipo de fiestas en la mayoría de los países de la cultura occidental, desarrollados y subdesarrollados.

En nuestra ciudad, las fiestas *rave* empiezan a ser comunes en los últimos diez años,¹³ y algunos *dj's*¹⁴ tapatíos llegan a ser tan famosos como los de Tijuana y el Distrito Federal. Sin embargo, las posibilidades de realizar estas fiestas cada vez se ven más reducidas, debido básicamente a la insistente des-

¹² *Rave* significa «delirio», y hace referencia a la manera en que se vive la fiesta y la música. Sin embargo, también hace referencia a una de las primeras corrientes de música electrónica. Ahora, junto con el *rave*, existe una variedad de corrientes musicales.

¹³ Antecedentes de estas fiestas fueron las «danceteriaz» y las fiestas de música industrial de los años ochenta.

¹⁴ Los *dj's* o *disc jockeys* son quienes amenizan las fiestas, «mezclando» la música, llegando a crear sonidos y composiciones propias.

confianza de la sociedad tapatía hacia los espacios impulsados por los propios jóvenes (sin mediadores de ningún tipo) para expresarse y divertirse. Esto ha propiciado que el hostigamiento policiaco a jóvenes *ravers* en Guadalajara haya alcanzado niveles exagerados.¹⁵

Rastas

Otra cultura juvenil que ha tenido una peculiar influencia en muchos jóvenes tapatíos es aquella que se desprende de la cultura *rasta*¹⁶ y que tiene su origen en Kingston, Jamaica. Conjuntando de manera particular tres aspectos como fuente identitaria (la recuperación de su historia desde sus orígenes en el continente africano y la esclavitud; la reinterpretación de la religión judeo-cristiana, junto con la religión pentecostal y otras de origen africano; y la creación del *reggae*, una música con origen en ritmos africanos y caribeños, tales como el *calipso*, el *ska*, siendo Bob Marley su impulsor y su exponente más conocido a escala internacional), miles de jóvenes jamaquinos conformaron un movimiento político-cultural durante los años sesenta y setenta en el que fueron identificados como *rudies*.

Por los fuertes flujos migratorios de jóvenes jamaquinos a Inglaterra, muchos de los símbolos de expresión de este movimiento fueron retomados, primero en Londres, y posteriormente en muchos países europeos y Estados Unidos. La comercialización de la música *reggae* hizo que para los años ochenta y noventa existieran jóvenes simpatizantes de esta cultura juvenil en casi todo el mundo occidental.

En Guadalajara la música *reggae* y la cultura *rasta* se extendieron a finales de la década de los años ochenta, y han llegado a aglutinar a un número significativo de jóvenes en esta década. Los espacios que han establecido estos jóvenes en la ciudad, se reducen a los conciertos ocasionales de

¹⁵ El caso más exagerado se presentó el 4 de mayo de 2002 en una fiesta en Tlajomulco, donde la policía mantuvo durante más de dos horas a cerca de 2 500 jóvenes boca abajo, sin moverse, violando sus derechos de reunión y manifestación, agrediendo física y verbalmente.

¹⁶ El término «*rasta*» proviene de Ras Tafari, líder y guía espiritual del movimiento filosófico en Etiopía.

reggae (sea de grupos locales, del Distrito Federal o extranjeros) y al intercambio de productos culturales en el Tianguis Cultural. Sin embargo, además de la música, la vestimenta y los peinados, la convivencia entre ellos retoma aspectos políticos y culturales característicos de toda una filosofía sobre la fraternidad, las experiencias místicas y las reivindicaciones sociales y culturales.

Darks

Del movimiento *punk* comentado líneas arriba, se han desprendido varias culturas según las ramas de la música *punk* y sus formas de expresión. Una de estas corrientes es la llamada «ola oscura» (*dark wave*), de la que se desprenden el *gótico* y el movimiento *dark* («oscuro»). La música se caracteriza por la reproducción de sonidos góticos, los ritmos *punks* y letras que retratan una actitud catastrófica y negativa sobre la sociedad de consumo, belicista, enajenada y destructora del medio ambiente.

La música *dark* se acompaña con formas de vestir y maquillarse a base del color negro por parte de sus seguidores, pero internamente se reproduce una visión en la que de una crítica participante y activa de los colectivos *punks*, se pasa a un retraimiento a escala individual muy cercano a actitudes desesperanzadas.

Debido a lo anterior, son sumamente escasos los espacios de expresión y/o lugares de encuentro entre quienes se identifican con esta cultura juvenil. En Guadalajara, el café Les Fleurs du Mort («Las Flores del Muerto») se ha erigido como el centro de reunión de jóvenes góticos y darketos, además de metaleros, *punks* y curiosos. También en esta ciudad se supo de la presencia de jóvenes, supuestamente seguidores del *dark*, cuando en noviembre de 1997 se detectaron suicidios juveniles como parte de «juegos colectivos» que buscaban «abatir el hastío» de sus participantes. Laberintos y Ladrones, Los Adoradores de la Muerte Dulce y Nipomanga, agrupaban a estos jóvenes que no encontraban mejores alternativas de entretenimiento ni expresión cultural.¹⁷

¹⁷ «Existen grupos que inducen jóvenes al suicidio», *Siglo 21*, Guadalajara, 24 de noviembre de 1997.

Fetichistas o Primitivos Modernos

Otra cultura juvenil que tiene presencia en Guadalajara es la que aglutina a los seguidores del *fetish* («fetichistas»). Considerando al cuerpo como el principal portador de los emblemas identitarios, en los años noventa surge en Londres un movimiento juvenil que hace de los tatuajes, el *piercing*,¹⁸ el *branding*,¹⁹ las escoriaciones,²⁰ las modificaciones del cuerpo y los diseños multicolores en el cabello, los instrumentos idóneos para marcar, de forma permanente y con significados muy personales, diferencias radicales con el resto de la sociedad.

Las «máscaras» momentáneas del maquillaje sólo hacen más evidente la hipocresía de la sociedad moderna, mientras que portar este tipo de emblemas permite reconocer y reconocerse a quienes buscan algo más en las relaciones interpersonales. Los fetichistas prefieren no tener acceso a empleos, lugares de diversión y oficinas privadas y públicas debido a su aspecto, que seguir reproduciendo formas anquilosadas de normatividad y conducta social.

En Guadalajara existen seguidores de esta cultura juvenil, propiciando que en varios espacios de la ciudad se instalen negocios para tatuarse o hacerse alguna marca o perforación corporal. Estos lugares deben mantener un estricto cuidado higiénico (por el temor al contagio del SIDA), así como incorporar los procedimientos, adornos, colores y estilos provenientes de Los Ángeles, Nueva York, Chicago, Londres, Ámsterdam, Berlín y otras tantas ciudades de «avanzada» en el *fetish*. Sus mejores exponentes y sus creaciones han tenido foros como el Expo Tatuaje Internacional, realizado cada año en la ciudad.

Skatos

A finales de los ochenta, las calles de muchas urbes en Estados Unidos comenzaron a ver reaparecer un vehículo infantil pequeño y difícil de manejar. La patineta (o simplemente «la tabla») fue retomada por adolescentes, construyendo a partir de ésta, toda una cultura dentro de la cual la agilidad, los saltos y

¹⁸ Colocación de objetos con perforaciones en diferentes partes del cuerpo.

¹⁹ Diseños artísticos en el cuerpo mediante hierros al rojo vivo que provocan una quemadura de tercer grado, tal y como se marca al ganado.

²⁰ Cicatrices dejadas por objetos punzocortantes o ácidos químicos, que reproducen diseños artísticos.

la velocidad tomaron nuevos significados. El deporte del *surfing* (una tabla también, pero impulsada por las olas del mar) es la principal influencia en este resurgimiento de la patineta, y así como los *surfos* han construido toda una identidad juvenil a partir de este deporte acuático, los *skatos* (del inglés *skateboard* «patineta») han desarrollado su propia identidad tomando como centro una tabla con ruedas. El deporte urbano ha logrado convertirse para muchos en una forma de diversión, identificación grupal y forma de vida.

Las imágenes con las que decoran esas tablas tienen muchos significados, pero la calidad de la tabla y de las ruedas (que depende de la marca comercial de fabricación), resulta uno de los valores más importante de la patineta y de su dueño. Otro más se refiere al estado general en que se encuentra la patineta. Una tabla y unas ruedas sin raspaduras, golpes y pequeños pedazos cortados lucen «bonitas», pero pertenece quien no la ha golpeado, que no se ha arriesgado en las piruetas difíciles y a correrla a alta velocidad.

Es muy común que un *skato* escuche música *rap*²¹ y la tabla casi siempre se acompaña de las latas de *spray* para decorar bardas. Muchos de estos jóvenes suelen ser asiduos televidentes de MTV (Music Television), no sólo por los videos musicales, sino por programas como Beavis & Buttthead, South Park y Rem & Stimp. De hecho, tal importancia tiene para esta cadena estadounidense de televisión el público compuesto por *skatos*, que ha incluido en su programación series permanentes relacionadas con concursos y toda la cultura del *skateboard* (patineta).

En Guadalajara, algunos de estos jóvenes han tomado parques y otras zonas como grandes pistas de patinaje, y ya muchos transeúntes los identifican en algunas áreas de las avenidas Chapultepec, Américas y López Mateos; los parques Revolución, Juárez y Alcalde; las colonias Providencia, Chapalita, Jardines del Country y Del Fresno, entre muchos otros circuitos improvisados de velocidad. La policía también ha encontrado en ellos una «amenaza» para la vida tranquila que debe prevalecer en Guadalajara, y en no pocas ocasiones

²¹ En Guadalajara los *skatos* y *taggers* están más cercanos al *hip hop*, mientras que en la Ciudad de México prefieren expresarse a través del *ska*. Lo que tiene mucho que ver con los flujos migratorios a Estados Unidos a los que están expuestos los jóvenes en el occidente de México.

han sido detenidos por portar algo tan peligroso como una tabla con cuatro pequeñas ruedas y andar «toreando» gente y automóviles estacionados.

Palabras finales

Este breve recorrido por las culturas juveniles más visibles de Guadalajara no sólo deja ver que algunos jóvenes retoman referentes culturales y formas de expresión con distintos orígenes, significados y símbolos. Además, es una muestra de la diversidad existente en una de las ciudades más importantes del país. A pesar de que como adultos aún los vemos como un grupo homogéneo con los mismos intereses, orígenes, gustos, simpatías, animadversiones, sueños, frustraciones, esperanzas y desesperanzas; ellos nos demuestran cotidianamente que se puede ser joven de muchas maneras, y no por ello estar condenados a dejar de ser tapatíos o mexicanos (como si eso fuese posible).

Pero aún más. La convivencia cotidiana, de forma inclusiva, que los jóvenes de Guadalajara seguidores de estas culturas urbanas practican cada sábado en el Tianguis Cultural, nos enseña sobre la posibilidad de regir nuestras relaciones sociales, nuestras relaciones con «los otros» (los diferentes a nosotros), desde la aceptación, el respeto y la tolerancia. Ya pasaron aquellos años en los que muchos jóvenes reproducían las anquilosadas relaciones sociales al diferenciarse culturalmente y llevar esa diferencia incluso hasta el enfrentamiento físico, en la que la incapacidad de convivir con alguien diferente provocaba enfrentamientos callejeros violentos y lamentables. Hoy no es que los jóvenes hayan dejado de pelearse a golpes, pero estos espacios culturales son puestas en práctica de una nueva forma de pensarnos socialmente como comunidad, una comunidad donde cabemos todos aunque seamos diferentes, una comunidad donde las diferencias económicas, sociales y culturales no tienen forzosamente que traducirse en desigualdades, exclusión, estigmatización e intolerancia. Esta nueva forma de pensarnos de manera inclusiva, estoy seguro, es parte de un cambio social que estos jóvenes, junto con muchos otros actores sociales en Jalisco y en otras partes del país y del mundo, están impulsando. Son una muestra de que dentro de la sociedad civil están sembradas las semillas de la aceptación positiva a la diversidad cultural.

Por su parte, algunos segmentos de la sociedad insisten en asignar a muchas de estas culturas juveniles etiquetas de descalificación, al no lograr com-

prender muchos de los sentidos y referentes que reproducen. Por ello, es necesario seguir produciendo un conocimiento certero de estas formas de asociación y expresión juveniles, para hacer a un lado los procesos de estigmatización, indiferencia e, incluso, represión a los que muchas veces la sociedad recurre ante la desinformación y el desconocimiento respecto a lo que hoy motiva a nuestros jóvenes. Es precisamente lo anterior lo que hace que se ensanche en demasía la llamada «brecha generacional», y que adultos y jóvenes estén cada vez más lejos (culturalmente hablando). Aunque algunos jóvenes buscan específicamente desmarcarse de los adultos y reproducir valores y formas de expresión propias, si insistimos como sociedad en ensanchar tal brecha generacional, la búsqueda por espacios propios puede tomar los caminos negativos de la violencia y la delincuencia. Ello ya se deja ver en nuestra sociedad, pero afortunadamente no ha alcanzado los niveles que presentan otras sociedades a lo ancho del mundo. Conociéndolos, nombrándolos positivamente, acercándonos a sus formas de ver y entender el mundo, sólo así se puede reducir la brecha generacional y propiciar relaciones sociales inclusivas y tolerantes, donde podamos convivir todos los tapatíos, todos los jaliscienses, sin importar nuestro color de piel, nuestro sexo, nuestra religión, nuestra edad, nuestra posición social, nuestra preferencia política o sexual, nuestras preferencias culturales o deportivas, nuestros orígenes, nuestros futuros. La diversidad siempre será positiva, aunque nos asuste e insistamos en verla como algo negativo.

BIBLIOGRAFÍA

- Marcial, Rogelio (1996), *Desde la esquina se domina. Grupos juveniles: identidad cultural y entorno urbano en la sociedad moderna*, El Colegio de Jalisco, Zapopan.
- (1997), *Jóvenes y presencia colectiva. Introducción al estudio de las culturas juveniles del siglo XX*, El Colegio de Jalisco, Zapopan.
- Reguillo, Rossana (1991), *En la calle otra vez. Las bandas: identidad urbana y usos de la comunicación*, ITESO, Tlaquepaque.
- Valenzuela, José Manuel (1997a), *Vida de barro duro: cultura popular juvenil y graffiti*, Universidad de Guadalajara/El Colegio de la Frontera Norte, Guadalajara.



Vampirela

LOS CABARETES DE GUADALAJARA

VÍCTOR MANUEL RAMOS WILLCHIS

A la generosa amistad de Luis Medina

*In memoriam Arturo Li-Ho
gran bailarín e inolvidable amigo*

PRESENTACIÓN

«Cabaré (del fr. Cabaret, taberna), lugar de esparcimiento, donde se bebe y se baila y en el que se ofrecen espectáculos de variedades, habitualmente de noche». Esta es la definición que de esa palabra nos da la *Enciclopedia Universal Salvat*, en su edición del año 2000. Definición que se acomoda perfectamente al tema que nos ocupa, los cabaretes de Guadalajara.

Eran, en efecto, centros, generalmente nocturnos, de esparcimiento popular, pensados especialmente para la diversión masculina, ya que por una módica suma monetaria, cualquier hombre podía beber su cerveza o vino favoritos, alegrarse ojos y oídos con los espectáculos presentados por algunos establecimientos; bailar, conversar, y hasta obtener el amor mercenario de cualesquiera dama entretenedora que laboraba en tales sitios. De este tipo de negocios es de los que vamos a tratar.

Hay que tomar en cuenta que existieron también centros de diversión para la «gente decente» tapatía, situados en el centro de aquella no crecida perla de occidente, que aún no sabía de esmog, congestionamientos vehiculares o inseguridad pública. Lugares que, a diferencia de los populares, estaban mejor equipados, las bebidas eran de marca; los espectáculos eran un tanto asépticos comparados con los populares, con precios considerablemente más elevados.

Se habla de aquella Guadalajara del siglo XX, entre las décadas de 1930 y 1940, sencilla y conservadora, en la que algunos sectores sociales de bajos ingresos, generalmente procedentes de otras entidades, pugnaban por conseguirse espacios de diversión, tales como la proliferación de teatros-car-

pa a lo largo de la Calzada Independencia, sobre todo en San Juan de Dios, donde funcionaba «la catedral del teatro popular», el Obrero, que presentaba a su estrella, la picante y pícara bailarina Lulú, que hacía subir la temperatura a los tapatíos jóvenes y a los ya no tanto, gente de toda escala social. En cuanto al cine, se abrieron varias salas, como María Teresa, Zelayarán y Montes, por mencionar algunas. Hicieron también su aparición los salones de baile popular, que por imitación de lo gringo, llamaban *Dancings*, uno de los cuales era el Paraíso Terrenal ubicado en una vieja finca del portal contraesquina del Palacio de Gobierno; otro era el edificio Mosler, hoy oficinas de la Lotería Nacional; pero sin duda el más popular fue el Puñal, situado por la calle Vicente Guerrero, frente al jardín del Hospicio. Cantinas había de todas categorías, desde las *pomadosas* del centro, hasta las muy modestas, al oriente de Calzada Independencia, algunas de las cuales organizaban bailes de fin de semana, como antecedentes de los cabaretes.

Para tratar de entender algunos de esos procesos sociales populares, es necesario recordar que, a causa de los movimientos armados habidos en nuestro país desde principios del pasado siglo, todo el orden social se trastocó, dejando de beneficiar a muchos sectores de la población en lo educativo y lo económico, y con el resultado que muchas personas se encontraran desocupadas o se dedicaran a actividades marginales. Esto explica, en parte, el aumento de quehaceres mal vistos socialmente, como la prostitución ejercida para ganarse la vida. Guadalajara, como polo de desarrollo económico en la región occidente, atrajo a muchos marginados que se dedicaron a ese trabajo y a otros del mismo tipo.

Con el correr del tiempo, Guadalajara creció mucho, y con ello los problemas, haciéndose cada vez mas difíciles de manejar, sobre todo en cuestión de diversión popular, ya que el gobierno municipal y Salubridad de Estado se limitaron a expedir reglamentos de tolerancia a la prostitución, para tratar de controlar las enfermedades venéreas y el aumento de aquella actividad en la ciudad, tanto en burdeles como en las cantinas donde se organizaban bailes.

ESCENARIO HISTÓRICO

A principios del siglo XX, Guadalajara, al igual que otras capitales de estado en el país, había tenido una expansión económica y social más bien lenta, ya que

el modelo de desarrollo porfirista era de marchar despacio y de «no me alboroten la caballada», basándose en la explotación de las grandes masas analfabetas de la población dedicadas al trabajo agrícola y en la mínima producción de una industria en pañales. Proyecto diametralmente opuesto al preconizado por la revolución, en las ideas que la animaron y en su posterior puesta en marcha por la Revolución «hecha gobierno».

Pasan así los primeros treinta años de ese siglo, y recientes aún los sobresaltos y miserias que la revolución y la cristiada dejaron como secuelas amargas en el país, se hizo el primer intento de organización del caos político y económico existente en la nación entera. Plutarco Elías Calles, presidente de la república y «jefe máximo de la revolución», había creado desde 1925 el Banco de México para ordenar la economía, y en 1926 fue declarado como única institución emisora oficial de moneda.

Para 1929, y también a iniciativa callista, fue fundado el Partido Nacional Revolucionario, organismo corporativo que incluía a todos los sectores sociales —¡al fin habría pastel político para todos!—, para evitar conflictos por el poder, ya que en forma pacífica, cualquier ciudadano —teóricamente— podría ocupar cargos públicos por medio del voto universal y secreto. Esto creó las bases del moderno Estado mexicano, inaugurando un periodo de paz y desarrollo de cuatro decenios.

En los años treinta, se crearon por iniciativa oficial y privada algunos bancos en Guadalajara, para refaccionar la maltrecha economía de Jalisco; como actividades paralelas, muchos terratenientes, espantados con la repartición de las haciendas, trajeron sus capitales a la ciudad, invirtiéndolos en bienes raíces y en otros negocios seguros. A la vez, pequeñas industrias familiares crecieron en número e importancia. Todas las actividades comerciales e industriales fueron oficialmente fomentadas. La vía férrea a Nogales, Sonora, se aprovechaba intensamente para transportar mercancías y materias primas, de ida y vuelta. Por ese tiempo se construyó la carretera a México, vía Morelia, que disparó el comercio con la metrópoli.

Guadalajara se convirtió en polo de desarrollo económico en esta parte occidental, opción de vida mejor para muchos migrantes del empobrecido campo de Jalisco y entidades circunvecinas, que llegaron a establecerse buscando oportunidades de empleo. Algunos lo lograron, otros sufrieron mil pe-

nalidades para sobrevivir, teniendo que dedicarse a actividades descalificadas socialmente, como el lenocinio o la prostitución. La dinámica económica y migratoria insertó a nuestra ciudad en una etapa de desarrollo sostenido que duró hasta el decenio de 1970, engrandeciéndose cada vez más en área, en gente y en diversidad cultural; modificándose en parte tradiciones y modos de vida propios y precedentes. Esos procesos socioeconómicos hicieron surgir una nueva clase media con un amplio abanico de ingresos monetarios, que incluía desde el pequeño comerciante callejero hasta el gerente de una empresa o el funcionario público de cierto nivel; gente que, según su estatus, manejaba su presupuesto y disponía de ciertos recursos para divertirse. Una parte masculina de ese sector, formaba la mayoría de clientes de cantinas, cabaretes y casas de cita establecidos en Guadalajara.

Los cabaretes hasta 1950

El cabaret hace su aparición en una Guadalajara tradicionalista, ingenua y sin malicia. Revisando periódicos de la época, nos enteramos que algunas bandas organizadas de tratantes de blancas, enganchaban —de vez en cuando— a algunas jovencitas escolapias menores de edad que asistían a algunos salones de baile o *dancings*, en este caso el Mosler, en la calle 16 de Septiembre. Este asunto se registró en una nota del diario *El Heraldo de Occidente* del 3 de abril de 1936, donde se detalla el hecho de que siete jovencitas fueron sacadas de ahí valiéndose del engaño de que las «harían artistas». Eso fue consumado por la conocida *celestina* Amparo Gutiérrez, ayudada por algunos individuos de *sexo dudoso* que venían de la metrópoli, con la complicidad de un ex empleado local de sanidad, según la nota referida. El destino de las jovencitas era ser vendidas en un burdel. El hecho consternó a toda la sociedad tapatía, y tanto la Federación de Estudiantes Socialistas de Occidente (FESO) como la Logia Masónica Simbólica Nezahualcóyotl, dirigieron enérgicas protestas al ayuntamiento, quien ordenó la inmediata clausura de todos los *dancings* de la ciudad. Entonces, era presidente municipal Florencio Topete. Ese escándalo provocó la satanización de los centros de diversión popular por algún tiempo. Por esa razón principal y otras secundarias, en aquella Guadalajara conservadora de 180 mil habitantes, no era bien visto establecer cabaretes.

La aparición de esos centros a finales de los años treinta y la década de los cuarenta, se inició con el cabaret Valdez, establecido frente al Teatro Principal, en pleno centro, fundado por Jesús Zárate; por el Río Rita —en Colón y Libertad— y el Navy Club, cercano al parque Agua Azul. La ciudad se expandió en extensión y en cantidad de habitantes, debido a la gran migración intraestatal y regional, que vino a debilitar costumbres conservadoras, y a resultar en una mayor «manga ancha» de las autoridades —urgidas de recursos— para otorgar indiscriminadamente licencias de apertura a un mayor número de centros populares de diversión, pocos al principio, y que aún no adquirirían el perfil que los caracterizó después.

Cualquier cantina de segunda o tercera categoría podía pedir permiso oficial para organizar bailes, a los que generalmente asistían prostitutas en busca de clientes; eso motivaba gran afluencia masculina, aumentando el consumo de alcohol y reportando interesantes ganancias a su propietario. Operaban así muchas cantinas, organizando hasta tres o cuatro bailes por semana, hasta devenir más tarde en cabaretes. Los problemas surgían cuando clientes que se «les pasaban las cucharadas» y señoras en la misma situación mostraban su efusividad en plena calle, profiriendo palabrotas, causando el escándalo de los vecinos por aquellos actos atentatorios a la moral pública. Esto era lo más usual en cualquier rumbo de la ciudad, y para muestra con el siguiente botón basta. Varios vecinos del Jardín del Hospicio —hoy Instituto Cultural Cabañas— se quejaron de los escándalos provocados en el salón de baile —cabaret— el *Puñal*, situado en Vicente Guerrero 234, frente al referido jardín, pues desde temprana hora de la tarde salían borrachos del salón a reñir en el jardín profiriendo palabras obscenas, o daban espectáculos con las mujeres de mala nota que frecuentaban el negocio, sin importarles la presencia de familias o de niños del hospicio que salían a jugar al parquecito. Tras verificar los hechos, la autoridad municipal procedió a su clausura, ordenándola el presidente municipal Juan G. Chávez, el 14 de julio de 1936. Así pasaban las cosas, ya que indiscriminadamente se otorgaban licencias y permisos para apertura de nuevos lugares, ya se tratara de aquellos primitivos cabaretes o de casas de asignación.

Complementando la diversión, llegaron a Guadalajara las ortofónicas o radiolas —sinfonolas—, que por diez centavos tocaban la canción favorita del

cliente que la seleccionaba. Desde 1938 se reglamentó su uso, sobre todo en cantinas y cabaretes, donde debían tocarse muy quedo de las 10 a las 12 de la noche.

Como se mencionó, la autoridad municipal otorgaba permisos para bailes en cantinas, manejando discrecionalmente las quejas de los vecinos. Veamos el caso del 10 de marzo de 1941, fecha en la que el ayuntamiento prohibió estrictamente los bailes en todas las cantinas de la ciudad, presionado por la Federación de Ligas del Sector Popular, afiliada al todopoderoso partido oficial. Un mes después, a partir del 26 de abril, se vuelven a otorgar permisos para lo mismo. Los negocios favorecidos fueron: Buddi, de Nicolás Bravo y Catalán; Ritz, en Libertad y Colón; Quijote, en Calzada Independencia Sur 18; La Azteca, en Pedro Moreno y Calzada Independencia; El Bohemio, en Zaragoza 35; Salón Jalisco, en Agustín Rivera 350; El Retiro, en Obregón 286. Casi todos esos permisos contemplaban un horario diario hasta la una de la mañana.

Los propietarios de cabaretes, para defensa de sus intereses, formaron una asociación que se llamó Centros Nocturnos Unidos, con domicilio en Calzada Independencia Sur no. 1. Como presidente tenía a Carlos Zelayarán y secretario Alfonso J. Barragán, perteneciendo a tal unión los centros Casa Blanca, Río Rosa, los Pinos, Klondike, La Nogalera, Oasis, Los Cocos, Colonial Club, Salón Fausto y Salón Maya. Se quejaban de la competencia que les hacían otros cabaretes que no estaban asociados a ellos, como Bahía, Atlántida Club, La Selva y El Puerto. Esto sucedía en agosto de 1945.

Algunos cabareteros se saltaban a la torera los ordenamientos municipales, que, por cierto, no estaban muy claros y definidos, como lo sucedido con el señor J. Guadalupe Sedano, que tenía un cabaret en Gómez Farías 68, donde contravenía la ley, ya que funcionaba de día, pagaba licencias transitorias para efectuar bailes con *señoras del talón*, y expendía la bebida de moda, el *Changuirongo*, mezcla de coca cola con tequila. Interpretando la ley a su conveniencia, pagaba sólo \$34.50 por licencia semanal transitoria de baile, ignorando todos los demás impuestos. Esos antecedentes obligaron, por fin, a la autoridad, a expedir un reglamento de cabaretes para la ciudad de Guadalajara, que sólo se cumplió en lo referente al pago de impuestos. En lo demás, la autoridad fue siempre muy elástica para su aplicación, como en cuestiones de horarios, interventores oficiales o en la estricta prohibición

del trabajo de las mujeres dentro de los salones. Este reglamento se publicó en enero de 1946.

El reglamento fue una base para el control de esos centros de diversión, tanto en lo relativo a policía y buen gobierno, como en sanidad pública, así como en lo referente a ingresos económicos para las autoridades, ya que los impuestos aplicados a uno de aquellos cabaretes, eran bastante más altos que los impuestos aplicados a cualquier otro tipo de negocio establecido en la ciudad. Permitía, a la vez, hacer recuentos periódicos de los centros, para tratar de regular su número y ubicación, motivo esto último de continua inconformidad de los vecinos por la repentina aparición de algún cabaret en su barrio y en su cuadra, con las consecuentes molestias de ruidos a altas horas de la noche y escenas callejeras que lastimaban su moral.

La solución a los conflictos de ubicación se fue dando por acomodo de ciertas circunstancias que desembocaron en una salida simplista, ya que, jurídicamente, no existía reglamentación del uso del suelo de la ciudad al oriente de la Calzada Independencia, los sectores Libertad y Reforma, con la ventaja extra de ser más barato el terreno. Además de aprovecharse el estigma histórico de que «al oriente de Calzada Independencia vive la *gente pelada*, y la *gente decente* vive del lado occidental», prejuicio que subsiste aún, tratándose principalmente del barrio de San Juan de Dios, que viene arrastrando fama de relajación moral desde la época colonial, debido a los factores sociales que intervinieron en su aparición histórica, ya que fue residencia de la servidumbre de los españoles establecidos en el margen poniente del río San Juan de Dios: indios, mestizos, mulatos y negros, conviviendo con personajes que venían de paso por Guadalajara, como arrieros, carreros, cocheros, herreros y personas de los más diversos oficios mezclados con delincuentes, proxenetas, *mozas del partido*, taberneros, tahúres, etcétera; gente de conciencia más que laxa; convirtiéndose en zona de mala fama, que perdura hasta nuestros días.

Regresando al siglo XX, tomemos en cuenta que el lado oriente citadino, fue también lugar de asentamiento de muchos migrantes que llegaron empujados por la necesidad económica, desde el tercer decenio de ese siglo, buscando mejores condiciones de vida. Situación que configuró la zona donde vivían —y viven— los grupos sociales de menor poder adquisitivo en Guada-

lajara. Esto explica, primero, la reubicación de gran parte de los burdeles urbanos y de la mayor parte de los cabaretes, y segundo, la proliferación y establecimiento de nuevos centros de diversión popular. Para la autoridad municipal fue más fácil manejar y soslayar las quejas e inconformidades de los vecinos que mostraban su oposición a tal situación en esa zona urbana de menores ingresos económicos, que enfrentar el poder económico y político de los habitantes de la zona poniente. No es difícil percatarse de esa actitud de *Ley del Embudo*, al notar la atención más o menos rápida puesta a las protestas vecinales en el lado poniente, sobre todo si eran emitidas por organismos políticos o personas con cierta significación económica.

Sobre el tema anterior, se encontró que el 15 de septiembre de 1947, el Comité Pro Moralización de la Colonia Oblatos, integrado por vecinos y padres de familia, solicitó al gobierno de la ciudad, evitar que la zona de tolerancia creciera hasta ese barrio, porque el ayuntamiento permitió la apertura de tres casas de asignación en las calles 28, 30 y 32 del Sector Libertad, pidiendo que fueran clausuradas. Queja repetida varias veces porque la autoridad le dio largas al asunto. La colonia Oblatos iniciaba en la calle Belisario Domínguez al oriente, comprendiendo en este caso las calles Mina, Obregón y Gigantes. El domicilio de tal Comité era Privada de Obregón 13 y lo presidía el señor Cecilio Comparán. Otro ejemplo similar fue el de la organización Consejo Popular de Economía en Contra de la Carestía de la Vida, situado en Mariano Jiménez 74, presidido por J. Marcos Macías, que sugería la creación de una zona de tolerancia lejos de la ciudad, *porque los parroquianos y prostitutas de los centros de vicio, en estado de ebriedad cometen inmoralidades sin fin*, invitando a comprobarlo *dándose una vueltecita por el Mercado Libertad*. 16 de enero de 1947.

Cuatro días después, el 20 de enero, el ayuntamiento recibió un oficio de la «Asociación Protectora del Hogar y Campaña Moralizadora de los Barrios de Analco y San Juan de Dios», pidiendo:

Que la zona de tolerancia sea cambiada a un lugar más conveniente, dejando libre de ella a los barrios mencionados.

Se clausuren los salones de baile, cabaretes y similares en esa zona.

Su domicilio era Analco 93, y era presidida por el señor Salvador Loza. Ese oficio fue enviado con copia al Gobierno del Estado, Presidencia de la República, Salubridad, y a los diarios *Occidental* y *El Informador*. Sin recibir contestación al oficio referido, esa asociación se comunicó una vez mas con la autoridad el 24 de abril de ese mismo año, comentando no haber recibido atención a su oficio anterior, donde pedían la reubicación de la zona roja, para retirar de sus barrios cantinas, cabaretes y prostíbulos; anexando esta vez un plano detallado de los centros de vicio, con el objeto de que el ayuntamiento se diera cuenta de la cantidad y ubicación de establecimientos que había en esa zona. Ese plano comprendía un cuadrángulo que iba de la calle Obregón al norte, a la calle Medrano al sur; y de Calzada Independencia al poniente, hasta 5 de Mayo al oriente. En este espacio de sólo doce manzanas, trabajaban ¡568 mujeres prostituyéndose en 83 casas de asignación!, habiendo seis hoteles de paso, 29 cantinas y seis cabaretes. Un grupo de lenonas de esa época, dejó también oír su voz, dirigiéndose al gobernador, al jefe de la policía y al jefe de salubridad en el estado, quejándose que 150 prostitutas habían sido detenidas con lujo de fuerza, en la vía pública, por la policía local, a causa de una serie de artículos aparecidos en la columna Guión del diario *El Occidental*, donde denunciaban la gran cantidad de prostitutas en la ciudad, y por el hecho de que deambulaban libremente por todos los rumbos. Las lenonas culpaban de esta represión directamente al gobierno, porque desde tiempo atrás habían pedido se les otorgara una zona de tolerancia, aun fuera de la ciudad, ya que el reprimirlas no lograría apartarlas del camino donde estaban, pues les asistía el derecho a comer, y al negarles una zona adecuada, entonces andarían por las calles, preguntando si eso merecían, después de haber pagado la cantidad de \$785 000.00 como impuestos. 20 de junio de 1947.

Esta vez, la autoridad citadina se preocupó realmente por el problema de la prostitución, ya que las presiones fueron fuertes y muy significativas, por venir de diversos grupos sociales, involucrándose además la prensa. Las autoridades acudieron al Consejo de Colaboración Municipal, que logró la asesoría del eminente y estudioso médico jalisciense Luis Alcaraz Peinado, ex funcionario de Salubridad y experto en salud pública y epidemiología. Veamos un breve resumen de sus sugerencias al gobierno de la ciudad sobre aspectos del establecimiento de una zona de tolerancia en Guadalajara:

- a) Reglamentando la prostitución, el gobierno la reconoce como actividad lícita, obligando a la mujer que la ejerce a inscribirse en un registro oficial con fotografías y huellas dactilares; que se sujete periódicamente a degradantes exámenes médicos, y a habitar en una zona restringida, además de pagar impuestos. Esto le impone un régimen de excepción. Aparte de lo infamante del registro, que podría llegar a ser obstáculo para su regeneración en el futuro.
- b) El ambiente de una zona de tolerancia prohija la aparición de gente de mal vivir alrededor de la prostituta: empresarios, proxenetas, tratantes de blancas, rufianes, mantenidos, lenones, etcétera, que fomentan la explotación sórdida de mujeres adultas y menores, agregando alcohol y drogas que producen un alto índice de criminalidad.
- c) En el aspecto de salud, los exámenes médicos practicados a las prostitutas en serie (como se hacían entonces), tenían un valor casi nulo, y eran peligrosos, ya que creaban en el público una sensación de seguridad completamente falsa, fracasando cualquier intento de lucha contra las enfermedades de transmisión sexual, ya que, por otro lado, el ánimo de la prostituta y de sus empresarios era la ocultación de las enfermedades venéreas.
- d) Crear una zona de tolerancia sería retroceder en el control de la prostitución, que es un terrible mal social. Su propuesta fue, no reconocer esa actividad como lícita, derogando su reglamentación y no autorizando su ejercicio. Como actividades paralelas, propuso mejorar los conocimientos populares sobre las enfermedades, estableciendo dispensarios para enfermos, legislando sobre el caso, como el certificado prenupcial, el delito de contagio venéreo, declaración de las enfermedades venéreas padecidas y su tratamiento obligatorio, con la cooperación de todos los niveles e instituciones de gobierno abocados a ello y organismos sociales.

Dadas las condiciones políticas, económicas y sociales en que se habían desarrollado esas actividades en Guadalajara, fue imposible adoptar las propuestas del doctor Alcaraz, y el único punto aceptado fue el de no crear una zona roja en la ciudad. Prostitución y cabaretes siguieron reglamentados como hasta entonces, y los problemas de ubicación fueron solucionándose a

medida que los negocios iban reubicándose en la parte oriental citadina, como ya se mencionó. Para ese tiempo, 1947, el cabaret estaba adquiriendo el perfil distintivo que lo caracterizó. En ese entonces era presidente municipal el líder obrero Heliodoro Hernández Loza y gobernador de Jalisco Jesús González Gallo.

Diez años después, entre 1956 y 1958, se llevó a cabo un reordenamiento de la zona de San Juan de Dios, aprovechando la demolición del viejo mercado Libertad y la erección del nuevo, más amplio y moderno. El proyecto contempló, a la vez, la ampliación de la calle Javier Mina, la destrucción de las fincas existentes atrás del mercado y la desaparición del comercio ambulante, organizando en la calle 38 del Sector Libertad un tianguis dominical —el Baratillo— con los comerciantes callejeros que vendían alrededor del viejo mercado y del Hospicio Cabañas, creando con esto la oportunidad para sacar todas las casas de citas establecidas en el barrio y en el Sector Reforma, cercanos a la Calzada Independencia. Fueron reubicadas de la calle 50 al oriente en ambos sectores Reforma y Libertad. Los cabaretes permanecieron en donde se encontraban. El municipio de Guadalajara era presidido por Juan Gil Preciado y Agustín Yáñez era gobernador.

Al cambiar de sitio los burdeles, se puede decir que los cabaretes se enseñorearon de San Juan de Dios por muchos años, porque ahí se concentraron la mayor parte de los centros nocturnos que hubieron en nuestra ciudad. De esa fecha en adelante hasta su desaparición, medraron creciendo en número y modalidades.

LA CONDICIÓN DE LA MUJER

*Corrió como basura que se lleva el arroyo,
voló como hoja seca, que se lleva el otoño.*

De la canción «Pobre Reina» del compositor
Elbert Moguel

El estado, al serle imposible suprimir la prostitución, se contentó con reglamentarla, reconociéndola así como actividad lícita en cuanto a efectos fisca-

les, pero aplicando un régimen de represión a la mujer que la ejercía, limitando su libertad de tránsito en la población donde trabajaba, inscribiéndola en un registro oficial con datos personales y fotografía, y sometiénola a un estricto control médico sanitario.

El primer Reglamento de las casas de tolerancia de la municipalidad de Guadalajara data de la época de la intervención francesa, en 1866, siendo gobernador Pedro A. Galván. Reglamento con las características descritas en el párrafo anterior, teniendo como objetivo «preservar las buenas costumbres y el interés moral». Los siguientes reglamentos consultados fueron: el de 1890, «Reglamento de la Prostitución, expedido por el Ayuntamiento de Guadalajara», siendo presidente municipal Andrés Arroyo de Anda; el de 1900, «Reglamento para la Tolerancia de la Prostitución», expedido por J. M. Reinoso, presidente municipal; el de 1914, en plena revolución, «Reglamento para tolerancia de la prostitución», expedido para el municipio de Guadalajara y sancionado por el gobernador del estado, siendo presidente municipal Luis Castellanos y Tapia.

El común denominador de todos esos reglamentos era el sometimiento casi completo de la mujer a los ordenamientos gubernamentales. Además de estar inscrita en un registro oficial con fotografías y huellas dactilares y sufrir los reconocimientos médicos por lo menos una vez a la semana, so pena de multa y prisión hasta por una semana, debía estar sujeta al arbitrio de la autoridad, que determinaba tres diferentes categorías de prostitutas, de acuerdo con su juventud y belleza para efectos de pago de impuestos por ejercer el oficio, ya fuera que trabajaran por su cuenta o en la comunidad del burdel. Aparte de serles prohibido el tránsito por las calles y lugares públicos reunidas en grupos, también lo fue pasear, aunque fueran solas, en la Plaza de Armas, portales, jardines y calles céntricas (reglamento de 1900) y visitar familias honradas. Además, fueron obligadas a vestirse y portarse con decencia, y a la reclusión forzosa en el hospital, en caso de ser contagiadas de algún mal venéreo.

Sufrían también de la explotación ejercida por las dueñas de los prostíbulos; y por ordenamiento judicial, no podían tener con ellas a sus hijos después que éstos cumplían los tres años, aparte de ser señaladas socialmente como «mujeres de la mala vida».

La reglamentación se siguió llevando a cabo, ya que por un lado, era necesario el control sanitario de las enfermedades de transmisión sexual, aunque con pobres resultados, ya que el reconocimiento médico se hacía sólo a las prostitutas y nunca a sus clientes, por lo que el problema se trataba a medias, ya que muchos hombres eran portadores de los males que infectaban a las mujeres que se dedicaban a ese ejercicio marginal. Por otro lado, se reglamentaba y controlaba esa actividad por el interés que significaba la enorme cantidad de dinero que producía en impuestos para el gobierno.

Se aplicaron también reglamentos y controles sanitarios a las mujeres que empezaron a trabajar de entretenedoras en los primeros cabaretes que abrieron sus puertas, ya que también se dedicaban al «oficio más antiguo de la historia». Esto hizo crecer el número de causantes, así la autoridad recibía impuestos no sólo de las *talonerías* de las casas de citas, también pagaban impuestos las trabajadoras del cabaret.

Al paso del tiempo, las mujeres de ese ambiente fueron adquiriendo mayor conciencia de su valor como personas, liberándose de las prohibiciones contenidas en los reglamentos oficiales. Contribuyendo a esas actitudes, una mayor tolerancia social, debido a los cambios que se vivían en Guadalajara, principalmente en la década de 1960. El feminismo tuvo también su aportación en esa toma de conciencia. La aparición de los cabaretes y su posterior consolidación y crecimiento en número, tuvieron su parte en hacer menos penosa la vida de algunas mujeres, pues a la casa de citas iban sólo a prostituirse, y en el cabaret eran más libres, porque con sólo bailar y beber con el cliente, podían ganar lo suficiente para vivir, teniendo la libertad de trabajar donde mejor les acomodara. Sus únicas obligaciones para con el gobierno eran sujetarse a los exámenes médicos y pagar los impuestos correspondientes. La mujer llegó a decidir su vida por sí misma, hasta para depender de algún patrón o de un *chulo* explotador. Fue una verdadera lástima que su falta de educación y preparación no les permitiera abandonar el infame ambiente donde transcurría su existencia. Y aunque todavía eran víctimas de explotación, maltrato y marginación, no lo fueron en la medida de lo sufrido en un pasado más o menos reciente.

EL CABARET Y LA CULTURA POPULAR EN GUADALAJARA

*Amor de Cabaret, que no es sincero,
amor de Cabaret, que se paga con dinero.*

De la canción «Amor de Cabaret»,
letra y música de Alberto Vides

Se mencionó anteriormente que entre el final de la década de 1940 y el transcurso de la siguiente, el cabaret iniciaba su perfil característico que lo distinguiría más tarde como centro de diversión popular con personalidad propia. Hora es ya de hablar de tales cosas, iniciando con la referencia de una más amplia permisividad de la autoridad citadina —1960— en cuanto a dos regulaciones: tipo de espectáculos presentados por algunos establecimientos y la elasticidad en los horarios, ya que, por algunos años, los cabaretes funcionaron las 24 horas del día en el barrio de San Juan de Dios.

Recordemos que de esa zona fueron retiradas todas las casas de citas, 1956-1958, quedando los cabaretes como única opción de diversión sin inhibiciones, hecho que disparó su proliferación, condicionamiento y creación de nuevas necesidades de diversión para su clientela. En alguna época de la historia tapatía, se llegaron a contar hasta 65 cabaretes funcionando en la ciudad, de los que 42 estaban en San Juan de Dios, nada menos que 65% del total de centros nocturnos. En veinte años Guadalajara triplicó su población, creciendo de 230 mil habitantes en 1940 a 730 mil en 1960.

De 1960 a 1982, fue la época de oro de aquellos negocios. Lugares que habían sido de segunda y tercera categoría, fueron remodelados y adaptados a nuevas modalidades: marquesinas anunciando artistas y horarios de presentación; música viva con orquestas profesionales; amplias pistas de baile, que eran también escenarios del espectáculo o variedad presentados; decoraciones murales ingenuas realizadas con tubos de neón. Así aparecieron Savoy Club, en la esquina de Insurgentes y Gigantes; Dandy Club, a media cuadra por Insurgentes; Luna de Miel, en Gigantes y 28 de Enero; y Ciro's Club, a unos metros de la Calzada Independencia por la calle Gómez Farías. Poco tiempo después, al final del decenio de los sesenta, abrió sus puertas El Sarape, con la pretensión de ser el mejor de la zona, lugar donde, a mediados de ese decenio,

una Lyn May naturalita, sin intervenciones quirúrgicas plásticas, hizo una larga serie de presentaciones, dejando boquiabiertos a sus admiradores con sus lecciones prácticas de anatomía descriptiva y ginecología desenfadada. Claro que todo esto lo hacía descalza hasta los hombros. En la puerta de junto, funcionaba El Nopal, primer cabaret folclórico en Guadalajara, donde algunas ocasiones Vicente Fernández hacía escuchar sus gorgoritos al respetable, antes, claro está, de ser descubierto y lanzado a la fama por los buscadores de talentos de la compañía disquera Columbia (CBS). Estos dos últimos centros se hallaban en la calle Gigantes, entre Insurgentes y 28 de Enero. Estamos hablando del último tercio de 1960 y el primero de 1970.

Por la calle de Obregón, entre la Plaza de los Mariachis y José Ma. Mercado, estaba La Habana, lugar discreto e interesante, donde las *damas entrenedoras* se presentaban a laborar vestidas de largo, algunas con *strapless o soirée*, zapatillas de tacón alto, bien maquilladas y peinadas en salón de belleza. La música era producida por un señor Pérez de la Vega, director de buenos ejecutantes que interpretaban éxitos de la generación anterior: blues, fox-trots, boleros, tropical ligero. Sitio tranquilo, verdadero oasis en la ruidosa zona.

Sería imperdonable para la memoria histórica no tomar en cuenta a los cabaretes situados en la calle José Antonio Torres, entre Obregón y Javier Mina, verdaderas joyas de la corona sanjuanera: Salón Tepa, la Tinajita, el Chulavista, la Rata Muerta (después Los Globos), Salón Chapala, Río Colorado, el Caracol y el Gusano. Todos de la categoría económica más baja: mezcla de culturas populares urbanas y rurales, refugio de señoras prostitutas desahuciadas de mejores lugares por su edad o defectos físicos, que, sin embargo, hacían su trabajo de bailar y beber con los clientes con envidiable eficiencia. Sitios de asistencia de rancheros y campesinos recién llegados a la ciudad, como también lugares de diversión proletaria, nutridos de obreros o «patitas güeras» (albañiles) portando con orgullo su cuchara y su plomada; mecánicos todavía grasientos, colgándoles la estopa sucia del bolsillo trasero, y gente afín. Bochinche musical en vivo y baile continuo (50 centavos la bailada) hasta el frenesí, bebidas baratas y ambiente animadísimo. Eventualmente llegaba algún clasemediero despistado, vestido de traje y con algunas copas de más; era muy posible que fuera obsequiado con algunas quemaduras

en el saco, sigilosamente hechas con la brasa de un cigarro. ¿Conciencia de clase, defensa del territorio? Quién sabe, pero sucedía. De estos cabaretes puede decirse que formaban una zona dentro de la zona, y los nombres pintorescos de algunos de ellos eran muy atractivos.

No por habernos referido a los centros de primera y tercera categorías nos olvidaremos del resto en el barrio, que eran de segunda por carecer de variedad. Comenzaremos por El Molino Rojo y El Brasil en la esquina de Insurgentes y Gómez Farías; siguiendo con El Amigo, en Insurgentes, Burlesque, 1-2-3 y La Araña, en Gigantes entre 28 de Enero y J. Antonio Torres; el enorme 7 Leguas en Gigantes y 28 de Enero, dividido en La Cachuca y El Nuevo Camelia por los años 70; El Viejo Camelia, en Gigantes y Antonio Rosales; Tropical, Tejano y Monterrey en la calle 28 de Enero, entre Gigantes y Obregón. El Cruz Blanca, luego Tarara y Tropicana al final, en Gigantes y J. Antonio Torres; Jacaranda, en Vicente Guerrero, entre Gigantes y Obregón; El Caimán, en Cabañas, entre Obregón y Mina; en Obregón estaban Los Cocos (después El Bambi), El 5° Toro y El Gallo de Oro; El Toreo estaba situado atrás de la vieja plaza de toros El Progreso; en el costado norte del mercado Libertad estuvo El Xochimilco, en la calle Dionisio Rodríguez.

La gran cantidad de negocios concentrada en unas cuantas cuadras hacía muy fuerte la competencia, por lo que empresarios de algunos cabaretes mencionados en el párrafo anterior decidieron, en los años setenta, presentar espectáculos de variedad para atraer clientela. Fue así como El Burlesque y El Tropical iniciaron esa modalidad, animando a cantar o bailar a las prójimas «ficheras» menos desfavorecidas que ahí trabajaban. Era muy simpático gozar de la vista de aquellos cuerpos apenas cubiertos, ayunos de ejercicio y disciplinas dancísticas, tratando de bailar; pero más gracioso era oír el estallido humorístico del público, por la forma en que era presentada alguna de las damas en cuestión: «Después de su triunfal gira artística por las hermanas repúblicas de Tateposco, Tonalá y San Pedro Tlaquepaque, con ustedes, Yesenia». Imáginese el lector la mueca de indignación de la damisela, recordando a la madre de su presentador, que generalmente era un músico del lugar. Cerca de 1980, La Tarara, 1-2-3 y El Bambi siguieron el ejemplo de los arriba citados. La Tarara fue el más favorecido del público por la audacia lésbica de algunos de sus números, ideados por su nuevo propietario, un cubano ape-

llidado Castro, alias el Chato. Ahí se presentaba, fuera de programa, *Tilín con su Patín*, cantante de voz bien timbrada, discapacitado de ambas piernas por poliomielitis, correctamente vestido de *smoking*, moviéndose sobre un patín del diablo. El público lo recompensaba con una nutrida lluvia de monedas, ¡número en verdad impresionante!

En el Sector Libertad, afuera de San Juan de Dios, el cabaret de más fama fue El Casablanca, situado en la calle 9c no. 1077, debido a que muchos de sus parroquianos eran «policías perjudiciales» en estado inconveniente, lugar no aconsejable para el público normal. Era el *reventón* general de todo mundo, pues permanecía abierto día y noche. En el mismo sector estuvieron: Chachachá, en Federación 1150; Las Palmas, en Obregón 1320; Noche de Ronda, en Mina 952, y La Escondida, en Calzada Independencia Norte, entre República e Industria.

En el Sector Reforma funcionaron varios centros nocturnos, siendo el más notable El Casbah, localizado en Catalán (hoy Revolución) y 20 de Noviembre. Lugar de lujo, con guardarropa, barra separada del salón de baile, fino y muelle mobiliario y decoración de primera. Presentaba el mejor espectáculo frívolo de la ciudad, trayendo a las bailarinas más cotizadas de la época. El propietario fue el señor Jesús Zárate. Funcionó desde finales de 1940 hasta finales de 1960. Otros cabaretes fueron: Palacio, en Calzada del Ejército 628; Dameo Patacca, al costado norte de la vieja central camionera, aún trabajando; El Galeón —también funcionando— por la calle Estadio, entre Calzada Independencia Sur y Dr. R. Michel; y los popularísimos Campoamor, Siglo XX, La Cumbia y El Caballo Loco, en la avenida 5 de Febrero.

En el Sector Hidalgo estuvieron Zombie Club y El Infierno, que acabaron fundiéndose con el nombre de Zombie, por Calzada Independencia Norte, entre Hidalgo e Independencia. En la esquina de Mezquitán y Eulogio Parra estaba El Moro Musa, famoso por las memorables batallas campales entre soldados rasos uniformados y parroquianos broncos y no dejados.

No podían faltar, en el Sector Juárez, Suby Club, en Colón y Constituyentes; Salón Fausto, en las 9 Esquinas; Impala, en Corona y Ferrocarril; El Dorado, en Tolsá, cerca de La Paz (hoy Enrique Díaz de León Sur); Broadway, en López Cotilla, entre Chapultepec y Marsella, ¡un cabaret *sanjuanero* en plena zona rosa tapatía! Dejamos al final El Afro Casino, por haber sido en su

época —principio de los setenta a mediados de los noventa— el mejor cabaret de Guadalajara, donde eran presentadas las vedettes de más categoría que había en México. Era propietario el señor José Cruz, y se hallaba en Libertad y San Fernando, a una cuadra de Calzada Independencia Sur.

Después de esta gira por los viejos cabaretes de Guadalajara, justo es que se hable de algunas de sus peculiaridades, comenzando por decir que todos los cabaretes de la ciudad estaban iluminados a media luz, penumbra adecuada para evitar enfrentamientos entre clientes que habían *empinado el codo* de más; iluminación favorecedora, también, para ver atractivas a las damas que allí llevaban a cabo su actividad. Era el cabaret lugar de encuentro de clases sociales distintas y, por ende, de culturas diversas, tanto populares como elitistas. No era nada difícil encontrar sentados a la mesa a un grupo de «niños bien» vecinos de otra mesa ocupada por obreros, y ahí mismo encontrarse a trabajadores y patrones para seguir la parranda, en igualdad de circunstancias. El cabaret popular era el gran nivelador donde todo el mundo valía lo mismo, en una especie de rasero democrático. Turistas extranjeros y nacionales, mezclados con los clientes habituales, unidos todos por el afán de diversión, bebiendo, bailando y departiendo sin los escrúpulos de la cotidianeidad.

Iban algunos con el afán de embriagarse; otros, tímidos y jóvenes, a ser iniciados en los misterios del amor comprado. Algunos, menos que otros, sagaces y mañosos, asistían al cabaret a conseguir gratis (*cachucha*) los favores sexuales de alguna dama nocturna que se descuidaba en el lance, seducida por la labia del galán. Más de un solitario, buscaba la compañía circunstancial de aquellas mujeres. Muchos, sábado a sábado, agotaban su sueldo semanal, con la esperanza de ver realizado sus sueños de llevarse a la guapa fulanita, quien, al final, lo dejaba con los gastos hechos, escapando subrepticamente con algún otro galán de su agrado. Asistía también el braverero que buscaba pelea por doquier, evitado por inteligentes, pero que lograba a veces contundente respuesta chocando violentamente, con boca y nariz, contra algún puño fuerte y decidido.

Pero los reyes del cabaret eran, definitivamente, los parroquianos que sabían bailar bien; envidiados, admirados y preferidos por las damas porque sabían moverlas como ellas querían, a los ritmos que se usaban en esa época.

Recordamos con admiración a Rodolfo, *La Escalera*, maestro de vedettes; al *Cuervo*, con sus trajes estilo español y sus zapatos de dos colores. Pero sin duda, el mejor bailarín cabaretero, por casi cuarenta años, fue Arturo Li-ho Búzani, hijo de padre chino y madre yaqui, chihuahuense criado en la Ciudad de México, y avecindado entre nosotros desde 1953. Elegantísimo bailarín, que a los 75 años aún hacía latir el corazón de señoras cabareteras mucho más jóvenes, ya que también era un fino galán, que las trataba como *señoras decentes*. Desde aquí lo saludamos donde esté, ya que se nos adelantó en el viaje sin retorno, en 2001.

Hagamos una remembranza de los artistas del cabaret de aquellos tiempos, recordando a Jorge Prado, cantante; al magnífico Duetto Topacio; David Castañeda, imitador de Pedro Infante en el Show de los Inmortales junto a Jorge Valdemar, imitador de Jorge Negrete, y un enmascarado, imitador de Javier Solís, que se hacía llamar La Sombra del Misterio. El Títere, pícaro y malicioso «Rey de la capirotada», sin discusión, el mejor cómico que pisó los escenarios cabareteros tapatíos; Alma Vázquez, cantante folclórica bravía. Pero sin duda que el plato fuerte del espectáculo cabaretero eran las bellas bailarinas, recordemos con cariño al Cristal Jáuregui, Mari Raquel, Marisa y Paty Weng, Zaira, Aleyda, Fadhua Jecque, Verónica Vázquez, Naná, Vivis de Nuit y La Pequeña Lulú, por mencionar sólo algunas de diferentes épocas, que pasearon la suculencia de sus cuerpos ante la pecadora mirada del público cabaretero, al ritmo de un tropical mambo o de un lánguido *blues*. Recuerdo especial merece *Vampirela*, joven y atractiva *fichera* del cabaret Burlesque que, sin ser profesional del baile, tenía cada noche a su público *con los ojos cuadrados*, haciendo locuras, trepada en una mesa, teniendo puesto únicamente un anillo en el dedo anular izquierdo. Otro era su nombre, pero un pequeño grupo de artistas bohemios la bautizó con el nombre de *Vampirela*, del cual estaba orgullosísima. Recordemos a Shalimar, el primer travesti en la Guadalajara de los años sesenta, en el cabaret Dandy; sin advertirlo al público, bailaba perfectamente caracterizado de mujer, creando la ilusión femenina, coqueteando y besando a algunos asistentes, quienes se quedaban pasmados al terminar el número, ya que Shalimar se quitaba los senos postizos y la peluca, mostrándolos al público, yéndose inmediatamente al camerino para evitar problemas. Tampoco debemos olvidar a los maestros de ceremo-

nias, que, además de presentar artistas, cantaban —unos mal, y otros peor—, contaban chistes y anécdotas, y trataban de mantener divertidos a los parroquianos. Del Savoy recordemos a Tito Elizalde; a Mario del Río en el Ciro's; el ingenioso Chava Guerra, primero en el Sarape y luego en el Afro; y tuvimos al inefable y simpático Pablo Avelar, que derramaba su gracia cada vez que salía a cantar su único éxito: «Traidoramente», en la pista del viejo Zombie Club. Por último, nos acordamos del Indio Kali, pero sin ubicarlo en parte alguna.

Un sin fin de vendedores vivía del público y de las mujeres del cabaret. Fotógrafos cámara al hombro, listos para captar al cliente alcoholizado y a su compañera incidental; floristas ofreciendo su aromática mercancía. Cacahuates, pepitas y garbanzos portados en canasta botanera para picar entre copa y copa; el ofrecedor de baratijas absolutamente inútiles pero atractivas. Pero el número uno de aquella fauna era el abonero, vendedor de afeites de baja calidad, o de bisutería barata o, en fin, el hombre que vendía ropa y calzado a aquellas mujeres, en abonos difíciles y desesperados, anotando en tarjetas individuales aquellos pagos que nunca terminaban.

Se recuerda con nostalgia que la música en los cabaretes era en vivo, aunque fuera con tres músicos como mínimo. Recordamos también que en aquellos centros populares la diversión resultaba muy barata y que la integridad física de su clientela era más segura que en los tiempos actuales, pues poco se sabía de asaltos o hechos mayores de sangre. Debido esto, quizá, a una policía que sí cumplía con su deber y a situaciones sociales y económicas mucho más sanas que las de hoy.

Así se llevaba a cabo, sin prisas, el devenir de aquellos centros nocturnos, que con sus diarias actividades a través de los años, llegaron a ser satisfactores de ciertas necesidades sociales, entre ellas, la diversión popular, incluyendo a todas las demás clases.

En el transcurso de la parranda cabaretera *sanjuanera*, cuando ya el hambre punzaba el estómago, era casi un deber asistir a la mejor cenaduría del barrio, situada al aire libre en Obregón y J. Antonio Torres, atendida por su propietario, *El Bugambilia*, siempre maquillado con suma corrección y afamado por la sabrosura de sus antojitos tapatíos a precios económicos; sus únicos pecados consistían en ser folclóricamente muy feo, y lanzar —a veces— gracioso

esos piropos a algunos de sus clientes masculinos, siempre que fueran jóvenes y bien parecidos. Si el recorrido cabaretero continuaba hasta el fin de la madrugada o de plano hasta la mañana, era de ley ir a la menudería La Guzmanense, establecida en la calle Obregón, cerca del templo de La Concha, para degustar un tremendo plato con callos, pedacitos, ranilla o pata, sumergidos en humeante caldo blanco, aderezado como Dios manda: limón, orégano y hierbabuena, sazonado con chile de árbol dorado y, claro está, tortillas recién hechas.

Con el diario hacer, personas e instituciones construyen el camino hacia el ser. Así, los cabaretes de Guadalajara, entre 1950 y 1980, en el devenir cotidiano de sus actividades, llegaron a tener su personalidad y estilo propios, creando una cultura de la diversión popular única e irrepetible en la historia local, dentro de las condiciones sociales, económicas y políticas vividas en esa época, y que acabaron por condicionar la existencia de aquellos centros nocturnos en la ciudad. Cultura que se tradujo en formas del lenguaje, maneras de vestir, actitud ante la vida, modos de beber, expresiones artísticas, arreglo femenino, estilos de baile, ritos de cortejo y relación sexual, etcétera, tanto de los personajes inmersos en el ambiente, como de los clientes que lo frecuentaban.

Era el cabaret un lugar donde la realidad monótona del diario vivir se transfiguraba con la magia de la noche, prodigadora de dones a manos llenas sin inhibiciones: espectáculos plenos de color y sensualidad, música viva para gozar el baile con la pareja adecuada, alcohol ardiente e inspirador, y mujeres, muchas mujeres de todos tipos y caracteres. Sitios de fortuitos encuentros con la amistad o el placer. Encuentros maravillosos de explosión vital o desencuentros alcohólicos al amanecer tras de las rejas carcelarias, padeciendo una cruda infernal tanto física como moral. O goces infinitos de la danza, la ebriedad, la amistad o la compañía femenina. Todo por unos cuantos pesos, y con plena garantía de la integridad física de los parroquianos. La magia, el glamour y el encanto al alcance económico del pueblo.

FIN DE UNA ERA

En mayo de 1978 se publicó en el periódico oficial del estado el Plan Parcial del Centro Metropolitano, para la construcción de la llamada Plaza Tapatía, que contemplaba la destrucción de 74 500 metros cuadrados de fincas, inclui-

das la vieja Plaza de Toros el Progreso, con una antigüedad de 135 años, y el Coliseo Olímpico, sitio de espectáculos deportivos. Lugares, los dos, asimismo, donde se presentaban artistas populares, del canto, el baile y la comicidad. Los pretextos oficiales para cometer tales barbaridades fueron revitalizar los entornos del Teatro Degollado y el Hospicio Cabañas, y unir la Guadalajara del poniente con la del oriente, en San Juan de Dios.

Acto en verdad autoritario e impositivo, ya que los habitantes de esa zona jamás fueron consultados ni tomados en cuenta, en relación con la conveniencia del proyecto, ya que era un sector ciudadano habitacional y comercial popular, pleno de vida y tradiciones. La destrucción fue, de hecho, la amputación violenta y gratuita de un miembro del cuerpo social de Guadalajara.

Cuatro años después, el 2 de septiembre de 1982, se publicó oficialmente el nuevo Código Penal para el Estado de Jalisco, de donde se aplicaron algunos artículos del Capítulo III que se referían al delito de lenocinio, y que a la letra decían:

Artículo 139.- Se sancionará de 1 a 6 años de prisión y multa por el importe de 20 a 196 salarios, y lo comete quién:

Fracción III.- Regentée, administre o sostenga prostíbulos, casas de cita o lugares de concurrencia donde se explote la prostitución u obtenga cualquier beneficio con sus productos.

Artículo 141.- Se impondrán de 2 meses a 3 años de prisión y multa por el importe de 20 a 196 salarios, al que deliberadamente dedique o de en arrendamiento una finca para ser destinada al comercio carnal.

Esto acababa de un plumazo con la política gubernamental de tolerancia a la prostitución que se llevaba a cabo en Jalisco desde el siglo XIX. Y fue el argumento legal para clausurar cabaretes y prostíbulos en Guadalajara. Lo más extraño del caso es que se ordenó, sin previo aviso, el cierre de solamente los cabaretes del barrio de San Juan de Dios, permaneciendo abiertos, hasta el día de hoy, los centros nocturnos y burdeles en el resto de la ciudad. Doble discurso e hipocresía, además de un acto autoritario vertical, típicos del gobierno de Flavio Romero de Velasco, que fue padecido por la población en el sexenio de 1977-1983.

El costo social de esa repentina y arbitraria medida fue lamentable. Se quedaron sin trabajo, y por ende, sin ingresos, miles de personas: meseros, cantineros, intendentes, porteros, músicos y mujeres, y todos aquellos que gravitaban económicamente alrededor de los cabaretes: aseadores de calzado, taxistas, vendedores ambulantes, taqueros, fonderos, niñeras, etcétera. Y decimos miles, porque tomamos en cuenta a las familias de todos los que perdieron su empleo.

Más de veinte años después, hoy, vemos que aquellas draconianas medidas fueron en vano, dado que las decisiones tomadas entonces, fueron sólo animadas por un interés político inmediato, sin entender y respetar los verdaderos intereses y necesidades de la gente de San Juan de Dios. Observamos hoy proliferación de «centros botaneros» que son verdaderas piqueras, sucias y peligrosas, donde se prostituyen cientos de mujeres sin control sanitario; cada vez más prostitución callejera; niños y adolescentes arrastrados a los vicios; drogadicción e inseguridad; en fin, suciedad física y moral en todo el barrio, debido en gran parte a la incuria oficial en los últimos decenios en esa abandonada zona de Guadalajara.

De los cabaretes del resto de la ciudad, sólo podemos decir que se han modificado, involucionando, perdiendo su encanto y la calidad artística de sus anteriores espectáculos, pues en la mayor parte de ellos únicamente vemos presentaciones del agringado *table dance* corrientes y faltas de gracia y profesionalismo. Y aunque los lugares que quedan siguen siendo populares, ya no son baratos y seguros como en aquel entonces.

TESTIMONIOS

Los textos siguientes son fragmentos de entrevistas hechas a algunos actores sociales del ambiente del cabaret. Sólo se entresacaron los datos considerados más interesantes sobre el tema.

Entrevista a la señora Alejandra Rentería, La Pequeña Lulú. Bailarina profesional. Nació en Guadalajara en 1957.

VÍCTOR MANUEL RAMOS: ¿A qué edad se inició como bailarina?

ALEJANDRA RENTERÍA: A los 15 años, en 1972. Debuté en el Sarape; trabajé también en el teatro popular ANDA, Zombie Club, Afro Casino, Luna de Miel. Estuve al inaugurar la Cigarra en Tlaquepaque; bailé en Guadalajara de Día, y trabajando, he recorrido toda la república.

VMR: ¿Estudió danza?

AR: No, yo sola me enseñé. Empecé bailando afrocubano y poco a poco fui aprendiendo otros ritmos y comencé a cantar.

VMR: ¿Recuerda a algunos dueños de cabaretes?

AR: Tomás Barbosa del Sarape, Salvador Ruvalcaba del Zombie, José Cruz del Afro, Rubén Espadas del Tarara, Queno del Dandy, Nacho Barragán del Savoy, el Chato Castro del Galeón.

VMR: ¿Pertenece o perteneció a la ANDA?

AR: A veces trabajaba libre, porque nos cobraba cuota la ANDA y aparte el representante, pagábamos mucho, por eso mejor libre.

VMR: ¿Recuerda a algunos representantes locales?

AR: Conocí a Carlos Quintos, a la Marrana (q.e.p.d.) y a Elvira Mantecón.

VMR: ¿Sabe usted por qué cerraron los cabaretes de San Juan de Dios?

AR: Porque estaban en lugar céntrico. Pero ahora está peor, los quitaron para que no hubiera zona, pero ahorita está peor porque hay muchos lugares disfrazados de centros botaneros. Las muchachas trabajan en las calles, en las esquinitas, no puede una pasar por ahí porque la confunden. Hace unos meses estaba yo esperando mi camión debajo de un puente de San Juan de Dios y me subieron a la patrulla, pensando que andaba *taloneando*, tuve que enseñarles la credencial de la ANDA.

VMR: ¿En la época en que usted se inició, hacían desnudos las bailarinas locales?

AR: Casi no, los hacían las que venían de México: Lyn May, Norma Lee, la Princesa Lea.

VMR: ¿Hay actualmente algunos lugares donde se presente variedad como antes?

AR: Sí, la Gardenia, el Brasil, el Galeón. En todos los lugares ahora es puro *table dance*, ya no es como nosotros bailábamos, porque ya no se usa. Las muchachas de ahora ya no saben bailar, y las hacen artistas porque se meten con los empresarios, ni credencial de la ANDA tienen. Ahora las empresas quieren puras niñas «de pañal», muy jóvenes, pero no nos llegan a las verdaderas artistas, a nosotras que nos fregamos para serlo.

VMR: ¿Desea agregar algo?

AR: o no tardo mucho en retirarme, porque ya estoy cansada y quiero poner una tiendita o vender papitas, primeramente Dios, porque las desveladas acaban. Y aunque no estoy avejentada, creo que el alcohol nos conserva, porque también tenemos que tomar con algún cliente, porque si no, no ganamos, es la verdad.

Entrevista al señor José Cruz. Empresario de cabaretes. Nació en Honey, Puebla, en 1936.

VMR: ¿Cuándo inició su primer negocio y cómo se llamaba?

JOSÉ CRUZ: El primer negocio que tuve fue en 1971. Se llamaba Jacaranda y estaba por la calle Vicente Guerrero, en San Juan de Dios. Era un restaurant bar que abría las 24 horas, y el *slogan* de ahí era: «Aquí no se da botana, aquí es comida, almuerzo o cena, por cortesía de la casa. Jacarandosas meseras lo atenderán». Después, la presidencia municipal me ordenó quitar eso último, porque entró un jefe de espectáculos medio persignadón, pero no me hizo mella, pues el negocio ya había agarrado vuelo, y estuvo muy bien hasta que me lo cerraron. De ahí salí para hacer el París de Noche, yo lo diseñé y lo construí. Cuando lo vendí fue con todo y todo. Y ya con ese dinero construí éste donde estamos; primero fue el Portón, y las gentes del Portón en México que vendían tacos en VIP'S me querían demandar por el nombre, y les dije: le voy a

poner un nombre honorable, le voy a llamar la Cachucha. Después Hacienda me estuvo molestando injustamente, y mejor lo cerré un año, y cuando lo abrí ya se llamó la Ballena, y con ese nombre ya tenemos aquí mas de veinte años.

VMR: Hábleme del Afro, por favor.

JC: ¡No, pues el Afro fue un negocio muy bonito y muy exitoso!, donde iba todo mundo, desde las que llegaban con abrigo de pieles, hasta las que iban con huaraches. ¡Era un negocio muy bonito, como le digo! Trajimos de las mejores artistas que había en ese tiempo, digamos de la categoría que ahorita es Thalía, ¡Pero Thalía ahorita se quedaría con el Afro, la Ballena, mi rancho y todo lo que tengo, por venir una sola noche! Entonces, comencé a traer artistas de categoría, empecé con Rossy Mendoza, la Princesa Lea, me fui para arriba con Meche Carreño, Isela Vega, Verónica Castro. Todas estaban en el candelero, y todas querían venir, pues el Afro ya tenía mucha fama nacional. ¡Pero creo que el negocio de ellas era otro, porque yo les pagaba muy poco y cuando se iban lo hacían en carro nuevo, ja, ja, ja! ¡No quiero hablar porque luego van a decir que soy como la Tigresa! El Afro duró más de veinte años, me fui para arriba cuando cerraron el Sarape y todos los centros nocturnos que tenían variedad en San Juan de Dios, eso me benefició mucho.

VMR: Hábleme, por favor, de la Ballena.

JC: Este es el único cabaret que tengo actualmente, en Obregón entre las calles 54 y 56. Cuando abrí aquí quise hacer lo mismo que en el Afro, pero fue imposible, yo estaba durmiéndome en mis laureles, porque no me daba cuenta del público que venía de los alrededores. Los artistas que llegué a traer, malabaristas, magos, vedettes, toda esa clase de profesionales, no le interesaban a nadie, la gente de estos barrios quería ver encueradas y nada más, no les interesaba la calidad. Todavía llegué a traer aquí a Lyn May y a Gloriella, pero aquí ya no gustaban; así como Jalisco no hay

dos, como el Afro, no va a haber otro. Allí hasta películas se filmaron.

VMR: ¿Cómo ve el futuro del cabaret en Guadalajara?

JC: Pues... la mera verdad no lo veo; fíjese que esto del Table Dance se va a acabar, todo lo que sube, baja, y lo que crece, se acaba. Esto no creo que dure mucho, ¿ahorita cuál es el chiste?, ver una mujer encuerada, y así cualquiera es artista. Nomás cumplen 18 años y las suben a la pista. En aquel tiempo, para ser artista había que estudiar y prepararse, había que saber hacer algo en la pista, si no, no la hacían. Las que trabajaban en el Afro traían director artístico, ballet, sonido, partituras y todo lo necesario para lucirse. Cabe recordar, también, que en todos los cabaretes había ficha, desde veinte pesos hasta carro nuevo.

Entrevista al señor Salomón González, parroquiano de cabaretes en la época de oro. Nació en Guadalajara en 1948.

VMR: ¿En qué tiempo empezaste a ir a los cabaretes?

SALOMÓN GONZÁLEZ: Como en 1964 ó 65. Yo ganaba diez pesos diarios, y con otro amigo de mi edad íbamos a recorrer los cabaretes de San Juan de Dios. Era muy barato, pues las mujeres cobraban 25 centavos por bailar.

VMR: ¿Cómo eran los cabaretes?

SG: Eran malolientes algunos, había mucha alegría y lo que más me gustaba era la música en vivo, eran orquestillas pequeñas, pero sonaban bien. Me acuerdo del Tejano, el Monterrey, el Bambi. Olían a *agua de riñón*. Los sábados se llenaban de trabajadores, como albañiles con su plomo casi plomeando el piso, bailando *de cartoncito de cerveza* con las mujeres. ¡Algunas de ellas eran jubiladas de la Segunda Guerra Mundial, señoras como tinacos, puro *rotoplas*, pero qué alegría le impregnaban a la cosa aquella! Entre gritos, tabaco, tequila y maledicencias, se la pasaba uno a gusto. Pedíamos una botella de medio litro de tequila (que era lo

más barato), que costaba doce pesos con sus refrescos, una hielерita, limones partidos, sal y un platito de garbanzos o cacahuates, todo por ese módico precio. Algo fabuloso. Con las mujeres había que ser selectivo, no agarrar cualquier tinaco, y a veces salía uno con carga. Nunca debieron haberlos cerrado, pero estamos llenos de santurrones. Si todavía permanecieran abiertos, yo iría diario.

VMR: Háblame de los cabaretes donde presentaban variedad.

SG: Pues, había varios, recuerdo ahorita el Dandy, donde la clientela era joven en su mayoría. Ahí encontrabas de toda clase social. La variedad consistía en que salían las bailarinas quitándose poco a poco la ropa, es decir, haciendo *streak tease*. Recuerdo que una noche llegamos al Luna de Miel, otros dos amigos y yo, y nos sentamos en una mesa de pista, para estar más cerca de las artistas, y resulta que salió una bailarina que ya a la segunda pieza que bailaba no se quitaba nada de ropa, entonces uno de nosotros, impaciente, le gritó: «¡mucha ropa!», a lo que la dama muy displicente contestó: «¡y más que tengo en mi casa ca...mión!», siendo aplastante la respuesta de nuestro amigo: «¡pues lavarás ajeno, hija de la tostada!». La concurrencia estalló en carcajadas, y aunque la artista se mosqueó, todo se resolvió favorablemente.

VMR: ¿A qué otros lugares ibas en San Juan?

SG: Me gustaba ir al Ciro's, porque había buena variedad y hembras bonitas. Además, me atendían bien y me fiaban, a veces dejaba mi reloj empeñado o un anillo, lo que trajera de valor. Ahí trabajaba de mesero un amigo de mi barrio y me daba crédito, y cada quincena le pagaba.

VMR: ¿Qué otros lugares conociste?

SG: En Atemajac del Valle, pasando el arroyo de aguas negras y junto a la carnicería La Gloria, estaba la famosa Selva, lugar muy bonito, entre árboles y plantas, música viva y muchas mujeres. De ahí me iba a Zapopan al Profundo, en el tiempo que fue balneario

y cabaret, ahí el baile era de a peso, y a veces salía acompañado. Ahí mismo en Zapopan estaba el Infierno, cabaret horrible y apesotado, con fama de matones, pero yo llegaba tranquilamente y sin problemas. Recuerdo también el Batán, adelante de Atemajac, por carretera a Saltillo, también era balneario, y después de nadar un rato, subíamos al salón a bailar, pues había orquesta y muchas chicas. A la salida había un hotel, donde se practicaba *el oficio más viejo de la historia*. Esos son los lugares de que me acuerdo. Pero San Juan de Dios era lo básico para divertirse, uno lo tomaba como una mística esencial, yo creo que todo mundo, de todas las condiciones sociales. Pues permanecía abierto día y noche. Era un lugar propicio para divertirse sin restricciones. Ahí en ese barrio todo se conjugaba para la diversión: la Plaza de los Mariachis, los cines, los bares, el gran mercado y los cabaretes. Todas las líneas de camiones pasaban por ahí. Una geografía urbana muy interesante. Recuerdos hermosos que formaron parte de nuestra vida, ambiente que lamentablemente desapareció. Fue una diversión sana comparada con lo que hoy tenemos, porque andaba uno de noche por las calles con mucha seguridad, no había la violencia de hoy. Los que excepcionalmente le *quemaban las patitas a Cuauhtémoc* —fumaban marihuana— lo hacían apartándose con mucha discreción, se escondían, no como ahora que andan con el *toncho* (tonsol) públicamente. El otro día, viajando en un camión urbano, iba un drogadicto con un galón de *toncho*, con una estopa en la mano invitándole a todo mundo, hasta al chofer, yo mejor me reí. Son cosas del progreso y de la democracia y de la apertura del cinismo con los derechos humanos. Ahora sí que la delincuencia ha superado a la justicia.

Entrevista al señor Elbert Moguel, compositor, cantante y cabeza del grupo musical Los Strwck. Nació en Mérida, Yucatán, en abril de 1945.

VMR: ¿En qué años tocabas con tu grupo en los cabaretes de San Juan de Dios?

ELBERT MOGUEL: En 1968 y 69. Comenzábamos a tocar a las ocho de la noche y terminábamos a la una o dos de la madrugada. Por lo regular había dos grupos en cada lugar. Tocábamos de todos los géneros.

VMR: ¿En qué lugares trabajaste?

EM: Empezamos por los de la calle José Ma. Mercado, el Tejano, el Monterrey, el Bambi; ahí tocaban los grupos principiantes, algo de norteño, algo de cumbia, eran versátiles. La clientela era gente humilde. Albañiles polvados de cal, mecánicos embarrados de grasa, plomeros con sus tubos del lavabo. Gente que no se bañaba para no perder su identidad, pues si lo hacían se convertían en unos don nadie. Así se sentían importantes porque eran representantes de varios oficios útiles. Por el rumbo de la vieja central camionera, camioneros y choferes de autobuses foráneos eran el público principal del Jarocho y su Combo. En los salones de esa zona, Siglo XX, Cantón y Waikiki, yo toqué con mi grupo, tuvimos una aventura de año y medio tocando en muchos cabaretes. Trabajé en el Cantón, donde el ídolo indiscutible del público y de las mujeres era el Jarocho. En esos lugares llegué a oír sonoras con músicos que tocaban el tresillo, guitarra de seis cuerdas y verdaderas tumbadoras con cuero de chivo; músicos bastante morenos con el hablar típico de la costa, que le daban un sabor incomparable a la música tropical, para mí era lo mejor que había en esos lugares. Todos los demás tocábamos también música tropical, pero no teníamos ese sabor, ni al tocar, ni al cantar, sentía yo que nosotros éramos mas fríos, *comida sin sal*.

VMR: ¿Llegaste a acompañar a artistas con tu grupo?

EM: Casi no, muy poco. No tuvimos esa oportunidad porque los acompañaban los grupos con más experiencia. Los que tocaban en el Nopal y el Sarape sí los acompañaban. En el Nopal llegué a

ver a Vicente Fernández, pero en el Sarape vi y escuché a una de las que fue de mis ídolos artísticos: Chelo Silva, porque la sentí auténtica, verdaderamente borracha y bohemia, verdaderamente le tiraba a los hombres, y no era ficticio cuando se caía en el escenario y lloraba y se emborrachaba, y cantaba cada vez peor, desgarrándose la garganta y el alma. Pero era ella verdaderamente. Conocí también a Manuel Pomián, que cantaba canciones arrabaleras, y a Fernando Valadez, que se acompañaba al piano cantando «Porqué no he de llorar»; todos ellos eran puro corazón, desde la punta de los zapatos hasta el último cabello, y eran bohemios y eran soñadores, y convivían con su público. En algún tiempo fueron famosos y trabajaron en los mejores lugares, pero cayeron en la miseria, y aún en la miseria, eran señores, eran artistas de verdad.

VMR: ¿Como eran los cabaretes?

EM: Bueno, los baratonos, donde se cobraban 50 centavos por el baile, fueron lugares donde aprendí mucho. Al grupo musical que tocaba ahí en un rincón oscuro no se le exigía calidad. Cuando las muchachas querían cansar a sus clientes nos pedían cumbias para bailar despegados, en cambio, los albañiles y obreros querían que tocáramos boleros para poder abrazar a las mujeres: y entre esas y otras peticiones, a mí me daban la oportunidad de tocar mis canciones, ellos ni cuenta se daban, sólo querían oír la música y el ritmo que habían pedido. Ahí tuve oportunidad de hacer muchos boleros, unos pegaron, otros no, y otros se me olvidaron. También lancé algunas de mis baladas que noté que a la gente le iban gustando. Aquel fue nuestro primer público, nos fueron marcando las canciones que se hicieron populares. Por la calle de Gigantes estaban los salones regulares, eran un poco más bonitos, más grandes y menos malolientes, con más calidad de músicos, porque ahí tocaban los que ya habían iniciado en los lugares de última categoría. A los mejores grupos se los iban

llevando a los salones de segunda categoría. Cuando yo trabajaba en uno de esos lugares, entraba a las ocho de la noche. Vivía entonces en una vecindad, y al salir a trabajar veía que algunos vecinos trabajadores llegaban a esa hora recibidos por sus hijos, y ya olían los frijolititos refritos, y olía a cafecito, y había la televisión de blanco y negro para ver los programas de Viruta y Capulina, el programa de Nescafé con Pedro Vargas, entonces yo tenía ganas de quedarme como esos señores, que se quitaban los zapatos, se tiraban en el sillón desvencijado rodeados de sus hijos y la esposa preparando la cena, disfrutando de la familia y de la televisión, pero a esa hora yo tenía que irme, y me daba tristeza. Pero, donde me voy dando cuenta que tenía una vecina, que se me grabó en el corazón, pues allá en el cabaret, era de las más alegres, joven, era la más vaciladora y bromista y bailadora, ¡era un trompo!, siempre bromeando con todo mundo. Una noche me di cuenta que cuando yo salía, a las ocho a trabajar, ella iba a la tienda a comprar una bolsa de pan y una botella de leche que metía luego a su cuarto, que tenía un par de puertas maltratadas y sin chapa, sólo tenía dos agujeros por donde ella metía una cadena que cerraba con candado y tenía una ventanita de madera, igual de maltratada, que abría para que entrara el aire, porque era la hora de irse a trabajar, dejando a sus hijos llorando porque no querían quedarse solitos, y que su mamá durmiera con ellos. Ella los callaba con el pan y la leche, y con lágrimas en los ojos, cerraba la puerta con candado, se tragaba las lágrimas, y llegando al portón de la vecindad se tomaba unas *pingas*, para darse ánimo, y se pintarrajeaba los labios. Llegando al salón se bebía unas copas, que le hacían efecto inmediato por las pastillas, y por eso era la más alegre del centro nocturno. De ahí fue que escribí la canción «Pobre Reina», me inspiró el ver aquello que me rompió el corazón.

VMR: ¿Qué clase de gente veías en los cabaretes?

Ahí caían el artista, el merolico, el agente de tránsito, el junior, etcétera. Era realmente como para haber filmado una película de esos lugares populares, una amalgama de clases sociales, con un toque muy especial, porque aunque era un ambiente parecido a las zonas de diversión de otras ciudades, aquí era con el toque provinciano. Aquí habían muchas mujeres bonitas, que traían de Sinaloa o de los Altos de Jalisco, de las güeras de Arandas, y eso le daba un encanto especial a la prostitución de Guadalajara; los hombres que venían de fuera, se iban muy satisfechos al tratar con aquellas mujeres diferentes a las del sur de la República. Vamos a ver que la prostitución era su trabajo y lo prostitutas no les quitaba su belleza, pues ellas nacieron guapas y provincianas y con cierto pudor. Eso era lo que llamaba la atención de los hombres que venían de otros estados, ya fuera a negocios o turismo, y que les tocaba visitar los cabaretes. ¡Y además súper barato y con toda la seguridad del mundo! Drogadicción se veía muy poca, el público cabaretero más bien era borracho. Creo que San Juan de Dios era una cantina grande de provincia.

VMR: ¿Qué músicos conociste en los cabaretes que después hicieron carrera?

EM: Para empezar, mi grupo Los Strwck, que desde que fue un éxito nuestra grabación de «La Suegra» y otras canciones, ya no necesitamos tocar ahí. Recuerdo a Benito Campos y su grupo Luz Extraña, a los Picolísimos de Rubén Espadas; estuvieron también ahí Los Gibson Boys con Mario, y de los principiantes recuerdo al Marroquín que ahora es el baterista de la Mígra; José Luis Zaragoza, que después tocó con Escala Mayor, y varios otros que no recuerdo.

BIBLIOGRAFÍA

- Arroyo Alejandro, Jesús y Luis Arturo Velásquez (comps.) (1992), *Guadalajara en el umbral del siglo XXI*, UdeG, Guadalajara.
- Cortés Díaz, Aurelio (1984), *Guadalajara de mis recuerdos*, Dolmen, Guadalajara
- (1988), *Semblanzas tapatías*, UNED, Guadalajara.
- Doñán, Juan José (2001), *Oblatos Colonias. Andanzas tapatías*, Campo Raso Editorial, Guadalajara.
- Gómez Sustaita, Guillermo (2000), *El siglo XX. Los decenios de Guadalajara*, Instituto Cultural Dávila Garibi A.C., Grupo Modelo, Guadalajara.
- Martínez Reding, Fernando (1991), *Los tapatíos. Un modo de vivir*, Ayuntamiento de Guadalajara, Guadalajara.
- Salvat (2000), *Enciclopedia Salvat Universal*, Salvat, Barcelona.
- Torres Montes de Oca, Avelino (1988), *Jalisco desde la Revolución. El comercio y su conformación 1940- 1987. Tomo XIV*, Gob. del Edo. de Jalisco-UdeG, Guadalajara.
- Trujillo Bretón, Jorge Alberto (1994), *La prostitución en Guadalajara durante la crisis del porfiriato*, tesis para la Licenciatura en Derecho, Guadalajara.

OTRAS FUENTES

- 6° Censo de población. 1940. Secretaría de la Economía Nacional. Dirección General de Estadística. 1943.
- 7° Censo General de Población. 1950. Estado de Jalisco. Secretaría de Economía. Dirección General de Estadística. México D.F. 1952.
- 8° Censo general de población. 1960. Estado de Jalisco. Secretaría de Economía. Dirección General de Economía. México. 1962.
- Libros índices de correspondencias, Ramo 29. 1930 a 1970. Archivo Municipal de Guadalajara.
- Código Sanitario del Estado de Jalisco. Servicios Coordinados de Salud Pública. 1970.
- Ley General de Salud Pública. *Diario Oficial de la Federación*. México, D.F., febrero de 1984.
- Reglamento de la Prostitución. Ayuntamiento de Guadalajara. 1890.

Reglamento para la tolerancia de la prostitución. Ayuntamiento constitucional de Guadalajara 1900.

Reglamento para la tolerancia de la prostitución. Municipio de Guadalajara. 1914.

Reglamento para la tolerancia de la prostitución. Municipio de Guadalajara. 1922.

Código Penal para el Estado de Jalisco. 1933.

Código Penal para el Estado libre y soberano de Jalisco. 1982.

El autor agradece los valiosos testimonios orales de las siguientes personas: Ing. Manuel Ornelas, José Hernández, Juan Carlos Flores, David Becerra, Ramiro Castañeda, David Villarruel, Salomón González, Alfonso Rodríguez Pérez, Luis Sánchez Montero, Armando Zúñiga, Elbert Moguel, Víctor M. Pérez, Gilberto Alarcón, Carlos Abundis, José Cruz, Alejandra Rentería, la Pequeña Lulú, Cristal Jáuregui y Guadalupe Coronado.



En El Oso Negro

MEMORIAS DE UN ANTRONAUTA. PRIMEROS ESBOZOS

FRANCISCO JAVIER IBARRA

Uno de los grandes problemas culturales a los que se enfrentan los habitantes de los pueblos y las ciudades mexicanas, específicamente del estado de Jalisco y de la zona metropolitana de Guadalajara, consiste en la carencia de archivos y registros históricos con las imágenes y los textos correspondientes que den cuenta del devenir, el significado antropológico, la relevancia cultural, el valor como vehículos de identidad rural o urbana, las anécdotas y las peculiaridades, los misterios y las leyendas, de los diferentes espacios públicos donde se ha desarrollado e inventado la vida cotidiana de los moradores de los pueblos y las urbes.

Algunos de tales lugares son los bares y las cantinas de Jalisco y especialmente de la zona metropolitana de Guadalajara: sitios muy concurridos, evocados e importantes en la vida de los pueblos y de las ciudades, pero menospreciados históricamente, como otros lugares públicos, y poco estudiados en relación con el papel que juegan dentro de la memoria, la cotidianeidad y la cultura popular urbana y campirana.

El proyecto «Del Bar a la Cantina», que inicié en 2001, con el apoyo de Conaculta y del PACMYC-Jalisco, ha pretendido no sólo responder con palabras e imágenes a las preguntas qué y cómo han sido, qué y cómo son, dichos establecimientos en Jalisco y en Guadalajara, sino también ser una contribución al necesario catálogo histórico de los espacios públicos del estado y de la ciudad para estudiar, desde la era novohispana hasta el momento actual, la presencia de cantinas y bares a través de diversas perspectivas de análisis que permitan vislumbrar los múltiples hilos que enlazan en estos lugares su propia mitificación y desmitificación, la historicidad de las múltiples poblaciones, la

vida cotidiana, las tradiciones orales de distintas épocas, los mecanismos locales de intolerancia y transgresión social, los rituales íntimos de los antros, la «sana alegría de los ricos y la borrachera de los pobres», los vínculos con la gastronomía y los ámbitos artísticos bohemios de cada población de Jalisco, y específicamente de la zona metropolitana de Guadalajara, el reflejo de las mil y una historias y anécdotas de bares y cantinas en la cultura popular de Jalisco y sus municipios.

El gran resultado cultural de este proyecto ha sido abordar, desde diversos ángulos de análisis, la realidad de un espacio público plural, como son las cantinas y los bares —cuyo estudio parecía un tema tabú en el tradicionalista y anquilosado Jalisco—, en donde se entrecruzan miles de narraciones y leyendas, de alegrías y tristezas, de historias personales y colectivas, de canciones y copas, que han dado y dan vida a la cotidianeidad, los mecanismos de la cultura popular y la memoria histórica de pueblos de Los Altos, del norte, del sur y de la costa de Jalisco, así como de una gran metrópoli como es Guadalajara. Abordar así este tema ha coadyuvado a conocer los laberintos de cada pueblo, de cada ciudad, y ampliar los archivos documentales y visuales de su pasado y su presente.

En colaboración con un grupo de trabajo, realicé a lo largo de más de dos años las diversas etapas de desarrollo mencionadas en el proyecto (investigación documental y de campo, elaboración de entrevistas, tomas de fotografías, sistematización de la información gráfica y documental, elaboración de un archivo fotográfico, preparación de una exposición que presentara una mirada histórica de los bares y cantinas de Guadalajara en el siglo XIX y el siglo XX...), cuyo principal objetivo radicaba no sólo en responder con palabras e imágenes a las preguntas qué y cómo han sido y son dichos establecimientos en Guadalajara, sino también en convertirse en una contribución al necesario catálogo histórico de los espacios públicos del estado y de la ciudad desde la era novohispana hasta el momento actual, además de investigar la presencia de cantinas y bares a través de diversas perspectivas de análisis para vislumbrar sus propias historias, sus mitologías, su cotidianeidad y sus vínculos con el devenir multifacético de los pueblos de Jalisco y de la urbe tapatía.

Debo precisar que debido a la naturaleza propia del proyecto y que sentí la necesidad de adecuar la consecución de los objetivos del mismo a la

realidad de los adelantos tecnológicos contemporáneos (que, es justo y oportuno decirlo, en cuestión de archivos históricos permiten el acceso a herramientas cibernéticas que posibilitan una mejor calidad en la sistematización, un mayor tiempo de duración y permanencia de tales catálogos utilizando un espacio físico sumamente reducido), decidí modificar finalmente el proyecto Del Bar a la Cantina y transformar el mencionado archivo fotográfico de papel y tinta, en un moderno catálogo fotográfico cibernético con imágenes, cédulas y textos de identificación que ya se puede consultar a través de un CD.

Creo que este cambio favorece notablemente a la conservación, difusión y acceso al catálogo de imágenes y palabras propuesto en el proyecto Del Bar a la Cantina, además de que evitará pérdidas del material elaborado y, como ya es una realidad, ha facilitado la distribución de tal archivo histórico a diferentes instituciones culturales y/o académicas de Jalisco y de la zona metropolitana de Guadalajara (las cuales han incorporado este catálogo a sus sistemas de información) y, por consecuencia, también la posibilidad concreta de consultar sus fotografías y sus cédulas.

Junto a esta modificación en la forma de elaborar y presentar el archivo fotográfico final de Del Bar a la Cantina, también debo mencionar que tomé la decisión de convertir la investigación en torno a tales lugares y la creación de un ensayo literario sobre los mismos, en una forma más directa y profunda de acercamiento con la comunidad de Guadalajara y sus alrededores, para dar a conocer los resultados y la mirada del mencionado proyecto.

Desde esta perspectiva, decidí llevar a cabo algo que no se había realizado en Guadalajara y prácticamente en todo el país, es decir, hacer una exposición también denominada Del Bar a la Cantina, en la que se pudiera contemplar el devenir histórico y cultural de dichos establecimientos a lo largo de los siglos XIX y XX a través de una serie de imágenes fotográficas, pinturas, esculturas, piezas de cerámica (alusivas al tema y creadas por artistas jaliscienses durante los últimos doscientos años) y diversos objetos de cristalería, papelería, utensilios, mobiliario, etcétera, la cual se presentó de febrero a julio de 2003 en el Museo de la Ciudad de Guadalajara. Fue un éxito a juzgar por la información de la prensa y otros medios de comunicación, y los comentarios que se escucharon en diversos ámbitos de la ciudad y del estado.

Esta exposición, que forma parte central del mencionado proyecto y que lleva su mismo nombre, tendió distintos puentes entre la propia diversidad de las cantinas y los bares de Jalisco, y sobre todo de Guadalajara, especialmente los considerados tradicionales, y la cultura popular rural y urbana, la memoria histórica, la vida cotidiana de la ciudad y las creaciones de artistas jaliscienses en torno a estos lugares y anexas «donde la vida se dilata, se diluye, se disuelve lentamente, frente a un plato de botanas, una bebida, unas notas musicales y una serie de escenografías irrepetibles».

La exhibición *Del Bar a la Cantina* configuró un itinerario, del siglo XIX a la actualidad, por las diferentes imágenes desde fuera y desde dentro de estos antros, ya que en ella se podían contemplar fotografías de distintas épocas que mostraban las fachadas, los rincones interiores, las atmósferas y los personajes de múltiples bares y cantinas de la zona metropolitana de Guadalajara y de otras zonas de Jalisco, tomadas por Octaviano de la Mora, José María Lupercio, Sebastián Gastaldi, Víctor Arauz, Luis Jorge Figueroa y varios autores anónimos. Las fotografías contemporáneas de bares, cantinas y anexas de Jalisco fueron creadas especialmente para el proyecto por el artista de la lente Víctor Ibarra.

También se exhibieron pinturas, piezas gráficas, esculturas y cerámica de Rafael Ponce de León, José Clemente Orozco, Pantaleón Panduro, José Guadalupe Zuno, Carlos Orozco Romero, Javier Campos Cabello, Alejandro Colunga, Carmen Bordes, Francisco Ochoa, Eduardo Mejorada, Alfonso Barajas, Juan Carlos Macías, Magdalena Caraballo y Jorge Martínez; obras plásticas que, sin duda, evocan la significativa presencia de tales espacios y ambientes bohemios en la obra de creadores jaliscienses.

Además, formó parte de la exposición una instalación que en realidad era la recreación de una cantina (construida con elementos de bares y cantinas de Jalisco), ubicada en el vestíbulo del Museo de la Ciudad de Guadalajara. Junto con la cual, en la escalera y en la planta alta, se presentaron elementos decorativos, piezas de cristalería, enseres, papelería, mobiliario y otros objetos que han integrado el cuerpo y el alma de los bares y las cantinas tapatías, y que ahora representan toda una cosmovisión estética en la que se entrelazan el *kitsch* y la exquisitez, la copa y el tarro, Agustín Lara y Chelo Silva, Mike Laure y José Alfredo Jiménez, Chayito Valdez y Plácido Domingo, los meseros

y las meseras, el cognac y el tequila, las charolas y las servilletas, el piano y el toloche, las cervezas y los cacahuates, los imposibles amores y las bicicletas olvidadas, los chistes y las nostalgias, el hielo y el humo, la conversación y el silencio, la barra y la mesa, el pan y el vino.

Las cantinas y los bares, como una presencia insondable que transfigura de una u otra manera la cotidianeidad de sus habitantes, son una parte viva, palpitante, disfrutable, de los días y las noches de los pueblos y las ciudades de Jalisco. Así, Del Bar a la Cantina, sólo constituyó como exposición y constituye, como un proyecto vivo que pronto se convertirá en un libro de arte y en un video documental, una mirada, por cierto entrañable, a estos lugares que hacen la vida más digna de ser vivida.

En este sentido, los textos que ahora presento en esta publicación son los primeros bocetos de las «Memorias de un Antronauta», tanto en sus conversaciones con personajes claves de la historia de cantinas y bares de Jalisco, como en sus recorridos mañaneros, vespertinos y nocturnos por bares, cantinas y antros *non sanctos* de la geografía jalisciense y, con mayor énfasis, de Guadalajara y sus alrededores. Para empezar, levanto mi copa y brindo por ustedes: Salud, de la buena. Ahora prosigo, con las mesas, las mozas y las musas.

UNA CANTINA SIN RIVAL

«... A veces yo quisiera amarte, mujer,/ y sin embargo quisiera saber/, si dejo de amarte qué voy a hacer...», «... Perdóname Señor/ si desconfiado soy de todas las mujeres/ pero lo que hago es una imploración de amor...», «... Finalmente comprendí/ que todo en la vida es falso/, pero tú eres mucho más...».

Los anteriores fragmentos pertenecen a algunas de las canciones interpretadas por un grupo trashumante de señores entrados en años que tocan el guitarrón, la vihuela y el acordeón «con toda la coraza, haciendo de tripas corazón», como dicen los parroquianos. Tales canciones tradicionales, dignas de espíritus heridos que buscan los bálsamos de un bar, se pueden escuchar al caer el crepúsculo en el interior de una de las cantinas más antiguas de Guadalajara: La Sin Rival.

Ubicada en pleno barrio de Analco, esta cantina ancestral ya no posee el piso de madera espolvoreado con aserrín, ni el famoso «caballote de tequila»

que servía a los clientes para que entraran en calor, ni las repisas sobre los muros que evocaban los antiguos estanquillos de la ciudad todavía hace algunos lustros. Sin embargo, lo que sí conserva intactas son las puertas de hoja doble abatibles al estilo del viejo oeste localizadas lo mismo por la calle Gante que por la Calzada Independencia Sur, las aldabas y las trancas de sus antiquísimas puertas de seguridad abiertas de la parte superior, las vigas desnudas del techo, el tejabán que nos recuerda que estamos en pleno rancho grande a pesar de los suspiros por la modernidad, el mosaico de las paredes que imita al granito color índigo, la enigmática y solísima tranquilidad del antro no obstante los peligros y el bullicio que pulula en el exterior, el sabor de los antojitos como el caldo de marisco o las tortas literalmente ahogadas en una salsa «vuelve la vida» y el sabor de las bebidas cantineras, las cuales reconfortan al herido, alivian al amargado, regalan de nuevo el aliento al paseante, devuelven la fe y el sentido vital al desalentado, y hacen que pida otra canción al parroquiano que sufre de «mal de amores».

Cantina solitaria en la que el tiempo se relativiza y la rocola ultramoderna no desentona —con sus canciones de Javier Solís, Chelo Silva, Lucha Reyes y Los Alegres de Terán— dentro de la añeja atmósfera que pervive en este espacio, La Sin Rival es visitada por personajes singulares como el *Hombre de los Relojes*, que vende las horas encubiertas en máquinas de todos los estilos y precios, desde piezas de anticuario hasta el último grito de la moda relojera; o el *Hombre de los Toques*, el cual no reparte tabaco de extraña procedencia vegetal, sino que reta a la concurrencia a probar su valor y su resistencia, «si son tan machitos», ante los embates de la fuerza de la luz pura, de la electricidad; o el *Hombre de la Baraja*, que invita a leer la suerte oculta bajo el sigilo de los arcanos o a jugar en una partida digna de los mejores y peores tahúres el destino de unas monedas o unas copas; o finalmente que los *Señores de la Música*, que entrelazan los instrumentos del mariachi tradicional y el conjunto norteño, para romper y rasgar los corazones de los que escuchan sus cantos arrabaleros.

Efectivamente, esta cantina de antaño y hogaño que temple el ánimo de cualquiera, tan peculiar como excéntrica, tan populachera como minimalista a su modo, que ofrece al visitante botanas para entretener el hambre, bebidas para calmar la sed y desgarradas canciones para despistar la nostalgia, si

abre sus puertas no tiene rival (ni lo necesita en estos temibles arrabales a unos pasos del corazón de la urbe) en varios kilómetros a la redonda.

LOS EQUIPALES O LA SERENIDAD DEL PLACER

En el laberinto de las ciudades siempre existe un lugar donde pasado y presente se combinan en una copa. En la zona metropolitana de Guadalajara, dentro de las tradicionales calles del Barrio del Santuario, ese lugar es, sin duda, Los Equipales.

En sus más de ochenta años de existencia, este barco ebrio ha dado a sus clientes lo que buscan en él, los ha llevado a recorrer el mar de la noche y ha calmado su sed. Cantina añeja como los buenos vinos, ha pasado de mano en mano por la misma familia; su imagen más representativa es ver a la anciana dueña tejiendo y cobrando en la caja, justo en un rincón de la barra de madera rodeada por espejos bruñidos, botellas de todas las denominaciones, fotos originales de Agustín Lara y Mantequilla Nápoles, además de una gigantesca cabeza de toro que preside los tres salones, la arcada y los vericuetos de esta singular.

Federico, mesero del bar desde hace veinte años, afirma que los parroquianos del bar son los que le dan prestigio: «aquí vienen ejecutivos y gente muy importante, vienen jóvenes y personas mayores sin renombre que sólo buscan un momento de tranquilidad... También venían muchos políticos en los cincuenta y sesenta, es más, por ese tiempo llegaban por aquí los jugadores del campeónísimo Guadalajara. Incluso, cuenta la leyenda que de estos equipales se llevaron a Héctor Hernández para que fuera a meterles goles al Oro, al América y a las Margaritas del Atlas».

La música que se escucha en Los Equipales es parte esencial de su encanto. Un conjunto de tres músicos, bastante revolcados por la vida, que tocan el acordeón, el violín y el contrabajo, crean un velo melódico en el que envuelven las miradas y los suspiros de los bebedores diurnos o nocturnos. Música de Bach, de Agustín Lara, de Bienvenido Granda, de Chopin, de María Grever, de Bola de Nieve o de Carlos Gardel, conforma su repertorio, que a más de algún cliente hace verter lágrimas de emoción, exhalaciones del alma que pasa por la levedad de un buen instante o desnudos gritillos de puro contento.

En Los Equipales los recuerdos pasean en hombros o se depositan en el fondo de un caballito de tequila, de un vaso de whisky en las rocas. Sin querer, o por supuesto queriendo, es inevitable posar la mirada en las desvencijadas fotografías del Santos, de Mil Máscaras, de Manolete, de Chava Reyes, de Abel Verónico o de Beckenbauer; es imposible abstenerse de mirar esa gigantesca pintura de una acción futbolera donde un delantero (de las Chivas) remata ante un defensa y un portero (del Atlas) y, por supuesto, ese letrero que dice «Ay Señor, si por beber te ofendo, tú en la cruda me sales debiendo», o aquel anuncio que informa a los parroquianos que hay «Hora Feliz: 2 por 1 martes, miércoles y jueves. 3 a 4 y 6 _ a 7 _ . Vinos nacionales (menos Herradura)».

Las bebidas típicas de Los Equipales son los cocteles, con nombres por demás sugerentes como «las nalgas alegres», «el Charly», o el «batido de vampiro». También se puede botanear o beber cualquier otra cosa, pero como dijo Charly, el inconfundible —por su volumen, su peso específico y su buen humor alburero— dueño del negocio, que ahora regentea otra cantina en el más allá, «aquí la bebida que más se sirve y no es por dárselas a desear son las ‘nalgas alegres’ que yo inventé, la cual es una bebida que ha pegado mucho entre los clientes a lo largo de varios años, es más, no creo que nadie aguante bien parado o bien sentado, sin empezar a dar tumbos, tres ‘nalguitas’ del bar».

Ahora sólo falta aparecerse por Los Equipales, entrar a su melancólico ritmo de cantina de barrio antiguo, escoger un lugar sin mayores pretensiones que dejar que el tiempo pase a solas o con buena compañía, y navegar por sus paredes —como quien va a la deriva por el océano de la historia del entretenimiento y la diversión en Guadalajara, en Jalisco y en México— al compás de una entrañable «nalga alegre».

DOS GATOS QUE NO SON PARDOS: EL NEGRO

Las palabras de la sabiduría popular a menudo nos confirman ciertas sospechas o nos colocan con la melancolía de lo incierto, en la estrecha desnudez de los actos que no son nuestros. Así, por un viejo proverbio sabemos que de noche todos los gatos son pardos, regla que encuentra su excepción al recorrer dos bares felinos de esta ciudad.

Uno de los bares se localiza en pleno Sector Libertad, más allá de la frontera invisible de la Calzada Independencia que divide hipócritamente a la «clara ciudad» de Guadalajara, rumbo a la zona de las luces rojas y los tacones dorados, en la calle Juan R. Zavala número 100, o para los entendidos, en la esquina de la 38 y Javier Mina. Por cierto, el bar se llama El Gato Negro.

En la planta baja de una casa de dos pisos, pintada de blanco y adornada con magueyes de conocida marca que evoca el paisaje tequilero, un gato invita a los transeúntes a visitar su escondite disfrazado de bar, mientras él adquiere un tono más oscuro que la noche.

Recién instalado en una mesa, en un abrir de ojos, un mesero ya está preguntando lo que se desea tomar. Se perciben los comentarios burlones de la gente que rodea la barra o la mirada punzante de una antiquísima lámpara de gas que atestigua la llegada del nuevo parroquiano.

Si es fácil entrar al Gato Negro, más fácil es acomodarse en el ambiente del bar, con la única condición de que uno lleve su propio ambiente, porque si algo está claro desde que se pone un pie en ese piso albo, jaspeado por las manchas de la impertinencia, es que la cantina sólo es un pretexto para vivir cualquier historia posible o inconcebible.

Aquí nadie está a la fuerza ni pretende llegar a un sitio de encuentros. Al contrario, la voluntad y la sed de lo infinito es lo único que impulsa a beber infiernos y paraísos de un solo trago. Por eso la barra de coloniales azulejos es una colmena de soliloquios que a veces provocan ecos. Las mesas de un pálido color naranja, sin meterles, resguardan las huellas de copas y botellas como una prueba del peregrinaje de cientos de nómadas por el desierto de la incompreensión y la soledad. Pero también las alegrías tienen un rincón en el corazón de este añejo Gato Negro: la oscura rocola que distrae los ánimos, las botanas que enchilan y a las que muy pocos se les rajan, las cervezas de cualquier marca que se le ocurra al más exigente cliente.

Unas presencias que no pueden abandonar la piel de este bar, sin provocar que al Gato Negro y a don Isaías, su actual propietario, se les ericen los pelos, son las abismales pinturas que decoran las paredes amarillas con incrustaciones de azulejos verdes y blancos. Las pinturas fueron elaboradas por don Manuel, el antiguo dueño del bar, que, según palabras de un mesero,

«era bien «pedote» pero bien fregón para pintar, además, pintaba con la zurda por la sencilla razón de que no tenía la otra mano».

Lo cierto es que don Manuel murió hace 33 años y no quiso que El Gato Negro se fuera con él; por eso lo dejó en manos de su amigo del alma, Isaías. Los cuadros de don Manuel son maullidos en la trampa de la vida, son casca-beles puestos a la angustia que reflejan un mundo de voluptuosas mujeres, de monstruos que emergen de soles negros, de gatos que se horrorizan frente a un espejo y de una eternidad suspendida entre la próxima botella y la realidad de la imagen intuida, entre su gusto y su pasión —ambas obsesivas y circulares sin escapatoria posible—, entre su vicio y su pincel.

Colores fuertes, estridentes, surcan los óleos y acrílicos de don Manuel colgados en los muros de El Gato Negro: rojos que imitan la sangre, violetas que dejan la bondad para mejores tiempos, amarillos delirantes que estallan en grises sin misericordia, aplicados con una furia reveladora, enseñan la ciega habilidad plástica y el talento creativo de un artista escondido en un santo borracho.

Así solaza su existencia este Gato Negro, que no es de azotea, pero en el que sí se han quedado algunos zapatos masculinos y femeninos, de lunes a domingo entre las siete de la mañana, para los tempraneros, y a la una de la madrugada, para los amantes de la errancia nocturna.

DOS GATOS QUE NO SON PARDOS: EL VERDE

La noche es una buena oportunidad para andar como gato en celo patrullando la ciudad, según palabras de Joaquín Sabina y de Jaime Sabines, pero no sólo de vagar y de husmear la sombra del deseo vive el hombre. También se necesita un sitio, de vez en cuando, donde echar el ancla y detener el vértigo de la existencia en un vaso de vino y en la charla de los amigos o en los ojos de una encarnación de la complicidad.

Tiene la distinción que sólo concede un estilo definido y, a pesar de su transparencia, misterioso. Como un gato que se cruza en nuestro camino, idéntico a la mirada del pequeño felino que nos ha observado alguna vez desde el otro lado de la ventana, así aparece el bar que se encuentra en la calle Robles Gil, entre Vallarta y López Cotilla, denominado, con una pizca de magia, El Gato Verde.

La fachada de la casona en verde bandera, con ribetes blancos, que constituye la sede de este bar de postín, no parece distraer la elegante discreción que se vive en su interior. Ni siquiera el anuncio luminoso con un gato vestido de frac, detenido junto a un farol y rodeado de notas musicales, desentona con la burbuja de melancólica alegría que espera al que traspassa el cancel de barrotes blancos, último vínculo entre el mundo de las calles y los cálidos rincones de El Gato Verde.

Al introducirse al bar uno tiene que acceder a la condición felina: agrandar las pupilas, evadir con agilidad una silla o un mesero, levantar las orejas para descubrir quién se esconde tras los murmullos e intentar ver en la sabia penumbra que le invade las entrañas al Gato Verde.

Pero la oscuridad no es tan terrible para que no permita verle el rostro a la persona que nos hace compañía. Tampoco por la falta de luz pierde sabor la espléndida cerveza de barril que amenaza derramarse a lo largo de la noche, desde las siete a la una de la madrugada.

En el interior del bar la memoria y el placer hacen de las suyas. No podía ser de otra forma con las viandas y las bebidas en las mesas de los clientes y las nostálgicas canciones de Mari Tere, la anfitriona y dueña de El Gato Verde.

No se crea que las únicas aves que cruzan la jaula de este bar son el pájaro de la melancolía y el mirlo de la tristeza. Lo único que sucede es que la alegría de El Gato Verde tiene un signo contrario: no es a la presencia de lo amado a lo que se le canta, sino a su ausencia; no se invoca el moderno y posmoderno aquí y ahora, sino un tiempo que corresponde irremediablemente al pasado. Pero este no produce por necesidad la pesadumbre o dolorosos recuerdos en los parroquianos, más bien la saudade los reconforta y los hace pasar un buen rato.

Ciertamente en El Gato Verde cada cual busca su paraíso en el arcón de los recuerdos, pero viviendo con intensidad el momento presente, la copa que habla a través de su espuma cervecera o del vino escanciado, la compañía que hace posible el diálogo, la otra voz que nos jala a orillas insospechadas. Tal vez por eso tantos clientes no le pueden ser infieles al Gato Verde: sería como negar la capacidad del sentimiento para propiciar el asombro, el gozo a pesar del dolor o la gracia inconmensurable del placer.

El añejo romanticismo, los boleros emanados de una fina voz femenina, la penumbra que cubre la barra y las mesas, el vodka o la cerveza, la tranquilidad del bar, la posibilidad de llevar a la «movida» de cualquier género, a un lugar donde nadie hará preguntas estúpidas y donde nadie se enteraría, no son razones suficientes para visitar El Gato Verde si falta el ingrediente principal de las peregrinaciones nocturnas: la capacidad de sorprenderse con lo nuevo y de redescubrir lo conocido.

Sólo así, entre canciones de ausencias y presencias amadas u odiadas, un Gato Verde nos hará recordar que la memoria es un viejo placer del cuerpo y del espíritu que debe ejercitarse y, en la medida de lo posible, jamás perderse.

JUGAR Y ARRIESGAR EN EL CUBILETE

Una desvencijada fotografía en sepia, donde dos hombres levantan sus tarros rebosantes de pulque para brindar, es la mejor manifestación de las paredes de El Cubilete, que describen su espíritu, su constante algarabía, su ambiente sensual y festivo, teñido por notas de piano vespertinas y nocturnos ritmos afroantillanos.

Entre la actitud decidida de una «Adelita» que sale del tren del destino para buscar al hombre que ama, y los ojos castigadores de un Zapata que no dejan de mirar a las mujeres que visitan el bar, la cotidianidad de El Cubilete transcurre como un juego en el que los parroquianos de todos los colores, sexo, clases y olores (aquí se reúnen lo mismo señoras de Lomas del Valle y Providencia que cargadores del Mercado de Abastos, estudiantes de restauración que secretarías del centro, boleros que empresarios...) extienden las cartas de sus estados de ánimo.

En la calidez casi campirana de El Cubilete se puede pasar de una tarde melancólica en compañía de la música de Jorge Negrete, Consuelo Velásquez, Mike Laure, Emilio Tuero o Benny Moré, a unas noches —como las que se celebran cada fin de semana— en las que la pasión y la cadencia antillana transforman la improvisada pista de baile en un recinto, donde mujeres y hombres no conocen otra ley en ese momento que la de su libertad, su regocijo y su danza nocturna.

En la variedad de opciones que se ofrece a los trashumantes ciudadanos, se localiza la «excelente atmósfera» de El Cubilete: de los mágicos teclados

del cubano Germán a los cantos reveladores de Javier Gerardo o del Trío Pacífico en las noches bohemias que se llevan a cabo de lunes a viernes; de las piezas nostálgicas del piano y el violín de los hermanos Lozano a las seducciones románticas de las noches de tríos, el segundo lunes de cada mes.

Ello, sólo por no hablar de los antojitos tradicionales, de la botana, de las cervezas de todas las marcas, de los tequilas, brandys y whiskys, que son un buen pretexto para seguir la conversación, las risas, los rizos y los bailes.

En realidad, el inimitable ambiente que se vive en El Cubilete es producto de la bonhomía del legendario dueño del bar, Rogelio, y la exaltación cachonda y apasionada de las anfitrionas cubanas (antes era Rosalía, ahora es Mercedes Calvo), que han imbuido su amor a la vida, la música y la bohemia al Cubilete, para que los parroquianos juguemos, sin máscaras ni poses, aunque sea por unas horas, el juego que todos en el fondo sabemos jugar y que consiste en ser desparpajados, ligeros, traviosos y despreocupados.

Quien no ha visitado El Cubilete todavía no conoce el placer de su juego, aún no ha probado la escala más sincera y alegre en la ruta nocturna de Guadalajara.

RETRATO DE UN CANTINERO

Saúl Botello, 59 años, fundador y cantinero de Saul's Bar

Infancia: Yo nací en un pueblo de Michoacán y llegué a Guadalajara a los once años. Esa Guadalajara era una urbe pequeñita, cuyos límites asombrarían a cualquier niño o joven que haya crecido viendo grandota a la ciudad. Cuando era niño me gustaba jugar basquet y fútbol, en unidades deportivas, en baldíos y en las calles. Nunca fui dado a las travesuras y a otros juegos infantiles, debido a que empecé a trabajar desde muy pequeño y sigo trabajando hasta la fecha.

Juventud: Recuerdo que empezó a llegar a la ciudad, hacia los sesentas, mucha emigración de estados aledaños a Jalisco. Entonces, Guadalajara era una ciudad bonita, agradable y limpia que se podía recorrer tranquilamente en bicicleta. Había varios antros para que la juventud y los no tan jóvenes se divirtieran. Entonces, hasta las casas de asignación eran bonitas y finas, porque no había tanto despapaye, y se podía acudir con toda confianza a los antros de la señora Bertha, la señora Delfina, la señora Esther Camberos, la

señora Rosa Murillo. Estos lugares eran reservados y se ubicaban en zonas alejadas de las áreas habitacionales. En cuanto a los bares, los cafés y los restaurantes, había unos muy acogedores y deliciosos, como el Salón Comedor Don Quijote, el bar Marino, el restaurante Los Pingüinos, el restaurante y café La Copa de Leche, el bar Puga o el restaurante Señorial. Eran lugares muy tranquilos a los que podías llevar a tu novia, o iban familias enteras, o iban hombres solos, pero todo en un clima de respeto absoluto. En ese tiempo uno no quería salir del centro de la ciudad, porque era entretenido, divertido, seguro, hasta olía bien, era una chulada de zona que a todo el mundo le gustaba.

Ocio: Es un rato de esparcimiento mental y físico, que no tiene nada que ver con tu trabajo cotidiano. Es un momento de gozo.

Vivir el ocio: Para mí el ocio es hacer deporte, jugar frontón a mano, correr en un parque o simplemente caminar.

Ocios de antaño: Cuando estaba joven, uno de los grandes ocios de la gente consistía en ir a las gigantescas salas de cine de la ciudad. Yo, como otras muchas personas, hacía mi ruta de cines los sábados y los domingos. Todo el día nos la pasábamos viendo películas y corriendo para llegar a tiempo al nuevo cine escogido. Esa ruta consistía en pasar de un cine a otro y a otro y a otro, desde la matiné hasta la última función. Los cines eran majestuosos y se ubicaban entre San Juan de Dios, las Nueve Esquinas, el Parque de la Revolución y el barrio del Santuario. Los cines eran el Avenida, el Metropolitan, el Variedades, el Tabaré, el Orfeón, el Colón, el Cuauhtémoc, el Alameda, el Park, el Diana, el Obregón y los cines de piojito. La crema y nata de Guadalajara, junto con la pelusera, se daban cita en esos cines. Era bonita aquella época.

Sanjuanear: Otro de las formas de vivir el ocio en mi época era ir a «sanjuanear», es decir, dirigirse a la zona de San Juan de Dios para entrar a algún salón de baile o cabaret. Uno entraba, tomaba una cerveza o un tequila, ponía una pieza en la sinfonola, sacaba alguna de las damas del lugar a bailar, y al concluir la pieza le pagaba veinte centavos, que era el costo de una bailada. Y de allí para arriba, dependiendo el ánimo y las posibilidades económicas del respectivo parroquiano. En las «sanjuaneadas» se juntaba el rico y el pobre, el albañil y el banquero, el hijo de papi y el hijo de la guayaba. Era un espacio de

convivencia social lúdico y placentero, muy democrático, muy interesante, y sobre todo muy divertido.

En un bar: En una cantina o un bar se vive el ocio como una forma de relajamiento, de sacar el estrés, de salirse de la rutina de lo cotidiano. A veces el cliente se sienta sólo a disfrutar su bebida y a sumirse en su mundo, en otras ocasiones platican la copa entre amigos, o a veces uno o dos clientes empiezan a charlar conmigo o con un mesero y empiezan a contar sus problemas o su historia como una forma de desahogarse, de ser escuchados y a la vez escuchar otras voces. El ocio del bar casi siempre está relacionado con la buena conversación o los chispazos de buen humor.

Platillo favorito: Langostinos, pescado y carne asada.

Postre: Flan y cocada.

Bebidas: Me gustan todas porque no soy esclavo de ninguna bebida. En especial me agrada el vodka.

Antojitos: La verdad no salgo a comer afuera. Yo mismo preparo mis botanas y mis comidas. Hago tortas ahogadas, taquitos, birria, sopes y, sin falsa modestia, me quedan bien sabrosos. Para qué voy a arriesgarme a comer en otro sitio.

Restaurantes: Jacarandas del Holiday Inn y el Tango.

Antros y Bares: No los frecuento porque, tal vez está mal que lo diga, me conoce mucha gente. Antes iba por el gusto de ir a un bar diferente al mío, cotorreaba con algunos colegas, me invitaban una copa, luego venía la puyita y me decían «a qué vienes, qué andas checando por aquí». Eso me preguntaban tanto los dueños como los meseros, que me conocían. Aunque ese saco no era para mí, preferí ya no ir a cantinas y antros para evitar problemas gratuitos. De todos modos, en mi bar tengo todo lo que se necesita para pasársela a gusto.

Lecturas: Mi libro preferido es *Don Quijote de la Mancha*. También me gustan los libros de anatomía y geografía. El otro día leí el libro *La búsqueda del águila*, lo empecé a las tres de la tarde y no lo solté hasta que lo terminé. Así me pasa con la lectura, me tiene que apasionar para que le entre hasta el final. Por cierto, todos los días leo los periódicos de la ciudad.

Música: Las canciones clásicas y románticas de la época de mi juventud interpretadas por María Luisa Landín, Toña la Negra, Lupita Palomera, Con-

suelo Velásquez, Magda Franco, Lola Beltrán, Javier Solís, Genaro Salinas, Jorge Negrete y Pedro Infante. También me gusta la música de tríos como Los Diamantes, Los Tres Ases, Los Dandys y Los Panchos. Pura música bonita del ayer, del romanticismo.

Cine: Me gustan las películas de Cantinflas, las de Pedro Armendáriz y las de los hermanos Soler. Ya no voy a las salas de cine, prefiero la comodidad que me ofrece el video o el cable para ver bien a gusto películas en mi bar o en mi casa. Si tengo tiempo, los fines de semana me puedo echar de corrido unas cuatro películas y sólo hago el intermedio para prepararme una botanas bien ricas.

Exposiciones: Me gusta ver las obras en piedra y los trabajos en vivo de los maestros canteros que se ponen, cada diciembre, a lo largo de la Plaza de la Liberación.

Paseos: Antes iba mucho con mi familia a balnearios como Los Camachos, Villa Corona, Cañón de las Flores, Lindo Michoacán o Toluquilla. Todo eso era muy bonito, el ambiente, la tranquilidad. Ahora los balnearios ya están saturados, están llenas las albercas, nadas y le pegas a alguien.

Deportes: Actualmente practico el frontón a mano y me gusta correr. Hace varios años, en 1960, llegué a practicar la lucha olímpica en La Mutualista de Empleados de Comercio.

Tele: Veo mucho películas y futbol. Puedo ver la tele durante varias horas, porque en el bar es lo que te entretiene mientras llegan los clientes o cuando preparas alguna bebida.

Radio: Todos los días escucho las noticias en la radio. Me gustan los programas de Guillermo Lares y la música romántica de la estación Formula Melódica.

Guadalajara y sus entretenimientos: La verdad en Guadalajara hay lugares para todo tipo de mentalidades y aficiones. Pero creo que ahora está saturado de antros y bares, porque durante la anterior administración municipal, en el centro y en otras zonas de la ciudad no se respetaron los 150 metros que debe haber entre un establecimiento y otro.

Me gusta de Guadalajara: Me gusta que es una ciudad que te ofrece oportunidades, que todavía ofrece destellos de cosas buenas. Creo que hay cosas muy rescatables de la Guadalajara actual, pero lo que me pasa es que conocí y

viví en una Guadalajara que era más hermosa y más agradable que la de hoy: aquella ciudad era la auténtica perla tapatía.

No me gusta de Guadalajara: Todo mundo anda acelerado. Vas con tu tiempo en tu auto para hacer tus cosas y nunca falta quien te esté pitando atrás, quien esté chingue y chingue con el claxon. No se puede ya ni caminar por el centro, hay basura por todos lados, hay legiones de rateros, hay mucha sensación de inseguridad, la gente maneja pésimamente, las alcantarillas están tapadas, las calles se inundan o se llenan de baches, la indiferencia predomina en las relaciones entre vecinos. No me gusta reconocer, pero hay que aceptarlo y reconocerlo, que fuimos nosotros mismos quienes le dimos en la torre a una ciudad que era una belleza.

Mi gran diversión: Jugar frontón a mano en mis ratos de sosiego, me olvido de cualquier bronca y saco todo el estrés. Después de jugar me siento como nuevo.

RETRATO DE UNA CANTANTE DE BAR

*Mary Tere. A una dama no se le pregunta su edad,
dueña y cantante del bar El Gato Verde*

Infancia: Tuve una infancia más bien triste porque no tuve muñecas. El Niño Dios me traía un peso y una bolsa de chocolates. Mis momentos más felices era cuando una amiga me prestaba sus muñecas, con su carrito, y yo me iba encantada de la vida paseando a las muñecas por las calles y el parque. Cuando empecé a trabajar como bailarina y actriz, en el teatro portátil de mi papá a los doce años, y gané mis primeros 100 pesos, entonces fui corriendo a gastármelos en un montón de muñequitos de plástico. En lugar de una sola muñeca de buena calidad, preferí comprar una infinidad de muñecos con varias imperfecciones. Luego me arrepentí de no haber comprado una muñeca bonita.

Juventud: La juventud se me fue trabajando como actriz, bailarina y cantante. En esos años el tiempo libre se iba en diversiones muy sanas, en las que si acaso se valía tomarse una o dos copitas para entrar en calor. Las muchachas y los muchachos de mi época íbamos a las tardeadas en la Quinta de las Rosas, en la Atlántida y al Club Zapopan. Los papás nos daban permiso hasta las diez de la noche y nosotros les hacíamos trampa, ya que les decíamos que

íbamos al cine y en realidad nos íbamos a escondidas a bailar la bella música de orquesta de los cincuentas. Orquestas como las de Antonio Suárez, Manuel Gil o Toño Yáñez.

Ocio: Es el espacio y los momentos que uno dedica a descansar y relajarse.

Vivir el ocio: Descansar en mi casa, acostadita en la cama, viendo la tele o arrullándome con mis recuerdos.

Diversión aquí y ahora: Ahora a la mayoría de los jóvenes no le gustan la tranquilidad, las penumbras, los tenues focos rojos, el ambiente romántico y la música que hace aflorar los sentimientos en bares como el mío, que por cierto va a cumplir 32 años de conservar su estilo. Ahora los jóvenes prefieren las luces de las discotecas, el relajo de los antros que por sabido se calla, y una musiquita que lo único que produce es que uno se atarante y ni pueda platicar y convivir a gusto.

Platillo favorito: Chicharrones en salsa verde, pozole y carnitas.

Postre: No tengo carta aborrecida, me gustan todos los postres, soy muy dulcera. Es más, siempre que como empiezo por los postres. Ahora me fascinan el pastel de tres leches y las jericallas.

Bebidas: Cognac y cuando anda uno de pobre pues un tequilita.

Antojitos: Me gustaban las originales Tortas de Emiliano, nada más que ya desaparecieron. En estos tiempos, me gustan las enchiladas, los sopes, los tacos y las quesadillas.

Restaurantes: No salgo. Yo misma cocino y hago bueno, para mí y quien me acompañe, además que no tengo tiempo de salir a lugares debido al trabajo del bar. Así que rara vez, por no decir nunca, voy a un restaurante o a un café.

Bares y Antros: Como es de imaginarse, no voy a otro bar que no sea mi Gato Verde. Casi mis únicas salidas nocturnas para divertirme, fuera de lo que hago y me encanta en mi trabajo, son las que hago cuando voy a los dos bailes que se organizan en Guadalajara con la música de los cincuentas. Me encanta bailar la música de orquestas, me emociona y me alegra mucho.

Lecturas: Nunca he sido muy afecta a leer, porque no tengo retentiva, conforme voy leyendo se me va olvidando lo que leo, como que siempre estoy distraída y tengo el pensamiento en otra cosa. Lo único que se me facilita leer

son las revistas, porque no son lecturas tan amplias como un libro y puedo concentrarme un poquito más en lo que leo.

Música: Me gusta el jazz y la música que canto en mi bar El Gato Verde. Me emociona escuchar y todavía más cantar las canciones de Agustín Lara, Álvaro Carrillo, Gonzalo Curiel, Armando Manzanero o María Grever. Disfruto mucho cantando y, por ejemplo, cuando estoy triste canto mejor, como que desahogo con la cantada mis pesares, mis nostalgias, mis alegrías, mis anhelos, todos mis sentimientos se vuelcan en la voz y salen al mundo.

Cine: No soy muy afecta al cine de estos tiempos. De no ser Sarita García, Prudencia Grifel, Pedro Infante, Domingo Soler, Jorge Negrete o el Chicote, ahorita no conozco a los artistas mexicanos ni americanos. Mi película favorita es *El Mago de Oz*, una cinta bellísima. También recuerdo una película que me impactó mucho que se llama *Yo acuso*, una película espeluznante en la que los muertos se levantaban de la tierra y que me causó pesadillas durante varios años.

Teatro: ¡Cómo no me va a fascinar si yo trabajé tantos años en el mundillo del teatro! Me fascina la zarzuela, la opereta y la ópera. Cada vez que puedo zafarme de la esclavitud de atender el bar, me gusta ir al teatro para ver una buena obra. Me gustan piezas teatrales como *La sangre de artista*, *El soldado de chocolate*, *La viuda alegre*, *La dolorosa*, *La marina*, *Los molinos de viento*. Todas esas obras las actué en los teatros, desde los doce años, hasta que en 1955 empecé a dedicarme a cantar en barecitos de aquí y de allá.

Sueños: Me gusta soñar, es muy padre soñar que uno puede volar. Sueño a colores y en blanco y negro. A veces estoy soñado y despierto, porque suena el teléfono o por otra cosa, atiendo el asunto y luego vuelvo a dormirme, entonces reanudo mi sueño en el punto en el que lo había dejado. Es maravilloso, como si fuera una película. Por mi rutina en el bar que concluye alrededor de las tres de la madrugada, para mí es mortal levantarme temprano. El sol no es para mí, soy como vampiro, nomás oscurece y vuelvo a nacer. Con el sol me apago y en la noche florezco y me pongo a cantar.

Paseos: Antes para ir a Zapopan y a Tlaquepaque había carretera de por medio. Ahora ya son parte pegada a Guadalajara. Los paseos bonitos eran cuando llevábamos a la Virgen de Zapopan y comíamos en los campos, cerca de unos arcos de piedra, allá por Los Colomos. Otro gran paseo era ir al par-

que Agua Azul el día de San Juan. Nos íbamos en bicicleta, probábamos el atole de cacao acompañado de unas gorditas de queso y frijoles, después nos metíamos a las albercas que estaban relucientes de limpias y azules. Eso fue en el ayer y ahora mi paseo más común es ir, cada ocho días, a misa y al cementerio a visitar a mis papás y a mi hermana.

Costumbres: Eran preciosas las serenatas de antaño. Llevar «gallo» era todo un rito en el que tanto la mujer como el hombre se emocionaban y mostraban sus verdaderos sentimientos. Era tan bello escuchar una serenata tras la ventana y el balcón. Ahora el romanticismo se lo llevó la chiflada. Antes los noviazgos duraban hasta quince años y los novios decían pues como que ya es hora de pensar en casarnos. Así se casaban. Pero ahora luego luego se casan y al ratito se divorcian, no saben convivir en pareja. En El Gato Verde he hecho, como si fuera una celestina, varios matrimonios de gente mayor, que luego me echan en broma la culpa de que se hayan casado.

Tele: Lo que veo ahora son telenovelas simpáticas, me tienen fascinada las comedias que mezclan cosas trágicas y chuscas. Otras cosas que veo en la tele son las noticias y los programas que pasan en la madrugada, ya que después de salir del bar en la madrugada llego a mi casa y lo primero que hago es encender la tele, programarla y luego me acuesto a verla hasta que me quedo bien dormida. La tele me arrulla y me cuida el sueño.

Radio: Tengo una consola antigua y creo que jamás le he encendido la radio. Con lo que sí tengo vicio es con la televisión porque tengo una en cada espacio de la casa: si estoy en mi cuarto, en la cocina, en el baño, en la sala, enciendo la tele para seguir viendo las películas y las noticias. Aunque yo no creo que sea tanta mi afición a la tele, sino que la mantengo encendida para oír sus voces y no sentirme sola.

Guadalajara y sus entretenimientos: Ahora se va a los bares a ver en pantallas gigantes el fútbol y las películas. Ya la gente no quiere música continua, ni romanticismo, ni ambientes relajados. Lo único que quieren la mayoría de los jóvenes es reventón, mucho ruido y cosas rápidas.

Me gusta de Guadalajara: Aunque ya estamos muy invadidos y somos muchos, me gusta que todavía se vive muy a gusto en Guadalajara, que hasta cierto punto hay una relativa tranquilidad y se sigue respetando a la gente mayor.

No me gusta de Guadalajara: Que cambió para mal, pudiendo cambiar para bien. Hay mucho tráfico, muchos robos, mucha violencia, mucha contaminación, muchos cambios en el clima. Me acuerdo que antes las calles eran empedradas, entonces en la mañana y en la tarde regábamos para mantener limpia y fresca la ciudad, que en realidad era como nuestra casa. Ya hoy me siento extraña en la ciudad, como si ya no fuera el mismo lugar donde crecí, donde jugué, donde me divertí y me hice mujer. A la ciudad ya no la tratamos como si fuera nuestra casa, es como un jacal al que no queremos ni cuidamos.

Mi gran diversión: Sentarme a ver la televisión y tras un ratito quedarme dormida, bien dormida.



ENTRE ANTROS, BULES Y RECOVECOS: LAS SEXUALIDADES DE «FIESTA» EN GUADALAJARA

MIGUEL VIZCARRA DÁVILA

De noche todos los gatos son pardos

Frase de dominio público

Es en el periodo iniciado con la caída del sol, bajo el que se cobijan mayoritariamente las mil y un maneras en que se gozan o disfrutan varios de los placeres que desde tiempos inmemorables le fueron vetados a hombres y mujeres. La oscuridad: incita, favorece, excita y permite la realización de algunos actos, aquellos que no se llevan a cabo en público, y que tampoco se comentan con cualquiera. El día y la noche, delimitados por un acontecimiento astrológico, crean distintos mundos en uno mismo, al permitir que un espacio se viva de múltiples maneras.

No es obra de Satán aquello que la noche y su oscuridad ocultan bajo su regazo, tampoco es el momento en que el pecado aflora; sino que en ella se rinde un culto inconsciente al dios(es) Baco y/o Dionisio. Siendo distintos o uno mismo, dominan la mente de los seres noctantes que en las calles o edificios buscan encontrar el éxtasis, no precisamente el divino, sino el que encaja en el hedonismo. La sociedad reprocha —acaso por egoísmo y envidia— el desenfreno pasional y/o la alteración de la conciencia, es por ello que se esconde en las calles y lugares oscuros.

Ahora bien, no siempre se cumple este objetivo. En ocasiones, la búsqueda conlleva a la amargura, convirtiendo algunos de los espacios que abren sus puertas con el objetivo de ocultar los primeros rayos del sol y extender el disfrute de las pasiones dionisíacas, en una «sala de espera hacia la muerte». La noche se convierte en el tiempo y en el espacio en que la subjetividad aflora, debilitando la conciencia que te dicta «lo que debes y lo que no debes». Los sentimientos y todas las emociones se viven y se expresan con mayor intensidad. Es entre penumbras donde la racionalidad y la moral «se

relajan», lo que a los humanos les facilita el pleno goce de sus deseos más íntimos.

En nuestro contexto, la mayor parte de hombres y mujeres han sido educados moralmente bajo la tradición judeo-cristina, lo que ha influido enormemente en la conformación de una óptica dicotómica del mundo y de la vida. Ideas como lo bueno y lo malo, o el bien y el mal, permean nuestra concepción, y si no ¿cómo entender la luz sin conocer la oscuridad? Así, pues, la noche ha sido estigmatizada, creando y confiriéndole el poder del miedo; que a la vez repela e incita a adentrarse en ella. Sin embargo, es también una forma de vida para quienes mediante báquicos recursos buscan conocer y vivir el mundo.

Los ahora llamados «antros» (bares, cantinas, *table dance*, discotecas, centros nocturnos y botaneros) son sólo algunos de los espacios que abren sus puertas para quienes se encuentren ávidos de un poco (o un mucho) de hedonismo, en ocasiones acompañado de un «escape». La calle también ofrece para quien desee y sepa buscar con quién saciar su instinto carnal al igual que alguna sustancia —licita o no— que te lleve a los llamados «paraísos artificiales». En las grandes ciudades se puede satisfacer cualquier deseo sin importar las preferencias sexuales, la posición socioeconómica o lo extravagante de sus anhelos. Sin embargo, en el caso concreto de Jalisco, y exceptuando algunos de los centros turísticos costeros, este tipo de ofertas y/o servicios, así como cierta «permisividad» para la expresión de las distintas sexualidades o para el consumo de drogas lícitas o ilícitas, disminuye enormemente al salir de la zona metropolitana de Guadalajara.

Y fue durante la noche misma cuando surgió la idea de redactar un texto en que se hiciera referencia a las diversiones públicas nocturnas y a las diversas formas de vivir la sexualidad humana, en los distintos estratos socioeconómicos en que se divide la población jalisciense. Tal vez la misma noche y su energía influyeron en mí para que aceptara esta titánica labor. Titánica no sólo por lo amplio del tema, sino también por la dificultad que conlleva el tratar de hurgar en la vida íntima o privada de los sujetos y más en una sociedad como la nuestra a la que muchos, propios y extraños, han calificado como «conservadora»; y otros, le han encontrado una mayor relación con el apelativo de «mocha» (dicen, por su «doble moral»). Por si fuese poco, otros de los problemas o dificultades que encontré para la realización de este trabajo fue-

ron, entre otros, la diversidad cultural y la racial, además del desarrollo y crecimiento económico de los 125 municipios que componen al estado.

DE LA «PERLA DE OCCIDENTE» A «TAPATILANDIA»

El estado de Jalisco, bajo una óptica folclorista, podría ser considerado como una de las cunas de la identidad nacional, ya que en él se originan varios de los símbolos patrios, entre los que destacan el tequila, el mariachi y la charrería. Estos emblemas, aparte de simbolizar el nacionalismo, operan en la conformación del estereotipo del «macho mexicano», aquel que debe caracterizarse por «tener las tres efes: feo, fuerte y formal» (como recita el conocido refrán). Exageración de la masculinidad, principalmente del hombre de campo, situación que le hace más recio: el que bebe tequila —solo—, es violento y tiene muchas mujeres a las que lleva serenata. Actualmente, esa imagen podría parecerse anticuada, más aún en la capital o en su hoy llamada zona metropolitana, que pretende, día a día, internacionalizarse de diversas maneras. Sin embargo, la ciudad y los tapatíos aún presentan varios rasgos que le podrían caracterizar en el conservadurismo.

Recordemos que la ciudad de Guadalajara tuvo una difícil y beligerante fundación. Este proceso, junto a la posterior colonización de los territorios adyacentes, causó una gran disminución en los índices demográficos de los grupos indígenas que habitaban la zona. En la Nueva Galicia, el comercio de esclavos de raza negra no alcanzó las dimensiones del sur de la colonia, como lo fue en el territorio que hoy ocupan los estados de Veracruz y Guerrero. Por si fuera poco, la mayoría de esclavos neogallegos no eran racialmente «puros», eran resultado del mestizaje de este grupo racial con algún otro, como era el caso de los mulatos (véase Martínez, 2000). Los asentamientos indígenas que circundaban el punto de la última fundación de su capital, rápidamente fueron asimilados al nuevo urbanismo y se convirtieron en los barrios de Mexicaltzingo, Analco o Mezquitán. De tal manera, que estos y otros factores favorecieron la colonización ideológica o cultural de los habitantes de la región; al mismo tiempo, la influencia étnica de los peninsulares y criollos en el proceso de mestizaje, al que años más tarde se sumó la de los inmigrantes de distintas partes de Europa occidental principalmente en la zona de los Altos de Jalisco. Estos

factores hicieron crecer con «aires señoriales» a los habitantes del lugar o por lo menos a los de su capital, tanto a los del reino de Nueva Galicia como posteriormente a la ciudad de Guadalajara y del estado de Jalisco.

Años después, y a pesar de una importante participación en la Reforma, los católicos del estado demostraron su mal entendida fe y su poder durante el fratricida enfrentamiento llamado «rebelión cristera». Es en aquel tiempo en que la idea de ciudad conservadora, bella y culta se exasperó, bautizándole a esta ciudad como «La Perla» o «La Atenas» de Occidente. Salvador Novo la bautizó como «la ciudad de las jacarandas», por el enorme número de estas flores que adornaban el entorno en que se desenvolvían los tapatíos. El conservadurismo ideológico y cultural de este espacio se puede ejemplificar mediante el urbanismo y la arquitectura, ya que pasaron poco más de 450 años para que la ciudad abandonara su fisonomía colonial basada en «barrios», y se abriera o adaptara a la nueva imagen citadina que se proyectó con las primeras «colonias», durante la década de los años veinte del siglo pasado. Su poblamiento se vio enormemente favorecido con la construcción del tranvía y con el inicio de la lucha revolucionaria, ya que al encontrarse las colonias alejadas del centro urbano, permitían escapar de los sucesos de violencia que de ella emanaban (véase Doñán, 1999b).

En este sentido, otro importante periodo fue el de las décadas de los cuarenta y cincuenta, cuando una mal entendida idea del progreso y desarrollo acabó con buena parte de los edificios más antiguos y bellos de la ciudad, como fue el Palacio Episcopal o el Palacio de Cañedo, con la puesta en marcha del famoso proyecto La Cruz de Plazas (véase Doñán, 1999a), así como la destrucción de la antigua Escuela de Música de la universidad. En este periodo se demolió parte importante del patrimonio arquitectónico de la ciudad. La explosión demográfica ha propiciado un crecimiento enorme de la ciudad, y aquellos puntos que la delimitaron hasta 1920 aproximadamente, equivalen en la actualidad prácticamente al territorio que hoy es conocido como centro histórico de la ciudad. A la mancha urbana de Guadalajara se han anexado los municipios vecinos de Zapopan, Tlaquepaque, Tonalá y Tlajomulco, conformando la zona metropolitana de esta ciudad.

A pesar de su crecimiento, de su intento por internacionalizarse y de ser la segunda ciudad más grande del país, pareciera en algunos casos y en cier-

tos sectores de la población, que se pretendiera alcanzar la modernización o ingreso a la globalización tan sólo en el aspecto instrumental; es decir, sin una transformación social y cultural tendiente a caracterizarla como abierta, plural, respetuosa e incluyente de los diversos grupos que la componen en la actualidad, y cuya gestación histórica se encuentra precisamente en la era de la globalidad. Los habitantes de Guadalajara y de Jalisco (en mayor o menor medida) enfrentamos ese doble efecto de la globalización cultural en que resurgen los tradicionalismos y los regionalismos, enfrentándose a las nuevas ideas e identidades que carecen de un origen territorial definido.

Lejos de discusiones teóricas acerca de la modernidad, la globalización o la posmodernidad, el mundo entero ha experimentado en los últimos 60 años una infinidad de importantes cambios en todos los ámbitos, algunos de ellos radicales, pero todos a una mayor velocidad o con una rapidez que no se habían experimentado en épocas anteriores. Muchas de estas transformaciones se han dado en distinta manera y magnitud en los países que componen el llamado «mundo occidental», debido al ensanchamiento y, a su vez, el estrechamiento de las relaciones internacionales en lo político, económico, social y cultural. En este último ámbito, los adelantos tecnológicos en el área de la comunicación y del transporte han favorecido la formación y, en algunos casos, la organización de diversos grupos identitarios y/o culturales no nacionales (Castells, 1999; García, 1989 y 1995).

Sin embargo, no por ello son el resultado de una transculturalización o del imperialismo, ya que éstos son «apropiados» (Thompson, 1998; Arriarán, 1997), es decir, en un plano muy general, se transforman con la intención de que sean adaptados a algún determinado contexto. En otras palabras, se hacen «propios». Entre estas nuevas formas de ser podemos destacar el movimiento LGTB (Lesbico, Gay, Transgénero / Transexual y Bisexual), el feminismo, el ecologismo o diversas formas de ser joven, como saiko, anarko punk o dark (Marcial, 1997 y 2001); cuyos nombres han sido apropiados como saikos, anarko punketos y darketos respectivamente. A estas nuevas formas de ser de los sujetos en el mundo contemporáneo se les ha denominado «nuevos movimientos sociales», y difieren de los «clásicos» (obrero y campesinado) porque se gestan a partir de la reivindicación de derechos e ideas que no tienen su origen en la relación que existe entre los sujetos y los medios de producción, sino que na-

cen por reivindicaciones culturales, ya que se busca el reconocimiento pleno y equitativo de una forma de vida. De allí que sus formas de lucha también sean distintas. Los «clásicos» encuentran en el uso de las armas, el mecanismo para acceder al poder y, desde allí, cambiar las estructuras sociales. Los «nuevos movimientos sociales» pretenden la transformación de la sociedad mediante una revolución cultural o ideológica, lograda mediante la concientización de la sociedad. Estos son los nuevos tipos de ciudadanos, los que se han venido conformando y con los que deben los grupos tradicionales encontrar nuevas formas de convivencia que les permitan retomar los aspectos que procuren el bienestar común en una relación de respeto a sus diferencias.

Así pues, Guadalajara pretende convertirse en una ciudad cosmopolita, como lo ha demostrado con la celebración de la I Cumbre Iberoamericana los días 18 y 19 de julio de 1999; la III Cumbre de América Latina, el Caribe y la Unión Europea; los días 27 y 28 de mayo de 2004; la Feria Internacional del Libro, cuya magnitud le ha hecho ganar un importante reconocimiento a nivel mundial; la Muestra de Cine Mexicano, que sin lugar a dudas es el festival de mayor trascendencia en ese ámbito a nivel mundial; el proyecto para la construcción del Centro Cultural Universitario en el norte de la ciudad, cuyas características le convertirían en uno de los recintos culturales más grandes e importantes de América Latina (las tres últimas acciones son realizadas por la Universidad de Guadalajara); el Festival de Mayo, que tiene un país invitado cada año comprometido a traer la obra de distintos exponentes artísticos de aquel lugar; el intento por lograr ser la sede del primer museo Guggenheim en América Latina, cuya edificación se llevaría a cabo en la Barranca de Huentitán; el proyecto para construir el llamado Santuario de los Mártires, que sería el más grande del continente; o, finalmente, pretendiendo la internacionalización de algunos de los símbolos patrios, con eventos como el Encuentro Internacional del Mariachi y la Charrería o la inauguración del Tequila Express.

Pareciera contradictorio, pero conforme se aumenta el contacto y la influencia entre las distintas partes del globo terráqueo, se exaltan al mismo tiempo los sentimientos nacionalistas y/o religiosos. De tal manera, la ciudad de Guadalajara conserva algunas de costumbres de inicios del siglo XX, como el ir y venir de sus calandrias, ahora utilizadas principalmente como un atractivo turístico; el que su equipo de fútbol con mayor tradición, las Chivas, también

llamadas «el rebaño sagrado», no permite el ingreso de jugadores extranjeros; la romería en honor a la Virgen de Zapopan, que aglutina a miles de fieles cada 12 de diciembre; el consumo de la cerveza de raíz, del tejuino, las tortas del Santuario, los antojitos mexicanos en la cenaduría Ricos Tamales a un costado de la Capilla de Jesús, o la venta de pitayas cada temporada en las Nueve Esquinas. Así pues, Guadalajara se resiste y frente al nacimiento de los llamados «metrosexuales» en el mundo, se continua con la exaltación de los rasgos de masculinidad característicos de los jaliscienses y de los mexicanos, pero ahora con influencia o referentes nortños o texanos.

Claro que los mencionados cambios en la forma de ser de los sujetos se experimentan de distinta manera en las comunidades rurales y las urbanas, o entre las mismas ciudades, dependiendo de su grado de desarrollo. Lo que implica la posibilidad, en mayor o menor medida, de establecer algún tipo de contacto con referentes culturales externos para su posterior apropiación. Este proceso de conformación de las distintas identidades culturales contemporáneas está mediado y, en buena manera definido, por el uso de las nuevas tecnologías, principalmente en el área de las comunicaciones. Es por ello que resulta prácticamente imposible hablar de sexualidades o de formas de vivir la sexualidad de distinta manera a la heterosexual fuera de la zona metropolitana de Guadalajara o de los centros turísticos, principalmente costeros. Lo que no implica que en los demás lugares sólo existan heterosexuales, sino que allí es prácticamente imposible llevar una vida como *gay*.

Al respecto, conviene mencionar que fuera de esos centros urbanos sí se pueden localizar algunos de los otros grupos identitarios; es decir, feministas, ecologistas o algunas de las diversas formas en que se vive y expresa la juventud. A la vez que se han establecido espacios en que se permite y/o facilita sólo la realización de cuestiones relacionadas con el goce de la sexualidad heterosexual. De tal manera que el tema o los fenómenos sociales que giran en torno a las «diversiones públicas nocturnas en relación con las distintas formas de vivir la sexualidad humana», para el caso del estado de Jalisco, es prácticamente inabordable fuera de la ZMG o los puertos de Vallarta y Manzanillo —este último, destino vacacional en el vecino estado de Colima, muy visitado por los paseantes jaliscienses—. De allí que sean estas ciudades a las que se haga mayor referencia en el texto. Sin embargo, los hombres heterosexuales

tienen que enfrentarse en algunas ocasiones al poder de la iglesia local para que se abran establecimientos en que de una u otra manera se puedan satisfacer ciertas necesidades de tipo o placeres de tipo sexual. Un ejemplo de ello fue el boicot organizado contra la apertura del *table dance* El Chupacabras, que se había instalado en las inmediaciones de los poblados de Autlán y El Grullo.

DE LA «MORAL» A LA «DOBLE MORALIDAD» DE LOS TAPATÍOS

*En Guadalajara: el que no es charro,
es mariachi o chiva, y si no, es puto.*

Frase de dominio público

Varios teóricos de las sociedades contemporáneas coinciden al señalar que los cambios o la modernización de los medios de comunicación en los procesos económicos, políticos y sociales, deben coincidir con esta tendencia en los aspectos culturales, o sea, en las ideas y en las costumbres, es decir, en su forma de vida (véase Inglehart, 1994). A esta concepción, considero debe sumarse la perspectiva que hace referencia a la existencia de distintos caminos o vías para lograr el proceso de la modernización, mismos que concuerdan, sin ser iguales, a las divisiones geoculturales basadas en los continentes. Así pues, pareciera que para los jaliscienses y los tapatíos no aplica esta teoría, tomando en cuenta que se conciben y se dicen (mayoritariamente) conservadores, a pesar del desarrollo y crecimiento económico alcanzado por algunas regiones o municipios. Sin embargo, como se intentará demostrar posteriormente, en algunos casos existe un claro desfase entre lo que se dice y lo que se hace (principalmente por parte de los tapatíos).

Como ejemplos de ese conservadurismo podemos destacar que los cuatro presidentes municipales de la zona metropolitana se opusieron e impidieron la celebración de la XIII Conferencia Anual de la ILGA (International Gay and Lesbian Association, agrupación que funciona en buena medida con el auspicio de la ONU), que se pretendió se llevar a cabo en esta ciudad en el año de 1991. Más recientemente (últimos cuatro años), se censuró una campaña publicitaria (espectaculares en la vía pública) de brasieres marca Wonderbra porque en ella

se exponía a una modelo mostrando esta prenda de vestir, durante la administración de Enrique Cobarrubias Ibarra. Después, el mismo H. Ayuntamiento, dirigido por Cesar Coll Carabias prohibió el uso de minifaldas a sus empleadas. Se pretendió castigar, como falta al Reglamento de Policía y Buen Gobierno, el proliferar «malas palabras» en lugares públicos. A partir de 2000, inició en el congreso la lucha porque fuera aceptada la Ley Contra la Violencia Intrafamiliar, que tardó poco más de año y medio en ser aprobada, principalmente porque no señalaba en lo referente al concubinato, que éste fuera sostenido por personas de sexos opuestos, así como por la negativa de algunos sectores a que en este tipo de relación sexo-afectiva o dentro del matrimonio pudiese darse el delito de violación o del estupro. Cabe mencionar que el Código Penal del Estado exige a la mujer ser «casta y honesta» para denunciar el delito de violación. Digno de estudiarse es el movimiento organizado por distintas ONG y AC principalmente, para la elaboración de una ley en contra de la discriminación en el congreso local, y que comenzó en junio de 2004.

Cabe mencionar que según varios estudios, entre los que destaca el Censo de Población y Vivienda 2000, editado por el INEGI, más de 95% de la población de Jalisco se define como católica y que sólo en los municipios de Mezquitic y de Bolaños esta tendencia disminuye considerablemente. Esto es lo que en buena medida nos puede ayudar a entender cómo es que gobiernos estatales y municipales intenten la imposición y preservación por medios legales de una moral basada en la doctrina de una iglesia, al mismo tiempo en que se exponen visos sobre el por qué la sociedad acepta dichas normas. A la par de esto ocurren otros fenómenos —sin que por ello se justifiquen—, como el que una las cadenas farmacéuticas con mayor número de sucursales inicie hasta apenas en 2004 la venta de preservativos (por una recomendación de la Secretaría de Salud del Estado y del Consejo Estatal de Lucha Contra el SIDA) en sus establecimientos; que dos sujetos destruyan el dibujo titulado *La Patrona*, obra del artista Manuel Ahumada, que mostraba a un sujeto (parecido al ahora santo Juan Diego) extendiendo una tela que colgaba de su cuello y en la que se encontraba la imagen de Marylin Monroe posando desnuda en la misma posición que usó para la portada de *Play Boy*, durante una exposición realizada en el Museo del Periodismo y las Artes Graficas, porque consideraron que atentaba contra la moral y contra la religión católica; así como que la mayor

parte de los jóvenes jaliscienses (69%) se emancipe de su familia con la finalidad de casarse: 51% ha tenido relaciones sexuales antes del matrimonio frente a 48%, y de los cuales sólo 30% lo justificó por «querer llegar virgen al matrimonio»; que la segunda figura que les represente más confianza sea la del ministro de algún culto religioso, empatada con la del maestro (65%); 55% se definió como católico practicante, 10 puntos por arriba del promedio nacional; o que solamente 16% esté a favor de la lucha por el respeto a las personas con una sexualidad distinta la heterosexual (Rodríguez Morales, 2002).

Así pues, el esbozo que podría trazarse con esta breve y general descripción de los jaliscienses y los tapatíos es muy distinto al que se vislumbra cuando la ciudad se explora desde otra perspectiva; y más, si se hace cuando el oscuro manto de la noche la envuelve. Sin embargo, también a plena luz del día suceden algunos actos que echan por la borda esa imagen y que denotan que a pesar de lo que digan los jaliscienses, éstos llevan una vida sexual mucho más permisiva de lo que permite la norma católica.

En Jalisco, el problema de los embarazos en adolescentes se ha agudizado a grado tal que se creó el Centro de Atención a la Adolescente Embarazada del Hospital Civil Juan I. Menchaca. De igual manera, posee uno de los primeros lugares a nivel nacional por el número de personas que «viven con el virus del VIH». Es importante señalar que la mayor parte de contagios se realizan por vía sexual, y que el sector más afectado es el de personas entre los 15 y 35 años. En el ya citado estudio de la doctora Zeyda Rodríguez, se menciona que sólo el 55% de los jóvenes con una vida sexual activa usan algún método anticonceptivo, siendo el condón o preservativo el más utilizado (48%). Si bien es un método eficaz para evitar el contagio de las enfermedades de transmisión sexual, no lo es para que no se lleve a cabo el embarazo. Así como el SIDA se ha convertido en un problema de salud pública relacionado con la moral en los últimos años, también ha proliferado, sin que se haya prestado el debido interés el virus del papiloma humano, causante con el paso del tiempo de algunos tipos de cáncer en la zona genital.

Fuera de este tipo de cuestiones, bajo una visión dionisiaca de la vida y del mundo, el estado de Jalisco ofrece casi en la totalidad de sus poblados urbanos y en algunos de los rurales (el número disminuye en la zona de Los Altos de Jalisco) a los hombres que busquen una compañera sexual, las llama-

das «cantinas» o «centros botaneros», en los que ilegalmente se practica el llamado «oficio más antiguo del mundo» (en varios poblados del interior del estado también existen las llamadas «casas de citas», en forma ilegal). La existencia de los *table dance* o los cabaretes se restringe prácticamente sólo a algunos de los centros urbanos, entre los que destaca el caso de Ciudad Guzmán, con dos. La existencia de shows de *strip tease* para un público compuesto por mujeres sólo se da en la capital del estado y en Puerto Vallarta, por lo menos abiertamente; asimismo, son estos los lugares en que existe la prostitución masculina para «ellas», no en las calles sino en bares o cafés, espacios que pueden ser considerados más seguros. Sin embargo, solamente en la ZMG existen un aproximado de 30 establecimientos en los que mujeres semidesnudas o sin prenda alguna deleitan las miradas de sus clientes; los famosos «sexy's» (privados o no), shows de sexo en vivo (con clientes o por empleados) o el observarlas bañándose en una regadera, son tan sólo algunas de las opciones que pueden hacer más deleitable la vida del voyeurista. Sin embargo, para la población *gay* no existen espacios en que se brinde este tipo de servicios, y en cuanto a los espectáculos ofrecidos, éstos consisten en el *strip tease* (sin que haya contacto con los clientes), esto en tres establecimientos.

Asimismo, es en los mencionados espacios en que un hombre puede descargar los deseos sexuales que no puede apaciguar y/o los que reprime con su pareja, sin importar sus exigencias legales o ilegales, y podrán ser satisfechos en algún establecimiento público o en la calle si se alcanza a cubrir el monto requerido por quien trabaja por sí misma(o) o para algún lenón. Ya que, desgraciadamente, Guadalajara y —en mayor medida— Puerto Vallarta, se han convertido en algunos de los puntos del mapa turístico sexual del mundo, sin distinguir preferencias y/o sexos; la explotación y el comercio sexual de menores e infantes, ha sido por demás denunciada por instituciones y organismos tanto nacionales como extranjeros, así como aceptada y perseguida por las autoridades.

No son diversiones públicas, pero pueden guiar nuestra idea sobre la forma en que viven su sexualidad los tapatíos, que sea el único municipio del estado en que existen abiertamente las llamadas «sex shops» o «tiendas de artículos para adultos», cuyo número actualmente oscila alrededor de los doce establecimientos. Asimismo, sólo en los municipios de Guadalajara, Zapopan y

Puerto Vallarta hay cines en que se exhibe pornografía, y en ellos sólo presentan películas XXX, es decir, que muestran escenas eróticas heterosexuales. Sin embargo, algunos de ellos tienen por clientela principalmente «hombres que tienen sexo con otros hombres» (HSH, término fue acuñado por la OMS con la intención de aglutinar en las campañas para la prevención de enfermedades de transmisión sexual a todos los hombres que sostengan relaciones homoeróticas, sin importar su propia definición) y funcionan como centros de ligue o de encuentros sexuales rápidos y anónimos en varias ocasiones.

Cabe mencionar que en el centro histórico de Guadalajara abre sus puertas hasta las 4 am, tres días por semana, un bar-discoteca para parejas heterosexuales *swingers*; en el cual ocasionalmente se abre un «cuarto oscuro». De igual manera, en esa ciudad opera una disco *gay* con este servicio (disfrazado), así como durante el día un establecimiento enfocado al mismo sector (homosexual) presta ese tipo de espacios alternados con vapores y duchas. En Guadalajara existen actualmente alrededor de seis «baños públicos» (vapor, sauna, turco, duchas, regaderas y masajes), visitados mayoritariamente por «hombres que tienen sexo con hombres» y que funcionan como lugares de ligue o para sostener relaciones sexuales relámpago. Al mismo tiempo, dos de ellos se promueven como exclusivos para los pertenecientes a este grupo. Este fenómeno puede repetirse en varios establecimientos de este tipo en otras partes del estado, por la clandestinidad y el anonimato en que las relaciones se llevan a cabo, ya que facilitan el no hacer públicas estas prácticas en lugares en los que es difícil llevar este tipo de vida.

No sólo en lugares cerrados se puede buscar el desahogo de los deseos sexuales; la calle es un buen lugar para quien pretende encontrar con quién satisfacerlos. En cuanto a la prostitución femenina, puede decirse que existen dos zonas en las que se realiza esta actividad, principalmente el centro de la ciudad, en los alrededores de la Plaza de los Mariachis, y en la «zona roja», ubicada en el Sector Reforma. Cabe señalar que son pocas las mujeres que se prostituyen en las calles; la mayoría lo hace en hoteles, bares, cantinas o casas de citas; espacios principalmente localizados en las dos zonas antes mencionadas, con lo que logran tener una mayor seguridad. Los hombres son quienes predominan en la prostitución callejera con clientes masculinos, ya que pocos de ellos trabajan para mujeres, de hecho no existe una zona en que esta

actividad se realice. Son tres las zonas de prostitución masculina callejera, dos de ellas predominantemente utilizadas por travestis, como Plaza del Sol y la «roja». En el segundo caso, se han abierto diversas casas de citas en las que cada transgénero paga cerca de 100 pesos por trabajar un turno de doce horas. Asimismo, en las cercanías del edificio cultural y administrativo de la Universidad de Guadalajara, se pueden encontrar las 24 horas hombres y jóvenes dispuestos a tener relaciones sexuales con otros por una módica cuota. Es importante señalar, que esta misma zona también funciona como un lugar de ligue para encuentros sexuales entre hombres sin necesidad de entablar algún tipo de compromiso.

Así pues, esta situación se ha vuelto tan popular que forma parte del repertorio de refranes, ya que, como dice el dicho, «si se escucha el río, es porque agua lleva»; es normal escuchar aquella idea o frase que asegura: «en Guadalajara es donde los hombres se dan, pero unos a otros». O basándose en la conservadora e ignorante idea de que la transmisión del virus de inmunodeficiencia adquirida es una enfermedad que se transmite sólo entre homosexuales: «contra el sida y el moquillo mata un jalisquillo». Y es que en la ciudad, desde hace seis años, se lleva a cabo, en conmemoración del citado caso Stonewall, una «Marcha Gay» por el centro de la ciudad, en la que participan carros alegóricos y miles de asistentes. La manifestación va acompañada de un acto político al finalizar el recorrido y una «semana cultural» en la que se organizan debates, exposiciones de arte, coloquios, etcétera. Considero que este tipo de movilizaciones han contribuido a que en los últimos dos procesos electorales llevados a cabo en el estado, haya habido partidos políticos que presenten como candidatos a ocupar algún espacio en el congreso a distintos activistas *gays*, aunque sin lograrlo; así como, a que en las pasadas elecciones (2003), dos candidatos a la presidencia municipal de Guadalajara (postulados por los partidos con mayor importancia en la entidad y el país) se hayan entrevistado o tenido algún evento proselitista con los representantes (enviando a un representante a una reunión de activistas) o con algún sector de esta población, asistiendo y presentándose, en las instalaciones de una disco *gay* de la «zona rosa» de esta ciudad. Radio Universidad de Guadalajara transmite un programa llamado «Guadalajara Gay» todos los viernes a las 11:00 pm, y a diario por internet. Ninguno de los otros tres municipios que conforman la

ZMG existen espacios dirigidos a este sector de la población. Una parte de este sector poblacional abarrotó los fines de semana un aproximado de 22 establecimientos entre bares y discotecas, cuya aparición disfrazada data desde la década de los setenta (con el bar Los Panchos) (Carrier, 2001), y abiertamente, «a principios de los ochenta se abrió el Monica's» (véase Marcial, 2004) —actualmente, el más antiguo de la ciudad—. Asimismo, son de mencionarse sucesos como el establecimiento de la Iglesia de la Comunidad Metropolitana (ICM), institución de filiación cristiana y dedicada a la población *gay* en diversas partes del mundo; igualmente, una de las dos cadenas de televisión por cable de la ciudad, transmitió la serie televisiva inglesa «Queer as folk», cuyos personajes principales son un grupo de amigos homosexuales, esto sin la oposición de algunos de sus suscriptores. Cabe mencionar que algunos capítulos de este mismo programa se televisaron por el Canal 11 en televisión abierta. También puede destacarse y aumentar lo representativo del dato, al tomar en cuenta la ley de la «oferta y la demanda»ⁱ que en los dos citados municipios existan zonas de prostitución masculina cuyos clientes son también hombres.

Otro importante dato al respecto es que Jalisco sea una de las entidades federativas en las que el movimiento por la igualdad de los derechos humanos de quienes optan por algún camino de la diversidad sexual, tenga más años de haberse iniciado, ubicándose este período durante la primera mitad de la década de los ochenta con el llamado Grupo de Orgullo Homosexual (Gohol) hoy desaparecido. Sus antiguos líderes han dejado la vida política a los nuevos organismos; sin embargo, Pedro Preciado pareciera que es considerado como líder moral, aún cuando actualmente se dedica al ramo de los servicios (disco-bar) enfocado a este sector de la población. Asimismo, la Asociación Civil Platlatonali se ha convertido en el grupo lésbico con mayor antigüedad y consolidación hasta el momento en la república. Así es como Guadalajara se ha convertido en un punto de atracción migratoria para la población *gay* de varios de los municipios del interior de Jalisco y de algunos estados vecinos, entre los que se puede mencionar Nayarit, Michoacán, Guanajuato, Aguascalientes y Colima.

A esto debemos agregar que el estado de Jalisco tiene uno de los centros turísticos playeros de gran importancia a nivel nacional, Vallarta, que se ha colocado como el destino turístico *gay* en México más importante, tanto

para nacionales como extranjeros, pues anualmente llegan al puerto por lo menos dos o tres cruceros procedentes de Europa o EUA abordados por este tipo de turistas. Cuenta con una playa *gay*, tres hoteles exclusivos para este tipo de clientes, aproximadamente doce establecimientos para el mismo público entre bares y discotecas, más cafés y restaurantes, así como diversos tours por los alrededores. Por ello, tal vez Manzanillo se convirtió en el puerto «familiar» para los tapatíos y en el que sin duda alguna, han logrado que la vida nocturna sea mucho menor que en Puerto Vallarta. Sin embargo, no se logró prohibir la instalación de algunos *table dance*, cabaretes o prostíbulos para heterosexuales, ni la de una disco en cuyo ingreso ondea una bandera con los colores del arco iris (símbolo *gay*).

Sin embargo, no me fue posible localizar un establecimiento (sea bar, cantina, centro botanero o discoteca) en alguno de los municipios del interior del estado (a no ser los ya mencionados puertos de Vallarta y Manzanillo), dirigido explícitamente al llamado «sector de la diversidad sexual», lo que no significa que no existan sitios de reunión para esta población, sino que en los pocos casos que existen funcionan en la clandestinidad y alejados de las localidades, como aseguró uno de los entrevistados para el caso de Ciudad Guzmán. Al respecto, cabe mencionar que uno de los entrevistados, oriundo de El Grullo, me comentó, a manera de anécdota, que en una ocasión presencié una supuesta reconciliación de una pareja *gay* en la plaza principal del lugar, debajo de los portales para ser exactos. Ellos se acariciaban y la gente comenzó a rodearlos, y es que «¡imagínate eso en un pueblo!», aseveró al finalizar su relato.

EN POCAS PALABRAS...

Al pan, pan, y al vino, vino.

Frase de dominio público

Es evidente que la forma de vida de los jaliscienses y, en especial de los tapatíos, se ha transformado en los últimos años principalmente como resultado del proceso de globalización cultural, en el cual los adelantos tecnológicos en materia de comunicación han sido determinantes. Lo anterior al permitir y fomentar la aparición y reproducción de distintas identidades y, con ello, diversos estilos de vida en el mundo, como el ecologismo, el femi-

nismo y las relacionadas con las diferentes orientaciones sexuales de los individuos.

La capital de Jalisco es, sin duda, el espacio en el estado en que existe una mayor accesibilidad para el uso de las nuevas tecnologías comunicacionales, lo que aunado a los procesos migratorios, ha propiciado una mayor heterogeneidad social en comparación con el resto de los poblados de la entidad. Por lo tanto, es en este espacio urbano y los centros turísticos internacionales (principalmente Puerto Vallarta), en donde existe un desarrollo más visible de las identidades o expresiones sexo-afectivas diferentes a la heterosexual; como son las lésbicas, transgénicas, transexuales, así como las construidas por «hombres que tienen sexo con otros hombres»; término que incluye a homosexuales y bisexuales (sean *gays* o no).

Es por ello que prácticamente sólo en la ZMG, así como en los puertos de Manzanillo y Vallarta, se puede hacer referencia a la temática de «diversiones públicas nocturnas y sexualidades»; ya que la segunda variable no hace referencia sólo a la heterosexualidad. Las relaciones lésbicas y homoeróticas existen en cualquier sociedad, sólo que en pocas tienen la posibilidad de desarrollarse en forma abierta; sólo en las grandes urbes se permite en estas urbes la apertura de espacios públicos en que se puedan desenvolver sin problemas las expresiones de diversidad sexual junto con la normatividad heterosexual. Así pues, resulta más difícil vivir fuera de las grandes ciudades como travesti o transexual.

Como se mencionó, en muchos de los de poblados del interior del estado existen bares, cantinas o centros botaneros en los que mujeres ejercen la prostitución. En algunos de ellos hay «casas de citas», mientras que en muy pocos centros urbanos existen los llamados *cabaretes* o *table dance*, en donde las mujeres muestran sus cuerpos semi o completamente desnudos. El patriarcado ha brindado a los hombres una libertad sexual a la que pocas mujeres han accedido, y por ello sólo en la ZMG y Puerto Vallarta existen establecimientos en donde ellas y ellos pueden dirigir sus miradas a una *show* en que las pocas prendas o ninguna les permitan deleitarse al observar los músculos del cuerpo masculino. Asimismo, es en estos dos espacios en que existen establecimientos en los que se puede solicitar los servicios de un sexo-servidor, ya sea asistiendo a uno de estos lugares o llamando por teléfono para requerir el tipo de físico y servicio que se desea.

En la ZMG y Puerto Vallarta existen zonas en las que, principalmente por la noche, hombres y mujeres, ya sean menores o mayores de edad, ofrecen sus cuerpos al mejor postor. Es importante mencionar que en la ZMG es posible permanecer de «fiesta» en establecimientos públicos las 24 horas del día, todos los días de la semana, en el centro histórico. Sólo se necesita conocer sus calles «privadas» y reovecos, que a fin de cuentas pueden satisfacer cualquier demanda.

En la capital jalisciense, el crecimiento de la mancha urbana ha propiciado que ciertos lugares sean poco accesibles para algunos, debido a las grandes distancias. Hace poco más de un decenio, un proyecto de reacomodo urbano intentó concentrar la prostitución principalmente en los «lugares de ambiente» de la llamada «zona roja» de la ciudad, localizada en el sector Reforma. Poco después la prostitución regresó al centro de la ciudad, principalmente en los alrededores de San Juan de Dios y la Plaza de los Mariachis. Fue cuando el cierre de la Antigua Central Camionera, así como el gran número de hoteles en la zona, albergaron en buena medida a otro sector de la prostitución de mujeres, travestis y transexuales. Por esta razón, los transgéneros han tenido que mudarse hasta Plaza del Sol, y es que a varios de sus clientes no les gusta visitar, y menos de noche, a la Guadalajara que nace «de la calzada para allá».

Paralelamente, las grandes distancias han fomentado que este tipo de establecimientos ahora existan prácticamente en cualquier rumbo de la ciudad (principalmente en las salidas de la ciudad), llegando a instalarse hasta en zonas residenciales. Así fue como varios establecimientos para *gays* han comenzado a abrir sus puertas, principalmente a partir de los últimos cinco años, en la «zona rosa» y sus alrededores.

Sin embargo, existe un sector importante (por su número y poder) de la sociedad tapatía que se opone a todas estas manifestaciones del hedonismo humano, en que lejos de buscarse una relación cimentada en el amor y la confianza, el objetivo final es la satisfacción momentánea del cuerpo y, por que no decirlo, en ocasiones también del alma.

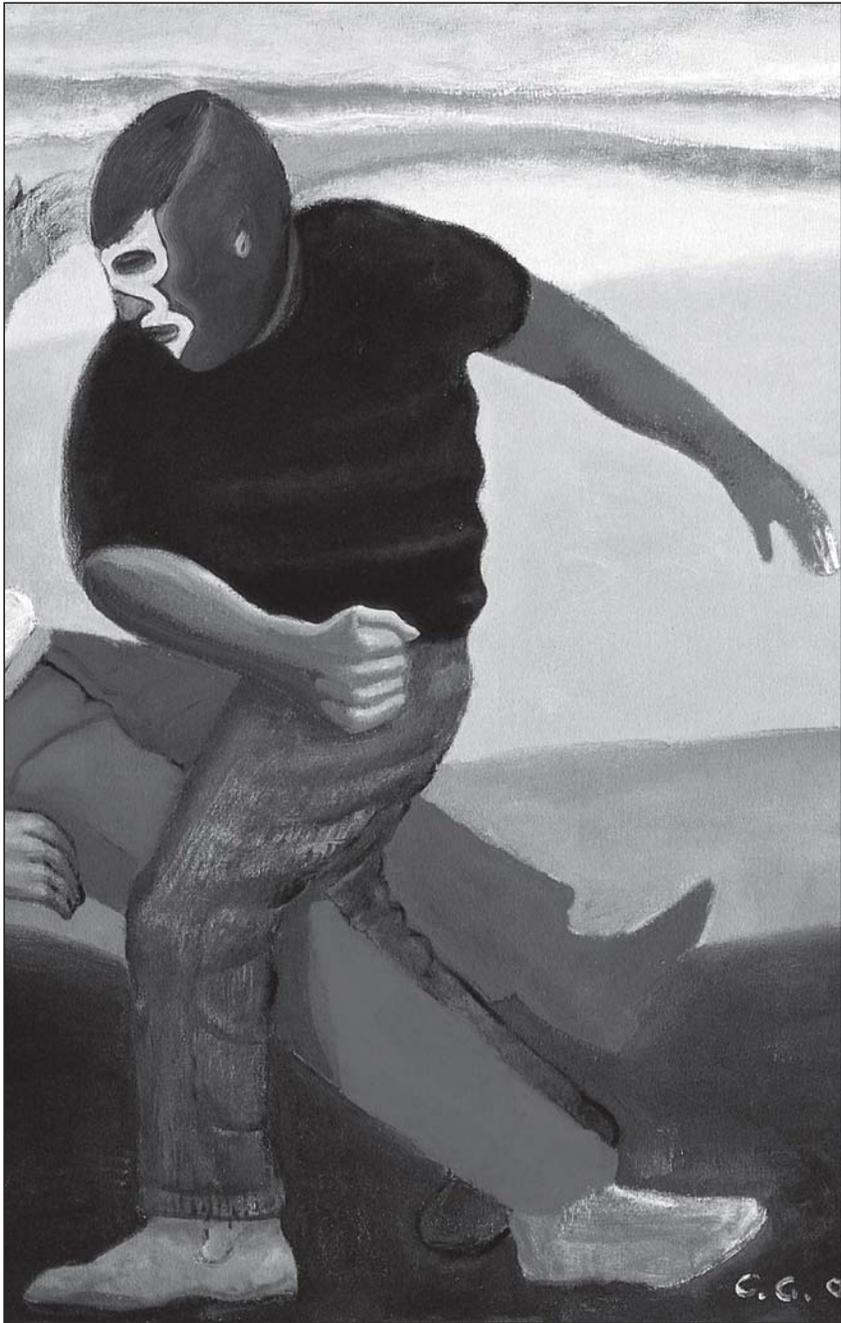
Así pues, en la ciudad más grande y *conservadora* del occidente de México, coexisten distintos grupos y varias moralidades que pretenden divertirse y satisfacerse de diversas maneras. Y como ninguna de estas maneras es mejor que las otras, debemos aprender a convivir unos con otros como lo demuestra

un salón de baile localizado en el centro de la ciudad, con capacidad para más de 350 personas, al que a lo largo de toda la semana y hasta el amanecer, asisten todas las identidades sexuales mencionadas, con la intención de divertirse, trabajar o adquirir y consumir drogas ilícitas, mientras se escucha y baila música en vivo y se acompaña con bebidas alcohólicas y una pantalla gigante, en la que ocasionalmente se transmiten películas pornográficas. Todo ello sin que se susciten conflictos entre los asistentes, y, al mismo tiempo, a disfrutar responsablemente de la vida y de sus placeres.

BIBLIOGRAFÍA

- Arriarán, Samuel (1997), *Filosofía de la posmodernidad. Crítica a la modernidad desde América Latina*, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- Carrier, Joseph (2001), *De los otros. Intimidad y comportamiento homosexual del hombre mexicano*, Tarasa, Madrid.
- Castells, Manuel (1999), *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*, vol. II: *El poder de la identidad*, Siglo XXI, México.
- Doñan, Juan José (1999a), «El pecado de Luzbel», en *Público*, 17 de marzo, Guadalajara.
- (1999b), «Afición a lo excéntrico», en *Público*, 26 de julio, Guadalajara.
- García Canclini, Néstor (1989), *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Grijalbo, México.
- (1995), *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*, Grijalbo, México.
- Inglehart, Ronald (1994), «Modernización y posmodernización. La transformación de la relación entre desarrollo económico y cambio cultural y político», en *Este país, tendencias y opiniones*, vol. VIII, núm. 38, México.
- Marcial, Rogelio (1997), *Jóvenes y presencia colectiva*, El Colegio de Jalisco, Zapopan.
- (2001), «Redes juveniles: presencia cultural y latencia organizativa», en Jorge Alonso (coord.), *Identidades, acciones colectivas y movimientos sociales*, El Colegio de Jalisco, Zapopan.

- (2004), *Saliendo temprano del armario: diversidad sexual y juventud en Guadalajara*, ponencia presentada en el 1er. coloquio «Juventud y sus Múltiples Significados», por el Seminario Permanente de Estudios sobre Juventud del CIESAS Golfo, Xalapa, Veracruz, 17 y 18 de junio.
- Martínez, Romina (2000), «*Rebeldía esclava en Guadalajara, en el siglo XVIII, o de cómo actuaron los esclavos ante las leyes españolas*», en *Revista del Seminario de Historia Mexicana*, época 1/ volumen 1/ núm. 5/ primavera, México.
- Rodríguez Morales, Zeyda (2002), *Jóvenes mexicanos del s. XXI. Encuesta Nacional de Juventud, 2000. Los jóvenes en Jalisco*, IMJ, México.
- Thompson, John B. (1998), *Ideologías y cultura moderna, Teoría crítica social en la era de la comunicación de masas*, Universidad Autónoma de México, México.



LA LUCHA LIBRE TAPATÍA: LLAVE DE IDENTIDAD CULTURAL

ÁLVARO FERNÁNDEZ REYES

¡Lucharán a dos de tres caídas, sin límite de tiempo...! vocifera el anunciador cuando, en el recinto sagrado llamado arena, advierte el próximo combate mitológico. Los «semidioses de carne y hueso», esperan que el timbre de la campana abra las puertas imaginarias a ese tiempo y espacio mítico donde tendrá lugar el enfrentamiento, ese encuentro de llaves que, sin dudar, abre las cerraduras de los umbrales de la identidad cultural.

El respetable público vive impaciente el enfrentamiento, aguarda la trasgresión para clamar justicia. Será juez y verdugo. A él corresponde darle vida a la evaluación de los valores morales, ya del bien, ya del mal, ya prefiriendo sentenciar al técnico, ya optando por condenar al rudo, siempre en aras de la ejecución de una venganza: «acáballo ya Dantés», «mátalo Rayo», «chíngatelo Huracán», exclaman voces justicieras en alguna arena tapatía.

Luchadores y luchadoras despiertan la indignación del público al poner en juego el concepto de justicia, «para ellos nada es más hermoso que la pasión de la venganza», dice con toda ironía Roland Barthes (1983: 20). Venganza-Justicia, Bien-Mal, Muerte-Vida, se convierten en soportes que anudan al protocolo de la lucha libre, en detonadores del juego o del intercambio simbólico entre el público y los luchadores: un *técnico* que evoca la bondad, la tranquilidad, lo sutil y lo apacible; un *rudo* que atañe a lo excesivo, en palabras de Barthes, a «la orgía de los malos sentimientos» (*idem*).

Este juego aparentemente irracional que sujeta sus reglas —o mejor dicho las suspende— a merced de la exaltación de las pasiones, se precisa en su propia indefinición. ¿Qué es la lucha libre? Sin duda una pregunta ambivalente que evoca infinidad de respuestas, según puntualicen intelectuales, lucha-

dores o un público que la llevará a la abundancia de significación. El doctor Rafael Olivera, el Árbitro (1999: 11-12), promotor, empresario, comentarista, columnista y anunciador, define:

Es la confrontación de dos individuos, o más, si es en equipos, que batallarán con las manos, brazos, piernas, cabeza, rodilla, antebrazos, pies, hombros y espalda; sin utilizar métodos ventajosos [...], objetos extraños, etc.; para obtener la victoria por los siguientes métodos: toque de espalda en la lona por tres segundos consecutivos, rendirlo, desmayarlo, por descalificación o superioridad técnica.

Amén de lo anterior y de más definiciones, podemos coincidir en que, en tanto manifestación cultural, la lucha libre es, con todo, un ritual donde se juegan los valores morales de una sociedad; es a la vez de esa mecánica moral, un drama que se narra por episodios —o por caídas si referimos al deporte—; es como muchos de los rituales de nuestra sociedad contemporánea, un espectáculo de masas que deviene en tradición. Deporte, circo, maroma y teatro, todo comprendido en el ritual que evoca al mito heroico del luchador, sea enmascarado, pelón o de larga cabellera.

Como todo ritual, la lucha libre lleva a cabo su propio proceso simbólico a partir de un objeto sagrado que opera en el orden cósmico y en el mundo práctico dentro de un tiempo interno mítico y uno externo convencional, donde, a través de la interacción social, surte efecto en el mundo de los significados y de las emociones. Ahí, los dramas sociales están a la carta. Un cartel que evoque enfrentamiento entre El Charro contra el Dr. Rabia, hace florecer las expectativas de un público que, ni tarde ni perezoso, será el cómplice perfecto de luchadores en una ceremonia lúdica con reglas morales propias.

Nada nuevo, digamos. Este tipo de ritos caracteriza a todas las culturas de todos los tiempos; griegos, japoneses o mesoamericanos, han gozado y cultivado dicha tradición. Para no ir tan lejos, en México, el ritual de la lucha ya es registrado por fray Bernardino de Sahagún (1975: 101). Este fraile recrea el momento en que, ante un gran público *mexica* en pleno apogeo político y social, los cautivos luchan contra cuatro guerreros en la ceremonia del sacrificio, durante el segundo mes llamado Tlacaxipuehuatzтли:

[...] Peleaban contra ellos cuatro, los dos vestidos como tigres y los otros como águilas; y antes que comenzasen a pelear levantaban la rodela y la espada hacia el sol y luego comenzaban a pelear uno contra uno; y si era valiente el que estaba atado y se defendía bien acométanle todos cuatro; en esa pelea iban bailando y haciendo muchos meneos los cuatro [...] (Véase también Carrasco, 1976).

El devenir histórico es testigo de la transformación de la ceremonia celebrada con enfrentamientos cuerpo a cuerpo ¿Qué es la fiesta del pancracio contemporáneo si no la evocación de entidades de carácter religioso en un proceso de secularización formado a través del tiempo? Cada periodo y cada país estructura y reconstruye sus propios enfrentamientos míticos, sea con fines religiosos, políticos o sociales, pero eso sí, constantemente cargados de floridos tintes lúdicos y recreativos.

Documentos registran la llegada de la lucha a México durante la intervención francesa, con el estilo de lucha al ras del piso; sin embargo, es hasta principios del siglo XX cuando la lucha libre penetra con plenitud la cultura popular mexicana y, paulatinamente, acorde a los cambios socioculturales, se modifica la «pureza deportiva» para anexarse a los espectáculos de las grandes urbes, exigencias de una creciente masa de inmigrantes rurales en su mayoría, una multitud ávida de espectáculo que lo llevaría a un recargado fanatismo.

Desde entonces, la lucha libre «dejó de ser lucha libre pura porque la pura aburría a la juventud de ritmo acelerado, y había que usar un poco de ingrediente sádico para interesar, más a los ingenuos que a los aficionados curtidos en los deportes legítimos» (S/A, 1968: 5), señalan cronistas.

Es en esos años treinta, que tiene lugar el impulso a gran escala del deporte-espectáculo, cuando Salvador Lutteroth, oriundo de Colotlán, Jalisco, tras un breve fracaso como empresario de lucha libre, funda la primer Empresa Mexicana de Lucha Libre (EMLL).¹ Se montan de prisa los primeros

¹ Gracias —según sus descendientes— a la materialización de otro de los mitos fundamentales de la cultura mexicana: la lotería nacional. Lejos de la banalidad de la anécdota, se asoma una metáfora que transforma en certeza la incertidumbre y expone la culminación de la fe en la experimentación de un mundo posible: el mundo de la lucha libre (Lutteroth, 1984).

templos del pancracio al interior del país, y cobra fuerza un mundo que explicará su significación más allá de exhibiciones montadas esporádicamente, lejos de rituales momentáneos celebrados en provincia.

La creciente industria de la lucha, construye poco a poco arenas en las principales urbes del país. En Guadalajara la Arena Oblatos, la Arena Guadalajara, la Canadá Dry, la Nuevo Progreso y la representativa Arena Coliseo de Occidente, serán santuarios inaugurales de un deporte-espectáculo, un espacio simbólico generador de sentido, «justamente el muro de las lamentaciones de todas las estelas sociales, políticas y religiosas de México» (Criollo, 1999: 23). En ellas se probará ante un fiero devoto la destreza de luchadores y, sobre todo, las capacidades de exaltación de la emoción y de los valores morales del público. Para entonces se fortifican los dos tipos básicos y la acción dramática de fondo ético —como decíamos—, con la figura —y cada vez más enmascarados— del bueno y del malo, del rudo y del técnico.

Por su parte, en la máscara, o bien en la tradición de la máscara, se localiza un símbolo unificador del sincretismo cultural de las grandes ciudades. La migración ofrece un material fértil y propicio para sujetar en gran medida mentalidades pertenecientes al pasado histórico. La máscara, sin más miramientos, será el elemento fundacional para la lucha libre mexicana.

El enfrentamiento comienza a tornarse más atractivo cuando se presenta el choque entre lo oculto y lo visible: la máscara contra cabellera; o lo oculto para ser visible: de máscara contra máscara. Ambos atributos se convierten en símbolos antagónicos y a la vez complementarios; la cabellera sinónimo de fuerza, belleza o primitivismo. Quien gana una cabellera, gana el poder de su contrario, pero quien gana una máscara gana todo (Fernández, 2001).

Los gladiadores introducen durante los primeros decenios del siglo XX nuevas llaves que, supeditadas a su creatividad, destreza física y definidas características estéticas, imprimen un sello distintivo (representativas son «La tapatía» y «El abrazo del oso»). Crean nuevas técnicas que enriquecen el universo del pancracio y todo un abanico de posibilidades fantásticas para el personaje moral.

El nombre del luchador o luchadora —tomando en cuenta que el cuadri-

látero no es exclusivo del género masculino— no es una simple etiqueta de identificación. El nombre compendió sentimientos colectivos fundados en una cultura de masas; llegan los seres monstruosos y los santificados, muchos surgidos de los medios masivos de comunicación, más retomados de la literatura y de la cinematografía, pero también de la religión y de la historia. Siguiendo a Guadalupe Cruz, el nombre se convierte en:

Concepto y espejo de las aspiraciones, preocupaciones y concepciones de vida que son condicionadas por los diferentes valores que influyen e interactúan en el acontecer cotidiano, ya sean estéticos, intelectuales, morales o religiosos... La teatralidad de la lucha libre se empieza a manifestar tan pronto como se apropia de un nombre de batalla... A partir del nombre el atleta se posesiona del personaje (Cruz, 2000: 17-18).

En términos concretos, bajo el nombre, el vestuario y la actuación, se construyen valores morales en un ritual inscrito en la dramática de lo fantástico. Tanto maldad como bondad se ofrecerán en extremo, es la lógica comercial de la nueva empresa. Se representa, entonces, basado en un endeble código de la sociedad contemporánea, una ética propia sobre el eterno enfrentamiento del Bien y del Mal designado por libreto, la puesta en escena del mundo fantástico.

De los dramas sociales a la puesta en escena se construye la dramática de la lucha. Un montaje escénico con un guión más o menos específico que se permite traspasar los límites del simulacro —recapitemos la muerte de tapatíos en el cuadrilátero (Sangre India en 1979 o uno de los Metálicos Oro en 1993)—. Esta tensión cede terreno del espectáculo fantástico y del mito-luchador, a una realidad física, palpable y perecedera como la vida del hombre-luchador. En tal marco se mantiene al acecho el peligro de perecer, Vida y Muerte son leyes inquebrantables que sucumben en el rito celebrado concéntricamente en la corporalidad de un físico quebrantable.

Con todo conocimiento de riesgo, el hombre sube al ring a entregarse con plenitud. Previamente, en el ritual del vestuario «surge un personaje mítico que se transforma completamente justo en el momento de su salida durante los aplausos, chiflidos y las mentadas de madre, hasta la subida a la lona del ring, entonces explota la transformación total» (Fernández, 2001).

Cabe puntualizar que la transformación no sólo es exclusiva de una imagen por medio de la máscara o del vestuario, subir al ring y proyectarla; no es la transformación nada más aparente, es una transformación corporal proveniente del interior. El espíritu del personaje emerge mediante la posibilidad histriónica del actor; si bien la máscara confiere una fuerte proyección, es imprescindible sumar la técnica y los recursos del deportista y, sobre todo, la capacidad de interpelación; es lo que da vida a El Mariscal, a Máscara Mágica. Esa capacidad de evocar emociones, es lo que proyectó a la familia Romero: Rito (inventor de «la tapatía»), Juventino y Pablo Romero; también a Oso Negro (creador del «abrazo del oso»), o al famoso Gory Guerrero (acunado en Guadalajara aunque ejerciera en la Ciudad de México); a El solitario; incluso a Mil Máscaras (preparado en Guadalajara, aunque también debutó en la capital del país). En síntesis, para estos guerreros no es sólo el vestuario y la actuación, sino la comunión de esos elementos con la fuerza interior que, motivada por el público, lo lleva a expandir las posibilidades del personaje.

Así resulta de un México de pluralidad cultural, una iconografía particular acorde a cada región, incluso a cada arena. Jalisco, como podemos comprobar, no sólo fecunda charros cantores de celuloide, también héroes de cuadrilátero que lo distinguen como cuna o, mejor dicho, semillero de significativos luchadores —de Guadalajara salieron la mayoría de los campeones durante los años sesenta y setenta—, personajes de renombre cultivadores de una tradición cultural, incluso familiar. Aclamados son los mencionados Gory Guerrero o Rito Romero —que comienzan como autodidactas al ver luchar a los capitalinos en Guadalajara—, el actual ídolo Apolo Dantés —quien asegura ser el eslabón que liga por primera vez en México tres generaciones de luchadores— (véase Dantés, 2001); imagen típica es el Ángel Blanco, el Satánico o Septiembre Negro, sin olvidar a El Rayo de Jalisco y el paradigmático Diablo Velasco (fallecido en 1999), director de la primera escuela de lucha libre tapatía y maestro de ídolos contemporáneos como Mil Máscaras, Atlantis, Cien Caras, Plata, Ringo Mendoza, entre otros. Ellos, entre muchos, serán personajes que doten a tierras tapatías de sólidos iconos de identidad cultural.

En torno a la lucha libre tapatía, se cimienta el imaginario colectivo surgido principalmente por el beneplácito de la gente de barriada o de poblaciones aledañas —sea Santa Cruz del Valle, de municipios como Zapopan o del

barrio de San Juan de Dios—, en un fanático particular que, acompañado de imprescindibles aditamentos —máscaras de ídolos, «gusguerías» y bebidas, entre otros—,² procura a la lucha su propia valorización e interpretación.

Es sintomático que cada arena tenga su propio público. Dándonos la libertad de generalizar, podríamos decir que dos factores son fundamentales para la afiliación a determinada arena. Por una parte la ubicación geográfica del recinto; esto es, el respetable público de la Arena Coliseo de Medrano 67 —tomando en cuenta al sujeto ocasional sin preferencias— será vecino de San Juan de Dios, Medrano, Revolución, 5 de mayo y de colonias aledañas que, dicho sea de paso, se delimitan en zonas de diversidad cultural, entre cantinas de la Calzada Independencia y Medrano, donde opera la prostituta y el indigente, vendedores ambulantes; en suma, la Guadalajara pobre, la que está allá del «otro lado de la calzada», un espacio habitado por obreros, jardineros, mecánicos, amas de casa; un sinuoso espejo que desenmascara a la ciudad cosmopolita y moderna. El público de la Arena Jalisco, en la calle 56, acogerá a gran parte del sector libertad. La Arena Alcalde, la Arena Olimpia en el Parque Solidaridad en Tonalá, la Arena Zapata de la colonia Echeverría o la Arena Proyección 2000 en la colonia Jalisco. Cada una contará con afiliados, ya incondicionales, ya ocasionales, de una urbe que no acaba de desarrollarse.

Por otra parte, la afiliación se debe a la atracción que ejercen determinados luchadores o luchadoras, sea por su destreza y su calidad técnica para el público conocedor, sea para una masa fanática por la capacidad histriónica y de interpelación de las pasiones con que cuenta un interesante personaje, sea simplemente por un físico escultural atractivo para damas y, por qué no, para caballeros de todas las edades y clases sociales; recuérdense las pasiones —y tentaciones— que despiertan Tarzán Boy o Latin Lover a jóvenes universitarias o a una variedad de amas de casa cuando son lanzados fuera del ring.

² Se puede obtener una máscara, en la Arena Coliseo por la módica cantidad de 25 o 70 pesos según la calidad y el tamaño; las palomitas serán de 10, las cervezas de 20, los algodones de 6 y los cacahuates de 5. Las entradas cuestan 60 ó 30 (niños de 3 a 10 años) pesos en filas numeradas, 30 pesos para adultos y 15 pesos (niños de 3 a 10 años) en gradas.

El público femenino también juega un papel maternal: ya acaricia el rostro de luchadores cuando han sido golpeados, ya amenaza a quien sea capaz de dañar a su protegido; pero, por otro lado, la función de la mujer como figura estereotípica, llega al límite con su erotismo desbordado en extravagantes pretendientas de luchadores o, en tanto mujer-objeto, en edecanes de extraordinarios cuerpos, decorado de la puesta en escena inaugural que motiva el ánimo de los presentes en luchas espectaculares.

Otro sector social de suma importancia es el infantil, un aficionado que además de adorar con la mayor franqueza a sus ídolos y de ser un atractivo blanco de toda la vendimia —luchadores de juguete, máscaras y cualquier artículo de consumo que le remita a este universo—, lanza gritos y rompe el tabú a coro con los mayores, maldice como rufián o aplaude como respetuoso aficionado; eso sí, ansioso por sublimarse en la arena, sube al ring al final de cada lucha a encarnar al rudo o al técnico de su preferencia hasta ser evacuados por gladiadores profesionales (acto característico del enorme público infantil de Guadalajara).

De cualquier manera, en primera instancia el aficionado visita la arena por diversión, para gozar una experiencia estética, una catarsis que le permita solventar el peso de la vida cotidiana. La mayoría continúa una tradición familiar, pues es significativo que varias generaciones de un mismo tronco familiar desfilen cada domingo por las puertas de la arena. Ancianos y niños conviven como cómplices con un objetivo común: llevar a cabo un ejercicio lúdico y recreativo que le permite ver representados los aspectos más importantes de su sociedad tapatía, en particular, y mexicana, en general.

Constemos que el comportamiento del público es distinto en cada lugar. Entrevistas realizadas a luchadores por los estudiantes Pedro Trujillo Muro y José Omar Magaña Castro, ilustran al respecto. Guerrero Maya argumenta: «el público japonés es más tranquilo, te aplauden hasta el final de la lucha. Es otra cultura. Aquí en México, la gente grita y no se queda tranquila en sus lugares». Cadete 2000 dirá que «... el público es muy diferente en cada lugar, el público de Guadalajara es muy exigente». No es factible, y sería en buena media ocioso, asegurar que el Distrito Federal, por ejemplo, cuenta con un público más estricto frente al de Guadalajara; existen opiniones encontradas, hay quien encuentra en el tapatío un aficionado más complaciente con el es-

pectáculo. Lo cierto es que puede catalogarse como un público menos indulgente. La pasión que despierta algún rudo a aficionados divergentes, con conocimiento de causa, puede ser reprobada por una masa atraída por el técnico. Sin importar lo anterior, en la arena se presentan los «disidentes del bien» que apoyan al rudo, a riesgo de recibir dosis de «limonazos» sazonados con mentadas de madre.

Pese a ello, el contrato simbólico no se rompe, y la lucha libre se ha mantenido como uno de los deportes donde el público no se enfrenta físicamente entre sí (pensemos en el fútbol). De cualquier manera, en el fondo, como los mismos luchadores, su participación es efectiva y simbólica; hombres y mujeres tendrá estrecha relación con el reclamo de promesas incumplidas, con la imposición, con la teatralidad de las máscaras, que no oculta sino representa un código ético en un hombre mito, con el *réferi* que ayuda a los rudos —«hombre imprevisible por lo tanto asocial», dice Barthes (1983)— y pocas veces a los técnicos, aunque su papel deba ser neutral y vigilar las normas, ser un observador y no un protagonista (en no pocas ocasiones estos jueces luchan entre ellos). Emergen, pues, tradiciones culturales, e incluso políticas, como la corrupción, la figura del engaño cínico y aparente por parte de un símbolo de autoridad llamado *referee*, de un cómplice traidor conocido como rudo y costumbres y hábitos de un público que experimenta el dolor en el *otro* y evidencia la mentira, la falta como injusticia que sufre a través de la sometida figura del técnico.

Precisamente es ahí donde la inversión de las reglas tiene lugar, durante la espera activa —a gritos y mentadas de madre— de una venganza y, ante el desencanto de la autoridad, donde germina el reclamo de una justicia por mano propia. La trasgresión de los códigos disciplinares ahora por parte del héroe, es decir, la suspensión de las reglas que entran en juego, será permisible y apoyada por la ardiente masa ansiosa de venganza y penalidad. «Para redimir la impureza del rudo (malo), el técnico (bueno) tendrá permitido ser y actuar a su vez con la misma o más 'suciedad' que el rudo, y desbordar la ética moral que impera fuera de la arena» (Fernández, 2001: 55). En el técnico, el público posa toda la esperanza de salir de su ignominia, su triunfo enérgico y violento es, en el orden de lo simbólico, una victoria del individuo sobre una realidad social que le somete.

En términos generales, el respetable público de la arena va a vivir lo que —en palabras de Janina Möbius— es:

[...] la autoescenificación de la vida cotidiana de las clases marginales, como un proceso de influencia mutua entre la lucha libre y medios de comunicación e instituciones del espectáculo, y, finalmente, el análisis de los límites sociales que son sobrepasados en la arena bajo la protección de la máscara (Manzanos, 2000: 70).

En ese proceso de influencia e interacción, se fundamenta la lucha libre. Se verá involucrada con el cine y con la historieta de héroes como Santo el Enmascarado de Plata y, desde hace casi un par de decenios, con historias de luchadores insertos en tramas *soft-porno* y de calidad estética inferior a sus antecesoras de los años cincuenta. Las grandes empresas del espectáculo son sólo engranes de todo un aparato de la industria cultural: la lucha se manifiesta como objeto de producción cultural y artística, tanto en cine como en televisión (durante los cincuenta ayudó a su proliferación, pero a partir de finales de los años ochenta, en buena medida, melló la asistencia a las arenas y la calidad de la lucha por una puesta en escena más espectacular), en novelas (de Televisa, como *La fuerza del amor*, o escritas, como *Xanto, novelucha libre*, de José Zárate), música y juguetes; incluso pintura, poesía, ensayo y revistas de divulgación.

Dentro de la última línea, la lucha libre tapatía habitualmente ha compartido su espacio con revistas de cobertura nacional —algunas internacionales—, como *Supertluchas*, *Luchas 2000*, *Box y luchas*, *Máscara del ring*, *Lucha libre*, regularmente con tirajes de 10 mil ejemplares y de edición quincenal. Lo que no significa la escasez de esfuerzos de oriundos que, preocupados por tener un espacio propio, han editado revistas locales como la *Arenas*, la efímera *Pura Lucha libre* (primera revista cien por ciento de lucha libre tapatía publicada a principios de marzo de 2002), o la antigua *Coliseo OK* durante los años ochenta (ésta, compartiendo el espacio con terrenos del ámbito boxístico).

Indiscutiblemente, el aparato de la lucha libre se precisa no sólo de productos culturales, sino en una variedad de instituciones, como la Comisión Nacional de Box y Lucha Libre o la Triple A (de fuerte tendencia al espectáculo, sobre todas las cosas), y de individuos: de la luchadora y el lucha-

dor al productor de cine, del *réferi* al promotor, incluso del luchador social (como Superbarrio) y del vendedor ambulante al entrenador y diseñador de vestuario.

Una opinión general define a Guadalajara como cunero de la lucha libre nacional. Además del legendario Diablo Velasco, figuran maestros como El Demonio Blanco, que entrena en un gimnasio de la Avenida Vallarta; Francisco Gaytán, que ejercía el oficio de entrenador en la Arena Coliseo; Roberto Paz de la Arena Victoria; Félix Aguas de Proyección 2000; no digamos Chucho García, Pedro Anguiano o el Abuelo Carrillo; ellos dotarán a Guadalajara y sus alrededores de entrenadores renombrados que legan el conocimiento de la lucha grecorromana, intercolegial, olímpica, cuerdeo, técnica libre u otras como el *tombing* (para caer sin sufrir daño).

Cabe mencionar que tras un buen luchador o luchadora se encuentra un excelente atleta que debe pasar horas de su vida en el gimnasio. Algunos han sido entrenados durante ocho años para convertirse cabalmente en luchadores; otros no pasan del aspecto coreográfico ni cumplen con una disciplina de entrenamiento físico posiblemente tan estricta, o incluso más que la militarizada. Este aspecto pone en manifiesto una política desafortunada, pues algunas arenas de Guadalajara y de la zona metropolitana incorporan a luchadores sin una íntegra preparación —pseudoluchadores los llaman algunos— con luchadores estrictamente profesionales. La mayoría de las comisiones no cumplen una función plena. Una de las contrariedades se precisa en la inexistencia de un directorio estatal de lucha libre, por tanto, los permisos se prestan a fraudes y malentendidos. Tampoco existe una comisión municipal que incluya a Zapopan, Tonalá, Tlaquepaque y no sea exclusiva de Guadalajara. Añádase que las licencias de promotores se dan un tanto indiscriminadas, con todos los problemas que de ello derivan.

Para muchos, la lucha libre tapatía no ha recibido, en la plenitud de sus posibilidades, la merecida atención. Esta preocupación ha llevado a sujetos de aguda visión a reclamar espacios que propaguen los aspectos más importantes del fenómeno. En Guadalajara, la Primera Magna Exposición de Lucha en el Museo de Artes Populares en noviembre de 2003, y el 1er. Festival de Arte y Lucha Libre «¡¡¡Quiero ver sangre!!!», en marzo de 2004, apuntalan un paulatino y merecido reconocimiento.

Más allá del deporte, de su política y su reglamentación, se esconde un fenómeno cultural suscrito en la médula misma de la identidad, se oculta una fuente histórica que debe develarse, un caldo de cultivo de la cultura popular, un lugar de convergencia social, una comunidad de sentido cargada de significación.

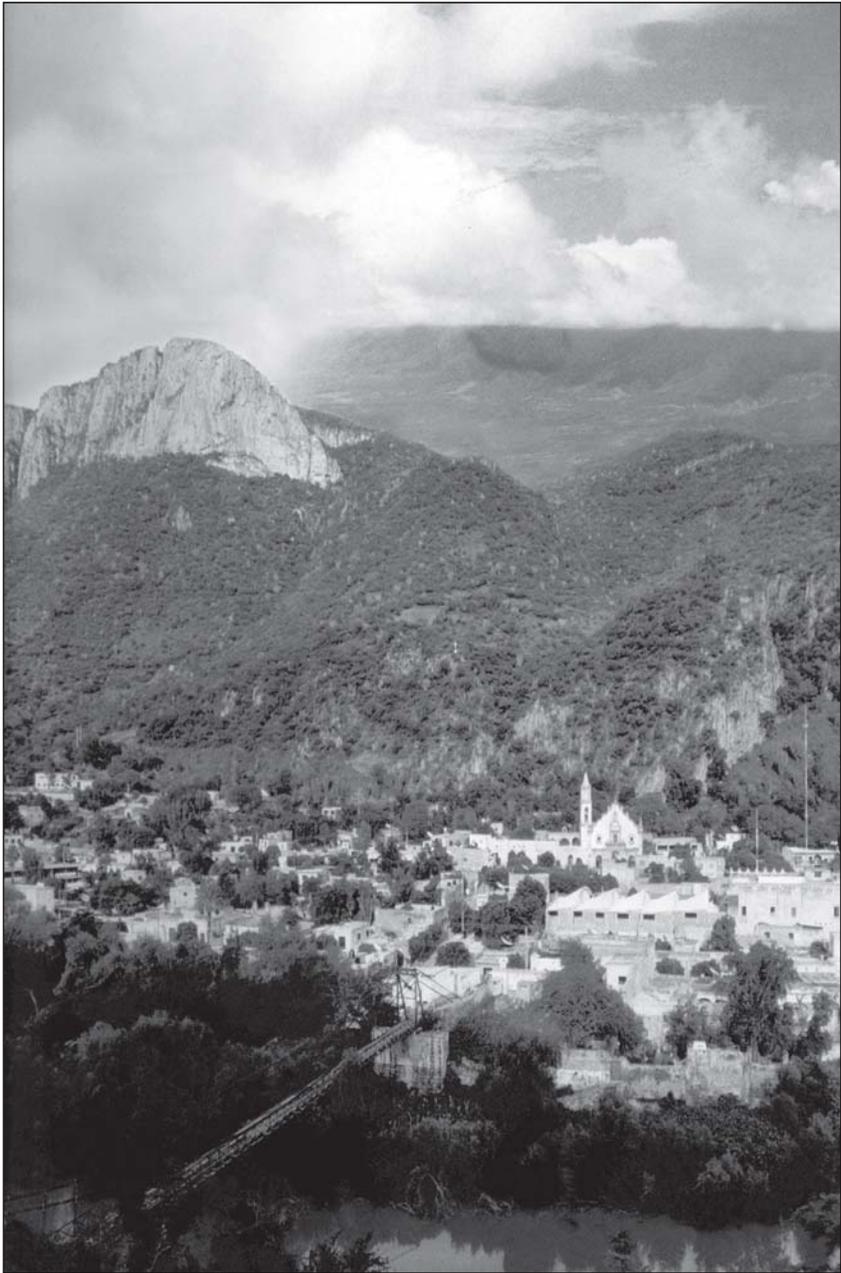
La lucha libre y todo lo que encierra como expresión de la cultura popular urbana, ha desbordado el pancracio para instalar un imaginario colectivo que define a la sociedad de la que emerge. Si bien la tendencia, más para neófitos que para conocedores, se ha inclinado —por influencia de la Triple A— al ámbito de la espectacularidad (incluso, en su tendencia degenerativa, con nuevas formas rituales, de mayor peligrosidad, que echan mano de lámparas de neón, tachuelas, bats, jaulas, entre otros aditamentos ajenos al deporte-espectáculo convencional), no deja de nutrirse de una tradición en constante reinención, experimentando diametrales ramificaciones, pero manteniendo un tronco común.

En definitiva, la ciudad de Guadalajara lega a la cultura una iconografía y formas rituales propias surgidas de una sociedad con zonas de tensión y de convergencia. La lucha libre tapatía se convierte en un discurso ideológico, un punto de autodefinition social y cultural que expone en buena medida nuestros deseos y aspiraciones, una identidad común que se recrea todos los días de la semana y se vive los domingos en la celebración de un ritual. La lucha libre tapatía funciona como eso, como una autodefinition social.

BIBLIOGRAFÍA

- Barthes, Roland (1983), *Mitologías*, Siglo XXI, México.
- Carrasco, Pedro (1976), «La sociedad mexicana antes de la conquista», en Daniel Villegas (coord.), *Historia General de México 1*, El Colegio de México, México.
- Criollo, Raúl (1999), «El Santo. Mito, leyenda y milagros en el cine», en *Etcétera*, núm. 311, 14 de enero, México.
- Cruz, Guadalupe (2000), «Todo sobre la lucha libre. Máscaras vemos, cabelle-ras no sabemos», en *Somos*, año 2 especial 3, 15 de marzo, Televisa, México.

- Dantés, Apolo (2001), «La lucha libre en primera persona», en *El Huevo*, núm. 56, año 5, tercera época, marzo, México.
- Fernández Reyes, Álvaro A. (2001), «*Santo El Enmascarado de Plata: mito y realidad del héroe mexicano moderno*», (ensayo de grado para obtener el título de maestro en Ciencias Humanas con especialidad en estudio de las tradiciones de El Colegio de Michoacán), Colmich, Zamora.
- (2004), *Santo El Enmascarado de Plata. Mito y realidad de un héroe mexicano moderno*, Conaculta-El Colegio de Michoacán, México.
- Lutteroth, Salvador (1984), «Lucha libre, circo, maroma o teatro», en el programa de televisión *Contrapunto*, Televisa, 25 de enero, México.
- Manzanos, Rosario (2000), «La lucha libre en México, más teatro popular que deporte», en *Proceso*, núm. 1209, 2 de enero, México.
- Olivera, Rafael (1999), *Memorias de la lucha libre*, Costa-AMIC, México.
- S/A (1968), «Historia de la lucha libre», en *Especial de Arena... box y lucha*, tomo I, 1 de febrero, Editora de México, S. de R. L., México.
- Sahagún, Bernardino, Fray (1975), *Historia general de las cosas de la Nueva España*, Porrúa, México.



Bolaños

GEOSÍMBOLOS EN JALISCO

LUIS RODOLFO MORÁN QUIROZ

¿QUÉ ES UN GEOSÍMBOLO?

La noción de geosímbolo remite a los significados que una marca en el territorio tiene para quienes conservan una memoria compartida de la manera en que determinado espacio ha sido escenario de hechos de significación social. Cuando se habla de esta noción, se combinan así componentes espaciales con significaciones sociales que pueden ser cambiantes, parciales, contradictorias. Los escenarios de batallas militares, por ejemplo, son así importantes geosímbolos que se «narran» desde las perspectivas que el presente da a los hechos del pasado. Para los descendientes y participantes en las batallas, el espacio en que se desarrollaron tiene distintos significados, según sea la simpatía con uno u otro de los contendientes. Hay quienes, como simples testigos de la historia, tienen narraciones asociadas a determinados espacios y con hechos específicos.

Evidentemente, los hechos de armas no son los únicos que marcan un territorio. En Jalisco contamos con ejemplos de espacios que tienen significados especiales para las personas y que refieren incluso a identidades personales y grupales que trascienden las generaciones. Por ejemplo, el Santuario de Guadalupe de la capital del estado, en donde se iniciara lo que más tarde se dio en llamar la «guerra cristera» (agosto de 1926), no ha sido tan sólo el escenario de hechos violentos, sino que tiene otra serie de significados de los que no todos quienes participan en ese espacio comparten las mismas historias, versiones o vínculos afectivos. El santuario y su barrio son también espacio, asociados con la degustación de tortas, cañas de azúcar, tamales y otros antojos durante la instalación de los juegos mecánicos; es también lugar de

constante celebración no sólo por los devotos de la Virgen de Guadalupe, sino también, últimamente, por el reconocimiento de Juan Diego como santo digno de entrar en el canon de la iglesia de Roma; es un lugar de esparcimiento para refugiarse (como corresponde a las funciones de un santuario) en él y en la plaza con Fray Antonio Alcalde, de los ritmos de la vida urbana. Otros ejemplos de espacios vinculados con la tragedia en el estado de Jalisco los constituyen las zonas de las explosiones del 22 de abril de 1992 en el sector Reforma de Guadalajara, las torres de los templos de Ciudad Guzmán o de Puerto Vallarta, dañadas por sendos temblores.

Para los fines de la breve exposición que sigue, vale la pena hacer explícito a qué refiere la noción de geosímbolo. Igualmente vale la pena señalar que los geosímbolos están vinculados de distintas maneras con la cultura y con la geografía cultural local y regional. Un geosímbolo es una marca en el terreno, una referencia en el paisaje o un lugar que se construye, la mayoría de las veces, de manera natural, pero también puede constituirse artificialmente, por parte de los humanos, como un punto de referencia «plástico», que posee pocas marcas de la tecnología utilizada. Un geosímbolo puede ser una montaña, una roca que se sitúa en un lugar de paso, o incluso alguna construcción, como una pirámide o una hondonada que resulta de la acción humana. ¿Qué geosímbolos son importantes para los jaliscienses de diferentes regiones como puntos de referencia para acciones colectivas vinculadas con una identidad grupal, o para señalar algún punto de reunión desde el que se percibe o se habita un determinado símbolo de importancia para el pasado y el proyecto de una colectividad?

Los geosímbolos jaliscienses en la historia y en la actualidad

En Jalisco son numerosos los sitios naturales y algunos que no lo son tanto, en torno a los cuales la gente se reúne o que utiliza como referencia de lugar. El territorio de Jalisco, como cualquier otro espacio habitado por los humanos, ha sido objeto de modificaciones y de alteraciones radicales. En algunos lugares en los que alguna vez hubo valles, y por los que transitaban los primeros pobladores de esta zona de Mesoamérica, comenzaron a surgir puntos en los que se establecieron, de maneras más o menos permanentes, grupos que colaboraban para su supervivencia. Diversos asentamientos y otros puntos en

el paisaje se tornaron en puntos de referencia para quienes transitaban por este espacio y luego para quienes lo quisieron conquistar y darle forma. Las recientes excavaciones en la zona de Ameca, conocida como Guachimontones, apuntan a la existencia de una conformación distinta del paisaje en esa zona del estado hace ya unos mil quinientos años.

Como señala Russell (1994: 25-26):

El imperio azteca que los españoles conquistaron se extendía tan sólo hasta el actual estado de Hidalgo. Más allá de éste, vivían los pueblos chichimecas, que dependían principalmente de la caza y la recolección en las tierras áridas de los actuales estados del norte de México para su supervivencia. Los pueblos chichimecas se mezclaron con los apaches, que también eran cazadores y recolectores nómadas, que se distribuían en lo que en la actualidad es Arizona, Nuevo México y Texas, en Estados Unidos, y en Sonora y Chihuahua, en México. Poco después de conquistar Tenochtitlan, los españoles comenzaron su impulso militar hacia el norte, provocando una serie de guerras con los pueblos chichimecas, que eran ferozmente independientes.

Estos pueblos, conocidos de manera genérica y peyorativa con el nombre de «chichimecas» (descendientes de perros, cit. en Russell, 1994: 25-26), fueron los primeros en establecerse y de alguna manera «apropiarse» de varias zonas del actual estado de Jalisco. Los esfuerzos de conquista y colonización por parte de los españoles darían un nuevo significado a un territorio que habitualmente para los chichimecas no iba más allá de dotarlos de alimento y refugio contra los elementos. Aun cuando podemos especular que en la época prehispánica el actual territorio de Jalisco tenía significados mucho más específicos, y en esos espacios recorridos por ellos había marcas en el suelo que podían recordarse y utilizarse repetidamente por los miembros de una cultura nómada, carecemos de documentos y evidencias que nos permitan afirmar qué usos tenía la mayor parte del actual territorio del estado.

En cambio, lo que sí sabemos es que las luchas de oposición de los esfuerzos colonizadores de los españoles dieron lugar a nuevas significaciones del territorio. Uno de los espacios a los que suele hacerse referencia en Jalisco para entender nuestro pasado es el del cerro del Mixtón, en el que, según dicen los cronistas (véase Morán, 1998), se suscitara la «Guerra del Mixtón»,

que significó la derrota militar y la conquista religiosa de los indios de la zona central y oriental del actual estado de Jalisco. En este cerro se sitúan buena parte de los relatos de inicio de lo que más tarde serían los «Altos de Villanueva» (actualmente la zona de Los Altos de Jalisco), con su famoso fuerte en Santa María de los Lagos (posteriormente Lagos de Moreno) en contra de los jefes indígenas Xiconaque y Custicue, como importante población de «frontera» hacia las minas de Guanajuato y Zacatecas. Igualmente, una de las imágenes religiosas de mayor importancia en el centro-occidente del país, la Virgen de Zapopan, quedaría asociada con las batallas y las conversiones ganadas por los españoles y los misioneros cristianos en esta zona y en esta ocasión.

El caso es que la Guerra del Mixtón, como el resto de los hechos de armas que enfrentaron a españoles e indígenas, acabó por inclinar la balanza para que nuestro actual territorio jalisciense comenzara a poblarse de toponimias asociadas con el idioma castellano y con las devociones cristianas. Sin embargo, el antiguo territorio de los chichimecas, después la Nueva Galicia y Xalisco, conserva con orgullo los nombres de poblados con claras resonancias indígenas y que refieren a una conquista de este territorio que es anterior a la de los españoles: la de la cultura nahua. Un recorrido por los mapas del actual estado libre y soberano de Jalisco basta para constatar esta superposición de significaciones y denominaciones espaciales. En zonas bastante cercanas se combinan nombres como Tepatitlán con San Juan, Jocotepec, Ajijic, Chapala y Mazamitla, con San Luis, entre los muchos ejemplos de nuestra geografía. Pero esta superposición y mezcla de toponimias no se agota ahí: según quien triunfe en las batallas o en las elecciones populares, diversos hechos históricos han encontrado, o se les ha negado o se les ha desplazado, un espacio en nuestro territorio. Así, por ejemplo, antiguos pueblos de indios vieron su nombre cambiado por el de algún santo al que se le quería construir una devoción local o regional, vinculada con las devociones y pueblos de origen de los conquistadores, para más tarde ver que se les cambiaba o se les añadía el de algún «santo secular», héroe real o fingido de mil batallas reales o fingidas. Toponimias como Acatlán de Juárez, Talpa de Allende, Lagos de Moreno combinan estas denominaciones de la historia laica con los héroes nacionales, a veces tras un pasado de piedad cristiana. El caso de Talpa de Allende es bastante sintomático, pues aunque su nombre no tiene elementos

cristianos, es en cambio un espacio asociado con una de las advocaciones de la Virgen María (la del Rosario) y se ha constituido en un importante lugar de peregrinación y reunión para los devotos de la imagen.

Dicho brevemente, el actual espacio de Jalisco no es lo que fue, pero tampoco lo que será. Como cualquier otro espacio dotado de significación social y cultural, ha estado y seguirá estando sujeto a cambios en sus formas de concepción, en sus significaciones, en las narraciones que de él se pueden hacer. Jalisco no es un territorio homogéneo en sus manifestaciones culturales ni tampoco en el valor que las historias oficiales le conceden a sus diferentes regiones naturales o artificiales. Como ya mencioné, las batallas ganadas con las balas o con los votos inciden en las modificaciones que se hagan al espacio y en las maneras en que se le recuerda y narra. Hay, sin embargo, otras batallas menores, que no siempre llegan a la altura de las de los gobernantes o los conquistadores, pero que en cambio son objeto de la atención minuciosa y cotidiana de los ciudadanos, simples mortales que transitamos por ellas, las utilizamos de referencia y como puntos para encontrarnos o para señalar el camino a lugares más específicos.

Algunos geosímbolos en Jalisco en sus usos actuales

Tanto los geosímbolos que forman parte del paisaje local y regional en el estado, como las razones para que los lugareños o los jaliscienses en general los consideren parte del «paisaje jalisciense», son objeto de variaciones e incluso de destrucciones, negaciones y superposiciones. En el contexto de una cultura tan sincrética como la jalisciense, en la que se combinan «las más puras heterodoxias» de signo político, religioso, ideológico, de salud, de educación, muchos de los espacios del paisaje jalisciense poseen más de un significado. Como señala Bonfil Batalla ([1987] 1990), en México se superponen al menos dos sociedades o civilizaciones: una que se encuentra en los discursos e historias oficiales; otra que no se ve y no se expresa, pero que existe a pesar de que se le niegue. Para estas capas de la sociedad que tienen sus propias formas superpuestas de vivir en una sociedad y en un espacio, la vida en un determinado territorio tiene distintas significaciones. Aun cuando los miembros de estas distintas culturas se crucen momentáneamente en determinados espacios (el mercado, los cruceros, a través de lo que producen unos y consumen otros),

sus vidas tienen sentidos completamente distintos, opuestos, contrapuestos y contradictorios. De ahí que el sentido que le dan a determinados espacios no es el mismo para unos que para otros. De la premisa de culturas que conviven y se oponen en los mismos espacios no resulta difícil comprender que determinados espacios signifiquen cosas muy diversas para quienes los habitan.

Tanto en los niveles que marcan las diferencias de clases sociales y económicas, como en los cambios operados a lo largo del tiempo, los espacios jaliscienses poseen diversas significaciones. Mientras que para algunos ciudadanos determinados espacios «nada significan», para otros esos mismos se encuentran dotados de una riqueza cuya importancia suele hacerse notar y defenderse cuando las imposiciones de quienes se detentan como nuevos dueños de la historia los amenazan. Así, zonas verdes, rocas, grietas, colinas, arroyos, valles e incluso árboles individuales tienen un significado que vale la pena conocer antes de intentar cambiarlo. Algo tan específico como el mezquite en el que ahorcaron al padre Pedrito Esqueda, en Jalostotitlán, o algo de tan ingrata memoria y tan general para la zona como las bardas frente a las que fueron fusilados los cristeros de las localidades en armas, por ejemplo, tienen significados que se transmiten de generación y en generación y que corresponden no sólo a las memorias de quienes participaron o simpatizaron con una u otra de las partes en disputa, sino que son importantes marcas en el espacio que todavía están por rescatarse para el conocimiento de nuestra historia y de los significados diversos del territorio (apropiado, perdido o recuperado) de nuestro estado. El estudio de nuestro espacio podría ayudar a entender (a pesar de unos y para beneplácito de otros) de qué manera determinados grupos carecen de poder para conservar determinadas marcas en su territorio o para evitar que se cambie su entorno. Un ejemplo reciente es el tan debatido proyecto de la presa de Arcediano como potencial fuente de dotación de agua para la zona metropolitana de Guadalajara, que implicó que los habitantes del lugar fueran desalojados y muy poco escuchados (véase el ejemplo de East L.A., en Abrahamson (2001: 13).

El futuro del paisaje jalisciense

Múltiples son los lugares que pueden citarse como geosímbolos de importancia en Jalisco. Desde la presa del Cuarenta, los cerros de la Mesa Redonda y la

Mesa Larga, el Fuerte del Sombrero, en las cercanías de Lagos de Moreno, la presa relativamente joven de Corrinchis en Mascota, los innumerables templos que albergan alguna imagen milagrosa o de gran importancia devocional (por ejemplo, los típicos jaliscienses de «las tres comadres» de Talpa, Zapopan y San Juan, el del Señor de los Rayos de Temastián), Cerro Gordo en San Ignacio, las barrancas como la de Huentitán y Oblatos cercanas a la capital del estado, hasta los incontables ríos y arroyos que atraviesan nuestro territorio, en especial en el temporal de lluvias, que nos recuerda la insensatez de construir en el camino del agua. Sin embargo, tanto los jaliscienses de todas las edades como las autoridades a las que les damos la responsabilidad de cuidar de nuestros espacios, parecemos desentendernos de ellos de tan omnipresentes. Muchos de los espacios por los que transitamos y junto a los que habitamos carecen de algún significado compartido por la mayoría de los habitantes de una localidad, pero ello no implica que para otras personas éstos no tengan utilidad como marca en el camino o como marca en el trayecto de la historia.

Los jaliscienses y nuestras autoridades hemos descuidado el conocimiento y la explicitación de lo que significan nuestros espacios y los paisajes que conforman. Tanto quienes dicen «desarrollar» nuestras ciudades a punta de construir obras viales y fraccionamientos para la vivienda y la industria, como quienes dicen defender los espacios para el uso y disfrute de la ciudadanía (¿cuántos bosques y parques nos quedan que sean todavía defendibles?, ¿cuántos cerros, arroyos, fuertes, callejones, calles y colinas quedan en pie para conservar una memoria de nuestro pasado vergonzoso o glorioso, devoto o revolucionario?), parecen negar que el espacio al que modifican sea portador de un significado que va más allá del interés económico y ecológico y que refieran a un interés cultural como espacios de creación. Es paradójico que los términos económico y ecológico, con sus etimologías que hacen referencia al espacio de una CASA, no hayan logrado vincularse con el uso del espacio como una forma de conservar la memoria de lo que hemos sido como parte de un mismo espacio y una misma historia (ambos plenos de contradicciones y significados) y de lo que nos interesa ser como parte de un hato de proyectos coincidentes o contradictorios.

En conclusión, quiero simplemente insistir en el hecho de que los geosímbolos refieren a las existencias de diferentes realidades espaciales que

se superponen. Un territorio no es estrictamente apropiado de la misma manera por las distintas clases sociales y por los distintos actores dentro de ellas: un símbolo de orgullo y de identidad para algunos es un símbolo de opresión para otros, de negocio para los más frívolos, pero de ruina y caída en la calidad de vida para muchos otros. Un ejemplo a la mano es el del intenso debate que la obra promovida por el cardenal Juan Sandoval Íñiguez, el santuario de los mártires de la guerra cristera, ha provocado entre la ciudadanía, no sólo por sus significaciones religiosas, sino culturales, y no sólo por sus implicaciones económicas, sino ecológicas. De nuevo, el valor como memoria de una parte de la historia de nuestro estado habría de ponerse en el tapete de la discusión y de la planeación.

Algunos geosímbolos en Jalisco

El listado que a continuación se presenta no pretende mencionar la totalidad de geosímbolos de las distintas regiones de Jalisco. Por su misma naturaleza, a nivel local puede haber cientos de este tipo de espacios culturales, y tener diversas significaciones imposibles de sintetizar en la siguiente enumeración. No obstante, se mencionan algunos como muestra de la gran variedad de sitios que marcan los paisajes humanos en términos de panoramas significativos para las comunidades de la entidad.

- Antiguos reales mineros esparcidos en todo Jalisco
- Barranca de San Cristóbal (San Cristóbal de la Barranca)
- Barrancas El Jabalí y El Pedregal (Tonila)
- Barranca El Tule (Mazamitla y Concepción de Buenos Aires)
- Barrancas de Oblatos y Huentitán cerca de Guadalajara
- Bosque Colomos (Zapopan)
- Bosque de la Primavera (Suroeste de la ZMG)
- Bosque San Isidro (ZMG)
- Cañón de Bolaños (Bolaños)
- Cañón del Corcovado (Autlán-El Grullo)
- Cascada de Guadalupe (Arandas)
- Cascada Santo Cristo (San Julián)

- Cavernas del Apastepetl (Zapotlán El Grande)
- Cerro de la Bufa (San Sebastián del Oeste)
- Cerro de la Campana (Techaluta de Montenegro)
- Cerro de la Capilla (Autlán de Navarro)
- Cerro de la Cruz (Atenguillo)
- Cerro de la Cruz (Tecalitlán)
- Cerro de la Cruz de Quezada (Etzatlán)
- Cerro de la Mesa (Lagos de Moreno)
- Cerro de la Reina (Tonalá)
- Cerro de la Tetilla (Talpa de Allende)
- Cerro de la Tortuga (Ayutla)
- Cerro de los Antiguos (Teocaltiche)
- Cerro de los Banquitos (Gómez Farías)
- Cerro de los Murciélagos (Autlán de Navarro)
- Cerro de San Agustín (Jesús María)
- Cerro de Santa Inés (Sayula)
- Cerro de Tequila
- Cerro del Chiquihuitillo (Colotlán)
- Cerro del Chiquiliche (Chiquilistlán)
- Cerro del Fraile (Santa María del Oro)
- Cerro del Huehuentón (Tecalotlán)
- Cerro del Molcajete (Mascota)
- Cerro del Pajarillo (Chiquilistlán)
- Cerro del Pando (Santa María del Oro)
- Cerro del Picacho (Huejúcar)
- Cerro del Tecolote (Zacoalco)
- Cerro del Tigre (Mazamitla)
- Cerro del Tolimán (San Diego de Alejandría)
- Cerro El Caracol (Ayotlán)
- Cerro El Comal (Poncitlán)
- Cerro El Tabardillo (Mazamitla)
- Cerro Michiltepec (Atenguillo)

- Cerro Peña Gorda (Mascota)
- Cerro Viejo (Cañadas de Obregón)
- Cerros Cihuapilli y Tizatirla (Tuxpan)
- Cerros del Colli, del Tesoro, del Cuatro, de los Chirlitos (ZMG)
- Club Cinegético (Ocotlán)
- Costa Alegre de Jalisco (con sus diversas playas y bahías, de Cabo Corrientes a Cihuatlán)
- Cruz del Ermitaño (Techaluta de Montenegro)
- Cueva del Toro (Mezcala, Poncitlán)
- Cuevas de Doña Goña (El Grullo-El Limón)
- Cuevas del Cerro de la Tetilla (Ameca)
- Cuevas de Piedras Negras (al norte de Guadalajara)
- Cumbre (Autlán-La Huerta)
- Chorros de Tala
- El Caracol (Ayotlán)
- El Chorrillo (barranca de descenso Unión de Tula hacia el sur).
- El Diente (Zapopan)
- El Ixtépete (Zapopan)
- El Manantial (Tecolotlán)
- La Lobera (San Cristóbal de la Barranca)
- La Maroma (Ayotlán)
- Lago de Chapala, con su ribera e islas
- Laguna de Cajititlán (Tlajomulco)
- Laguna de Juanacatlán (Mascota)
- Laguna de Magdalena
- Laguna de Sayula
- Laguna de Teuchitlán
- Laguna de Villa Corona
- Laguna de Zapotlán (Zapotlán El Grande y Gómez Farías)
- Laguna del Gobierno (Cañadas de Obregón)
- Las Tinajas de Amatitán
- Mesa La Silla (Atengo)

- Mesa de San Agustín (Unión de Tula)
- Nevado de Colima (sur de Jalisco)
- Paso Real (Chiquilistlán)
- Península La Culebra (Cihuatlán, linderos con Manzanillo, Colima)
- Peñas (Zapotlán El Grande)
- Peñitas del Mirador (Mazamitla)
- Piedra Vieja, La Nola (Mezcala, Poncitlán)
- Piedras Bolas (Ahuatlulco de Mercado)
- Piedrotas (Tapalpa)
- Plan de Barrancas (Jalisco - Nayarit)
- Presa de La Cruz (Jesús María)
- Presa de la Vega (Ameca, Teuchitlán)
- Presa de Tapalpa
- Presa del Carretero (Valle de Guadalupe)
- Presa del Carricillo (Acatic)
- Presa del Cuarenta (Lagos de Moreno)
- Puente de Calderón (Zapotlanejo)
- Puente de Dios (Tecalitlán)
- Puente del diablo (Puente Grande, Tototlán)
- Puerto Las Peñas (Puerto Vallarta)
- Río de Acatic
- Río Cuale (Región Sierra Occidental, desemboca en Puerto Vallarta)
- Río de Ameca
- Río de Las Maravillas (Tecalitlán)
- Río de Pihuamo
- Río de Tonalita (Tonila)
- Río Tepalcatepec (Jalisco-Michoacán)
- Río Tuito (Cabo Corrientes)
- Ríos y caídas «El Salto» (en varios municipios, p.e. Jesús María, Poncitlán, «El Salto del Nogal» de Tapalpa)
- Río San Juan (San Juan de los Lagos)
- Río San Juan de Dios (extinto, ZMG)

- Ríos Bolaños y Colotlán (zona norte)
- Ríos Verde y Santiago (cruzan Jalisco)
- Salto de Juanacatlán
- Sierra de Amula (zona del mismo nombre)
- Sierra de Cacoma (zona suroeste)
- Sierra de Quila (Tecolotlán)
- Sierra del Tigre (zona sureste)
- Sierra huichola con sus lugares sagrados¹ (Mezquitic–Bolaños, zona norte, y colindancias con Nayarit, Durango y Zacatecas)
- Volcán El Colima o Volcán de Fuego (sur de Jalisco)
- Zinacantepetl (Autlán de Navarro)
- Zona del Agave y la Caña de la Región Valles

¹ El territorio huichol (*wixárika kwiepa*) tiene innumerables lugares sagrados, que son hogar, espacio de manifestación o la materialización misma de los dioses, en forma de cerros, cuevas, ríos, lagos, coamiles, el mar, centros ceremoniales, etcétera. A tales santuarios los huicholes asisten para dejar ofrendas, y los mara'akate (shamanes, cantadores) acuden en espíritu a través del Venado *Kauyumarie* para interceder ante los dioses por los seres humanos. Asimismo, el mapa religioso de los huicholes se orienta hacia los cinco puntos cardinales sagrados, que son: *Teupa* (Centro: comunidad de Santa Catarina Cuexcomatitlán, Tuapurie, Jalisco, lugar por donde emergió el Sol por primera vez, iluminando las piedras con sus rayos), *Wiricuta* (Oriente: en el Cerro *Leunar* o Cerro Quemado, en el desierto de las cercanías de Real de Catorce, San Luis Potosí, lugar donde crece y se peregrina por el *Híkuri* peyote, destino de peregrinaciones), *Xapawiyemeta* (Sur: Lago de Chapala, una de las manifestaciones de la diosa de la creación, *Abuela Nakawé*), *Hauxamanaka* (Norte: materialización de la diosa *Hauxatemai*, dueña de los venados, cerca de Santa María, pueblo tepehuano de Durango) y *Haramara* (Poniente: diosa materializada en el agua del mar, ubicada en la costa de San Blas, Nayarit). Fuente: La información que aparece en esta tabla fue compilada por Luis Ku, a través de diversas entrevistas presenciales y electrónicas en todas las regiones de Jalisco. Agradecemos a quienes respondieron y aportaron datos acerca de geosímbolos de los que teníamos escasa noticia. Nos han enviado también algunas referencias de internet: www.e-local.gob.mx/wb2/elocal/emm.jalisco; www.sectur.gob.mx; <http://visita.jalisco.gob.mx>; www.guadalajara.gob.mx

BIBLIOGRAFÍA

- Abrahamson, Mark (2001), *Urban Enclaves. Identity and Place in America*, Saint Martin's Press, Nueva York.
- Bonfil Batalla, Guillermo ([1987] 1990), *México profundo. Una civilización negada*, Conaculta/Grijalbo, México.
- García Canclini, Néstor (1997) 1999, *Imaginarios urbanos*, Eudeba, Buenos Aires.
- Häussermann, Hartmut y Walter Siebel (1994), «Gemeinde und Stadtsoziologie», en Karber, Harald y Schmieder, Arnold (comp.), *Spezielle Soziologie. Problemfelder, Forschungsbereiche, Anwendungsorientierungen*, Rowohlt, Hamburgo.
- Morán Quiroz, Luis Rodolfo (1998), *Los sentidos de la transición. Migrantes internacionales y cultura regional*, El Colegio de la Frontera Norte (tesis de Doctorado en Ciencias Sociales, inédita), Tijuana.
- Russell, James W. (1994), *After the Fifth Sun. Class and Race in North America*, Prentice Hall, Nueva Jersey (se encuentra en prensa una versión al español editada por Miguel Ángel Porrúa y la Universidad Autónoma de Zacatecas).



MÁS ALLÁ DE LA CHARLA: ALGUNOS SITIOS DE ENCUENTRO EN JALISCO

SILVIA QUEZADA

En septiembre llueve menos. Los caminos florecen y aseguran buenos tramos para circular. Es el tiempo propicio para recorrer algunos de los caminos de Jalisco, aquellos en los que sabemos existe una tradición singular, la de la charla. Y es que conversar sobre un tema en especial o sin objeto determinado es un placer para muchos, hay quienes lo toman como mero pasatiempo, hay quienes usan ese momento del habla para revelar lo que se debe callar. Acción indiscreta, razonamiento compartido, disertación de tono coloquial, la charla busca los espacios adecuados para interlocutores envueltos en la sorpresa. El diálogo aparece cuando dos tienen algo que decirse.

He recorrido cinco municipios de Jalisco con el objetivo de encontrarme con la palabra de otro. Los diarios escriben que no será hasta mediados de octubre cuando terminen las lluvias, noticia alentadora cuando hago a un lado la preocupación por el estado de las carreteras y pienso en la prometedora plática acompañada de una taza caliente de buen café.

AJIJIC, ENTRE ÓLEOS Y TELARES

Mis amigos me piden que nos encontremos en un bar galería que se encuentra por la calle de Constitución, en el número 29. Es fácil llegar hasta allí, porque se localiza a unas calles de la plaza principal. No es el letrero de El Camaleón, el que me anuncia que ya he identificado el lugar, sino la música de *blues* que me llega a los oídos antes que doble la esquina para cruzar la puerta de entrada. Ingreso al espacio semivacío, donde una rockola roja acompaña con su presencia sesentera a los solitarios que bordean la barra. Maru y Miguel no han llegado, por lo que aprovecho para mirar las paredes, totalmente cubier-

tas con óleos y acrílicos de diversos artistas de la ribera. Me llama la atención un lienzo melancólico de Isidro Xilotl, dramática muestra que se une a la angustia de muchos de sus trabajos. Reflexiono que el arte de Xilotl, uno de los mejores escultores y pintores locales, no ha sido difundido con la importancia que merece; en el camino al bar pude observar un mural salido de su pincel, con el tema de los asesinatos políticos. Junto al mural, que reproduce con realismo, entre otras, la figura de Luis Donaldo Colosio y la de Juan Jesús Posadas Ocampo, una mujer podaba por iniciativa propia las ramas de un árbol que habían cubierto más de la mitad de la pared colorida.

El *barman* se acerca con una sonrisa para ofrecer alguna bebida, le pregunto si sabe dónde vive ahora Xilotl, puesto que le he perdido la pista, me dice que no, pero a cambio me da las señas del estudio de Efrén González, «otro de los mejores pintores de Ajijic». La conversación es interrumpida por la llegada de Miguel y Maru, que luego de saludar me dicen que vienen de ver un mural magnífico, en la fachada de la escuela Marcos Castellanos. Junto con ellos está Héctor del Muro, director del periódico *El Charal*, publicación que celebra sus ocho años de vida. Héctor se extraña de que nos hayamos reunido en El Camaleón, puesto que es demasiado temprano para disfrutar de su ambiente nocturno, dice. A la pregunta de dónde se reúne la gente para la charla diurna, contesta: «desafortunadamente no tenemos un lugar así, todos los movimientos se realizan en la Casa de la Cultura, pero es más común que los interesados se vean en sus casas, no hay un café específico, ni una galería en especial. Ajijic tiene, además, tantos sitios para la charla, que puede ser un comedor informal o el jardín de uno de sus hoteles». Conocedor de la vida cultural en la ribera, agrega que la fachada de la escuela Marcos Castellanos ha sido pintada por Efrén González, que ofrece una visión de la laguna de Chapala en su momento de recuperación, «ahora las aguas están a más de la mitad de la capacidad», aclara. Con el entusiasmo de siempre, Héctor nos quiere llevar a El Hospitalito, antigua iglesia en ruinas, finca restaurada por el interés del grupo Arcoc, al que pertenece Isidro Xilotl, que vive ahora en San Juan Cosalá.

Luego de beber una cerveza oscura, salimos a la luz de la tarde. A la vista las tiendas artesanales, con sus telares, ropa de manta y lino, macetas decoradas a mano, jocoque y dulces típicos. Caminamos rumbo a la Sociedad del Lago (The Lake Chapala Society), por la calle 16 de Septiembre, en el cen-

tro ajiteco, para admirar la exposición retrospectiva «El legado artístico de Neill James», pinturas y dibujos de los cuarenta años de existencia del taller de pintura infantil de Ajijic; los espléndidos jardines de lo que fuera la casa de la pintora y escritora desaparecida, nos acercan a la biblioteca, donde nos espera el poeta Arturo García, con quien hablamos en relación al arte infantil, literario y pictórico, éste último (taller de pintura infantil) atendido por Jesús López Vega. Nos impresiona ver los rostros de los niños, cada vez distintos, debido a la inmigración extranjera. Durante la breve caminata hablábamos de la temporada alta, cuando los llamados «pájaros de nieve» o turistas del norte visitan la ribera, debido al clima frío de sus países de origen. La música, la literatura y la pintura tienen en Ajijic un reciente elemento convocador, el Festival Internacional de Cine, lástima que estemos apenas en septiembre.

ARANDAS, TIERRA LABORIOSA

La charla con Omar Monterde es en el restaurante Peñita, conocido popularmente como el café de «La viuda», en honor a su propietaria, doña Rebeca. Es un lugar pequeño, instalado en una de las contraesquinas de la plaza principal. Desde la calma a la que invita una taza de buen café, se puede contemplar el bullicio del jardín y el tránsito de quienes han hecho sus compras por la avenida Gobernador Medina Ascencio, rúa convertida en un andador comercial con el paso de los años. Mientras esperamos el servicio, vemos entrar a un par de mujeres cargadas con unas enormes bolsas de ixtle, se sientan a la mesa alegres y comienzan a sacar de las bolsas botellas y botellas de tequila: Centinela, Cabritos, Cazadores, Espolón, Viva México, Hacienda Vieja, Llano Grande, México Viejo, Espuela de Oro, entre otras muchas marcas, un aproximado de cuarenta, «todas de Arandas», las escucho decir. «Vaya que es tierra laboriosa», afirma la más joven. Los clientes del establecimiento miran discretos la generosa muestra. Monterde me comenta que Arandas es famoso por sus tequilas y últimamente por la «carretera del amor», llamada así por ser la ruta mejorada por el senador Diego Fernández de Ceballos para acompañar a su novia arandense cuando visita a su familia desde la capital del país.

La cercanía que tiene el café Peñita con la Casa de la Cultura nos hace visitar ese espacio para seguir conversando. Subimos las escaleras hacia el museo virtual, donde somos atendidos con amabilidad; el profesor de música

Rafael Quiroz, está a punto de comenzar su clase de los lunes. No se observa mayor movimiento, por lo que decidimos caminar hasta el templo de San José Obrero, nos sentamos en una de las bancas para disfrutar de la magnífica vista que ofrece la construcción neogótica. «La construcción de la girola se quedó en veremos», me hace saber mi amigo Omar, que por meses estuvo en la redacción del *Notiarandas*, uno de los tres periódicos locales. «Se reunieron muchísimas firmas de gente que estaba interesada, pero al momento de la verdad económica el apoyo no se vio...» El templo sigue con esos arcos inconclusos, el área se puede visitar. Antes de encaminarnos hacia la girola, vamos hasta el negocio de electrónica de Horacio López, que está dedicado ahora a la música versátil. «Los darketos no me daban para más», nos comenta entristecido. Qué ganas de que grupos como Saliva Negra, El Oso Babas o Madame Hide pudieran sostenerse, pero hay que chambear, aclara Horacio, recuperando su eterna sonrisa. Y agrega, «en Arandas la vida cultural es la que se hace adentro de la escuela Normal o en la preparatoria de la U. de G., aquí no hay museo ni galerías, hay una sola librería, pero la mayor parte de su oferta son libros escolares».

La demanda cultural que expone Horacio se suma a las que leeré días después en *El arandense* del 9 de octubre, donde María del Carmen Robledo pide talleres de arte, exposiciones; por su parte, Ramiro López solicita espacios teatrales, «aspecto que parece pequeño, pero no es así, ya que dar un espacio al teatro puede ser productivo para Arandas en todos sentidos». Los jóvenes interesados en el arte se reúnen en el Jardín Hidalgo, pero en forma casual. Aunque el crecimiento de Arandas ha provocado que algunas de sus tradiciones se pierdan, aún se conserva la buena costumbre de reunirse en sus dos plazas en búsqueda de conversación. Habría que apuntar aquí, que en la tierra del filósofo José González Martínez (1902), existe el equipo de Promoción Cultural Superación, comandado por Silverio Alejandro Sotelo, grupo que orienta sus esfuerzos hacia el cultivo de las tradiciones, los valores, la danza y el teatro.

GUADALAJARA, LA DEL SABOR A GRANO MOLIDO

La ciudad de Guadalajara es nada comparándola con Viena, la capital de los cafés en el mundo, pero goza de una geografía envidiable, cuenta con decenas de sitios de reunión, donde además de facilitarse la cita de negocios, o el encuentro amigable, se habla de literatura. Hay cafés a los que podemos califi-

car de literarios, reconocibles porque en ellos se reúnen programadamente cenáculos, y de vez en vez puede verse allí al escritor fugaz venido de otras tierras. La añeja tradición nombra al café Apolo, al que acudían Juan Rulfo, Juan José Arreola, Adalberto Navarro Sánchez, Arturo Rivas Sáinz y Paula Alcocer, que lo recuerda con nostalgia; el café Florencia, en la avenida Corona; el café París en Juárez y Colón, hoy desaparecidos del centro tapatío.

En su sitio, inamovible desde 1959, el Café Madoka, ubicado en la calle Enrique González Martínez 78, entre Juárez y Pedro Moreno. Es en el Madoka, entre sorbos, donde charlo con Marcia de Vere, escritora que me ha invitado a recorrer el periplo de la charla y la escritura, según me aclara. Una vez cruzados los primeros saludos, observamos que en el lugar se puede leer, jugar ajedrez o dominó, incluso ver la televisión. Los periódicos van de mesa en mesa, y sus crucigramas se responden a pausas, a veces uno solo es completado por distintos comensales. Marcia me refiere una anécdota curiosa, me habla de una pareja inusual, recurrente en el Madoka: una dama rubia maquillada a fondo, vestida de terciopelos, siempre de mal humor, y un caballero paciente, que la escucha sin mover los labios. Se sientan a la mesa y él recoge de la barra el diario, busca las casillas cuadrículadas: ella contesta las horizontales, él las verticales. Reímos inmersas en la atmósfera de móvil decadencia; al café lo renuevan las generaciones que acuden en reminiscencia de los escritores que fueron sus parroquianos. Luego deciden quedarse, porque el café es bueno y el ambiente prolonga la tranquilidad de la casa. Le cuento a Marcia que escribo sobre los sitios donde la gente se reúne a conversar y siendo joven la mañana, se anima a deambular conmigo por la zona centro.

En la misma manzana, por la calle 8 de Julio, está el Treve, por mucho tiempo el sitio predilecto de la gente de teatro y los amantes del náhuatl. Hay poca gente, cibernautas los más. Nos sentamos un rato a tomar una limonada, salimos en breve de ahí, para buscar el Café D'Val, que parece ha ido ganado parroquianos (Pedro Moreno 690). Luego de un té helado, caminamos unas cuantas calles para arribar al café más antiguo de la ciudad, el San Remo (Independencia 466), fundado en 1928, «el café más pequeño del mundo», como lo bautizara la prensa local, donde el placer de beber café y chocolate se aunan. Para algunos de los comensales, amantes de la buena salud, el café es el popular remedio preventivo del mal de Parkinson y el chocolate un afrodisíaco ava-

lado por Moctezuma, que llegaba a tomar una cantidad exorbitante como bebida nocturna. En sus mesas, saludamos a los miembros del taller literario Arsbélico de Carlos Zárate, en plena corrección de textos. Este hecho nos hace pasar desapercibidas para la mesera, tres bebidas han sido suficientes.

De ahí nos queda en ruta el Café Madrid (Juárez 264), adonde llegamos lamentando no poder tomar una taza más de café, porque éste es un verdadero refugio para los cafetómanos. Por su ubicación céntrica pero silenciosa, es punto de referencia desde 1955, según nos dice Genaro, uno de los meseros. Nos cuenta de la sobrevivencia del lugar, que lo ha llevado a muchas acciones de búsqueda, como cuando tuvo que sacar sus mesas a la acera, para evitar morir de inanición. Tan discreto como un árbol más dentro del bosque, es un espacio donde detrás de una bebida puede verse escribir a vuelapluma en muchas de sus mesas. Tal parece que el significado del vocablo original de la bebida *kawah*, «lo que da vuelo al pensamiento», es la consigna. Nos sorprende ver a algunos de los parroquianos del Madoka por aquí, rondando de un café a otro, casi como el poeta francés Rimbaud, de quien se cuenta iba de un cafetín a otro esperando que alguien le invitara un trago.

Decidimos dejar para el día siguiente los cafés del paseo cuasi peatonal que representa Chapultepec, que corre de Niños Héroes a la avenida México, avenida donde se ha ido asentado un buen número de cafés-restaurantes-librerías. La llamada zona rosa compite con la del antiguo centro histórico, que se ha ido quedando sin ellos. En Chapultepec, el café Azteca, Don Luis y La estación de Lulio.

Es en el Azteca (Chapultepec 201, esquina Libertad) donde pactamos la segunda parte de nuestro recorrido. En una de sus mesas vemos a Irma Robledo y su grupo de jugadores de scrabble; Irma nos cuenta que es asidua visitante en los últimos años. Agrega que hace más de una década, el café se encontraba en la acera de enfrente, pero sigue siendo un punto de encuentro privilegiado para artistas e intelectuales, tal vez por sus abiertas terrazas donde se mira pasar la vida de una de las calles más hermosas de la ciudad. Al poco rato nos movemos a La estación de Lulio, advirtiendo mucha más presencia joven; el sitio se permite el lujo de tener a la clientela cautiva de pie, en espera de una mesa. Pintores, músicos y escritores se reúnen entre las cervezas y las tazas del líquido negro, que compiten en las preferencias. Lulio comenzó como café

librería (inaugurada por Juan José Arreola en agosto de 1996), para derivar en un sitio amable para la conversación, con cierto toque bohemio.

Cerramos este paseo cafetómano tomándonos una cerveza en Sanborns. Al entrar puede notarse en el ambiente un centro de reuniones sociales y políticas, es la sucursal de Vallarta y Marsella, donde coincidimos con algunos escritores: Luis Armenta, Patricia Medina, Luis Alfonso Sánchez Higuera y Alejandro Silva. Es innegable que si para Voltaire, Flaubert y Balzac, el café fue la más virtuosa musa, para la mayoría de los parroquianos cafeteros beberlo produce vigilia intelectual y satisfacción inmediata, tal como se experimenta al encontrarse con la letra sobre el papel, tan delicadamente seductora. Ya habrá una tercera vuelta para sentarnos en las mesas de las librerías de la zona, el Fondo de Cultura y Gandhi.

Para no perder el ritmo nos citamos para el siguiente mediodía en la Librería José Luis Martínez del Fondo de Cultura Económica elegida desde 1999 como sitio de reunión por la presencia de café y libros; la planta baja se ha designado para dar la bienvenida al lector, que da pie al área de exhibición de todas las obras del Fondo y otras editoriales; la planta alta se ha reservado para la presentación de actividades librescas y talleres relacionados con la lectura y la creación. Preguntamos la capacidad del salón de usos múltiples: «para 370 personas». Permanecemos poco tiempo en la cafetería, más bien miramos las mesas de las novedades y las promociones, antes de salir rumbo a la Librería Gandhi, el lugar indicado para coincidir con quienes viven las mismas filias, leer los diarios y de vez en vez, acudir a la presentación de algún volumen. Justo a la entrada, nuestro ánimo coleccionista nos detiene frente a las revistas especializadas. En el jardín saludamos a Raúl Bañuelos, que conversa con algunos de sus alumnos. Terminamos nuestro paseo dando una vuelta al Rojo Café, donde degustamos, entre músicos de trova, el último expreso del día.

LAGOS DE MORENO, DE TRADICIÓN LITERARIA

Antes de encaminarme a Lagos, recibo orientaciones cibernéticas de la promotora Irma Guerra:

En Lagos de Moreno se reúnen los artistas (o aficionados al arte) en la Casa de la Cultura, en la biblioteca pública municipal, en la Casa Serrano o en algún restaurante o cafe-

tería (los preferidos son la Posta del Alcalde, La Rinconada, El Mesón o Casa Arro). Todos estos lugares se encuentran en el centro histórico de Lagos, excepto algunas casas particulares de los asistentes a esas reuniones. La casa en la que más se reúnen es la de Carlos Helguera (escultor y músico), es una casa del s. XVIII y se conserva casi intacta desde aquella época, es un museo viviente. Los restaurantes cierran temprano y solamente existen cantinas de las tradicionales (de aquellas a las que no iban mujeres). Si se quieren desvelar mejor se reúnen en el domicilio de algún voluntario y se hace una reunión de «traje». Existen antecedentes de lugares en los que se hacían tertulias literarias a las que asistían escritores hoy famosos. ¿Necesitas esos datos?

Más que necesitar otros datos, quisiera visitar los lugares nombrados. Espero con ansiedad el fin de semana para salir rumbo a Lagos de Moreno, cuyo primer poeta, don Pedro de Trejo, iniciara una tradición literaria reconocible. De Lagos son José Rosas Moreno, el fabulista de los niños, y Mariano Azuela, el fundador de la novela revolucionaria; de la antigua Pechetitán, que fue su nombre nahua, fue la fotógrafa Lola Álvarez Bravo y el sabio Agustín Rivera.

Admira ver la arquitectura de tan ilustre ciudad, donde, según se sabe, hay más de quinientos edificios con valor histórico y artístico; deambulo entre el plateresco, el barroco, el *art nouveau* y el estilo neoclásico, hasta detenerme en el exconvento de las Capuchinas, sitio privilegiado para la conversación. Me siento a contemplar la tarde. Un anciano se acerca, con gesto amable me pregunta si soy «fuereña». Es el inicio de una plática extendida, donde el buen hombre me narra algunas de las leyendas de su pequeña ciudad, haciéndome conocer la historia del pozo de la sacristía, y la del Cristo del descendimiento, entre otras enigmáticas consejas.

Más tarde me encamino hacia el busto de don Francisco González León, el poeta de las *Campanas de la tarde*, y sé que no puedo despedirme de Lagos sin visitar el templo de El Calvario, donde departiré con más de algún lagunense, en las muchas canteras que permiten el descanso y la charla improvisada.

VALLARTA, EL DE LOS VALLARTENSES, NO DE LOS TURISTAS

Leer frente a una taza de café es un deleite. Al placer de la mirada se añade la percepción del aroma y el calor que despiden los recipientes. El rumor de las char-

las lejanas acentúa el sentimiento de estar solos frente al libro, sin más compañía que el sabor que se degusta. Actividad mental del solitario, la lectura es un intenso estimulante para la inteligencia, lo mismo que el sabor del grano que se ha convertido en líquido oscuro. «El café tiene que ser negro como el infierno, fuerte como la muerte y tan dulce como el amor», dice la tradición turca. Los apasionados del café como espacio y como bebida, saben que no hay mejor muralla que un libro abierto en la mesa para impedir que el otro se acerque, y que basta cerrar las páginas para estar dispuesto a la conversación, en estas «escuelas de sabios». Para Mario Benedetti, el ritual tiene dos aristas: los momentos solitarios y los del espaciado encuentro con los amigos.

Difícil pareciera encontrar una atmósfera como la descrita en Puerto Vallarta, paraíso de turistas. La mayor parte de sus centros de reunión son ruidosos y cambiantes, plenos de sol y ropa ligera. Mas existe por lo menos un sitio como el que localicé inquiriendo a los profesores del área que conozco, el lugar se llama Oro Verde, y se encuentra ubicado en la planta alta de una de sus céntricas calles, casi al término del malecón. El trato es amable y delicada la opción de bebidas, pero lo mejor se encuentra en el ambiente de libertad en que las familias pueden desarrollar juegos de mesa o lecturas compartidas. Pareciera la gran sala de la familia, donde la madre lee en voz alta a su pequeño, entusiasmado con las ilustraciones, y el par de amigas se enfrascan en una charla intensa que las lleva a pasar varias horas juntas, sin que el agobio del paso del tiempo se haga presente.

Los jóvenes también se reúnen en los jardines de la biblioteca Los Mangos, lejana de la zona hotelera. Gustan de visitar el Centro Cultural Cuale, donde entre la sombra de los árboles se puede leer y charlar sin prisas, visitar la exposición de la galería ex profeso y aprender alguna de las disciplinas que encuentran su modo de enseñanza entre la calma del paisaje. Es la calle Aquiles Serdán 437, junto al río Cuale, que le da su nombre. Allí se aprenden a ejecutar los instrumentos más diversos, a esculpir en barro y hasta a bailar danzón.

Pero no es un secreto para ninguno reconocer en el malecón de Puerto Vallarta el paseo ideal para ir más allá de la charla, al encuentro con el arte monumental de los espléndidos bronce del escultor Alejandro Colunga.



EL JUEGO DE GALLOS EN JALISCO

MARIO ALBERTO NÁJERA ESPINOZA

El juego de gallos en Jalisco forma parte de una tradición que ha estado presente a lo largo de varios siglos en México en general. Durante el virreinato, el juego de gallos fue muy frecuentado por gente del pueblo, como comerciantes, indígenas, negros y mulatos, militares y trabajadores de las minas y de los obrajes; también fueron asiduos al juego los burócratas, miembros del gobierno y otros notables; no faltaron músicos, ganaderos y propietarios, incluyendo a sus esposas. El juego de gallos llegó a ser tan popular o más que las corridas de toros. Siempre fue motivo de estrecha vigilancia de la autoridad y de prolongadas prohibiciones.

Se tiene noticia de que en la antigua India y en Persia se practicaban las peleas de gallos, igualmente en Grecia y China, aunque varios autores coinciden en que su origen se puede situar en Asia meridional y en las islas cercanas a esta porción del mundo (véase López Cantos, 1992). En los confines del imperio romano se difundió el gusto por las peleas de gallos, de este modo se arraigó en Castilla, en la península Ibérica. En el momento de los viajes de Colón a América, había una gran afición al juego por parte de los peninsulares. Se afirma que al iniciar el siglo XVI se introdujeron al continente los primeros gallos de combate, llamados «gallos jerezanos», los cuales eran de una raza de gran fama entre los jugadores. Estos gallos tuvieron bastante aceptación y siguieron trayéndose a América durante los siglos XVII y XVIII (Sarabia Viejo, 1972). Sin embargo, es factible que los primeros gallos hubieran llegado al Nuevo Mundo procedentes del oriente a bordo de las embarcaciones que hicieron la travesía de Filipinas al puerto de La Navidad, inicialmente, y luego a Acapulco. Lo anterior no sería extraño, ya que coincide que las aves de com-

bate tuvieron su origen en la región sureña de Asia como ya se mencionó, agregando además que en Filipinas, como en toda esa parte del mundo, también existe históricamente una fuerte afición al juego de gallos (López Cantos, 1992: 231). Es de esperarse que una de las regiones con mayor posibilidad de proliferación de gallos de lidia fuese el occidente del virreinato, pues ahí estaban los puertos por donde entraba todo lo que llegaba en la nao de China: La Navidad, San José del Cabo, Matanchén, San Blas y Acapulco.

Durante más de doscientos años la pelea de gallos se practicó en Nueva España de forma tolerada, sin licencia de por medio, pero existían casas particulares donde se jugaba con alguna discreción. Dentro de los «juegos de suerte, apuesta y envite», eran populares los naipes, los dados y la lidia de gallos. Algunas autoridades civiles y obispos se quejaban constantemente con el rey diciendo que los juegos de apuesta en general eran fuente de vicios, ociosidad, pleitos, y que la gente más necesitada perdía lo poco que debía llevar a sus hijos y mujer para el sustento.

En Nueva Galicia y su capital, Guadalajara, se criaban y jugaban gallos a la par que en el centro del virreinato, y no obstante la vigilancia de los justicias reales, el juego se mantenía en auge ya en casas, ya en despoblados o en las orillas de la ciudad, improvisando palenques a donde acudían personas de la más variada procedencia social. Las ricas ciudades mineras de Nueva Galicia debieron ser lugares apropiados para las peleas de gallos, lo mismo que otros lugares más ligados a las plantaciones de caña de azúcar y otros cultivos. No sería raro que la música popular se ligara muy pronto a la práctica clandestina de la lidia de aves de combate; los llamados fandangos y bailes de tarima, los ritmos producidos por los instrumentos de cuerda, los conjuntos de músicos rancheros y pueblerinos que dieron origen al mariachi, todo ello debió florecer en cada fiesta donde el gallo de pelea era el motivo convocante.

Fue Felipe V, quien al convencerse de la imposibilidad de mantener la prohibición del juego de gallos en todo el territorio del virreinato, optó por ponerlo bajo control de las leyes, y el 27 de septiembre de 1727 concedió licencia, mediante real cédula, para que el asentista de naipes, don Isidro Rodríguez La Madrid, iniciara, por cinco años, el lucrativo negocio de establecer el juego de gallos. De este modo el juego de gallos sería una fuente importante de recursos para la Real Hacienda, al tiempo que estaría bajo la mirada vigi-

lante de la autoridad para evitar excesos e imponer el orden. La decisión tomada por el rey pretendía, pues, poner fin a los desmanes de los que se quejaron por largo tiempo autoridades del virreinato y obispos, sometiendo a la normatividad una actividad que, por otro lado, movía cuantiosas cantidades de dinero de manera libre, lo que siempre propició escándalos.

Hay que añadir que la real cédula permitía el juego, pero bajo una serie de condiciones cuyo cumplimiento debía controlar el virrey marqués de Casafuerte. Estas condiciones eran:

- 1) Se jugaría en parajes públicos.
- 2) Los días festivos se empezaría a jugar a la una de la tarde (después de haber asistido a misa).
- 3) El juego sería vigilado por los ministros de justicia.
- 4) No se admitirían al juego hijos de familia ni esclavos (Sarabia Viejo, 1972: 20).

De esta forma, el juego de gallos se convirtió en una actividad empresarial rentable, tanto para quien poseía la licencia como para la Real Hacienda.

GUADALAJARA, SIGLO XVIII

No obstante que la legalización del juego permitió una vigilancia directa de las apuestas, muchas plazas de gallos, sobre todo en lugares alejados de los centros urbanos importantes, se constituían en espacios preferidos de prófugos, ladrones y gente dedicada a buscar dinero fácil. La condición de las autoridades virreinales de que se jugara «poco y sin malicia» siempre fue rebasada por la compulsión de los jugadores a subir cada vez más el monto de las apuestas. Aunque para la gente acomodada asidua al juego de gallos representaba el ganar o perder parte de sus bienes, para la población ordinaria llegó a ser causa del despilfarro del producto de su trabajo.

Había muchos aficionados que dejaban sus verdaderos oficios al adquirir un mayor conocimiento de los gallos y se empleaban como trabajadores de la plaza o como criadores para estar allí continuamente y lo que ganaban también lo dejaban allí en las apuestas, por lo cual descuidaban igualmente a su familia y además se apartaban de un trabajo honrado (Sarabia Viejo, 1972: 23).

Pero el juego de gallos fue también escenario de concurrencias de las altas esferas sociales y políticas. Muchos adinerados debían mostrar sus buenos modales sin importar si ganaban o perdían, incluso enormes fortunas. En Guadalajara y en otras poblaciones de la Nueva Galicia, el juego de gallos era un gran atractivo para funcionarios de alto nivel, al grado de que el virrey, desde su posición de poder, tenía que intervenir para moderar a algunos influyentes neogallegos asiduos al juego, los cuales no sólo tenían fama de apostadores, sino que además eran criadores de aves de combate y promovían las jugadas, con las consecuentes críticas y rechazo por parte de los grupos que se oponían al juego:

Así en 1742 el virrey conde de Fuenclara destituyó al Oidor supernumerario de la Audiencia de Guadalajara don Sebastián Calvo, a causa de la mala y vicios contrarios a su labor de funcionario real. Este oidor no sólo jugaba a los gallos, sino que él mismo tenía gallos de apuesta, los cuales llevaba a las minas de Sombrerete para jugarlos, provocando escándalos y críticas del Alcalde mayor de aquel lugar (Sarabia Viejo, 1972: 20).

Por todo el territorio del virreinato se jugaban gallos, y llegó a constituir el juego una de las principales diversiones de todos los estratos sociales, pobres y ricos, fugitivos y honrados personajes; todos se codeaban en un palenque en torno a la lidia de gallos, las apuestas, la algarabía y el ambiente festivo. También se jugaba en improvisadas plazas montadas en patios de casas de gente pudiente, así las personas notables podían apostar inmersos en un ámbito de discreción, «incluso los ministros de Justicia y altos personajes jugaban en sus casas y, con el pretexto de adquirir limosnas para centros benéficos, se veían con frecuencia eclesiásticos en estas peleas de gallos» (Sarabia Viejo, 1972: 27).

EL JUEGO DE GALLOS, LO LÚDICO COMPLEJO

Todos los juegos requieren de tiempo libre y de reglas acordadas; hay juegos de destreza, de competencia, de suerte o azar, de simulacro y vértigo (Caillois, 1986). Pero los hay que combinan algunas de estas posibilidades y el caso que nos ocupa es uno de ellos; no sólo está presente el azar, sino que hay compe-

tencia y destreza en quienes crían y preparan a las aves desde que nacen para enfrentar el fin último de sus cuidados: la pelea. Cuando el azar cede a la destreza surgen los relatos llevados por la oralidad o las canciones que hablan de gallos invencibles por su buena preparación, su entrenamiento y cualidades únicas; pero siempre estará detrás su dueño, que demuestra sus saberes, dedicación y competencia haciendo ganar a sus aves en el palenque.

Además, en el juego de gallos se puede ver una concurrencia de elementos que tejen un ambiente en el que hay rasgos variados de cultura, manifestaciones de una expresividad compleja. Como veremos más adelante, el juego de gallos se convirtió en el siglo XIX en México en un lugar de fiesta, de reunión, donde además de la apuesta apareció la música popular y el canto. Pero, sobre todo, estuvo presente, como sigue estando, el mero interés económico, lo que siempre dio a este juego una imagen nociva para las buenas conciencias.

Por otro lado, es cierto que «las fiestas, las diversiones, los juegos, en una palabra, lo lúdico, ayudaron al hombre a sobrellevar las extenuantes cargas que la sociedad le había asignado por fuerza» (López Cantos, 1992:13), y no es menos cierto que los juegos y las diversiones, como las fiestas van, con el tiempo, desarrollando rasgos culturales regionales y locales. Las inclinaciones por algunos tipos de juegos se manifiestan dentro de las propias maneras de ser de los grupos que habitan un territorio, reconociendo de forma universal para todos los grupos humanos que «en el origen del juego reside una libertad primordial, una necesidad de relajamiento, y en general de distracción y fantasía» (Caillois, 1986: 65). Es por eso que las peleas de gallos «consiguieron tal aceptación entre los habitantes del Nuevo Mundo, que llegaron a incluirlas, en algunos lugares, en los actos lúdicos de sus fiestas» (López Cantos, 1992: 234), como en las fiestas patronales, en las ferias, bodas, onomásticos y aún en celebraciones cívicas.

EL SABOR NACIONAL

Aproximadamente veinte años después de la consumación de la independencia, México era un país en busca de un rostro propio. Lo que en la última etapa colonial ya se reconocían como rasgos culturales mexicanos, se reiteraban y valoraban aún más como parte de lo original de la casa. Así se tenían ya comi-

das catalogadas en el recetario de lo mexicano, en medio de las modas europeas se notaban entre los de abajo los cortes y hechuras de estilos propios, se recomendaba el pulque en el altiplano, mientras que el mezcal era de uso común en el oeste, y también se escuchaban fuera de los teatros con carteles operísticos los aires, sones y canciones gustadas por el pueblo, que con los años darían al país una personalidad musical peculiar. Es en este momento en el que muchos viajeros extranjeros veían a México como algo novedoso y un tanto indescifrable y cautivante.

Es durante ese periodo (1839-1841) que escribió una señora escocesa residente en México una vívida descripción acerca del ambiente en el interior de un palenque, justo el día en que se encontraba entre los aficionados al combate de gallos el mismo presidente de la república, y el texto es tan interesante que vale la pena leerlo:

Fuimos a los gallos a eso de las tres de la tarde. La Plaza rebosaba de gente, y los palcos, ocupados por las damas, parecían un jardín lleno de flores de todos colores. Pero mientras que las señoras daban el tono al espectáculo, los caballeros se paseaban alrededor del palenque, vistiendo la chaqueta, cualquiera que fuese su condición, señores y menestrales, y esta ausencia de faldones es, sin duda alguna, el modo más apropiado para la fiesta. El Presidente y su comitiva acababan de llegar, y asimismo algunos de los ministros extranjeros.

Mientras los gallos cantaban con bravura, cruzábanse las apuestas, y hasta las mujeres se entregaban a la influencia de la escena, apostando *sotto voce* desde los palcos con los caballeros, a favor de sus gallos favoritos. Rara era la vez en que se prolongaba una pelea, pues cada gallo lleva una pequeña navaja amarrada en el espolón, de manera que al cabo de pocos minutos, uno u otro sucumben en un mar de sangre. Se oyen aplausos junto con el agudo canto de algún pobre gallo, que se está dando ánimos antes de la próxima pelea en donde quizá ha de lanzar el último cacareo. Es muy curioso el efecto que produce a los ojos de un europeo el ver a las jóvenes de buena familia, tan femeninas y graciosas, sancionar con su presencia esta salvaje diversión. Es, sin duda, el resultado de la costumbre... (Calderón de la Barca, 2003: 180).

Es esta, sin duda, una excelente crónica de lo que era un palenque en México, visitado por damas y por asiduos apostadores de distintas clases so-

ciales. Seguramente que la estampa no sería la misma si el palenque estaba en un pequeño pueblo o ranchería a donde no acudían los notables y sus esposas. Sin embargo, sí nos ayuda a entender que para esos años del siglo XIX el juego de gallos ya era una tradición en México. Don Victoriano Salado Álvarez da cuenta de que al general Antonio López de Santa Anna le gustaba en demasía el juego de gallos, tanto así que su afición interfería en sus responsabilidades de gobierno. Sostiene el historiador que «uno de los cargos que se han hecho al general Santa Anna es el de que descuidaba los asuntos públicos por dedicarse a jugar gallos» (Salado Álvarez, 1984).

ACTUALIDAD DE LOS PALENQUES

Un antropólogo estadounidense muy conocido que estudió el juego de gallos en el sur de Asia concluyó que en el juego, esos aficionados, «forman y descubren su temperamento y al mismo tiempo el temperamento de su sociedad» (Geertz, 1997: 371). Quizá este autor no vio en el entorno en el que se llevan a cabo las lidias de gallos más que una actitud ante el hecho protagonizado por las aves de combate, furor, excitación, apuesta, violencia y simbolismo machista; seguramente habría más que eso. En México, en Guadalajara y el interior del estado de Jalisco, como en todo el oeste, el juego de gallos fue parte y sigue siéndolo, de un abigarrado contexto festivo dada la cantidad de elementos que se desprenden de esta práctica. No obstante que en la circunstancia actual del país hay una difícil problemática para la autoridad judicial por el poco control que se tiene en el trasiego de dinero mal habido, en los palenques siguen conjuntándose expresividades de la cultura regional y local. En torno al palenque, más allá de lo nocivo de la apuesta y sus consecuencias, está la música popular ranchera y de mariachi, la variedad de platillos y antojitos que se suelen ofrecer para la ocasión, un estilo de vestir apropiado, el ámbito multicolor y festivo, el espacio de relajamiento colectivo, la competencia de los criadores y sus esfuerzos por mejorar las nuevas generaciones de aves de combate y la destreza de los cuidadores, pastores y amarradores.

También es cierto que en las principales ciudades del país el palenque ya no tiene como eje principal el juego de gallos: ahora lo que ha desplazado a la tradicional lidia y a los músicos populares auténticos es el afán tan sólo de lucro con el montaje de un escenario en el que «artistas» surgidos del mono-

polio televisivo son presentados allí, como «platillo fuerte», precedidos de una propaganda excesiva y abrumadora. Otro factor es la canalización insistente que hacen estas «empresas» hacia el consumo de bebidas, con la consecuente generación de conflictos que aumentan en porcentaje cada vez.

Sin embargo, existen asociaciones de criadores de aves de combate que pugnan por mejorar sus razas, y por imprimirle al juego de gallos un ambiente festivo popular, al tiempo que hablan de deporte con sello de nacional. Actualmente salen a la luz varias revistas especializadas con información variada sobre la cría, cuidado y la lidia de gallos. Algunas de estas publicaciones son *Tradición gallera*, *Tecno gallero* y *El palenque de oro*. En su contenido ofrecen información acerca de enfermedades de las aves, alimentos adecuados, relatos de personajes del ámbito gallístico, consejos prácticos, y también sobre torneos y programación de palenques y ferias.

Dado que el juego de gallos es una tradición que viene de lejos, continúa vigente de forma diferenciada: las fiestas de pueblos y ciudades pequeñas son de por sí las que mantienen el interés de la gente que gusta de ver a las aves de combate en acción en un ambiente no tan edulcorado aún. Son jugadas que generalmente se organizan cada año en ocasión de las fiestas patronales y logran el permiso de las autoridades hasta por diez días consecutivos, sin que también haya peleas clandestinas por compromiso de cuando en cuando. En todo el estado de Jalisco existe una gran afición por el juego de gallos y hay pequeños criadores que además de vender sus ejemplares, también se reúnen en grupos para jugar en los palenques. Fuera de los circuitos donde la política y el capital controlan las grandes ferias, siguen las jugadas pueblerinas con su significado lúdico, de tiempo libre y relajamiento; son como estaciones anuales para que los aficionados reelaboren el juego como lo hacían sus mayores, así el pasado se hace presente.

FUENTES

Caillois, Roger (1986), *Los juegos y los hombres. La máscara y el vértigo*, FCE, México.

Calderón de la Barca, Madame (2003) 1843, *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país*, Porrúa, México.

Geertz, Clifford (1997), *La interpretación de las culturas*, Gedisa, Barcelona.

López Cantos, Ángel (1992), *Juegos, fiestas y diversiones en la América española*, MAPFRE, Madrid.

Salado Álvarez, Victoriano (1984) 1906, *Episodios Nacionales. Su alteza Serenísima, Memorias de un polizonte*, Porrúa, México.

Sarabia Viejo, María Justina (1972), *El juego de gallos en Nueva España*, Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla, Sevilla.

Revistas

El Palenque de oro, 2005.

Tecno gallero, 2005.

Tradición gallera, 2005.



Lic. Francisco Javier Ramírez Acuña
Gobernador Constitucional del Estado de Jalisco

Mtro. Gerardo Octavio Solís Gómez
Secretario General de Gobierno

Sra. Sofía González Luna
Secretaria de Cultura

Arq. Salvador de Alba Martínez
Director General de Patrimonio Cultural

Sra. Patricia Urzúa Díaz
Directora General de Fomento y Difusión

Lic. Luis Manuel Cadavieco Alarcón
Director de Publicaciones

Lic. Ignacio Bonilla Arroyo
Director de Culturas Populares

Sr. Luis Antonio González Rubio
Coordinador Académico del Proyecto
«Las Culturas Populares de Jalisco»



ENCUENTROS SOCIALES Y DIVERSIONES
se imprimió y encuadernó en noviembre de 2005
en Zafiro Editores, S.A. de C.V., Carteros 86,
colonia Moderna, 44190 Guadalajara, Jalisco.
El tiro constó de 1 000 ejemplares.

Diseño editorial: Avelino Sordo Vilchis ~ *Composición tipográfica:* RAYUELA, DISEÑO EDITORIAL ~
Fotografía: Alberto Gómez Barbosa [portada y p. 24], Segio Garibay [p. 4], Kalman Muller [p. 28], Adrián
Mealand [p. 52], Archivo OEM [p.64], Alejandro Zohn [p.86], Fernando García Álvarez [p.110], Víctor
Ibarra [p.160], Luis Fernando Moreno [p.182], Cornelio García (*Bronca por unas caricias* [fragmento])
[p. 202], Luis Ku [p. 230] y Gabriel Flores (*Gallos*) [p. 240] ~ *Cuidado del texto:* Felipe Ponce ~ *Fotocom-*
posición: EL INFORMADOR

En las calles, en lo mercados, en las plazas, en los caminos, en lugares abiertos y cerrados, en los santuarios, en las calles oscuras, en las rutas que vamos tomando días con día, interactuamos con cientos de personas a veces similares, otras radicalmente distintas a nosotros.

El hilo conductor de *Encuentros sociales y diversiones* es la identidad, o mejor dicho, las identidades que conviven, se diferencian y se retroalimentan en un espacio y tiempo determinados. Al hablar de encuentros, se refiere a las identidades que se formulan en torno a reuniones de personas que celebran o hacen transcurrir una parte trascendente de su vida a través de un deporte, alguna afición o inclinación ideológica. Entre los que comparten el «encuentro», se construyen lenguajes y discursos, formas de organización, definiciones del mismo grupo social, nociones de los otros y, si es el caso, hasta un estilo de vida, comprensiones del pasado y aspiraciones hacia el futuro, elementos que forman parte nuclear de las culturas populares.



EL INFORMADOR
DIARIO INDEPENDIENTE

CONACULTA
CULTURAS POPULARES E INDÍGENAS


EDITORIAL AGATA

